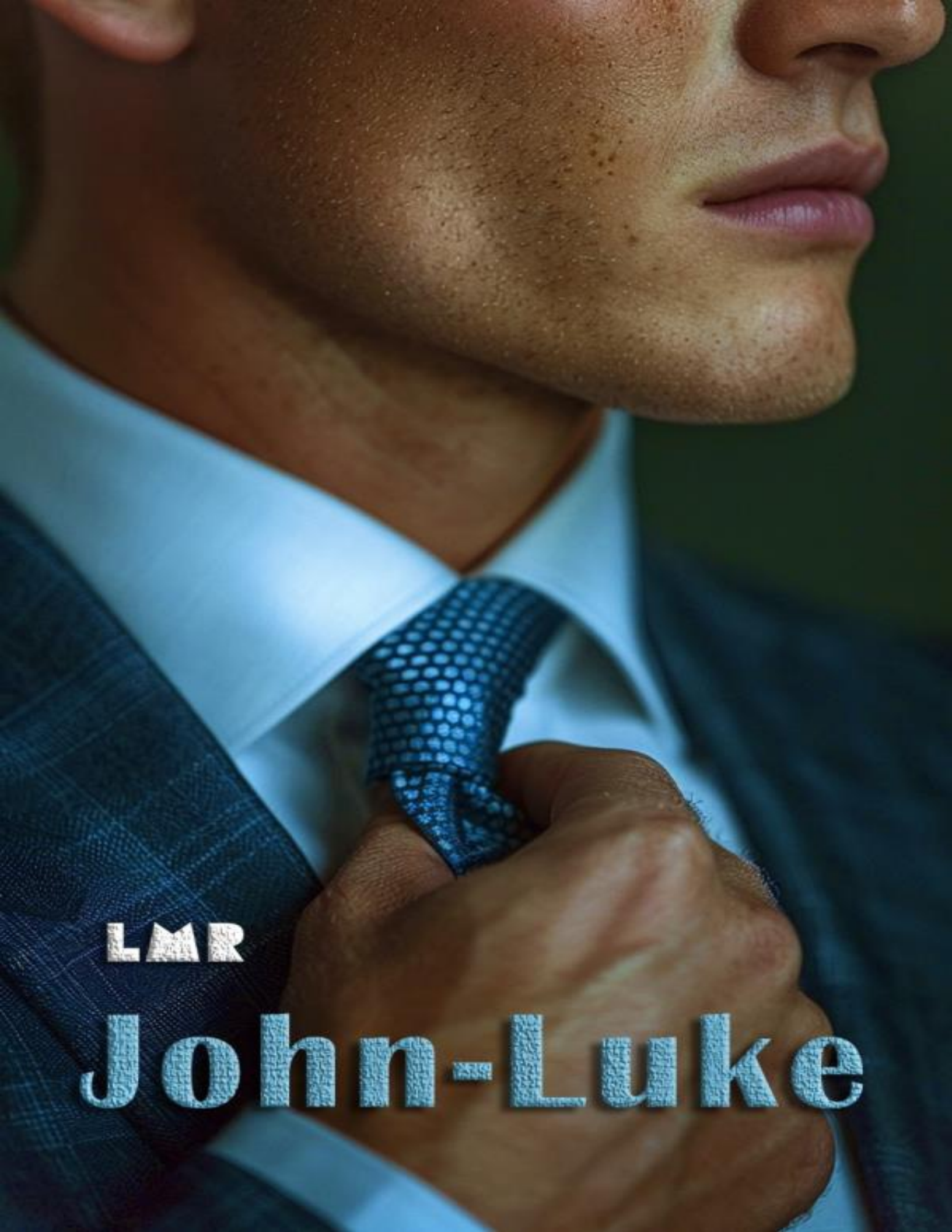

LMR
John-Luke

John-Luke

© 2024 by Laura Moreno Romero.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Advertencia, novela de ficción, cualquier parecido con la realidad es una mera coincidencia.

Playlist · Luke&Daisy

Birds of a Feather - Billie Eilish (3:30)
Enchanted (Taylor's Version) - Taylor Swift (4:02)
*Hung Up - **Madonna** (5:37)*
Love Story -Version Orchestrale - Indila (4:57)
ATP. - ROSÉ, Bruno Mars (2:49)
*Like a Virgin - **Madonna** (3:38)*
My Love Mine All Mine - Mitski (2:17)
Hotline (edit) - Billie Eilish (1:00)
*Like a Prayer - **Madonna** (5:42)*
Moonlit Floor - LISA (2:35)

Extra:
*Umbrella - **Rihanna** (4:35)*
*Naughty Girl - **Beyoncé** (3:28)*
*Me Against the Music - **Britney & Madonna** (3:43)*

C R O N O S

Esta novela empieza…
Un año después de la boda de Amy…
Alrededor de finales de septiembre.

1

Daisy



Con la ventanilla bajada, hago una respiración profunda que huele a mar y a vegetación mojada, y termino de convencerme de que me va a encantar vivir aquí. El cielo está muy oscuro, pero el mar todavía más, así que me quedo embobada mirando esas olas casi negras rompiendo contra las rocas. Una pensaría que después de haber salvado a un ser vivo tendría mejor karma, pero en cuanto me bajo del taxi, ¿dónde meto el tacón de mi preciosa sandalia? Pues en el barro, claro que sí.

Bienvenida a Saltwater, supongo.

Me agarro el vestido de flores mojado asegurándome de que sigue siendo azul y blanco, y que el marrón no ha hecho su debut como diseñador. Cierro los ojos con fuerza al comprobar que sí, desde luego que lo ha hecho. *Me cago en todo.*

Las nubes cumplen sus amenazas y empieza a llover, así que entro en el primer bar que encuentro, uno llamado el Ancla Oxidada. Hay un jaleo que no veas para ser solo las siete y media de la mañana de un lunes. Bajo la luz cálida de las bombillas, entre tazas de café humeante, huevos, *bacon*, pastas y risas, los clientes desayunan ajenos a la tormenta que golpea las ventanas. Siento un cosquilleo en el estómago mientras me acerco a la barra con conchas incrustadas en los bordes y ocupo uno de los asientos redondos de cuerda tejido a mano que termina de darle el toque marinero.

—Buenos días, joven forastera. ¿Qué te apetece tomar? —pregunta el hombre calvo de barba gris, manos tatuadas y sonrisa encantadora.

Puede que durante el último año de mi vida no haya tenido un hogar, pero hay algo que siempre consigue hacerme sentir como en casa. Solo necesito eso para cargar las pilas y volver a ser optimista. Un empujoncito.

—El café más grande y caliente que tengas, por favor.

—Marchando un café más largo que una tarde de domingo con la suegra —se ríe de su propia gracia, ganándose inmediatamente mi simpatía—. Te ha pillado la lluvia por lo que veo.

—No metí paraguas en la maleta, fallo de novata —*aún veo los ojitos asustados del gato, lo que le temblaba el cuerpo, ha merecido la pena el chaparrón.*

—Aquí nadie usa.

—¿De verdad?

—Uno desiste con tal de no convertirlo en un apéndice de su mano. ¿Primer día en Saltwater?

—Sí, pero no el último. Voy a quedarme una temporada.

—Suena bien. ¡Keylah, ven aquí! —grita Raphael, nombre que leo en la placa enganchada a su delantal. Hay muchos más camareros tras la barra, se mueven de un lado a otro y aun así consiguen no chocarse. El calor del bar empieza a filtrarse en mi piel—. ¿Te gusta el dulce, chica?

—Es la razón por la que respiro.

Raphael se ríe de nuevo y coge una jarra de cerveza, no sé para qué. Llega una mujer joven de melena rubia y ojos negros, cuya sonrisa es tan similar a la de Raphael que tienen que ser familia.

—¿Qué necesita, jefe?

—Que quites esa maleta de ahí en medio antes de que haya un accidente —Raphael me da la espalda y se lleva la jarra consigo.

¿Mi maleta? ¿La van a sacar fuera? ¿Con la que está cayendo?

Antes de que pueda decir nada, la mujer se planta a mi lado y me dice:

—Algunos marineros vienen aquí tras su laaarga jornada nocturna y empinan el codo antes de que sale el sol. No podemos permitir que te la tiren al suelo o la estropeen —me guiña el ojo—, te la guardo tras la barra, ¿vale? Cuando termines de desayunar, ya sabes dónde cogerla.

—Muchas gracias. —*Este sitio me está gustando demasiado, soy una blanda.*

—Muchas de nadas, ¿he de suponer que mi padre está preparando tu desayuno? —pregunta alzando la voz mientras se la lleva.

—Sí, le he pedido un café grande.

Ambas miramos a Raphael ahora de espaldas a la barra, trajinando en algo que me tapa su espalda. Su hija se inclina para mirar, luego me repasa de arriba abajo, sonríe y dice:

—Me da que te va a encantar. ¿Tienes nombre, guapetona?

—¡Keylah, más cerveza! —gritan unos hombres sentados en la otra punta del local.

—¡Ya va! —les grita, apañándoselas para sonar amable. Mientras prepara las jarras, sus ojos negros vuelven a mí—. ¿Y bien?

—Me llamo Daisy Dooren, encantada. ¿Tú eres Keylah, no?

—Keylah Blackwood, sí. Es un placer conocerte, Didi. ¿A qué te dedicas?

—Algunos días a trabajar para vivir, otros a vivir para trabajar. Varía según lo cerca que esté mi jefa.

—La carrera de la rata, ¿eh? —Suspira—. Siempre caen los mejores.

—Sí, por suerte a esta rata le gusta su rueda. Dicen que la dirección es más importante que la velocidad y yo tengo la vista fija en el premio. El ascenso que busco será mío, sí o sí.

—A este paso dominarás a todas las ratas y sus ruedas antes de la hora de comer. —Pone cuatro jarras llenas hasta arriba en la barra y se dirige a algún punto por encima de mi hombro—: Ya que su majestad se ha dignado a pasear su culo por aquí, ¿podría hacer el favor de ayudar a una plebeya?

Me giro y me topo con un pecho ancho, masculino, trabajado y bien definido, acompañado de un par de hombros del mismo departamento. Alzo la vista despacio y *boom*. *Game over*. Si alguien hubiera gritado muy fuerte, no habría sido capaz de escucharlo porque deja de llover, el viento queda en pausa y algo estalla en mi pecho como una explosión de mil toneladas de dinamita.

El hombre que está a un escaso palmo de mí lleva la camisa blanca y ancha desabrochada, y podría haberse bajado de cualquier barco hace bien poco. *Un pirata, uno de los peligrosos, de los que consiguen robar tesoros y que encima les den las gracias*. Mis ovarios hablan largo y tendido sobre esa mandíbula tan afilada como para partir el material más duro. *Y hablando de duro*. Veo la nuez de su cuello subir y bajar, y solo entonces consigo alzar la vista más allá de los labios gruesos que sin duda me

quitarán el sueño.

J. O. D. E. R.

Cabello negro, revuelto en un despreocupado caos sexy que evidencia que su peine son sus dedos, metro ochenta-y-muchísimo, tal vez más, y una seguridad que casi mastico. *Aire*. Pero no es soberbia lo que me transmiten ese par de iris donde la amatista y la plata hacen de todo con tal de acercarse un poco más, de mezclarse hasta crear algo mágico. *No*. Es curiosidad, una analítica fija en mí que me estudia con un interés intimidante, una que comparto.

—Hola. —Su voz me eriza la piel con suavidad, me acaricia desde la distancia y me lanza tal descarga que ni el mayor rayo de tormenta.

—Hola —puede que le sonría, o que haga el intento.

Acto seguido, volvemos al concurso de miradas que evidencia dos cosas: la primera que ambos somos igual de tercos y no vamos a ceder el primer puesto al otro, la segunda…

—Pídele una foto a Didi, JL, así podrás mirarla todo el día —suena la voz de Keylah por alguna parte.

Los ojos imposibles del desconocido se vuelven gélidos y afilados como cuchillas cuando se dirigen a ella. Endurece la mandíbula y luego sonríe apretando los labios.

—Eres una mujer odiosa cuando quieres, Keylah Blackwood. —JL coge las cuatro, cinco o veinte mil jarras que había en la barra y se las lleva sin esfuerzo hacia la otra punta del bar.

La risa de Keylah sonando por lo bajo es lo que me hace volver la vista hacia ella.

—¿Es…? ¿Es tu marido? —pregunto pidiéndole a mi cuerpo que recupere la temperatura habitual.

Esta vez no se ríe solo ella, lo hacen todos aquellos tras la barra.

—¿JL mi marido? No, para nada.

—Ahh, vale —intento digerir lo igual que me da ese pedacito de información nueva con un baile interno.

—Yo estoy felizmente casada con Karson Blackwood, hombre que me hizo madrastra de Calíope y Aquiles, y madre de Hileya y Bennett.

—¿Calíope y Aquiles? ¿Como en la mitología griega?

—Sí, su madre quiso hacerse la guay y ahora van a tener que aguantarse hasta los dieciocho como mínimo, pobres.

Me reservo mis opiniones sobre Hileya.

¿Láhria? ¿Esto también es obra tuya? Manifiéstate si es que sí.

Keylah mueve una mano delante de la cara.

—En fin, son cuatro demonios, cinco con el padre, pero me hacen la mujer más feliz de todo Saltwater.

—Ya imagino. Deben mantenerte ocupada.

—Los niños según la fase lunar se comportan, pero Hileya y Calíope son unas guerreras y juntas pueden ser explosivas.

Me contagia su alegría, pero no puedo evitar la punzada de dolor en el pecho.

—La más feliz y la más holgazana —dice Raphael exponiendo sus dotes multitarea porque mientras le lanza una mirada sarcástica a su hija, pone delante de mí una inmensa jarra llena hasta los topes, pero no de cerveza.

De café humeante con un gran sombrero de nata acompañada de un montón de

caramelo y una civilización de trocitos de chocolate por encima. ¡Hasta le ha puesto una maldita sombrilla decorativa! No me escondo, se me hace un nudo en la garganta del tamaño de mi puño.

La diferencia de edad nunca ha sido un impedimento real para el amor, ¿a que no?

—Esto es… increíble. Nunca he bebido nada así. Es como tener una fiesta en mi café.

—Mírala, si vas a hacerla llorar y todo —Keylah le da un codazo—. Ya te vale, ¿no te da vergüenza?

—Que lo disfrute, joven —dice Raphael llevándose a su hija a la otra punta de la barra, donde hay más clientes solicitando atención.

Vaya, y ni siquiera he tenido oportunidad de pedir la mano de su padre.

Estoy alzándome sobre mis puntas, tratando de llegar al bote de propinas con forma de tiburón con el nombre de Raphael escrito en letras azules, cuando alguien choca contra mi hombro balbuceando un «lo siento» mal pronunciado. Resbalo por el fango de mis tacones y acabo en… En el suelo no. Unos segundos de trance después, me doy cuenta de que alguien me ha cogido de la cintura y me está sujetando desde detrás.

No, alguien no: él.

Miro por encima del hombro para comprobar lo que, de alguna forma mi cuerpo ya sabe. ¿Y qué pienso justo en ese momento? Que jamás he besado a un hombre sin barba, pero que ahora mismo daría mis órganos vitales por besar a este. *Aire, necesito aire.* JL me suelta como si mi mirada hubiera sido una advertencia y acto seguido, me alcanza el bote de propinas. La piel que ha tocado todavía me vibra cuando consigo hablar de nuevo.

—Muchas gracias.

Suelto tres billetes de diez en la boca del tiburón y vuelvo a mi sitio. O más bien me caigo sobre el asiento porque mis piernas no son gelatina, son un bombón deshecho.

—Esa es una propina muy generosa.

Se sienta a mi lado. *Sigue siendo muy alto.*

—Se la merece —señalo mi jarra y cuando aparta su mirada de la mía y la lleva hasta mi tesoro, alza la ceja que tiene partida y que le da esa aura de voy-a-protagonizar-todas-tus-ardientes-fantasías.

—Entiendo, vas a pagarle todo eso por provocarte diabetes. —Asiente para sí mientras remuevo la mezcla con la larga cuchara que él me consigue y que pronto descubro que llega hasta el fondo de la jarra—. No me parece un trato justo. ¿Tienes abogado?

—Eh, nadie necesita consejos médicos antes de las ocho de la mañana. Ni legales.

—¿Y económicos? Porque antes de dar la propina deberías probarlo y ver si está tan asqueroso como aparenta.

Le doy un largo trago para dejar de babear y tengo que frenarme para no acabar con la mitad de una sentada.

Emito una serie de sonidos de celebración y muerte-por-dulce muy variados y oigo algo a mi izquierda. Algo similar a una risa vibrante que me hace voltear la cabeza y ver que… Sonríe. Dios, este espécimen de pirata se atreve a sonreír de verdad, transmitiendo un carisma soberano y mostrando todos esos dientes en un gesto que le favorece horrores y que a mí…, *pfff, a mí definitivamente me está subiendo el azúcar.*

—Perdona —sacude la cabeza y juraría que se enrojece, no sé por qué.

Ni por qué me pide perdón. Pero es que mi pulso zumba con la potencia de la batería

de un grupo de heavy, ¿sabes lo que te digo? Y ya tengo bastante con intentar recomponerme y aparentar ser una persona normal como para jugar a las adivinanzas.

—Esto convertiría cualquier lunes de lluvia en un finde-Mountville.

—¿Qué es un finde-Mountville?

—El foco de todas mis fantasías más salvajes.

A mí lo de usar el cerebro antes me gustaba, era uno de mis hobbies, pero es evidente que ahora solo hay una neurona al volante de la limusina Dooren.

Acepta el café solo que un camarero le pone delante sin que haya existido interacción previa.

—¿Cuándo has llegado a Saltwater?

—¿Cómo sabes que no soy de aquí?

—Porque no te has limpiado el calzado al entrar y cualquier residente conoce las costumbres de las zonas embarradas —les echa un largo vistazo—, y porque yo sí lo soy.

Trago saliva.

—Tomo nota —me aparto un mechón ondulado que se empeña en no quedarse tras mi hombro. Me lo corté sanando, olvidándome de la antigua Daisy, de todo lo que mi vida «debía ser». *Liberándome.* Pero ahora una parte de mí desearía tenerlo largo para que hubiera una barrera entre mi piel y su vibrante mirada. Algo con lo que frenar este sofoco químico descontrolado y excesivo que me está dando y solo puede significar una cosa: muerte inminente.

—¿Y bien?

—Ahh, ¿crees que debería salir afuera a limpiarme los…?

—No.

—Mmm, vale. ¿Y…? ¿Y qué tal es vivir en Saltwater? ¿Suele llover así a menudo? He visto que hay muchos barcos en el muelle, fijo que se llevan una buena tunda con las olas bravas. ¿Tienes uno? Estoy segura de que el noventa por ciento de los trabajos de por aquí consisten en estar ahí fuera.

Sonríe de forma lateral y sus ojos brillan un poco. No entiendo lo que ve. Ni por qué parece tan cómodo y contento. Ni por qué lo estoy yo, joder.

—El precio de una respuesta es otra respuesta —su voz grave tiene tanta presencia que casi le pongo un asiento, pero me limito a asentir.

—Hoy, he llegado hace nada.

—¿Y vas a quedarte o estás de paso? —pregunta ofreciéndome una servilleta.

Galantería pirata, que lo llaman.

—Solo unas semanas —vuelvo a beber porque con la boca llena no puedo seguir diciendo verdades.

Es un desconocido que, hasta donde yo sé, podría estar loco como una cabra. Ser de la clase de persona que va comprándole calcetines sudados a chicas adolescentes y luego haciendo guarradas con ellos. *O peor, podría no tener ningún defecto en absoluto.*

—Vivir en Saltwater es agradable una vez te acostumbras a ver el sol a través de las nubes negras. —Se levanta tras vaciar la pequeña taza de café, luego hace algo extraño: deja un billete excesivo para su café solo—: Bienvenida.

¿Acaba de invitarme al mejor café de mi vida?

No, no, seguro que no.

—Esa también es una propina generosa.

El tío tiene la indecencia de seguir sonriéndome, luego mira a uno de los chicos tras

la barra y dice:

—Joshua, me cobras también lo de ella, ¿vale? —el chico le asiente y me lanza una mirada que no entiendo.

Ni tampoco qué narices está pasando. Lo habitual es que un tío choque contra mí, me tire las cosas al suelo, y después de que yo le pida perdón, ambos sigamos con nuestras vidas.

—¿El precio de una respuesta no era otra respuesta? —pregunto—. Esto es excesivo.

—Tengo que irme ya, pero… —JL saca una tarjeta y me la ofrece—. Llámame si la lluvia te coge desprevenida y necesitas que alguien te rescate.

La situación y el peso de sus palabras me dejan clavada en el sitio.

Observo cómo camina hasta la puerta con la seguridad felina de, ¿qué sé yo? ¿Un jaguar? Me obligo a cerrar el puño, arrugar el papel y tirarlo, pero no lo hago. Mi cerebro vuelve a dar la orden alto y claro, pero mis dedos no obedecen. De repente, dos niños y dos niñas entran en el bar y él les corta el paso. Uno de los niños extiende los brazos hacia él para que lo coja y JL lo hace sin dudar.

La imagen es demoledora. Mis hormonas empiezan a jugarme malas pasadas. Entonces el pequeño en cuestión señala la barra, JL se gira y me… me sonríe. Con un niño en brazos. Me sonríe sujetando un niño en brazos. *Ufff, no. Arrúgalo, Daisy. Arruga el papel y no vuelvas a pisar este lugar. Cancela el trabajo, emigra a otro país, ¡corre por tu vida!*

Puede que me ardan las mejillas, que se me caiga la baba y que baje la mirada hacia la tarjeta con tal de despegar la vista de la escena, sí. Pero definitivamente, lo último que me espero es leer el número de teléfono y que me resulte familiar. *¡Pam!* La verdad es una flecha llena de espinas que me atraviesa de lado a lado. *No es posible.* Miro hacia la puerta pero ya no está. Ni fuera, ni en ninguna parte.

JL es… John-Luke. Como en John-Luke MacAlister.

Digiero la terrible noticia como bien puedo. No funciona. Debe ser porque la negación siempre es el primer paso. *¿Me estás diciendo que voy a trabajar codo con codo con él?* El suelo bajo mis pies se abre y caigo sin freno.

—Eh, ¿pero qué hacéis aquí, pingajos?

Keylah ha salido de detrás de la barra y se para delante de mí cuando esos mismos cuatro niños se le echan encima. *Igual reparten abracitos.*

—Papá ha dicho que podíamos parar a saludar.

—Está fuera, esperándonos con el coche en marcha.

—Hola —interviene una de las niñas, la que es tan rubia como Keylah.

—Hola, supongo. —La madre reparte besos y mientras un par fingen asco, el otro par se los devuelve.

Mi cuerpo entero sufre un retortijón intenso. *Qué monos. Cuantísimo me gustaría tener… en fin.*

—Mamá, si fueras un unicornio tendrías el cuerno más brillante del mundo.

—Aquiles, ¿qué…?

—Mami, cuando sea grande, ¿puedes seguir siendo mi compañera de siestas? —pregunta la niña pelirroja, a lo que asiente con cara de necesito-una-ahora.

—Mami, mami, mami, ¿sabes que te quiero más que a mi mantita? —pregunta el chiquitín rubio que estaba en los brazos de John-puto-Luke-puto-MacAlister.

—Más te vale, Bennett, ella no te dio a luz —Keylah resopla—. Y está claro que

vuestro padre no sabe lo que dice, este no es lugar para niños. ¡Anda, fuera! ¡Que llegaréis tarde al cole!

—Se le ha manchado el vestido —la niña rubia me señala, y también a mis sandalias.

De repente resulta evidente que no soy invisible y que todos pueden ver cómo me he quedado embobada con la escena. *Mierda.*

—Pero tiene flores, es bonito igual —asegura la otra niña.

¿Oyes eso? ¿Oyes cómo me cruje el corazón? Los niños se limitan a asentir conformes. *¡Que asienten te digo! Socorro, SOS.*

—Igual puedes conseguir que se quite con agua —dice Bennett con la más pura esperanza dibujada en su inocente rostro.

Me bajo del asiento y me doblo para estar a su altura.

—¿Y si decimos que es una nueva moda?

—Pero nadie se lo creería —dice la niña rubia, preocupada.

—¿Cómo que no, Hileya? —le reprende la madre—. Moda total. ¿Quién lo va a poner en duda, a ver? ¿Quién?

—Se lo creerán si nosotros soltamos el rumor primero —dice Aquiles, convencido.

—A mí se me da genial soltar rumores —dice Calíope, Hileya se ríe y le lanza una mirada cómplice.

—Perfecto, pues tenemos un plan —concluye su madre y yo me yergo acabando con la conversación antes de que acabe ella conmigo—. ¡Ahora fuera de aquí!

—Mamá, no nos has presentado.

—Aquiles…

—Es de mala educación —insiste arrugando la frente y pillándose un labio con otro en un claro «sé que me la estoy jugando».

—Daisy-mis niños, Demonios-Daisy, ¡ahora largo, pingajos!

—Eh, eso es trampaaaa —dice Aquiles mientras huyen hacia la salida perseguidos por su madre, que vuelve conmigo cuando alcanzan la puerta.

Madrastra de dos, madre de otros dos. Una gran familia. Carcajadas infinitas, pies corriendo por los pasillos, amor incondicional… suena genial.

—Si quieres subir a cambiarte, hay un baño grande en el piso de arriba —me dice en tono confidencial, agarrándome del brazo como una amiga que no me merezco.

—No te preocupes, no hace falta. Sigue lloviendo y soy bastante torpe, volvería a mancharme —*además, me muero de ganas de salir de aquí, y envidiarte en soledad.*

Los siguientes latidos duelen más, pero a medida que me alejo del Ancla Oxidada, la cosa mejora. Sobre todo cuando me recuerdo que ya no hago esas cosas: ni la fiesta de la lastimita, ni la de la autocompasión, ni la de vida-date-prisa-que-ya-tengo-veintisiete, ni la de ¿y si el amor no está escrito para mí?

En vez de eso me centro en el trabajo. *Es decir, en lo que puedo controlar.*

—No importa que el pirata haya resultado ser mi futuro compañero de trabajo —me convenzo siguiendo las indicaciones de Google Maps mientras me guía hasta mi nueva residencia, con mi risa histérica de fondo—. Puedo fingir que el Ancla Oxidada no ha pasado y que esto no me complica las cosas, igual que puedo fingir que no creí que iba a trabajar con su padre, Ewan MacAlister, cuando acepté el trabajo hace meses.

¿Qué podría salir mal, salvo absolutamente todo?

Me alojo en su casa porque Sr. MacAlister fue claro: no iba a estar yendo y viniendo a la ciudad porque sería una pérdida de (su) tiempo y una inconveniencia que no pensaba

tolerar (por mí), así que su colaborador (yo) debía instalarse en la mansión sí o sí.

Preferiría un hotel, pero tampoco es una gran molestia. Me he pasado el último año trabajando por todo el país con tal de ascender e imagino que tendrán espacio para mí. Hacer bien este proyecto me permitirá alcanzar el siguiente escalón y teniendo en cuenta que el éxito es lo último que mi jefa quiere verme conseguir, no puedo fallar.

Vuelvo a ver sus ojos, a sentir sus dedos contra la fina tela de mi vestido… no soy capaz de reprimir la descarga. Ignoro esa vocecita que me recuerda *todo* lo que se dijo en la reunión, ese gran e impresionante número de logros académicos que de inmediato me hicieron pensar en el padre y no en el hijo. *Otra descarga.*

Según mi reciente búsqueda en internet, el padre murió hace siete años, así que le resultaría bastante imposible seguir molando en el campo de la biotecnología. *Una lástima, porque era un tío brillante como pocos.*

Llego al muro que bordea la finca y luego a la verja de la entrada, pulso el interfono, hablo con una mujer y me abre cuando me identifico. Me recibe un bonito sendero acunado por árboles frondosos cuyas hojas silban con el viento, uno que recorro embobada y que pronto se transforma en el extenso jardín de flores previo a… *guau,* la mansión. De inmediato pienso en Londres y en el castillo de mamá. *Esta podría ser la hija.*

Las torretas se elevan desde las esquinas dándole un aire de grandeza y los tejados son azulados a dos aguas. La piedra beige de la fachada se ve decorada por enredaderas de hiedra, estrechas y altas y ventanas, y también por algunos balcones que parecen el escenario perfecto para Romeo y Julieta.

El jardín es otro espectáculo. Hay setos con forma de caballos, delfines y otros animales y tienen pinta de estar en movimiento. Una gran fuente envejecida por el tiempo en el centro, rodeada por tulipanes, claveles, lirios, rosas y… margaritas. *¡Qué preciosidad!* No puedo resistirme a coger una que ha caído al suelo cerca del camino.

—Buenos días.

Alzo la cabeza y veo a un jardinero rapado y con dilataciones en las orejas, subido en dos escaleras, (sí, sí, con un pie en cada una) arreglando la cabeza de uno de los caballos con sus tijeras de podar. *Este tío lleva lo que es ser guay en la cara y el piercing del labio inferior.*

—No la he arrancado, se había caído. —No dice nada—. Soy Daisy Dooren.

—Creed Jones. —Sonríe y mueve las cejas—. El señor MacAlister la está esperando —vuelve a lo suyo y yo me quedo ahí parada unos segundos intentando analizar cómo alguien puede sudar confianza.

Igual viene con lo de ser equilibrista.

Tiro de mi maleta hasta la entrada y suspiro antes de golpearla con los nudillos. *Dice que me está esperando, pero lo dudo. Para él soy Didi-sin-apellido.* Me abre la puerta la dueña de la voz de antes, la de la verja.

—Bienvenida a Saltwater, señorita Dooren. —Mayor, coleta baja y gris, la mujer lleva el mismo atuendo negro y gris que el jardinero, y de verdad parece contenta de verme.

—Gracias, encantada de conocerla. Es un placer estar aquí —le ofrezco la mano, pero la mira raro, como si el gesto estuviera fuera de lugar—. ¿Cómo puedo llamarla?

Otra mirada, esta aún más rara.

—Soy la jefa de servicio, puede llamarme así, si le parece bien. Venga conmigo, voy a enseñarle su dormitorio —sonríe, me da la espalda y echa a andar.

Me guardo la mano para dejar de parecer tonta y la sigo. *Esta mujer aparenta ochenta años, pero se mueve como una de cincuenta, menuda velocidad lleva.* Cruzamos una habitación con chimenea y piano, y Miss Secretismo alza la voz para llamar a alguien cuyo nombre no entiendo del todo, pero que en pocos segundos viene a por mi maleta.

Todavía la estoy sujetando cuando nos topamos de frente con John-Luke MacAlister. Una versión más formal del hombre que he conocido hace un rato. Una aún más impactante que me arrebata todo el oxígeno de los pulmones para siempre. *No, tío, traje no, cualquier cosa menos eso.*

—¿Didi? —Sonríe ampliamente, uniendo las cejas—. ¿Qué estás haciendo a...? —Sus ojos caen hasta la maleta que sujeto, luego hasta la jefa de servicio, la escena en sí y entonces vuelve a mí.

Sus labios quedan entreabiertos a mitad de una palabra que nunca llega. Querría haber dicho «sorpresa» o algo por el estilo, pero no puedo porque toda la alegría se ha esfumado de su rostro ahora endurecido por algo que huele a rabia. Casi puedo oírle maldecir. Me quedo tiesa, fría y empiezo a sentirme muy incómoda con el silencio.

—En realidad nadie me llama así, solo Keylah. Mi nombre es Daisy Dooren —admito cuando se llevan mi maleta.

Doy las gracias a los empleados y cuando me quedo sin cosas que hacer, no me queda más remedio que volver a mirar a MacAlister. Mi estómago se da la vuelta.

—Daisy Dooren.

—Sí.

—¿*Tú* eres Daisy Dooren?

—Sí.

—¿*Tú* has venido por el proyecto de la farmacéutica PharmaGenix?

Lo pregunta como si fuera una pesadilla de las gordas, como si esperara que yo le despertase. Sabía que venía una mujer, así que su rechazo no puede ser machismo. *¿Entonces qué es?*

—Exacto, sí —carraspeo—. ¿Esperabas a alguien más alto? —intento sonar divertida, pero para eso mi voz debería salir menos estrangulada.

Cierra los ojos durante un largo momento y aprieta los dientes, incluso los puños. Le veo hacer una respiración profunda y siento que he entrado al cine a mitad de película, que he llegado a la boda justo después de que alguien tenga algo que objetar. John-Luke se gira hacia la jefa de servicio ignorando mi comentario y presencia, y le dice:

—Hazla subir a mi laboratorio después de enseñarle su dormitorio.

Pasa de largo por mi lado sin ni siquiera mirarme.

¿Pero este tío de qué narices va?

2

John-Luke



Un clon rubio de mí aparece antes de que suba las escaleras de caracol hacia mi dormitorio para darme una ducha y ponerme el traje.

—Uyy, ¿y esa sonrisa? —Kían se acerca con el casco bajo el brazo y el sueño todavía marcándole la cara. Nunca ha sido muy madrugador—. ¿Es por tu nueva compañera?

—Estaba teniendo una buena mañana hasta que me lo has recordado, capullo. —Le choco la mano y le doy unos golpes en la espalda, igual que él a mí.

—¿Te vas a llevar bien con esta? ¿O será como el resto?

—Haré todo lo que esté en mi mano para que sea más rápido que nunca. ¿Te marchas ya?

—Sí, la Antorcha Humana hoy tiene turno largo.

—No hables de ti en tercera persona, es de pringados.

—Si lo hago yo, es de tiarrón —camina de espaldas, alejándose de la escalera—. Por suerte no falta nadie en el parque, así que sea lo que sea, será pan comido.

—Vigila con la moto. *—El muy imbécil se niega a comprarse un coche y madurar.*

—Eres mi hermano, no mi padre, ¿recuerdas?

—¡Y sal de todas las casas en llamas en las que entres! —alzo la voz antes de que desaparezca tras la puerta noreste que da al garaje.

Sé que tiene una flor en el culo, que por mucho que se la juegue siempre le sale bien. Pero joder, a veces no entiendo cómo ha llegado a sus veintinueve años.

Me da tiempo a poco más que una ducha y cambiarme antes de bajar y cruzarme con *ella*. La mujer del vestido azul de flores y el medallón rodeando su cuello de cisne. Didi, que no es Didi sino Daisy.

Entonces todo se va la mierda.

Cierro con tal portazo que las ventanas del laboratorio tiemblan.

Debería haberme calmado en los diez minutos que tarda en llamar a mi puerta, pero he conseguido todo lo contrario. Suelto el boli y cierro el cuaderno negro maldiciendo esa llamada de mierda que acabo de tener con mi jefe. *Joder, si es que voy de puto mal en puto peor.*

—Adelante.

—Ya estoy oficialmente instalada —dice con una amplia sonrisa de la que sé que no puedo fiarme, sus manos ahora están libres de margaritas. Duda qué hacer con la puerta y tras unos segundos, la entorna—. Hola.

Incluso a esta distancia el turquesa imposible de su iris me deja pegado a su mirada enmarcada por un mar de tupidas pestañas negras. Un rostro demasiado delicado y cargado de inocencia como para tener la edad que tiene. *Veintisiete, según leí.* Y de su cuerpo mejor ni hablo. Joder, no debe medir más de uno sesenta, pero aun así se las apaña para que cada centímetro esté invadido por flores. *Me encantaría decir que no me he fijado, pero me he fijado un huevo.*

—Hola —respondo y se lo toma como un «pasen y vean».

Entra en *mi* santuario, *mi* mezcla de organizado caos clínico y tecnología puntera. Sobre amplias mesas de acero inoxidable descansan microscopios de última generación, diez de los cuales estoy utilizando actualmente, y es lo primero que mira. *Babea por ellos*. Junto a los armarios de suelo a techo están las impresoras 3D, y al fondo de la sala, los brazos robóticos conectados a ordenadores potentes manipulan muestras con una precisión inhumana.

—Daisy —la llamo, no parece tener suficientes ojos para quedarse con todo.

—Joder, tu laboratorio es… —jadea girando sobre sí misma—. Es espectacular.

—No fisgues, ¿quieres? —le gruño y se queda petrificada. *Ahora sí me ha oído*—. Rosemary llegará en menos de una hora, más vale que acordemos una forma de tratar con el otro que no dé a entender a nuestra mediadora de PharmaGenix que va a necesitar pasar más tiempo con nosotros.

Daisy es de una empresa, yo de otra, ambos hemos sido contratados por una gran farmacéutica para acabar un proyecto a medias y Rosemary V. Athleen se encargará de echarnos un ojo con tal de asegurarse que no holgazaneamos. Lo cierto es que yo llevo años metido en esto y he trabajado con *muchos* biotecnólogos. Por desgracia sé que esta va a ser la peor de todas.

—Mmm —Daisy se frota el antebrazo y cambia el peso de una pierna a otra—, perdona, ¿se me escapa algo?

—¿Cómo dices?

—¿Tienes algún problema conmigo? —La vulnerabilidad aumenta en sus rasgos femeninos y delicados—. Desde que he llegado pareces muy distinto a… antes.

Estrecho la mirada y me obligo a no acercarme, pero mis pasos se mueven solos y abandono mi mesa.

—¿A qué estabas jugando?

—¿Disculpa?

—Has fingido no saber quién era, ¿por qué? ¿Para qué?

—No estaba fingiendo nada. No sabía quién eras.

—*Ya*.

—¡Va en serio! Nadie me enseñó qué aspecto tenía el señor MacAlister del que me hablaron en la reunión del proyecto, al oír el enorme currículum supuse que se trataba de tu padre. Pero ahora ya sé que está… bueno… Te acompaño en el sentimiento. —Carraspea—. En cualquier caso, si hay alguien aquí que ha fingido no conocer al otro, ese eres tú.

—¿Fin…? ¿Fingir? —Ahora me cabreo de verdad. Saco el móvil y tardo dos segundos en encontrar la foto—. ¿Tan difícil de creer se te hace que no viera el parecido entre esta mujer y tú? ¿Quién cojones pone una foto así en su LinkedIn?

—¿Qué tiene de malo? Fue un gran día, acabábamos de descubrir…

—¿La bata?

—Sí, me va un poco grande, pero…

—¿Y el pelo?

—No me favorecía llevarlo tan largo, no… —Se acerca observando bien la foto.

—Esta *no* eres tú.

—Sí, sí lo soy. Lo verías si pudiera quitarme las gafas de laboratorio que llevaba, pero no domino el Photoshop. —Hace una mueca y toquetea *mi* móvil—. Mira, fíjate, llevo un

vestido de flores debajo. Soy del todo yo.

Sí, es cierto, lo lleva. Uno que no tiene manchado de barro. Guardo el móvil para que deje de tocarlo.

—Esa excusa deja mucho que desear.

—No es una excusa y, en mi defensa, NeuroSynTech nos obliga a actualizar la foto cada cinco meses y tuve que tirar de carrete.

Hago una respiración y lo sé, que ahora cada centímetro de mi jardín se me va a atragantar. Me doy la vuelta y me aparto, camino hasta mi mesa y no es suficiente. *Flores y más flores. Joder, la puta droga.*

—Hay algo más sobre lo que tenemos que hablar antes de que llegue Rosemary —aprieto los nudillos contra la madera.

—¿Sobre cómo hemos aclarado el asunto y este va a ser el mejor proyecto de nuestras vidas?

Joder, no.

—Por política de empresa, tu superior se ha puesto en contacto con el mío y él me ha llamado hace un rato para darnos una muy, muy mala noticia.

—Tan mala no será, no pueden habernos despedido tan pronto.

—Hasta el momento, siempre he sido el jefe del proyecto. Es lógico, dadas las circunstancias, ya que soy quién tiene más conocimiento del tema. Pero ahora quieren cargarse la jerarquía.

Asiente, medita mis palabras unos segundos mientras camina hasta mí.

—¿Y eso te disgusta?

—Mucho.

—¿Es de lo que va todo el asunto de la furia? —pregunta con cautelosa y ofensiva incredulidad, alzando una resabida ceja—. ¿Te molesta no ser el jefe?

—No es una cuestión personal, no soy un crío estúpido que no pueda seguir órdenes de alguien brillante. Estoy hablando de lo que es más eficiente, no puedo avanzar si tengo que estar pidiéndote permiso en cada cosa que haga —sé que he sido tajante cuando da un respingo.

—Pero vamos a estar trabajando codo con codo, no será tan difícil levantar la cabeza de la mesa, mirar a tu lado y preguntar…

—Tú no vas a trabajar aquí.

—¿Te imaginas? Sería una faena después de haber venido a tu casa para hacer precisamente eso.

—Me refiero a —muevo el índice—, *aquí*. Tu laboratorio está al otro lado del pasillo. —*Bien lejos*—. El único tiempo que pasaremos juntos será cuando Rosemary esté presente.

—¿Por qué?

—No trabajo bien con otras personas.

—Se equivocaron en lo de viejo, pero no en lo de hosco y huraño… —murmura entre dientes cruzándose los brazos por encima del pecho.

—¿Cómo dices?

—Digo que aun así deberíamos discutir todas las decisiones. Siento si te incomodan un poco las relaciones personales, pero es lo mejor para el proyecto.

—No, no lo será.

—¿Cómo lo sabes? Nunca has trabajado conmigo. —Tiene la desfachatez de

sonreírme otra vez y mi cuerpo de… *reaccionar*—. Soy un encanto y súper lista.

—Serías la primera biotecnóloga que conozco que se refiere a sí misma como "súper lista". —Vuelve a temblar con un escalofrío y la recorro con la mirada. Sus delicadas sandalias de tacón embarradas, el bajo de su condenado vestido manchado de barro, es evidente que está congelada—. Deberías ir a cambiarte de ropa.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Las primeras impresiones son clave y tú pareces una vagabunda.

—¿Vagabunda? —repite como si fuera lo último que pensara escuchar de mi boca, pero no muevo un músculo.

—No me gustaría que el hecho de que estés en mi casa vaya a provocar que te tomes demasiadas confianzas.

—Descuida. —Aprieta los labios conteniendo lo que probablemente sean una ristra de insultos, da media vuelta y se marcha dejando la puerta abierta, permitiéndome oír el taconeo irritante mientras se aleja.

Esto va a ser una mierda monumental.

Suerte que durará, a lo máximo, setenta y dos horas.

—¿Estás solo? —susurra Alex minutos después asomándose por la puerta, inspeccionando el interior del laboratorio con cautela.

—Ya no —digo mirando el reloj de la pantalla de mi ordenador, ese que me recrimina que no haya empezado a trabajar todavía.

—Tío, no me has despertado, ni dado los buenos días y encima has ido a desayunar al Ancla Oxidada sin mí. Ya te vale. —Se pasea hasta mi mesa—. Te odio.

—Ayer dijiste que querías dormir, que habías hecho tanto ejercicio en tu clase de *pilates* que necesitabas hibernar hasta que los seres humanos dejáramos de cargarnos el planeta. Pensaba despertarte el miércoles con las malas noticias.

—Uhh, estás de mal humor —se sienta en mi mesa—. ¿Has cabreado a quien no debías y han acabado escupiendo en tu café? Señálame a quién y le haré la zancadilla.

—Vete, Alex. —Pongo mis claves de seguridad en el ordenador y empiezan a abrirse todas las pestañas que dejé anoche a medias.

—Así que ya ha llegado y a este también lo odias.

—Esta.

—Oh, sé que el odio de Satán no hace distinción de género. —Desvía su mirada azul hacia la puerta—. ¿Tendrá algo que ver con el enorme ego que tenéis los biotecnólogos? El conocimiento tiene un alto precio y ese es la pérdida total del buen carácter y, por supuesto, de las habilidades sociales.

Menos mal que es la última, que después de ella ya no vendrán más, porque si no acabo en una urna.

—Tengo una puerta alucinante, tío, ¿por qué no la miras por fuera?

—Venía a decirte una cosa sobre la señora Stapleton, JL.

Mis dedos se detienen sobre el teclado, pero no aparto la mirada de la pantalla.

—¿Qué le pasa?

—Dicen por ahí que hace días que no sale de su casa.

—Estará cansada de que la molesten, ¿y sabes qué? Puedo entenderla.

Alex se baja de la mesa y hace eso de inclinar la cabeza y juntar las manos antes de pedir un favor, como si aún fuera un crío de ocho años.

—¿Podrías ir a verla?

—Ya la he visto esta mañana, está perfectamente —digo recordando la lluvia, el taxi, lo rápido que ha pasado todo y lo mal que podrían haber salido las cosas.

Se ha empapado y ha parado el tráfico por salvarla. Aprieto los dientes. *Lo peor es que no esperaba que cara a cara, a una corta distancia, Daisy fuera tan…*

—Pues vuelve esta tarde y habla con ella del tema.

—Qué plasta eres, cojones.

—Sé que siempre has sido su favorito, pero yo también la aprecio mucho. Dudo que nos coja el teléfono a ninguno porque es así de antisocial. ¿Crees que podrás ir y aclararlo?

—Sabes que haría lo que fuera por ti —le cojo de la nuca. Bajo el tono y clavándole los dedos añado—: si te largas antes de que me enfade, iré a verla cuando termine de trabajar.

—Pero tú siempre estás enfadado.

—Esa no ha sido una respuesta inteligente, caraculo.

Alguien carraspea en la entrada, lo suelto y veo a… *un hada mágica del bosque*. Aparto la vista de su vestido verde en cuanto soy capaz, que no es pronto. Alex se tensa de inmediato y se separa de mi mesa. Se despide de mí con un gesto de cabeza y camina hasta la puerta. Daisy le obsequia la mejor de sus sonrisas y dice:

—Guau, me encanta tu blazer. Soy Daisy, por cierto, enc…

—Ya, bienvenida. *O lo que sea*. —Alex pasa de largo y sale de mi laboratorio.

Aprieto los puños al tiempo que una maraña de nubes negras se retuercen en mi estómago cuando ella se guarda la mano que le ofrecía con una mueca triste y disimula toqueteándose el medallón que lleva atado al cuello. Pero no puedo culparlo a estas alturas. *En absoluto*.

Mi interfono suena en la mesa y la voz de Mhílena llena el espacio cuando aprieto el botón verde.

—Rosemary está cruzando la entrada, señor MacAlister, ¿la hago subir?

—Sí, muchas gracias.

—¿Cómo se llama esa mujer?

—Daisy, esto no es una buena idea. No lo es y cuanto antes lo aceptemos mejor. Si quieres retirarte ahora, puedo pedir a mis abogados que hablen con Rosemary para agilizar el trámite y que no te inunde con papeleo. Haré todo lo que esté en mi mano para convencer a PharmaGenix de que tienes un asunto personal que no puedes ignorar.

—¿Un asunto? Espera, ¿retirarme? —Junta sus finas cejas—. ¿Por qué iba a retirarme?

—Porque no existe forma posible de que esto salga bien. Vamos, has tenido que oír algo sobre mí.

—No, la verdad es que no. No me van mucho los cotilleos, ¿sabes? Solo la ciencia. —Se encoge de hombros—. He venido hasta aquí para desarrollar un tratamiento genético revolucionario y eso es lo que voy a hacer. Seas quien seas —traga saliva—, y hagas lo que hagas.

Encima tiene agallas.

Qué puta mala suerte.

Le doy la bata a Daisy y me pongo la mía justo antes de que llegue Doña Fruncida. *Digo, Rosemary*. A sus cuarenta y ocho años, tiene el aspecto demacrado típico de una científica hastiada de su propia mediocridad, una que ya no se molesta en ocultar. No

puedo culparla, su trabajo no es muy interesante: no investiga, solo juzga a los que lo hacen. Estoy convencido de que no se licenció para eso. Desde que trabajo con la farmacéutica PharmaGenix, ella ha estado en mi vida y puedo asegurar que no ha existido un solo momento agradable.

Daisy es la primera en tenderle la mano. Ver cómo la trata pese a su simpatía, me deja asqueado.

—¿Y estás segura de que tienes la titulación necesaria?

—Imagino que es un buen momento para recordar que ya tengo veintisiete —por cómo le habla, parece que se conocen.

—¿Qué puedo decir? Das el perfil de una cría recién salida del instituto.

—Eso es por la falta de sol, no hay de qué preocuparse —Daisy sonríe.

Su amabilidad es como el número pi (∏): infinita e irracional.

La mía no.

—Deberíamos empezar a trabajar —digo y cuarenta minutos después, estoy a punto de volcar la mesa porque esto ya lo he vivido demasiadas veces.

—Debemos fijar unas fechas de control.

—¿Fechas de control? —le pregunta Daisy.

Básicamente, quiere que le demos día y hora en el que vamos a ir haciendo cada descubrimiento. Daisy me lanza una mirada cuando se lo explica a la que no correspondo, luego dice:

—Una fecha concreta sería difícil de cumplir, pero tal vez con una pinza de tres o cuatro semanas de margen…

Una carcajada irritante la interrumpe.

—Eso sería genial, ¿verdad, Daisy? Lo imagino, y también que vinieran todos los empleados de PharmaGenix a echaros una mano, pero me temo que no va a poder ser. —Se enrolla la apretadísima coleta en un par de dedos y juega con ella mientras me mira expectante.

Les doy el documento impreso que ya he preparado, ese con unas fechas que Rosemary querrá leer.

—Esto es ridículo —Daisy susurra cerca de mi oído.

—PharmaGenix basa su subvención en este documento —bajo el tono y aparto mi oído de sus labios.

—Pues no debería —susurra tajante.

—No parecéis del todo alineados. Me pregunto qué pasará cuando la cosa se ponga difícil. Es mi deber haceros saber, que si en algún momento no se cumplen los plazos, no dudaré en comunicarlo directamente a la junta —da una calada—. No es nada personal. ¿Cuál será la primera fase del proyecto?

—Investigación a fondo, necesitamos leer cada artículo y estudio relevante —*en mi caso, los que no haya analizado todavía.*

—Lo primero debería ser diseñar el protocolo experimental.

—Diseñar un protocolo sin una revisión exhaustiva es saltar a ciegas, Daisy.

—No, si ambos conocemos el proyecto.

—Leer un par de informes en tu taxi hasta aquí no te hace conocer el proyecto.

—Disculpa, ¿crees que me ofrecieron esta oportunidad por ser muy simpática? Estoy más que involucrada en el bloqueo del sistema nervioso, he participado en numerosos proyectos cuyo éxito me ha conseguido est-.

—Yo lo conozco más que nadie y ni siquiera voy a saltarme la investigación. Será la primera fase, fin de la historia.

—De fin nada, no estoy de acuerdo —suelta, su tenacidad haciéndome cosquillas donde no debería.

—Es fascinante que ni siquiera podáis poneros de acuerdo en algo tan básico, ¡y eso que todavía no habéis empezado a trabajar! —Rosemary se carcajea—. Me pregunto si debería proponer ser la líder del proyecto, además de la mediadora. Tal vez lo proponga en la próxima reunión.

—Él es el líder del proyecto.

Giro la cabeza tan rápido hacia Daisy que no sé cómo cojones no me parto el puto cuello.

—¿De veras? —tantea Rosemary.

—Sí, lo hemos hablado antes —continúa.

Acaba de meterse en la boca del lobo ella sola y por voluntad propia. No seré yo quien la saque de ahí.

Empezamos a tantear el terreno de las pruebas que haremos en el futuro, contando con un invitado especial: Doña Fruncida echándonos el aliento espeso en la nuca. La taladrante alarma del móvil de la non-grata nos advierte de la feliz noticia: se acabó. Rosemary se va y siento que una hora a solas con el saco de boxeo del ático no será suficiente para recuperarme de esto.

—Guau, eso ha sido… no me lo esperaba así.

—Nadie se lo espera. —La primera vez que Rosemary salió de mi despacho, tardé cinco segundos en buscar cuánto tarda una mansión en arder por completo: demasiado, ya había llegado al jardín.

—Sin duda es de las que motivan al personal, facilitan el buen ambiente laboral, no piden resultados desorbitados y tiene la delicadeza de no convertir a todos los del entorno cerrado en fumadores pasivos. —Se frota las sienes.

—Ya lo ves. Bueno, hasta mañana. —Camino hasta mi mesa.

—Un segundo, hay mucho de lo que tenemos que hablar.

—¿Sí? ¿Sobre qué? —abro las ventanas que quedaban para ventilar y miro el salvapantallas de mi escritorio con desorbitado interés.

—Sobre todo, JL.

—John-Luke —la corrijo.

—Estamos en desacuerdo en cada pequeña decisión.

—Desde mi punto de vista, ha quedado todo muy claro.

—Pero si ni siquiera sabemos cómo vamos a enfocar la primera fase.

—Sí, lo sabemos.

Se detiene frente a mi mesa estudiándome con una mueca inquietante a la que no reacciono.

—¿Estás insinuando…? —no tiene pinta de ser capaz ni de decirlo.

—Daisy, no vamos a empezar invirtiendo nuestro tiempo con el protocolo experimental. Ahora si eres tan amable —señalo la puerta.

—Oye, corta el rollo, sabes que en realidad no eres el líder de nada y que esas decisiones no las puedes tomar tú solo.

—Ah, ¿no? —Me froto la mandíbula—. ¿Y por qué parece que sí?

Se le escapa el aire de los pulmones, se le enrojecen las mejillas y se le dilatan las

diminutas fosas nasales.

—Disculpa, ¿el área de tu ego es convergente o simplemente infinita? ¿Cómo es posible que no veas que lo he hecho para salvarnos? ¡Para no tener aquí a esa mujer ocho horas al día!

—Pero yo no te he pedido que lo hicieras, ¿verdad que no? —curvo los labios crispando su enfado.

—Aun así, nos he salvado. Te agradecería que a cambio dejaras de comportarte como un cretino —masca las palabras cerrando la tapa de mi portátil cuando vuelvo a mirarlo.

—Te recuerdo que estás en mi casa, te aconsejaría que corrigieras el tono.

—¿Es una amenaza? ¿Vas a castigarme sin cenar?

Joder. Vete de Saltwater, Didi.

—Es solo una advertencia amigable.

—John-Luke, lo que he hecho…

—No esperarás que la llame y le diga que hemos acordado volver a ser compañeros de equipo, teniendo en cuenta todas las discusiones que ha presenciado, ¿verdad que no? —Chisto la lengua—. Me da que eso volvería a poner ciertas ideas en su cabeza que no nos gustan del todo a ninguno.

—Me da igual lo que crea Rosemary, lo que me importa es lo que hagamos cuando ella no esté presente. —Me da en el pecho con el índice—. Tú y yo somos un equipo.

Le cojo de la muñeca para apartarla, pero tardo unos segundos en hacerlo. *Vuelvo a quedarme pegado, como en el Ancla, incapaz de soltarla.*

—En realidad, no. —Me levanto de inmediato reajustándome la corbata bajo su atenta mirada y camino hacia la puerta—. Míralo de esta forma, Dooren. Estás bajo la supervisión de alguien que lleva mucho tiempo en este proyecto y mucho más todavía en este campo científico. Que hayas accedido amablemente a cederme los mandos, no hará otra cosa que beneficiar y acelerar los resultados. Lo mejor será que no perdamos más tiempo.

—Pero eso no es… ¡Yo no…! Tú…

—Puedes acceder al material de trabajo al completo desde tu laboratorio que, como ya he dicho, está al final del pasillo. Allí encontrarás tu portátil. Tienes todo lo que puedes necesitar en la nube.

Cierro tras ella y los siguientes son mis ojos, nada más apoyar la cabeza contra la puerta. Esa es la última vez que veo a Daisy en todo el día, aun así, mi mundo gira en torno a ella. *Su currículum es excepcional.*

Exitoso proyecto universitario inventa un suero regenerativo capaz de curar lesiones graves de tejidos en tiempo récord…
Daisy Dooren lideraba la investigación junto con…

Esto puede ser un problema.

El cielo se oscurece llegada la tarde y aprovechando que no llueve, voy caminando hasta allí. Abre la puerta y enseguida empieza a refunfuñar.

—¿Por qué nadie entiende que la ausencia de llamadas no es nunca una petición de visita esporádica? —Stapleton se gira antes de darme opción a contestar, adentrándose en la casa con un perpetuo olor a canela y limón.

—Traigo un pastel de arándanos.

—Bien, déjalo y vete.

—¿Qué ocurre? —paso de largo los sillones tapizados en tono mostaza y ocre, y la sigo a la cocina—. ¿No estás de humor para fingir durante unos minutos que soy la cruz y a su vez, el faro de tu existencia?

—¿Para qué gastar saliva? —alza la cabeza de forma exagerada para mirarme, como si mis ojos se encontraran en la cima del Everest—. ¿Con leche?

—Solo está bien —saco dos platos de los armarios altos, esos que por algún motivo se empeña en utilizar a pesar de que no llega—. ¿Y las servilletas?

—Las he cambiado de sitio, se calentaban con el horno.

—Suena terrible —Nos sentamos y empiezo a cortar pastel.

—¿Qué haces aquí, chico? ¿Ya te has cansado de equivocarte en tu proyecto y has decidido venir aquí a tirar la toalla?

—¿Tirar la…? Disculpa, no tengo ni idea de lo que significa esa expresión —le pongo una porción pequeña delante.

—¿Por qué eres tan rácano?

—Porque llevas días sin dar tus paseos matutinos y sin ellos, no puedes tener más que una porción pequeña —le sonrío—. Hablando de lo cual, ¿te has unido a una secta? ¿A qué viene tanta clausura?

—A que soy vieja y el clima tan cambiante me pone de mal humor.

—Eso no es verdad, a ti todo te pone de mal humor.

Me pega.

—Fuera de mi cocina, y de mi casa, márchate.

—Ufff, qué calambre más tonto tengo en la pierna… —me agarro el cuádriceps—. Tantas horas de trabajo me están pasando factura, ¿ves estas ojeras? No es maquillaje, es consecuencia de lo que me exijo. Ufff, ufff, qué dolor.

—Menos mal que no te dedicas al teatro, Shakespeare ya sufrió bastante —se come un buen trozo disimulando la sonrisa.

—Solo lo dices porque te alegras de no tener que venir a mis funciones. Va, desembucha, ¿por qué no obedeces las recomendaciones de tu doctora? —desvía la mirada y lo tengo claro—. Has vuelto a discutir con Priscila y Davina, ¿a que sí? —Doy un trago al café.

—Solo porque son unas viudas odiosas que no hacen más que quejarse y quejarse. —Remolonea en comerse el último trozo.

—¿Y por qué no me has llamado a mí? —saboreo los arándanos y me encojo de hombros—. Me habría venido bien pasear.

—¿Dónde has dejado tus formas? No se habla con la boca llena. —Esta vez me da con el trapo de cocina—. Y para tu información, no necesito la compasión de nadie, criajo del demonio. Además, las mujeres nos arreglamos solas. —Se decide a hincarle el diente y perder sus modales—. Hemos quedado mañana por la mañana.

—¿De verdad?

—¿Cuándo te he mentido yo?

—La semana pasada, cuando me hiciste venir a media mañana por una bombilla fundida y resultó ser una emboscada para reconciliarme con Kían.

—Tu hermano es bombero, no deberías enfadarte con alguien que se juega la vida a diario.

—Entonces él debería dejar de ser un cerdo que deja platos sucios por todas partes,

por su culpa Alex casi se corta el pie —Me levanto a guardar el pastel en la nevera cuando su mano llega con intenciones de coger más.

—¿Invitaste a un café a la chica que salvó a mi gata de ser atropellada?

—Sí, a uno con sombrilla y todo.

—Es la primera vez que Baguette sale sola así. Me da otro susto como ese y tienes que enterrarme.

Todo el mundo dice que las gatas naranjas son las más peligrosas.

Es evidente que no conocen a las que llevan flores.

3

Daisy



Decido ir a ver mi laboratorio, en vez de hacer algo que me meta en la cárcel de por vida. Llego al final del pasillo, cruzo la puerta y se me cae el alma a los pies.

Tengo que estar teniendo una pesadilla, esto no es real.

Es pequeño y tan viejo que los instrumentos disponibles parecen sacados de un museo de ciencia de los setenta. Un solo microscopio, una báscula oxidada que chirría, dos mesas llenas de arañazos y manchas como para entretener a un séquito de biólogos amantes de los gérmenes y un portátil en condiciones curiosas. *Han tenido que tirar al susodicho desde un quinto para tener un aspecto tan apaleado.*

—Menudo capullo. —*Ahora entiendo por qué la única ventana que hay, se niega a abrirse del todo.*

La pintura amarillenta de las paredes está pelada aquí y allá, y empiezo a dudar si tengo todas las vacunas necesarias para estar aquí. Saco mi móvil, lo único que me atrevo a tocar, y escribo a Rosemary contándole que JL y yo volvemos a ser compañeros de equipo. *Porque si ella está ocho horas con nosotros, significarán ocho horribles horas sufridas en aquel laboratorio maravilloso y no en este, y a mí eso me vale.* Contesta enseguida.

Email de Rosemary.V.Athleen@PharmaGenix.org

12:01 - [Es fundamental mantener una coherencia en las bases del proyecto, por lo que no veo necesario realizar modificaciones. Confío en que entiendes la importancia de una sentencia firme. Hasta mañana].

Me paso los siguientes minutos mirando a la nada, pensando en todo lo que he debido hacer mal en otra vida para merecerme esto. Un pedazo de pared del tamaño de mi mano se cae al final de la sala y salgo del trance.

—No pasa nada. —Me convenzo—. He soportado muchas putadas en mi carrera. Pfff, Willow es mi jefa, claro que puedo con esto.

Mi entusiasmo decae la séptima vez que se me apaga el ordenador porque sí y estoy a punto de tirarlo por la ventana. También me aso viva porque sale mucho aire caliente por las rejillas del techo, pero nadie sabe por qué. Juraría que el número de teléfono que han dejado junto a mi mesa no es más que protocolo para que no moleste a JL, porque cuando llamo, la voz que responde y no me da soluciones parece la de Creed, el jardinero. Se me hace de noche investigando con la obsolescencia a cuestas.

Voy en busca de mi dormitorio porque no recuerdo donde estaba, convenciéndome de que este sitio lleno de sombras no da miedo mientras me siento como una pringada por no haber llevado a cabo mi plan perfecto de esconder el musculoso cuerpo inerte de John-Luke bajo la alfombra.

Es entonces cuando me encuentro un caniche blanco bastante grande, parado en mitad del pasillo. Tiene el pelaje voluminoso solo en ciertas partes como la cabeza, las

orejas, al final de las patas y la cola, lo cual contrasta mucho con el resto del cuerpo afeitado. *Le hace parecer un perro de la realeza o algo así.*

—Hola, bonito. —Me doblo hacia él y retrocede—, ¿eres tímido? Tímida —me corrijo al leer Mademoiselle en el collar.

Se me atragantan mis opiniones, pero la perra no tiene la culpa de que le hayan dado el corte de pelo más snob de la faz de la tierra, ni de que le hayan puesto el nombre más jactancioso posible. Mientras ella mantiene la mirada fija en mi mano y se acerca a olisquearla pienso en Lexi y en Kitty, y en que tal vez tenga suerte con alguien de esta casa.

Un gruñido bajo me saca de mi fantasía y me pongo en pie cuando veo que me enseña los dientes. Me ladra. Me ladra más fuerte, obligándome a retroceder, furiosa, con rabia.

—¿Huyes de algo? —pregunta una voz masculina frente a mí la tercera vez que giro una esquina.

Doy un bote esperando… no sé qué exactamente, ¿un fantasma? Pero encuentro un hombre rubio de melena despeinada y rapada a los lados, con una cazadora típica de motorista en la mano y un puñado de tatuajes en los fuertísimos brazos que tantas ganas me dan de medirle el bíceps porque *venga ya, ¿es más grande que mi cabeza?* Me mira de arriba abajo y no puedo recriminarle nada porque yo he hecho lo mismo.

—De un caniche con pocas ganas de socializar.

—Ahh, ya, Zelle.

*¿Zelle? De Mademoi**selle,** pero con «z» de zorr…*

—Sí, he decidido darle espacio y dejar lo del collar de las mejores amigas para más adelante.

Puede que si estuviera de buen humor, pudiera apreciar la despampanante sonrisa confiada que me regala, esa que encima viene acompañada de dos hoyuelos y una risa vibrante. *Es una ventisca caliente de las fuertes, de las que te despeina y te deja sin saber dónde estás y cómo te llamas.* Pero por algún motivo, mi mente vuelve a Luke en el Ancla Oxidada, pues el maldito huracán apoteósico de su sonrisa no tiene rival.

—Me disculpo por ella, es un hueso duro de roer. Soy Kían-Lysander MacAlister, aunque puedes llamarme solo Kían.

¿Ha dicho MacAlister? Mal empezamos. Aun así, acepto su mano y su agarre hace sentir a salvo a la mía al instante.

—Encantada, soy Daisy Dooren. La biotecnóloga intrusa.

—Según tengo entendido, dormir aquí era un requisito fundamental para trabajar en el proyecto, así que yo no te llamaría intrusa. Más bien, invitada. Una que, según parece, no sabe que su habitación está en dirección contraria.

—Ahhh. —*Mierda.*

—Puedo acompañarte si quieres. Así si Zelle vuelve, puedo protegerte.

—¿Lo dices en serio? O sea… —carraspeo—, si quieres, sí, gracias.

—No me las des, me obliga mi profesión. —Echa a andar y le sigo.

—¿A qué te dedicas?

—A apagar incendios.

Se oyen gruñidos bajos de fondo.

—Ostras, ¿bombero? ¿De verdad? Eso es increíble. —*Encima de guapísimo es un héroe.*

—La verdad es que ayudar a alguien en su momento más vulnerable es una puta droga. Te aseguro que no lo cambiaría por nada.

Justo después, Kían da unos pisotones fuertes en el suelo. El eco de unas patitas corren en la lejanía, alejándose a toda prisa. Sonríe y yo también.

—¿Por qué elegiste esa profesión?

—Alguien a quien quiero mucho estuvo a punto de morir en un incendio cuando era pequeño. Los bomberos que acudieron se convirtieron en mis héroes. Lo decidí ese día.

—¿Y no te has arrepentido nunca?

—Esta semana he tenido que colarme en un ascensor ardiendo a punto de descolgarse y precipitarse al vacío desde un decimoctavo con tal de salvar a dos personas. No puede decirse que tenga mucho tiempo que dedicarle a lo del arrepentimiento.

El brillo de sus ojos demuestra la secreta adicción a la adrenalina, pero también puedo leer más allá: es de la clase de personas que finge que «nada es para tanto» cuando sí lo es. Es valiente. Y fuerte, no solo en el físico. *Me cae muy bien.*

—¿Y tú siempre has querido ser biotecnóloga?

—Sí, siempre era la que daba el biberón a su muñeco con un matraz Erlenmeyer.

—Hubiera estado bien ver eso. Aquí es, señorita Dooren, sana y salva. Mi labor ha concluido.

Media hora después de entrar en mi dormitorio, caigo en la cuenta de que tal vez mi jefa esté secretamente detrás de este boicot. Meto mi ropa en la cómoda de madera blanca con agarraderos dorados mientras me recuerdo que NeuroSynTech es la empresa de mis sueños y que soportar la tormenta merecerá la pena. *Si salgo viva*. Maldigo no haber traído mi portátil y los días que va a tardar en llegarme. «Es una lujosa mansión», dijeron, «está equipada con todo lo que necesitarás», dijeron.

Desde el pequeño balcón junto a mi cama, puedo ver el precioso jardín delantero iluminado con luz tenue que… *John-Luke*. Me apoyo en la barandilla de piedra sin saber si debería esconderme. Se baja de su coche y un empleado se lo lleva para aparcarlo. Lo más probable es que vuelva de algún bar, de darle su tarjeta a un par de chicas a las que poder lanzar miradas gélidas más tarde. Ese trozo de papel está roto en mi papelera y aunque le detesto, no puedo apartar la vista.

Porque pareció de verdad, pareció real.

Desaparece y el jardín se queda vacío, empieza a hacer frío, así que entro. Yo no digo que mi vida está empezando a ser patética, yo digo *programar chat de inteligencia artificial para que cada día, a la misma hora, me pregunte qué tal me ha ido el día.*

CHAT GPT (Jonathan)

ChatGPT: ¿Qué tal te ha ido el día, Daisy?

Daisy: De pena. Socorro, Jonathan, ¡¡tengo problemas!!

ChatGPT: ¡Claro, Daisy! Cuéntame qué problemas tienes y veré cómo puedo ayudarte.

Daisy: ¿Puedes darme una lista de razones por las que despedirían a alguien de la noche a la mañana? Es para un amigo.

Agradezco su intento, pero no me sirve de ayuda. Pensaba bajar a cenar, pero me quedo frita tras encontrar el foro más maravilloso del campo científico: Sr. MacCapullo-MacAlister.

Ashley.chocolatecake: trabajé con él por remoto y odié cada segundo de los diecisiete días.

El cretino se empeñaba en decir “no te equivocas” en vez de admitir que yo tenía razón, ¡¡odioso!!

Malvavisco-lover@Jake. Ese tío nunca da su brazo a torcer. Todos los que tienen un CI tan elevado son iguales. Empecé a tener fantasías de que una apisonadora entraba en nuestro lab y se lo llevaba por delante al tercer día de trabajar con él. Eso sí que fue un Fast & Furious.

A la mañana siguiente, me doy una ducha rápida acompañada de la luz parpadeante del baño, me pongo mi vestido de la suerte y salgo a desayunar ignorando el crujido maquiavélico que hace mi puerta cuando la cierro. *De escalofrío en escalofrío*.

Al no encontrar la cocina, me queda claro que cuando la jefa de servicio me estaba soltando la guía turística de los-mejores-lugares-que-visitar-de-la-mansión-MacAlister, estaba demasiado cabreada como para hacerle caso. Los sonidos extraños persisten: oigo el llanto de un bebé y una voz de chico cantando. *La hoostia*. Mi pulso se acelera, igual que mis pasos, pero mantengo la vista al frente para no obsesionarme con las sombras, ni en los reflejos en espejos antiguos.

No tengo claro cuánta gente vive en este sitio, pero esperaba encontrarme a algún empleado teniendo en cuenta todos los que vi ayer. *Nada, y eso que oigo puertas cerrarse. Típico de fantasmas*. La voz ha dejado de cantar y el bebé fantasma de llorar cuando llego a una escalera de caracol bastante segura de que ya la he visto hace un rato.

—¿Qué haces tú aquí? —Esa voz inconfundible que tanta rabia me da suena a mi espalda y me pone la piel de gallina, pero yo ya estoy en la escalera y dar media vuelta de forma brusca no resulta una buena idea.

Pierdo el control. Mi cuerpo se inclina como no debería.

Su rostro endurecido por lo que tiene que ser un malhumor crónico, se anega de alarma como si le importara lo más mínimo lo que me pase. John-Luke MacAlister acaba con mi baile de aspavientos vergonzosos y tira de mí justo antes de que caiga hacia atrás.

—Joder, ¿es que quieres abrirte la cabeza? —me gruñe apretando su agarre.

—No, la verdad que no.

Su mirada baja hasta mi calzado. El susto debe hacerme alucinar, porque no me da la impresión de que el viaje sea directo, más bien parece que pase *muy* despacio por mi cuerpo. Pero dudo que a nunca-es-temprano-para-un-traje-hecho-a-medida-MacAlister le gusten las margaritas. Mis ovarios me traicionan con una descarga innecesaria, pero lo achaco a la inminente visita mensual de la naturaleza escarlata de los cojones.

—En ese caso no deberías llevar *eso*.

—Gracias por darme tu opinión.

—No es ninguna opinión.

Me invade el calor característico del rechazo. Aparto las manos de su cuerpo, firme como una roca.

—¿Vas a liberarme de tu agarre ya o a seguir dándome consejos de moda?

Me obliga a encarar su mirada de plata púrpura rabiosa. *Ese iris ya es el colmo, es abusar*.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba buscando la cocina.

—No está en esta planta. ¿Es que no lo ves?

Me pregunto si folla igual de furioso que habla. Joder con los pensamientos intrusivos.

—Ya, empezaba a sospecharlo. Gracias por la ayuda. —Me suelto sola cuando el calor que irradia de su cuerpo amenaza con cerrar los grilletes y desciendo a toda prisa sin mirar atrás, pero el piernas largas este me alcanza una vez abajo.

—No puedes ir a donde te plazca, esta no es tu casa.

—Lo sé, pero a menos que quieras poner carteles y flechas en el suelo, vas a tener que darme unos días hasta que me acostumbre.

—No vuelvas a esta ala de la casa, Daisy, tu zona es la de allí —pronuncia mi nombre de forma severa y señala tan lejos como puede señalar un índice.

Acampar en *esta* ala de la casa y dedicar mis ratos libres a subir y bajar la escalera de caracol con mis tacones más altos es lo primero que se me ocurre. Luego pienso en mi horrible laboratorio, mi penoso microscopio, los instrumentos por los que lloré en la ducha esta mañana y la palabra «tregua» se me viene a la cabeza.

—De acuerdo, lo siento. No volverá a pasar.

Si esperaba el más mínimo atisbo de simpatía, dejo de esperarlo cuando me rebasa y se va. *Judith_sunshine.lab tenía razón: cuanto peor te cae, más atractivo pierde.*

—¿Quieres ver la cocina o no? —pregunta sin detenerse.

Le sigo.

El olor a pan recién hecho me abraza en cuanto cruzo las puertas. Veo un gran horno, montones de utensilios, más todavía de ingredientes, delicias a medio hacer y mucho personal ajetreado trabajando a lo largo y ancho de la kilométrica isla, llevando comida a una mesa de la sala de al lado que se ve desde donde estamos. Se me escapa un jadeo al ver toda la bollería, fruta, quesos, embutidos y mermeladas que hay ya allí.

Esto deja a mi habitual barrita energética por los suelos.

—Me da que no nos oye, señor MacAlister —dice una voz divertida.

Alzo la vista y veo un hombre corpulento, sonriente, en sus cincuenta y bastantes, con algo de harina en la cara, pero no en el bigote, con típico gorro de chef y un bol entre manos con una mezcla que huele a chocolate. Doy un respingo cuando John-Luke suelta una exhalación sonora, se inclina hasta poner nuestros ojos a la misma altura y dice:

—¿Qué es lo que quieres?

Tu laboratorio. Despertarme de esta pesadilla. Un pastel que poder tirarte a esa cara bien hecha que tienes y otro para comerme.

—¿Eh? —es mi elocuente respuesta.

—Para desayunar, maldita sea, díselo a ellos y Stef te lo hará —se larga hacia la sala de al lado, hacia la de la mesa abundante, y cierra las puertas correderas haciendo un último contacto visual conmigo.

Contengo un gemido de alivio porque por fin voy a poder dejar de oler su maldita y seductora esencia.

—¿Y bien? —Stef sigue mezclando la masa de su bol con una cuchara de madera—, ¿qué te haría rugir el estómago, Daisy?

—¿Sabes cómo me llamo?

—Todos lo sabemos, ¿verdad, Patty?

—Sí, te esperábamos anoche —dice una mujer junto a la tabla de cortar.

¿Eso son fresas frescas? Se limpia en el delantal y se acerca ofreciéndome la mano y una sonrisa. *Primero me entero del nombre y luego encima me dan la mano, ¿estaré*

soñando?

—Lo siento, me quedé dormida.

—En ese caso imagino que tendrás hambre, ¿qué te apetece, cielo? —pregunta Patty, apoyándose en el hombro de Stef.

—¿Hacéis tortitas? —Un coro de risas son la primera respuesta a mi pregunta.

—Ufff, ¿algo tan difícil? No sé si estamos cualificados.

—Por supuesto que las hacemos —Patty le da un codazo a Stef—, ¿las quieres con fruta?

Voy a echarme a llorar.

Consigo sentarme en la mesa de la sala de al lado antes de decirles que los quiero. Entonces, cuando ocupo el asiento más alejado de JL, recuerdo algo. «Sabes que haría lo que fuera por ti». Vuelvo a ayer, cuando llegué a su laboratorio y lo vi a un escaso palmo de ese chico tan guapo, cogiéndole del cuello. Es evidente que interrumpí un beso y, pensándolo con frialdad, eso explicaría muchas cosas. Carraspeo.

—Quería hablar contigo de algo —empiezo, pero el neandertal poco ecologista no levanta la vista de su periódico, ni deja de comer de su bol de aguacate y huevo casi vacío —. Tiene que ver con el chico con el que estabas ayer cuando volví al laboratorio.

Ahora sí me mira. *Diana*.

—¿Qué le pasa?

—¿Tiene algo que ver él con la razón por la que no quieres que trabajemos juntos?

—¿Qué? No. Claro que no. —Frunce el ceño y es insoportable lo guapo que es.

Ni siquiera me había dado cuenta de que tiene la nariz un tanto torcida y que eso le da el horrible aspecto de tío-cañón-peligroso-al-que-no-le-asustan-las-peleas.

—Verás, si es vuestro laboratorio lo entiendo y jamás pretendería invadir… *—¿Un nidito de amor científico?*

—Alex no es biotecnólogo.

—Pero sí es tu novio, ¿no?

—¿Mi… *qué*?

—¿Por eso te incomoda que esté aquí? ¿Porque me diste tu tarjeta en el Ancla Oxidada y fuiste amable conmigo? Si es por eso, quería aclararlo. Que me invitaras a un café no significó nada —miento—, y sé respetar los límites laborales. Si me aceptas en tu laboratorio, prometo hablar solo del proyecto. Tengo muchas ganas de trabajar en esto, quiero que salga bien y tengo ideas para…

—Tú no trabajarás nunca en mi laboratorio —sentencia poniéndose en pie, bebiéndose lo que le queda del zumo de limón.

—Pero… *espera*. No lo has pensado bien, dame un segundo para que te explique lo qu-.

—Te lo dije, Daisy. Lo mejor que puedes hacer es largarte de aquí. —Mis tortitas llegan y él se marcha, sin siquiera tener la más mínima intención de escucharme. Eso sí, se asegura de dejar una cosa clara—: Intenta bajar a desayunar antes o después a partir de mañana, esta es mi hora.

Me quedo mirando fijamente mis tortitas, frustrada y agónica ya de buena mañana. Clavo el tenedor imaginando que el plato es su cara.

Alex aparece en la cocina poco después, tan bien vestido como ayer.

—¿Seguro que no tienes hambre? Mira que tu hermano acaba de comerse un bol lleno hasta arriba —oigo decir a Patty.

Herm… Guau. Mira, ¿sabes qué? No sé de qué me extraño, no sería una Daughbeth si no sacara conclusiones precipitadas, ¿a que no?

Alex parece estar a punto de ceder, pero cuando desvía la mirada hacia mí, se le cambia la cara. La sonrisa juvenil desaparece y a mí hasta se me cierra el estómago. Hace una mueca, da media vuelta y se va. Me revuelvo en la silla y desayuno contando las frutas hasta que no me queda ninguna. Termino de desayunar y llevo al plato a la cocina, me acerco al fregadero, pero Stef me lo quita de las manos.

—Oh, no, nosotros nos encargamos de eso, Daisy.

—Ahh, entiendo. Estaban deliciosas, gracias por todo.

Me sonríe y estoy a punto de abrazarle. Así de desesperada estoy por algo de simpatía. Vuelvo a mi habitación, ¿por dónde? Por las escaleras más alejadas de las de caracol.

Al día siguiente encargo una tarta y la traen a media tarde. *¿Qué es lo que más le gusta a un científico, justo después de tener razón? El dulce.* Llamo a la puerta de su laboratorio y la abro cuando recibo invitación.

Me lo encuentro con la bata abierta, reclinado sobre un instrumental que no he utilizado nunca, haciendo algo que parece mucho más interesante que leer textos académicos con unas gafas puestas que acentúan más su anguloso rostro.

—¿Qué quieres? —pregunta sin levantar la vista, como si ya supiera que soy yo.

—Hola, pensé que… podría traerte esto —muevo las manos con la tarta, pero es un sinsentido porque sigue sin mirarme—. Es una tarta de limón. ¿Te gusta el limón?

Esta vez sí me mira.

—¿Qué estás haciendo aquí, Daisy?

—¿No se nota? —Sonrío incómoda—. Vengo en son de paz.

—No estamos en guerra.

Aprieto los labios con tal de reprimir una mueca reveladora.

—Claro, bueno, aun así —la dejo sobre una de las mesas—, espero que te guste.

Sr. Exasperante se acerca con esa expresión de qué-molestos-son-los-humanos-inferiores-que-me-rodean, pero no me achanto. Mira la tarta, luego a mí, así varias veces. Entonces tiene las santas narices de preguntar:

—¿Comes en tu laboratorio, Daisy?

—¿Qué? ¿Yo? Mmm…

—Sabes que va contra las normas, ¿no?

¿Se la tiro? En serio, ¿se la estampo en la cara?

—Entiendo que ahora estás trabajando, puedes probarla en otro momento —retrocedo—. Bueno, me marcho ya, no era mi intención molestar.

—Has hecho el intento.

Cierro la puerta del laboratorio tras de mí y exhalo.

—*Has hecho el intento* —lo imito, pongo los ojos en blanco y me voy al siglo pasado, en el que trabajo, flagelándome por acordarme a mitad del pasillo de que permite fumar en el laboratorio a nuestra mediadora y podría habérselo soltado.

Me paso la noche leyendo porque es un cretino insoportable con un currículum soberbio y si quiero que se dé cuenta de lo equivocado que está tengo que…

John-Luke MacAlister pionero en el descubrimiento de un nuevo tipo de bacterias capaces de descomponer plásticos en el organismo a una velocidad mucho mayor que cualquier tecnología

actual… [Foto].

Me quedo dormida leyendo el informe, preguntándome si puedes odiar a alguien que admiras. Diría que sí.

A media mañana, algunos días de estudio intenso más tarde, estoy a punto de llorar porque he roto el único vaso de precipitado que tenía *—que ya estaba en sus últimas—*, he descubierto que la lente de mi microscopio tiene rayas, y la minúscula nevera en la que tendré que meter mis muestras no enfría, pero a ver quién es la guapa que mete mano a esos enchufes.

Por si fuera poco, ya he llegado aquí con un cabreo que no veas porque mientras desayunaba la perra del infierno se ha colado en mi habitación ha mordisqueado tres de mis taconazos y mis cascos con cable *—sí, existen y sí, los utilizaba—,* y encima Rosemary no ha dejado de ponerse de parte del Innombrable. «El dinero no crece en los árboles, Daisy». *No, crece en las farmacéuticas y eso lo sabemos todos.*

En definitiva: SOS, estoy en las últimas.

Justo entonces, Kían-Lysander MacAlister cruza la puerta entornada de mi laboratorio.

—¿Cómo te va, escapista?

—Buenos días, Kían. Me va bien. —Fuerzo una sonrisa y él no finge tragársela.

—He oído que te gusta el café —deja uno en la mesa y casi tengo un orgasmo porque el olor llega hasta mí y es todo cuanto necesito—. ¿Por qué estás a oscuras? Hoy está muy nublado no creo que puedas ver nad… —enciende la luz y comprueba por sí mismo que el fluorescente ha nacido con espíritu de bola de discoteca epiléptica—. ¿Has pedido que alguien te lo arregle?

Oh, sí, se lo he pedido a los mismos que me trajeron los doce microscopios de alta resolución que hay sobre la mesa flotante a mi derecha, a esos que me han hecho un masaje mientras se deshacían del instrumental viejo y preguntaban «señorita Dooren, ¿la quiere cálida, fría o neutra?».

—La verdad es que no.

—A veces solo hace falta apretarlos un poco —deja el casco de moto, se sube a la mesa de un salto y mi corazón se da la vuelta.

—Kían, no deberías subirte ahí, no parece seguro.

Me acusarán de asesinato, me despedirán, John-Luke tendrá lo que quiere y yo acabaré en la cárcel, ¡y ni siquiera por asesinar al hermano correcto!

—¿Qué parte del ascensor de ayer no te quedó clara, escapista? —pregunta con una sonrisa irónica mientras aparta el protector del fluorescente.

El tío llega al techo. Lo que es ser alto, oye, un mundo de ventajas. La camiseta se le sube mientras lo aprieta y Kían me pilla mirando. *Uy.*

—Enciéndela —pide y en cuanto lo hago, lo siento como un logro desmedido.

—¡Kían! Qué pasada, ahora sí se ve bien. *—¿Voy a llorar? Creo que voy a llorar.*

—Eh, tranqui, que solo es una luz. Qué agradecida eres.

Tengo más o menos dos segundos para celebrar el éxito. ¿Por qué? John-Luke aparece en la entrada. No tiene que hacer ni decir nada, su presencia ya lo ocupa todo, ya cambia el ambiente, ya pesa sobre mis hombros.

—Fuera —ordena con una voz temeraria.

Mis dedos se quedan petrificados sobre el medallón de mamá.

—Pero estoy a medias de una prueba y necesito vigila…

—Tú no, Daisy. Él. —Atraviesa a su hermano con la mirada con un peligro digno de hacer saltar a alguien por los aires—. Fuera.

Espérate que este reduce la mansión a escombros.

Kían se baja de un salto y obedece, no sin antes girarse hacia mí y decir:

—Avísame si necesitas ayuda, escapista. Estoy aquí para servir.

—Gracias, Kían, eres un encanto.

John-Luke resopla y se mantiene en el sitio cuando Kían desaparece, aunque eso nos deje a solas en el laboratorio del paleolítico. *Es tener sus ojos encima y la rabia me hace vibrar de pies a cabeza.*

—¿Eso de ahí es un café?

—No.

—Entonces no te importará que lo tire.

Cuánto le odio, por dios. Por algún motivo no lo toca.

—¿Has leído todo lo que debías hoy?

Lo dice así y suena mal. Fatal. Rollo profesor-alumna.

—¿Y tú? —me cruzo de brazos y alzo una ceja, saboreando su indecencia de parecer exasperado.

—Daisy, no puedes hacer pruebas por tu cuenta.

—No, está claro que no. No tengo las herramientas necesarias —Le mantengo la mirada, él no aparta la suya, fuera empieza a llover y un relámpago ilumina toda la estancia.

—Bien. ¿Hay algo a lo que seas alérgica?

—¿Por qué? ¿Piensas en otras formas de obligarme a que deje el proyecto? —En un abrir y cerrar de ojos, sus elegantes zapatos a combinar con el traje están a un escaso palmo de mis deportivas.

La diferencia de altura me parece ofensiva y una total desfachatez. Si esperaba una sonrisa sarcástica, no aparece, su seriedad estoica-irritante es una roca que me aplasta el pecho. A esta distancia me resulta imposible ignorar el olor a especias y sal marina, ardiente y picante. *Horrible.*

—Una respuesta por una respuesta, Daisy.

—Yo ya no participo en ese juego, JL. Ni a ninguno en el que participes tú.

—John. Luke.

Es lo único que dice el muy repelente.

—¿Puedes irte de *mi* laboratorio?

—¿Hace falta que te recuerde que es *mi* casa?

—Estoy trabajando y tú me estás interrumpiendo.

Me mira el tirante a punto de bajarse de mi hombro. *No, mentira, no lo mira, parece enfadado con él. Parece su peor enemigo.*

—No me lo digas si no quieres —concluye dando un paso atrás—, pero házselo saber a Patty y a Stef. Quiero que te largues de aquí por tu propio pie.

Lavanda y acero. Un iris peligroso que me clava los malditos pies al suelo. ¿Lo peor de todo? Él se da cuenta.

4

John-Luke



La que va caer no es nada en comparación con la tormenta que tengo dentro.

—¿Sabes? Todavía no entiendo cómo tu puerta aguanta tu mal humor. Menudos golpes le das.

—¿Qué hacías en ese laboratorio? —Camino hasta mi mesa, donde está sentado—. ¿Qué hacías con *ella*? ¿Es que se te ha olvidado lo que hablamos?

—A quien se le ha olvidado algo fundamental es a ti, hermano. —Me da unos golpes en la mejilla—. Yo solo tengo un jefe y está en el parque de bomberos.

—Kían, no me toques los cojones. Sabes lo que estoy haciendo, lo que necesito que hagáis todos para que esto salga bien. Alex ya está cumpliendo con su parte y tú…

—Alex tiene motivos de sobra para cumplir con su parte. Yo no.

—¿Es que no vas a ayudarme? —pregunto al terco de los tercos.

—La ciencia esa que hagáis —mueve los dedos hacia los microscopios—, no es de mi incumbencia. Ni lo que pase con Doña Fruncida. Pero si Daisy necesita ayuda… eso ya es un caso aparte.

Quiero a mi hermano, pero la sonrisa tonta que se le dibuja en la cara al pronunciar su nombre me despierta el instinto asesino.

—No puedes acostarte con ella, Kían.

—¿Acaso las partes implicadas no tienen nada que decir al respecto? ¿No sería mejor que yo mismo le preguntara a esa preciosa biotecnóloga si quiere montarse en esta atracción? Porque el parque está abierto.

Lo estampo contra la primera pared que encuentro.

—Kían, no te lo volveré a repetir. No puedes tocarla.

—Mírate, todo territorial. ¿Qué pasa, hermanito? ¿Se te está escapando de las manos? —Se ríe, el capullo se ríe en mi puta cara.

Se suelta y me da un empujón, pero vuelvo a arrinconarlo en cero coma.

—¿Necesitas que te parta la cara para recordarte quién es el mayor de los dos? —pregunto y en cuanto vuelve a liberarse, le cojo del cuello desde atrás como cuando éramos críos—. ¿Lo necesitas?

No pierde el equilibrio del todo pese a que le hago la zancadilla, el cretino aprovecha y me clava el codo en el estómago.

—Ya me gustaría patearte el culo, ya, pero tengo trabajo. —Se alisa la camiseta y pone una mesa de por medio, pero la sonrisa no se le borra—. La chica de las flores es distinta, hermano, a *todos* los que han pasado por aquí para trabajar en el proyecto. Entiendo lo que quieres hacer, en serio. Pero si a ella le intereso lo más mínimo, soy todo suyo.

Me quedo solo con el nubarrón que me llueve encima, abro el portátil y sigo leyendo el tercer artículo que le han publicado este año. *Magnífico*. Es lo único que puedo decir. Igual que su currículum.

Pionera en la bioluminiscencia controlada en humanos, permitiendo el desarrollo de células humanas que brillan para uso en medicina y biología. [Foto a pie de página].

No sé cuántas veces he tenido que comprobar que solo tiene veintisiete. Es una cría y ya es una biotecnóloga superior a muchos que le doblan la edad. *Su jefa no lo es, la conozco, hemos coexistido en algunas reuniones. Una mujer horrible, que busca el aplauso fácil y le importa poco la meritocracia.* Ya no llueve, pero me llevo el coche porque hay previsión de tormenta.

Entro en el Ancla Oxidada a mediodía y para variar, está hasta los topes. Mi paz se acaba tres minutos después de que me siente.

—Estás en tu casa, Didi —Keylah la conduce hasta mí—, ¿pero te importa compartir mesa? Como ves, estamos hasta arriba.

—¿No deberías preguntarme a mí si me importa, Key? He llegado antes que ella.

—Ya sé que eres un alma pura y bondadosa, JL, a ti no hace falta que te pregunte.

Keylah es la hermana pequeña que nunca he tenido. *Y lo digo en el peor de los sentidos posibles.*

Daisy se quita la fina chaqueta y se queda solo con el vestido amarillo con soles. *Resulta que no odio solo las putas flores, me ponen enfermo todo tipo de estampados.* Le ajusta, pero no demasiado, dejando a la imaginación gran parte para que tu curiosidad te mate. En cuanto ocupa el asiento frente a mí, Keylah le da la carta y se marcha ignorando mi mirada de advertencia. La mujer de las absurdas uñas de margaritas tamborilea los dedos sobre el papel plastificado mientras a mí se me atraganta el silencio que ensordece el jaleo del bar. *¿Es necesario que los pendientes siempre le combinen con el vestido?*

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué pensabas? ¿Que después de tu aterradora pregunta iba a quedarme para que me envenenases? —suelta un combo risa-resoplido—. Ni muerta, nunca mejor dicho.

—Daisy, yo nunca te haría daño.

Veo un cambio en su cuerpo cada vez que la llamo, como si mi voz chocara contra su piel de alguna forma. Me hace querer llamarla más.

—¿Piensas que un tono grave y una cara bonita van a conseguir que baje la guardia? En tus sueños.

Tengo que buscar la manera de acceder a su historial médico y enviárselo a Patty con tal de que no la intoxiquen. Estoy seguro de que no será difícil para mí.

—¿Puedes pedir de una vez? —insisto de nuevo, ya que las anteriores no han tenido ni respuesta, ni éxito.

—Oye, ¿a ti qué más te da cuando pida?

—Tengo mucha hambre y por política del restaurante, Keylah no me traerá mi comida hasta que tú pidas la tuya.

—Oh, ¿de verdad?

—Sí, nunca sirven a una mesa por partes.

—Así que hasta que yo no pida… —desliza su dedo por la carta sin mirarla—, ¿tú no puedes comer? —Sonríe y se muerde el labio, haciendo imposible que mi atención no caiga en su boca—. Vaya, qué lástima.

—Daisy. —Aprieto los puños bajo la mesa, pero la descarga me cae directa en la polla.

A la mierda, por esa sonrisa pago la condena.

—¿Has dicho que tenías hambre? *¿Mucha?*

—Mira…

—Intentaré darme prisa, ¿vale? No quiero que desfallezcas. —Procede a mirar por la ventana y a canturrear.

Me incendia el cuerpo. Lo hace con tal brusquedad que sería capaz de volcar la mesa con un giro de muñeca. De reducir la distancia y hacer algo que sin duda le parecería *mucho* peor.

Pasan los minutos y Keylah viene a preguntar, solo entonces Daisy decide pedir. ¿Algo de la carta? *No*.

—Me preguntaba qué había pedido él, Keylah. ¿Te acuerdas?

—Oh, claro, ha pedido atún y salteado de verduras. ¿No se lo has dicho? —me pregunta Keylah metiendo el dedo en la llaga—. Es una de nuestras especialidades, Didi. Puedes imaginarte lo fresco que es nuestro pescado.

Prolonga mi agonía como una sádica y finalmente pide lo mismo. Keylah se va sin fingir que no le divierte, pese a que no sabe de qué va la historia.

—Eso ha sido infantil —aprieto los extremos de la mesa, acortando la distancia que me separa de ella.

—Ya, porque todo lo que has hecho tú desde que aparecí en tu mansión no lo ha sido, ¿no?

Me admito que, por cargante que sea, esta versión auténtica de su personalidad me hace *cosas*.

—Bien, has tenido tu venganza. —Me reclino de nuevo sobre el respaldo—. ¿Ahora podemos no hablar?

—Claro, claro. No querría molestar tu rato de descanso. ¿Porque eso es lo que es, verdad? Un tiempo alejado de tu laboratorio para ordenar las ideas. Puedo entenderlo. Es decir, no es la razón por la que yo estoy aquí, pero tiene sentido.

—Para.

Se señala y mi pecho sube con una respiración irregular.

—¿Yo? ¿De hacer qué exactamente?

—Te juro que como no…

—¡JL! —Hileya, Aquiles, Bennett y Calíope se me tiran al cuello interrumpiendo mi ataque de ira.

—Ehhh, renacuajos, ¿pero qué hacéis aquí? Si vosotros coméis en el cole —reparto gestos de cariños de forma equitativa porque así lo hacía siempre el señor MacAlister.

—Hoy no hay clases por la tarde, por la tormenta, ¿es que te has olvidado? —Calíope me saca la lengua sentándose en mi regazo, subiéndose a Bennett al suyo cuando le pone caras.

—¿Y vuestra madre os deja estar aquí? —Le clavo el dedo en el moflete a la saca-lenguas.

—No le queda más remedio —suelta Hileya abrazándome de lado mientras sacude la cabeza como si fuera la más inocente.

Me arranca una carcajada. *De tal palo, tal astilla.*

—JL, ¿por qué no vienes esta tarde a jugar? —pide Aquiles, apoyado contra la mesa.

—¡Síii, ven y jugamos a los piratas! —exclama Bennett.

—¿Y qué pasa con la tormenta?

—Ah, cierto. Entonces, ¡ven y quédate a dormir! —suelta Aquiles Don Soluciones.

—¿Puede venir Alex también? —pide Calíope, que siente delirio por él.

—¡Y Kían! ¡Y que traiga el camión de bomberos, como aquella vez! —sigue Hileya.

—¿Pero qué os habéis pensado, que los MacAlister somos un circo? —Me pongo serio —. Más os valdría empezar a demostrar algo de respeto.

—Sí, chicos —dice Aquiles mirando al resto con ojos de reproche. Luego vuelve a mí —. Con respeto, ¿vendrás?

—Con respeto —dicen los demás a coro.

Hay que joderse.

Cometo el error de mirar a Daisy justo entonces. Tiene la mirada brillante clavada en los niños y lo que veo no es solo anhelo evidente, sino también algo de dolor. Uno que me encharca el paladar de amargura, no sé por qué cojones.

—Tú también puedes venir si quieres, Daisy —Calíope se baja de mi regazo, dejándome a Bennett.

—¡Síii! Ven y nos disfrazamos —dice Hileya—, ¿te gustan las princesas guerreras?

—¿Es que no la viste? Estaba embarrada, pero con vestido, claro que le gustan, ella *es* una princesa guerrera —le rebate Calíope—. ¿Vendrás?

—¿Yo? ¿De verdad? —pregunta emocionada.

No sabe dónde se está metiendo.

—Síii, ¡será divertido! —insiste la pelirroja.

—Me gustan las flores de tu pelo —dice Hileya—, ¿eres un hada?

Yo también me lo pregunto. Unos segundos después, ya les ha llenado el pelo de flores a esas dos liantas.

—¿Ya no vas a la moda? —pregunta Bennett señalándole el vestido, cosa que no entiendo.

—Estoy experimentando con todo tipo de tendencias —les cuenta mientras Hileya toquetea uno de sus mechones de pelo castaño.

Para variar, tiene la coleta rubia medio deshecha de tanto correr y la camiseta blanca llena de manchurrones de meterse por cualquier parte. *Hija de Keylah hasta la médula.*

—¿Moda? ¿De qué habláis? —zarandeo a mi nuevo enemigo para que me mire, pero Bennett Blackwood solo aprieta los labios evidenciando que es un secreto.

—¿Pero qué hacéis vosotros aquí, pingajos? —Keylah llega con la comida—. Dejadles, que van a comer. ¿Qué son esas flores? ¿Se las habéis quitado a Didi? Devolvédselas. De verdad que sois unos demonios, ¿eh? ¡Me vais a hacer vieja antes de tiempo! Ni respirar puedo sin que me la lieis.

—¡Pero, mamá!

—Ni peros ni peras, Hileya, arreando.

Calíope se protege las pinzas con las manos y Daisy se derrite.

—Se las he regalado —asegura la chica de las flores.

Keylah se acerca a la cabeza de sus hijas estudiándolas y piensa lo que todos: que tienen pinta de ser unas pinzas muy caras. Entonces me mira.

—No es mentira, lo ha hecho —admito, por las niñas, claro.

Keylah se gira hacia Daisy, le planta un beso en la frente y le dice:

—Estás invitada a lo de hoy.

—Oh, no, eso no es necesario. De verdad, no es nada.

Keylah se larga llevándose a sus terremotos sin aceptar un no por respuesta. Daisy los sigue con la mirada hasta que desaparecen más allá de la cocina.

—¿A qué viene esa mueca triste?

—Una de mis hermanastras… —sacude la cabeza—, da igual, a ti eso no te importará.

—Cuéntamelo —pido pegando la espalda al respaldo de la silla, dándole espacio.

Ya no tengo tanta hambre.

—Una de mis hermanastras lleva tiempo intentando quedarse embarazada, pero no hay forma. Sé que lo conseguirán, que no existe un reto que se les resista a los Diago, pero ojalá sea pronto. Lexi no lo dice, pero está muy desanimada.

—Hay parejas que tardan tiempo, pero al final lo consiguen. Que no sea inmediato no significa que no vaya a pasar —sigue cabizbaja—. ¿Por qué me da que esa no es toda la historia?

—Dudo que, si algún día yo… Si tuviera la oportunidad, dudo si podré tenerlos, ya que los problemas vienen por la línea familiar de nuestra madre. —Por cómo le cuesta tragar saliva, puedo imaginarme lo grande que es el nudo en su garganta.

—Existen pruebas para saber ese tipo de cosas, Daze. Podrías averiguarlo.

—Lo sé, pero tengo demasiado miedo a hacérmelas. A lo que pueda salir.

Yo nunca he querido hijos, pero tampoco soy gilipollas, puedo imaginar la gran putada que sería querer y no poder. Daisy empieza a comer y yo la miro a ella, a sus pecas y al mechón rebelde que se le viene a la cara, ese que antes sostenían las pinzas.

Tiene la costumbre de llenarse la boca de agua hasta convertirse en un pez globo o una ardilla con más bellotas de las que puede manejar, también lo hace en el desayuno. Y no solo eso, tiene por norma darle un mordisco pequeño a lo que sea que está comiendo, antes de llenarse la boca con todo lo del tenedor. Lo hace incluso con las tortitas.

—¿Cuándo vas a enviarme el informe de tus progresos? —carraspeo rompiendo el silencio—. Quedamos en hacerlo cada cuatro días y ni siquiera sé por dónde vas. ¿Has llegado al bloque diecisiete?

—Dijiste una semana.

—Y luego dije cuatro días —empiezo a comer—. Te envié un email, está por escrito, ¿quieres que comprobemos quién tiene razón?

—No veo que tú me hayas enviado ningún informe —responde esquiva, mirando su móvil cuando le vibra con una llamada—. Tanta prisa no tendrás.

Lo pone boca abajo en la mesa, pero yo ya he tenido tiempo de leer el nombre en pantalla y ver que se trataba de su jefa. Daisy se lo piensa mejor y se lo guarda en el pequeño bolso.

—Tengo prisa por leer el tuyo. Me gustaría saber si has estado dando la talla o haciendo lo que no deberías. *—A diferencia de mí, que no tengo intención de hacerlo.*

Aprieta los labios con un reproche que no verbaliza.

—Es usted molesto con ganas, MacAlister, ¿lo sabía?

—¿A qué vienen las formalidades?

—A mi parecer, no hay motivo alguno para la cercanía verbal, fuera del papel ni siquiera trabajamos juntos.

Cercanía verbal, dice.

Distraído, estoy a punto de mancharme por quinta vez así que suelto los cubiertos y me remango. Sus ojos caen sobre los tatuajes de mis antebrazos y muñecas. Las cicatrices y quemaduras que apenas se ven con la tinta, a esta escasa distancia son imposibles de disimular.

—¿Qué te p…?

—No es asunto tuyo.

—Ni siquiera he terminado la pregunta.

—Come, Daisy.

—¿O qué? ¿Vas a agenciarme un laboratorio que ya en los noventa se consideraría viejo?

—¿Acaso crees que es lo peor que puedo hacer?

Los delicados rasgos de su rostro se contraen.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué estás haciendo esto? No te he hecho nada y desde que llegué me has…

—¿Dejas de hablar en algún momento? Porque no lo parece —la interrumpo cuando el deje triste engulle sus palabras.

La furia vuelve con más fuerza y la ola sobrepasa al resto de emociones. Se empeña en dejar una propina tan ridícula como la primera vez.

—¿A qué viene esta vez? No le han puesto una sombrilla a tu salmón.

—Tiene cuatro hijos, necesitará toda la ayuda que puedan darle —dice cortante, se levanta y se marcha antes de que pueda contestarle.

Hileya es quien me cobra cuando llego a la barra.

—¿Dónde están tus hermanos?

—En la puerta de atrás, intentando sin éxito que un barquito de papel flote calle abajo. —Sacude la cabeza—. Son tan inocentes.

—¿Y por qué no juegas con ellos?

—Porque yo soy súper *respesonable*.

—¿Responsable?

—Eso.

—¿Cuánto le has aceptado? —pregunta Keylah cuando llega y corta nuestra conversación en voz baja.

—Poquísimo, mamá —asegura.

—Un consejo, Key. La próxima vez que quieras invitarla, vas a tener que esforzarte más porque con las propinas que os da, podríamos comer los dos una semana.

Se queda boquiabierta y sintiéndose fatal, así que ya puedo irme tranquilo.

Ha empezado a llover y no puedo evitar pensar en que no he visto que Daisy trajera ningún paraguas. Cuando salgo y no la veo por ninguna parte, asumo que habrá sido sensata y habrá pedido un taxi.

Tres minutos después me doy cuenta de que Daisy Dooren no es una mujer sensata.

Me la encuentro caminando a paso ligero por el paseo a través del bosque que da a la mansión. Es rápida de cojones por haber llegado hasta allí en tan poco tiempo. Toco el claxon y bajo la ventanilla.

—¡Sube! —gruño por tener siquiera que decírselo.

—¡Ni muerta!

Hay que joderse.

—¡Daisy! —bramo.

—¡Déjame en paz, ¿quieres?!

Será terca la muy… Toco el claxon un puñado de segundos seguidos. *Intento^2: cargando*.

—¡Que subas! —grito por encima del sonido del parabrisas.

—¡Prefiero que me parta un rayo, gracias!

Es un encanto, siempre tan educada.

Freno, abro la puerta y salgo a por ella. Tengo los pies en el barro en medio segundo y me empapo en cero coma, así de fuerte llueve. *Qué coño llover, está diluviando.*

Acelera el ritmo de sus pasos cuando ve que me acerco, pero no le servirá de nada, cuatro pasos suyos son una zancada mía.

—Daisy. —Me paro frente a ella—. Si no nos vamos ahora, no podré arrancar el coche, ¿sabes lo que supondría eso?

—Pues vete, ¡yo nunca te he pedido ayuda!

Intenta pasar de largo y la freno, tomándome la libertad de cogerla de ambos brazos.

Las conexiones de mi cerebro dejan de hacer contacto un largo instante porque está mojada, con el vestido pegado al cuerpo, revelando un cúmulo de información íntima sobre elecciones de ropa interior que yo no debería saber. *Que ahora no voy a poder olvidar. Joder, ojalá llevara un puto sujetador.*

—*Luke.*

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas, pero vas a subirte al coche sí o sí.

—¿Vas a secuestrarme? —jadea en tono bajo—. ¿Es eso lo que dices?

—Lo que digo es que no conoces lo peligroso que puede llegar a ser Saltwater —*y yo* —, lo que digo es que no voy a dejarte aquí a tu suerte. Punto.

—No soy cosa tuya. Soy una mujer adulta, independiente, que es muy capaz de arreglaaaa… *¡oye!* ¡Bájame! ¡Suéltame ahora mismo!

Salpico barro a cada paso, pero no siento la lluvia, ni el frío, ni nada más que su cuerpo cálido cuya silueta es un mar de curvas preciosas. Hace por soltarse, pero la sujeto bien para que no se caiga de mi hombro. Patalea y repite «de esta te enteras, MacAlister» unas cien veces e intenta clavarme las uñas (*tan mona… ¡como si fuera a notarlo!)*, pero no la suelto.

Llegamos junto al coche y la bajo, ella se asusta como un gato mojado y se aferra a mí con fuerza haciendo que resbalar por mi cuerpo sea un proceso mucho más lento y que el suyo provoque una fricción que… *Me cago en mi puta estampa.* La freno a medio camino, dejando su cuerpo entre el coche y yo, incapaz de dejarla en el suelo sin antes hacer una pausa. Una que evite que me empalme.

Me tiene cogido del cuello, la raja de su vestido le permite alzar una de sus piernas hasta mi cadera y no… no sé quién está cogiendo a quién. El jade verde de sus iris echa humo, me calcina y me resulta muy difícil leer lo que quieren de mí. *Si quiere morderme o besarme.* El agua se cuela por mi camisa y estoy seguro de que la estoy evaporando. Nunca he querido comerme una boca tanto como la suya.

—¿Vas a hacerme el favor de meterte en el coche, Daze?

Su absurda nariz respingona es un maldito botón de juguete. Y esas insolentes pecas sin sentido alguno. *Y el olor a flores, joder con las putas flores.*

Su respiración entrecortada pega más su cuerpo contra mí. O tal vez soy yo quien la está aplastando como un animal. Espero que no.

—S-sí, sí. Lo haré —musita y solo entonces, deja de aferrarse a mí, despacio.

La suelto a la misma velocidad, la deposito en el suelo y me alejo lo mínimo porque no me fío un pelo. Abre la puerta del coche y lo señala.

—Te lo voy a poner todo perdido.

—¿Te parece que me importa una mierda?

Musita un «vale» y entra.

Troto hasta el asiento del conductor rezando porque no sea tarde y consiga llevarla a casa sana y salva. Pongo la calefacción, arranco y nos vamos. El limpiaparabrisas no da abasto, las nubes negras descargan sin parar y apenas se ve la carretera. Estamos solos ya que no hay otro necio en Saltwater que decida salir ahora, esto no pinta bien.

—¿No deberíamos ir más despacio? —la veo agarrada al asidero del coche.

—Voy dentro de la velocidad permitida.

—¿Y cuánto es eso?

—No sabría decirte, alguien puso una señal hace tiempo, pero se cayó y nadie la repuso. —Se me curva la sonrisa cuando sé, sin mirarla, que se ha quedado pálida.

La raja del vestido no ayuda nada a tapar esa piel de terciopelo, menos todavía ahora que la tela está empapada. Porque lo está, igual que ella.

—Este ha sido tu plan desde el principio, ¿no? Acabar conmigo.

—Hoy no me viene bien, tengo la agenda demasiado llena, ¿te parece si lo dejamos para más adelante?

Ni siquiera voy tan rápido, no soy gilipollas, pero como el camino es irregular se lo parece. Con la mano libre empieza a pegarme sin mucha efusividad, ¿y qué hago yo? Llevarle la mano al chorro de aire caliente para que se relaje.

—¡Luke! Dios mío, ¡no sueltes el volante! —chilla colocándome la mano de nuevo en el susodicho volante—. ¿Te...? ¿Te estás riendo de mí?

—Te pones muy graciosa cuando tienes miedo.

—Serás... idiota —baja el tono y no suena mucho a insulto.

Casi suena a *otra cosa*.

La lluvia golpeando los cristales es lo único que rompe el silencio hasta llegar al garaje. Salimos del coche y por alguna razón la espero frente al capó.

—Fin de la tregua, supongo. Volvemos a ser enemigos.

—No diría tanto. —Me encojo de hombros.

—¿No? —La esperanza nace en su mirada y me encargo de arrancarla de raíz.

—Eres demasiado joven para ser mi enemiga, ¿cuántos tenías, diecinueve?

Me pega. Empiezo a dudar si tan desesperado estoy por su contacto que tengo que... *en fin*.

—No ha sido tan horrible, ¿no? —pregunta con gotas cayendo de la punta de su pelo sin cesar y sé que no se refiere al trayecto—. Tal vez podrías reconsiderar mi destierro y...

—No trabajarás en mi laboratorio, Dooren. —Yergo la espalda y aprieto los dientes.

—Pero...

—Será mejor que te vayas antes de resfriarte.

Aprieta los labios, exhala por la nariz y se larga. Cinco segundos después oigo un grito. Entro en la casa en un par de zancadas y la encuentro frente a Zelle. Como no, le está enseñando los dientes. Ni siquiera se da cuenta de que estoy allí hasta que choca contra mi cuerpo un mar de flores y deliciosa crema solar. Como acto reflejo mis manos van hasta sus caderas.

—Tranquila.

—Va a morderme —dice con vulnerabilidad, saciando mi necesidad de volver a tenerla cerca.

Aviva en mí cosas que no debería y no hablo del instinto de protección. La pongo detrás de mí, me acerco a Zelle y ella me gruñe.

—Eh, a mí no me enseñes los dientes —la señalo y es como si un mago chasqueara los dedos: se sienta sobre sus patas traseras, ladea la cabeza con curiosidad y empieza a chuparme la mano.

Estoy a punto de pedirle a Daisy que se acerque para acabar con el conflicto bélico en el que están sumidas, pero sale a toda prisa hacia la escalera. La silueta de su cuerpo es… *la razón por la voy a necesitar una puta ducha de agua fría con tal de volver a concentrarme.*

5

Daisy



Horas después, cuando el cielo está despejado y la tormenta ha pasado, entro en el supermercado de Saltwater. Me gustaría odiarlo, igual que a este pueblo, pero es encantador y ya han empezado con las decoraciones de Halloween, con eso te lo digo todo.

Tengo tanta hambre que podría comerme quince elefantes y medio, pero opto por algo más saludable y procedo a comprar los ingredientes para el mejor sándwich que ha visto la faz de la tierra. Ya tengo la lechuga cuando voy a por el pan, pero la vida hoy no está de mi parte. Ser bajita tiene sus inconvenientes. ¿Número uno? No llegar a los estantes de arriba.

—Lo mejor siempre lo ponen fuera del alcance, ¿eh?

Dejo de ponerme de puntillas para buscar al dueño de la voz.

Alternativo es la primera palabra que se me viene a la mente para describirle. Piercings, pelo verde repeinado con gomina, ropa ancha y paliducho. Es mono, de la clase de tío con el que compartirías una galleta si tuvieras el paquete abierto, pero no si tuvieras que abrirlo.

—Es evidente que se trata de un plan maléfico y perverso del gobierno.

—Sí, sin duda es demasiado frecuente como para que solo sea a nivel estatal —me alcanza la bolsa de pan en rebanadas que quería.

—Muchas gracias.

Sonríe, pero un rayo de decepción me atraviesa cuando pienso en que… no es él. *Capullo-cretino-insoportable, ¡¡me ha fastidiado a todo el género masculino!!*

—No hay de qué. Soy Leo Adner —me ofrece la mano y se la estrecho.

Ni calambres, ni descargas, ni electricidad, pero sí una calidez reconfortante.

—Daisy Dooren.

—Lo sé, la nueva biotecnóloga de John-Luke MacAlister.

—Guau, las noticias vuelan por aquí.

—Sí, es lo que tienen los pueblos pequeños —su sonrisa ha desaparecido—. Espero que dures aquí más tiempo que los anteriores.

—Yo también —*en verdad no, cuanto antes termine y pueda largarme mejor, mi paz interior salió corriendo y a estas alturas debe haber llegado a Tailandia.*

—¿No te importa estar lejos de casa? —Se apoya contra el estante y cruza los brazos por encima del pecho.

Los tiene más grandes de lo que dejaba entrever la camiseta. *No es que eso sea relevante.*

—Me he pasado el último año viajando por trabajo por todo el país, no es nada nuevo.

—Suena más fascinante que ser ingeniero ambiental.

—Cualquier cosa sonaría más fascinante que eso. Es broma, no iba en s… —Me callo

cuando se ríe.

Ha debido acercarse porque ahora puedo distinguir bien el castaño de sus ojos.

—Guau, eso me ha dolido. —Se lleva una mano al pecho—. Vas a tener que devolverme mi dignidad aceptando cenar conmigo.

Citas. Dios, las había olvidado por completo. Le prometí a Amy que no tiraría la toalla y todo eso, así que llevo obligándome a… ¿tener conversaciones triviales con desconocidos que no me encienden las cerillas? *Pues sí, eso*. Pero estas últimas semanas he tenido el coche aparcado.

—Claro, me encantaría.

—Tengo que hacer un viaje de trabajo de una semana y poco, ¿cuando vuelva puedo llamarte? —me ofrece su teléfono para que escriba el mío.

Intercambiamos algunas palabras más y se marcha.

Me convenzo de que puedo olvidarme de las citas hasta que tenga esta con Leo, lo cual me quita cierto peso de mis hombros. Encuentro a Patty en el pasillo del queso. No sé cómo lo consigue, pero me sonsaca la razón exacta por la que tengo un montón de pan abrazado al pecho.

—Cielo —me coge de la barbilla—, antes de darte comida en mal estado, me la comería yo.

—Lo siento. No desconfío de ti, es solo que…

—Eres nueva en Saltwater, haces bien en ser precavida, pero nadie que viva en esa casa te hará daño, por mucho que discuta contigo, se ponga terco y se apellide MacAlister —señala mi pan—. Si quieres llevarte eso, adelante, pero esta noche toca risotto y me sale de muerte. Y no va con segundas.

Lo suelto. Por supuesto que lo suelto.

Esa noche con el estómago lleno de mi plato favorito, tomo una decisión inamovible y urdo mi plan. *Esto. Es. La. Guerra.* Lo he intentado todo, pero no da su brazo a torcer. *Tú lo has querido, John-Luke, ahora vas a ver de lo que es capaz una Daughbeth.*

A la mañana siguiente me levanto temprano y salgo pronto de mi habitación.

—¿Qué haces ahí?

—Buenos días, jefe. ¿Has dormido bien? Llegas… —miro mi reloj imaginario—, dos minutos tarde.

—¿Qué haces en *mi* sitio? —su voz es una pantera a punto de clavarte las zarpas.

—¿Este es *tu* sitio? Anda, pues ahora que lo dices, sí, tienes razón.

Patty llega entonces con mi bol de aguacate y huevo no-envenenado y empiezo a comérmelo fingiendo que mi estómago no se contrae de placer.

—Muchas gracias, Patty. Me encantan tus pendientes.

Me lanza una mirada afectuosa del tipo ha-sido-un-placer-conocerte-serás-recordada-con-cariño-cuando-mueras. Una energía invisible me obliga a volver la cabeza hacia Luke y *guau*.

Es como si los dioses del mal humor hubieran creado a un rabioso Adán amante de la halterofilia y una despampanante Eva, listísima y con mala uva, y tras una noche de acalorada discusión ambos hubieran compartido un lujurioso momento carnal para crearlo… *a él*.

—Aquí tiene el desayuno, señor —Stef le deja el bol en el sitio de al lado y ardo en deseos de que lo ocupe.

¿Pero qué hace él? Irse a la otra punta de la mesa. El silencio solo existe hasta que lo

rompo.

—¿Recibió mi informe, MacAlister? Se lo envié anoche, pero puedo volver a mandárselo si ha tenido algún problema.

Se inicia la segunda ronda del concurso de miradas

—Lo recibí —sentencia en tono neutro, cargado de electricidad.

La misma que me aplasta contra la única silla de todas con un refuerzo blandito en la lumbar. *Sr músculos tiene pupitas*.

—Me alegra. Espero el suyo con la misma premura. ¿Ha tenido oportunidad de leérselo? Lo pregunto por si sabe que ya he terminado la lectura.

Se queda con la cuchara a medio camino de la boca y yo pasmada con sus labios entreabiertos, su mandíbula, la sombra de esa barba que nunca he visto, todo. *Me pregunto si alguna vez hace locuras como trabajar en chándal y sin afeitar*.

—No.

—En ese caso, me colma de dicha comunicarle que ya he leído todos los documentos que adjuntó en la nube y me he tomado la libertad de añadir dos más.

La intensidad desmedida de sus ojos no es del todo intimidante esta vez, la mezcla tiene una pizca de curiosidad.

—¿Todos? —repite—. ¿Te los has leído todos?

Sí, además he tenido tiempo de hacer mini-pausas-de-placer para reírme con el foro Sr. MacCapullo-MacAlister hasta tener calambres en el estómago. Recuerdo que Ascenso.inminente@William dijo que John-Luke es un volcán de ira contenida expulsando indiferencia y desdén gélido, pero en mi opinión es muy caliente.

—Supongo que ahora no tendrá inconveniente en que diseñe el protocolo experimental, señor MacAlister. Aunque si lo tiene, tal vez podríamos discutirlo con Rosemary en un rato, cuando se reúna con nosotros.

Se levanta con su bol y se marcha sin decir nada, lanzándome una última mirada que tensa y me contrae zonas de mi cuerpo que estaban muy bien dormidas y sin molestar.

Voy tras él, pero al salir de la estancia no le encuentro porque esta mansión es un laberinto al que todavía no me he acostumbrado.

—Menuda sonrisa ya de buena mañana —dice la voz de Kían por alguna parte, pero la música se oye más fuerte.

Un piano. Encuentro a Alex en una de las salas más cercanas a la entrada de la mansión, la que tiene una chimenea y está decorada con una opulencia contenida y un aire nostálgico que evoca tiempos pasados. Me detengo junto a varias vitrinas de madera cargadas con porcelana antigua porque no quiero que me vea, quiero que siga tocando porque lo hace increíble. Reconozco la canción de la banda sonora de Interestelar al tiempo que se me ponen los pelos de punta. *Esta canción siempre me da ganas de llorar*.

Para de golpe en cuanto se percata.

—Lo siento, no quería interrumpir —señalo el piano—. Tocas genial.

—Gracias —se levanta de la banqueta y veo sus intenciones de marcharse.

—Quería pedirte disculpas —mis palabras lo frenan, pero sé que no será por mucho tiempo así que cuando sus ojos azules caen sobre mí, aprovecho—. Imagino que será muy desagradable tener que aguantar que desconocidos deambulen por tu casa. Solo quería hacerte saber que haré lo posible por no ser una molestia. No iré más allá del laboratorio y mi dormitorio, salvo algunas veces puntuales a la cocina, lo prometo.

—Puedes ir a donde quieras cuando quieras —dice un tanto incrédulo, confuso incluso.

—Pero es vuestra casa y yo…

—Eres una invitada. —Ladea la cabeza y me estudia cruzándose de brazos, apoyando su espalda en el piano—. Oye, ¿por algún casual estás intentando caerme bien?

—¿Yo? —*pillada*—. No, bueno, si, ¿puede? Solo quería evitarte la necesidad de salir disparado de cada sala en la que entro. Aunque sí, para ser sincera, me gustaría caerte bien.

Sonríe y resopla.

—Pues serías la primera.

—¿La primera qué?

—La primera de tu gremio que pisa esta casa y no es una homófoba borde que me mira por encima del hombro por ser actor y no científico.

—Me disculpo por los idiotas del ámbito de la biotecnología. Hay muchos. Machistas, homófobos, zurdos, hay de todo pero si escarbas siempre encuentras algo bueno. Ya sabes, la patata frita más salada siempre está al fondo de la bolsa.

—Eso parece —me mira de arriba abajo y me tiende la mano—. Alex. Encantado de conocerte.

—Daisy. Lo mismo digo. —Me balanceo sobre mis talones—. ¿De verdad eres actor?

—Sí. No he estado en casa estos últimos días porque fui a Londres a una audición, pero no sé si habré conseguido el papel, era una película de época y mi acento inglés no es perfecto.

—Podemos practicar si quieres —digo poniendo mi mejor acento falso, el que uso siempre que voy a ver a mamá.

Oigo un arrullo que sale desde el otro lado del piano y las facciones de Alex se relajan y suavizan, endulzándose. Me muevo y veo la cuna, más o menos un segundo antes de que coja en brazos al bebé para el que estaba tocando. *¡¡¡Qué preciosidad!!!*

Mi corazón se estruja, retuerce, sacude, tiembla, vibra y babea. Lleva unas diminutas orejeras puestas y ¡¡se ríe!! Por la virgen, ¿habrá algo más tierno que la risa pura de un bebé?

—No te tengo la confianza suficiente como para dejarte coger a mi hijo en brazos, pero… ¿quieres acercarle un dedo? Seguro que te lo agarra, le encanta hacer eso.

Me derrito cuando el chiquitín me coge con toda su mano.

—Tienes un hijo precioso, Alex.

—Sí, ¿verdad? Se llama Nate-Kale. Cuando lo encargué pedí en broma que fuera mono, pero se lo tomaron en serio —se ríe y luego aclara—: lo adopté hace dos meses, tiene solo seis.

—Guau, qué suerte habéis tenido.

—Solo yo —sacude la cabeza, baja la vista hasta su hijo—. Supe que quería ser padre antes siquiera de saber que era gay. En un principio no iba a ser padre soltero, pero ya sabes, a veces la vida no sale como la planeas.

Vaya si lo sé. Pfff. El bebé se ríe y se nos cae la baba.

Gracias a Alex y su hijo puedo soportar coexistir en el mismo espacio que John-Luke, manteniendo mi buen humor. *Todo un récord teniendo en cuenta que el peor de los MacAlister no para de intentar sacarme de quicio.*

—No vamos a hacerlo así, Daisy. —Baja la tapa del portátil dando el tema por

zanjado.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Ese es un punto de vista muy interesante, sin duda —sonrío, misteriosamente la pantalla ha vuelto a encenderse—. Pero me atrevería a recordarle que en el estudio de Bahlaid aseguraban…

—Fue un estudio en ballenas, no personas. *Ballenas*, Daisy.

Lo sé bien y en ningún caso estoy intentando retrasarle para que me deje hacer lo mío.

—El progreso es el progreso y según *mi humilde opinión*, jefe, considero importante destacar el punto de vista de Bahlaid con tal de no cometer errores evitables.

—Esta conversación sí es un error evitable —murmura.

Rosemary, que curiosamente no huele a rosas, sino a aspirinas y tabaco, se mantiene al margen de nuestra quinta discusión. No me daría cuenta de que está con nosotros si no fuera porque tiene esa tos angustiosa y preocupante de fumador. Esa que debe ser inaudible para ella porque la única forma que tendría de fumar más, sería metiéndose en la boca más de un cigarro a la vez. Lo cual, veo factible. ¿Y el hecho de que a nadie le importe que fume en un lugar en el que está prohibido fumar? Sé que por ahora solo leemos, pero no me cabe en la cabeza que Luke se lo permita.

Vuelvo a intentar convencer al Anticristo de que tengo razón.

—¿Podrías usar menos variables? Me va a explotar la cabeza.

—Claro, variables fuera, te lo explico con palitos y bolitas. —Le sonrío regodeándome mientras todo su cuerpo emana deseos de descuartizarme—. O mejor, centrémonos en lo importante. Queremos desarrollar un tratamiento que elimine el dolor de pacientes con enfermedades crónicas, ¿no? —Cojo el portátil en brazos, alejándolo de su alcance, pero mostrándole bien la pantalla.

—Te juro que si vuelves a enseñarme ese gráfico…

—No le he oído bien, señor MacAlister, ¿es esa la razón por la que nos ha contratado PharmaGenix? —pregunto con las piernas de gelatina por el deje áspero de caos en su voz.

—Ajá —cruza los brazos por encima del pecho en una pose de tengo-más-músculos-ergo-más-cerebro-que-tú de lo más encantadora.

—No pretendo decirle cómo hacer su trabajo, jefe, pero debería leer el estudio de Bahlaid, aunque sea por tenerlo de referencia. Solo son quinientas setenta páginas.

—Daisy, *fuera*.

—Me temo que no le entiendo, MacAlister.

Se le hincha el pecho y camina hasta la puerta.

—Ahora volvemos —le dice a Rosemary.

—Claro, debatidlo a gusto —murmura mirando el móvil distraída—, a este paso igual llegamos a la mitad del proyecto cuando la próxima generación se incorpore. Tal vez ellos sepan el significado de ponerse las pilas.

Luke parece la mar de conforme con la sugerencia, así que no me queda otra que caminar, portátil en mano, tan despacio que casi voy hacia atrás. Él resopla y sale sin esperarme. Oigo la puerta de la sala de al lado abrirse.

CHAT GPT (Jonathan)

ChatGPT: Si quieres más ideas para irritar a John-Luke MacAlister, no dudes en avisarme :) ¡Estoy

aquí para ayudarte!

Daisy: Formamos un gran equipo, Jonathan, y te tomo la palabra. Pero si me pones smilies así :) me muero de amor. No lo hagas.

ChatGPT: ¡Lo tendré en cuenta! :)

Me guardo el móvil en el bolsillo de la bata, entro en la sala y él se pasea como un puma enjaulado.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudarle, jefe?

Fuego. Lo desprende su cuerpo, está en todas partes.

—¿Por qué no me dejas trabajar, Daisy?

—¿Yo estoy…? Oh, qué mal me sabe, señor MacAlister —me llevo la mano al pecho—. ¿Se lo ha parecido? Nada más lejos de la realidad.

—Te juro que como vuelvas a llamarme señor MacAlister…

—¿Qué? —Alzo la barbilla muerta de ganas de conocer el resto de esa amenaza, pero se acerca y me arrepiento de haber dejado mi cuello tan sumamente expuesto.

Mi orgullo no me permite moverme. *¿Orgullosa yo? Sin duda este tío saca lo peorcito de mí.*

—¿Esto es por lo de ayer? ¿Porque te metí en mi coche a la fuerza? —pregunta con esa voz gutural, ese gruñido masculino, áspero, casi animal que envía descargas a mi clítoris cuando se le antoja.

—No.

—No mientas. —Se acerca hasta que no hay distancia y me intoxico con lo bien que huele

—Usted quería ser el jefe, ¿no? Bien, pues yo solo estoy respetando sus deseos. Mantener una distancia verbal es solo una consecuencia.

Suspira, o jadea, no lo sé, pero es sexy y malhumorado. Sus manos se acercan a mis brazos, pero no llega a tocarme, cómo si hubiera un campo magnético que se lo impidiera. *Como yo con los bichos que temo.* Pero su cuerpo es un imán y soy yo la que se acerca más.

—Daisy… —advierte.

—¿Tanto le molesta que vaya a tener tiempo de hacer lo que estoy convencida que es lo mejor para el proyecto?

Cierra los ojos un largo segundo, se calla una maldición que sus angulosas facciones gritan. Lo que siento *no* es mi encaje de Victoria Secret humedeciéndose entre mis piernas.

—Sí.

—Piense que lo haré desde la otra punta del pasillo, el lugar donde me ha desterrado —tanteo porque está claro que he dejado de ser Daisy para ser Echa-Más-Leña-Al-Fuego Dooren—. ¿O acaso le irrita que pueda hacerlo subida en mis mejores zapatos?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Es curioso que no lo sepas, sobre todo cuando está detrás de la razón —contengo mi irritación como puedo—. Alguien ha tenido que abrir la puerta de mi habitación para que cierto caniche mordisquee buena parte de mis tacones. Es una suerte que pusiera los mejores a buen recaudo.

Mira mis deportivas blancas y de repente clava una rodilla en el suelo como si fuera a… *No. Nnnnno. Pues sí.*

—Es una lástima que Zelle no pueda mordisquear tu carácter —dice atándome los

cordones.

Una corriente eléctrica no-identificada me sube por la pierna y llega a las catacumbas de mis instintos primitivos. No puedo frenar la calidez, el magma, me empapo lenta pero inexorablemente.

—Tienes una manera muy curiosa de disculparte —jadeo.

No contesta de inmediato. Luke se yergue sin romper el contacto visual y lo siento en cada centímetro de mi cuerpo que deja atrás. Lo imagino frenándose antes de pasar mis caderas y… *cállate, joder*.

—No tengo motivos para disculparme, yo no he hecho nada. —La luz del fluorescente cae sobre la amatista y la plata fundida y ambas me atraviesan como un rayo que todo lo quema.

Casi le creo. Esa fachada inocente de no haber roto un plato en su vida fijo que ha conseguido abrir muchas puertas. *Y muchas piernas*. Pero no funcionará conmigo. *Ni de coña*.

—Daisy… —dice apretando mi cintura.

¿Cuándo ha llegado su mano ahí? Sus dedos se hunden un poco en mi bata abierta por la que asoma un mar de flores. *¿Qué es este mareo dulce?*

—Tiene una muy mala costumbre de tocarme sin permiso, señor MacAlister.

—Has empezado tú —dice solo para que me dé cuenta entonces de que tengo cogida la manga de su bata de laboratorio. La nuez se le mueve a través de su apetecible garganta—. Y podemos hablar cuando quieras de tu terrible costumbre de sacarme de quicio, Dooren.

Sé que me considera tan insoportable como para no querer compartir laboratorio conmigo, así que no entiendo qué clase de aneurisma está sufriendo para no haberse apartado de mi repelente presencia.

Pongo mi mano en su abdomen para ayudarle a recordar, apartarlo de un empujón y largarme, pero una vez allí, mi mano no se mueve ni un milímetro. Llamar «duro» a lo que tocan mis dedos, sería quedarse muy corta. Es una piedra, un material macizo e inamovible. *¿Por qué sigo tocándole?*

—Daisy. —Su aliento da contra mi pelo con delicadeza.

Hablar con él es obligar a los cimientos de mi casa a soportar un terremoto detrás de otro.

—Mi costumbre solo es una consecuencia de tu actitud, Luke —alzo la vista aunque ya no me siento poderosa, más bien un dragón de fuego—. Y no es por nada, pero lo de llevar un corte en la ceja no te pega nada.

Mentira. El contraste de su buen porte, sumado a la elegancia de sus infinitos trajes, vs el corte de tío-peligroso en la ceja no debería quedarle *taaan* bien, pero es como tener lo mejor de los dos mundos. *La sabiduría y el sex appeal. Como si la lujuria tuviera cabida en el pequeño mundo del éxito académico. ¿Su cuerpo siempre ha sido tan enorme o crece por momentos?*

—¿Me lo darías?

—¿Mmm?

—Permiso —sentencia haciendo que mi mundo deje de girar y mi corazón de latir—. ¿Me lo darías?

Una ola de fuego me sobrepasa y me inunda el cuerpo, las llamas me mojan de dentro a fuera. ¿Querría que se lo diera? No. Imposible. *¿Verdad?*

—Yo…

—No te metas en mi camino, Daisy. Por tu bien.

¿Por mi bien? ¿Me está amenazando? Doy un paso atrás y reacciono, me suelto y lo siguiente que sé es que estoy en el pasillo, dejándolo atrás y volviendo con Rosemary con una clara sentencia: de esta te vas a enterar, MacAlister.

—Qué bien, ya estáis de vuelta —dice entre calada y calada. MacAlister ha debido salir detrás de mí para llegar tan rápido—. Mientras discutíais como un viejo matrimonio, uno de mis subordinados de PharmaGenix me ha enviado este estudio llevado a cabo por uno de nuestros compañeros asiáticos desde Japón. Todavía no ha sido publicado, nos lo dan de manera extraoficial, pero aseguran que ayudará. No va sobre ballenas.

—Suena bien —miento.

¿Será muy largo? ¿Me retrasará mucho?

—¿Qué? ¿Os apetece avanzar algo hoy o preferís tomároslo con calma? No sé vosotros, pero algunos valoramos el concepto de «plazos de entrega».

Citando a Amy: asdfghjklñ.

—Mil ciento setenta páginas —es lo primero que dice el cretino cara de culo de mi archienemigo, el pirata traidor de los cojones—. Le daremos prioridad a esto.

Puedo aceptar los fantasmas de este lugar porque oye, si me dejan en paz, que coexistan donde quieran. He apodado a mi laboratorio El Vejestorio, así que como ves, somos íntimos. Pero lo único, (¡¡lo único!!) que pedía era el puto protocolo experimental de las narices y… Hincho los pulmones al máximo y me pongo a trabajar porque fijo que reprimir el estrés y la rabia no repercute en absoluto en la salud.

Después de pasarme horas leyendo en el taburete cojo de mi laboratorio me pregunto dos cosas. ¿Cómo narices voy a salir de este jaleo si no me para de llover granizo y no tengo ni paraguas? Y, ¿cómo mierda se dice «un tostón de la hostia» en japonés?

6

John-Luke



Me lleno los pulmones de paciencia.

—Mhílena, sal en las sábanas no es cruzar un límite —insisto a través del interfono.

—Me temo que debo discrepar, señor MacAlister.

—Discrepa cuanto quieras, lo que me interesa saber es lo que vas a hacer al respecto —digo mirando la pantalla de mi móvil cuando empieza a vibrar.

Mierda, tengo que cogerlo.

—Absolutamente nada, señor.

Miro incrédulo el pequeño interfono.

—¿Te das cuenta de que soy tu jefe?

—Sí, uno muy bueno. Con permiso —cuelga.

Me pellizco el puente de la nariz y gruño para mis adentros. Descuelgo el teléfono y tengo la decimoctava conversación molesta de la mañana. Esta con Creed.

—Dile a esa mujer que estoy del todo satisfecho con el trabajo excepcional que está realizando su subordinada y repítele por última vez que no voy a solicitar un remplazo, ni ahora, ni nunca. Hazle saber que si vuelve a contactarme para esto, la denunciaré por intimidación.

—¿Intimidación? ¿Al puto John-Luke MacAlister? —se carcajea al otro lado de la línea—. ¿De verdad crees que algún juez se lo tragaría?

—Tú hazlo, ¿quieres?

—Claro, jefe.

Creed es muchas cosas y pese a lo que muchos puedan pensar, jardinero va al final de la lista. Crecer en un entorno humilde sin apenas recursos provocó que sus primeros trabajos fueran de hacker. Es un milagro que le encontrara antes de que alquilara una celda en una prisión federal porque nos va muy bien juntos.

Lleva años encargándose de mis llamadas y de mi agenda, y es muy convincente a la hora de pedir que no llamen más. Salgo de casa cuando la cabeza me va a estallar de tanto trabajo *y lo que no es trabajo,* y me llevo a Zelle conmigo.

—Esto podría considerarse acoso, chico, ¿lo sabes?

—Necesito tu ayuda. Traigo un soborno, por si esto ayuda a suavizar tu... eh, encantadora disposición.

—¿De qué es la tarta? —pregunta Stapleton, aunque sé que su interés ha quedado en segundo plano.

—Lo verás luego, cuando la pruebes —digo colándome por su derecha, acaricio a Baguette y guardo la tarta de chocolate en la nevera.

—¿Luego? —me espera en la puerta.

—Vamos a dar un paseo.

—Dos en un día, me vas a convertir en una anciana digna de ir a las olimpiadas.

—Sí, de público —me pega, cierra la puerta y tomamos el sendero junto al bosque—.

Lana, tú discutías mucho con el señor Stapleton, ¿verdad?

—¿Para qué haces preguntas de las que ya sabes la respuesta? ¿Quieres que te arree?

Sonrío sintiéndome más relajado. Hay algo en su manera de tratarme que me hace sentir querido. *Es de las pocas personas que no me hablan a un metro de distancia, que no teme alzarme la voz, ni sacudirme.*

—No, solo consejo. Estoy trabajando con una mujer con la que no sé hablar sin discutir.

—Discúlpate.

—¿Cómo dices?

—En el noventa y nueve por ciento de los casos los hombres tenéis la culpa. Discúlpate.

—Esa probabilidad es absurda. *Au*. Tendría que haberte traído una tarta baja en calorías. ¿Puedes dejar de pegarme y darme un consejo que me sirva?

—Chico, llevo setenta y cinco años lidiando con gente insoportable. ¿Mi consejo? Aprende a escuchar lo que dicen y lo que no dicen. A veces una discusión es un grito de socorro.

—¿Y si eso no funciona?

—Le pones más tarta en la boca para que no hable. ¿Por qué crees que mi marido tenía tanto azúcar en sangre? Por cierto, Shania de la ferretería necesita que le cambies unas bombillas a las que no alcanza sola. Ah y Calíope se ha dejado la calculadora y tiene examen de matemáticas, Keylah dice que si puedes llevársela tú. Les he dicho que no había problema y que irías esta misma mañana a todo.

—Sabes que tengo trabajo, ¿no?

—Nadie lo diría teniendo en cuenta que estás paseando con una anciana aburrida a las once y media de la mañana.

Vemos a Kían de lejos.

—¿Qué haces tú aquí? —alzo la voz para que me escuche.

—No he venido a verte a ti, altramuz. —Extiende los brazos hacia Stapleton apartándome de un empujón poco entusiasta.

—¿Alex ha venido también? —pregunta ella en mitad del abrazo.

—¿Puedes fingir durante medio segundo que no es tu favorito?

Sabiendo que está en buenas manos, me largo. Vuelvo a casa después de los recados y subo a su habitación. *Ya que se me ha acusado sin fundamento, lo mejor es que se lo dé.*

Me lleno los pulmones de flores y crema solar. *Ya la tengo dura*. Pego la cabeza contra el cristal del balcón. *Necesito puta ayuda médica.*

Leo los apuntes desordenados de su mesa, llenos de gráficos y notas del proyecto que tanto le importa. Un retortijón de culpa me retuerce las entrañas. Me froto los ojos y luego la cara entera sentándome en su cama.

El medallón que siempre cae sobre su pecho está ahora en su mesita de noche. Se le ha roto el cierre antes, al enganchárselo con el vestido y tirar de más. Es delicada, como si cada gesto estuviera acompañado por puto polvo de hadas mágico, pero a veces es una bomba explosiva.

Juego con él entre mis dedos y las imágenes vuelven a mí como en flashes. Cada vez que he querido jugar con él, metérmelo en la boca solo para ver la cara que pondría. *De susto, seguro*. Me froto la cara pensando en sus malditos vestidos de flores, esos que tan

bien acarician sus curvas. *En serio, que llegue ya el puto invierno.* Siento una descarga directa en la polla cuando acaricio el medallón con el labio, sediento de un calor que no encuentro. Está frío y ya no lo lleva puesto.

Ni siquiera recuerdo la última vez que quise… pero desde que apareció es como si mi cerebro no fuera capaz de albergar otro pensamiento. Otro que no la involucre a ella. Sintiéndome un gilipollas, me pongo de pie y lo abro. En mitad del medallón de estilo victoriano con forma de corazón, leo la única palabra escrita en él. «Daughbeth».

Me lo meto en el bolsillo. *Está claro que no voy a poder concentrarme una mierda, así que…*

Por la tarde, estoy en el gimnasio a medias de darle la paliza de su vida al saco de boxeo cuando Kían llega.

—Eh, tú y yo tenemos que hablar.

—Pues ponte los guantes. —Deja su bolsa de trabajo en el suelo y lo hace.

—No me gusta cómo la tratas. —Directo a la cara: falla.

—¿Sí? Escríbelo en un papel y guárdalo en la caja de las cosas que no son asunto tuyo y luego métela en el cajón de las cosas que me importan una mierda.

Han estado compartiendo algunas comidas. *Esto puede ser un problema.*

—Entiendo que no eres un hijo de puta sin escrúpulos porque eres un MacAlister.

—Qué cosas más bonitas dices, tío. —Esquiva mi puño.

—Pero vas a tener que buscar otra puta manera de hacerlo porque Daisy me importa. Y te juro que si la haces llorar…

—¿Qué? ¿Vas a llorar con ella? —Diana en el estómago.

Empieza la pelea en serio y se acaba la cháchara.

Hemos tenido más peleas que conversaciones serias en nuestra vida, si eso no demuestra que somos hermanos, no sé qué mierda lo haría.

7

Daisy



Hay cosas que nunca reconoceré en voz alta. Como por ejemplo que he intentado abastecer El Vejestorio con material de salas contiguas solo para descubrir que, o están vacías, o la más grande está cerrada con llave. *Sospechoso, ¿ahí guardan los cadáveres?*

Otra, por ejemplo, es que consulto algunas de las notas de Luke para entender el informe japonés. Me doy cuenta de que su forma de escribir es todavía más repelente que la de hablar. Sus apuntes están llenos de odiosos «$\log_2(8)$ o $\sqrt{36}$», en vez simples "6", como si su mente fuera una calculadora demasiado complicada para usar numeración sencilla. Y aunque son una clara evidencia de que de pequeño nadie le invitaba a su fiesta de cumpleaños y de que la ciencia puede dejarte secuelas severas, las notas me sirven para aclarar dudas. *Es como un traductor, odio lo fácil que parece todo para él y puede que… también lo admire. Un poco. Casi nada.*

Voy por el sesenta por ciento del maldito estudio lleno de fórmulas imposibles que me cuesta horrores entender cuando me quedo dormida sobre mi mesa de estudio del laboratorio. Un minuto después, mi móvil vibra y sufro un infarto. La pantalla se ilumina con el nombre de mi jefa. Descuelgo la videollamada y la imagen se divide en tres. *Un disgusto tras otro.*

—Willow, hol…

—No he recibido ningún mensaje tuyo desde que te fuiste, ¿qué te crees, que has ido de vacaciones? —espeta.

Pelo oscuro y corto, siempre viste con traje y unos pendientes gigantescos que a sus cincuenta y cinco le han dejado las orejas colgando como una anciana con mucha vida. *La adoraría si no fuera una mala persona.*

—Estoy segura de que si miras el correo de la empresa encontrarás once emails míos con copia a Brook.

Solía poner en copia al resto de jefes, pero Willow me metió una bronca de hora y media sobre cómo eso la dejaba en mal lugar y dejé de hacerlo. Los jefes tienen tanto en su bandeja que ni se han enterado.

—Eh, a mí no me metas que yo no he recibido nada. Mamá, dile algo —pide Brook con la lima de uñas en la mano.

—Si esos emails existen imagino que podrás demostrarlo —dice Willow chasqueando los dedos para que me dé prisa y sé que no va a tener la paciencia de esperar a que se reinicie mi ordenador nuevo en los cincuenta, que acaba de apagarse solo. *Igual que sé que si no me han enviado el mío todavía es cosa suya—*. Sé que el mínimo parecerá un gran esfuerzo para alguien como tú, pero no lo es. Te lo simplificaré para que me entiendas: las mentiras tienen las patas muy cortas.

—Willow, yo no…

—Suficiente, no quiero oír más del tema. Ha sido muy valiente por tu parte intentar algo tan ambicioso, pero no estoy contenta contigo y esa es la verdad. Te has

desvinculado por completo de NeuroSynTech en cuanto has empezado este proyecto. ¿Hace falta que te recuerde que sigo siendo tu jefa y que si no haces bien tu trabajo mandaré a Brook a que te sustituya?

—Y de concluir el proyecto me ascenderían y pasaría a ser tu jefa —aplaude—, ¿no te suena genial?

—Para que eso pasara tendrían que ascenderte y a mí, degradarme.

—Ya sabes lo que dicen, no hay que escatimar a la hora de hacer tu lista de deseos —dice Willow soltando una carcajada y chasqueando los dedos en su habitual ubícate-guapa.

Sí, hace tiempo que no se molesta en disimular que quiere quitarme de en medio para que su hija la-sin-sangre se quede con mi puesto actual. De hecho, si llevo un año viajando por todo el país ha sido porque ella creía que en mi ausencia, Brook destacaría y el resto de jefes se olvidarían de mí. *Supongo que fue una sorpresa para ellas que me merendara cada reto y pidiera más, ganándome una oportunidad tras otra, además de mi posición actual.*

Pregunta qué hemos hecho hasta ahora y le repito lo que escribí en los emails. Suspira.

—La próxima vez que alguien me pida recomendaciones sobre quién *no* elegir, me acordaré de vosotros. Tanto John-Luke como tú estáis dando muy mala imagen a PharmaGenix trabajando tan despacio, me dais dolor de cabeza.

—Un segundo, mamá. Daisy, ¿has dicho que John-Luke ha decidido el ritmo que va a seguir el proyecto? ¿Acaso lo has dejado al mando?

Que alguien me meta piedras en los bolsillos y me empuje a un lago profundo. Me piden más explicaciones y se las doy, pero estoy a punto de romper el único boli azul que tengo.

—Presta atención, Brook, eso es todo lo que no tienes que hacer para que te respeten —dice y a mí sí que me da dolor de cabeza, ¡como si me estuviera dando golpes contra una pared de ladrillo!

—Pobre la farmacéutica, está claro que no van a sacar nada en claro del proyecto. Lo mejor sería que la destituyeran ya. Incluso aunque no enviaran a nadie, cualquier cosa sería mejor que un lastre. Así tal vez John-Luke podría avanzar más rápido.

—Lo cierto es que lo he pedido —dice Willow.

¿Qué ha hecho qué?

El boli se parte y me mancho de tinta la mano y el vestido. *Una vez más Gale Eliot, jefe de mi jefa, ha dado la cara por mí, de lo contrario no estaría aquí. Dios, las odio tanto*. La furia que llevo dentro es una bomba a punto de caer a un mar de gasolina.

—¿Me estás escuchando? —pregunta Willow chasqueando los dedos una y otra vez, hasta crearme un tic nervioso en el ojo.

Respira, Daisy. Tranquila, respira. Willow, sinónimo de sauce, un árbol que puede llegar a los diez metros de altura. Es irónico que ella no llegue al metro cincuenta. *Si lo piensas, tiene su gracia*.

—¿Hola? —insiste Brook.

—Perdonad, os habíais quedado congeladas.

—En cualquier caso, Daisy, tienes que saber que yo también miro por ti. Eres mi empleada y lo que más me preocupa es que al final, toda tu dedicación solo sirva para que te des cuenta de que no eres tan especial.

Estoy de taaan mal humor cuando termina la llamada, que tengo que salir al jardín aunque esté lloviendo. Elijo el de atrás porque imagino que así no me toparé con nadie. Ni siquiera veo nada, ni oigo nada, cinco segundos después de cruzar el umbral de la puerta grito. A la lluvia o a lo que sea, pero grito mi rabia mientras las gotas se ponen de mi parte y caen con más fuerza.

Cuando abro los ojos las vistas se convierten en una maza que golpea mi estómago con fuerza bruta. Me encuentro con un mar de margaritas. *Solo* de margaritas. *Oh, dios*. Jadeo. *Estoy rodeada*. Es lo más bonito que he visto nunca. Es precioso. Es mi sueño, mío, desde siempre. *Se me ha caído el fluorescente en la cabeza y en realidad estoy muerta en el laboratorio, ¿a que sí? Claro que sí.*

El cielo se ilumina y unos segundos después llega el estruendo, es casi inmediato. El susto que me da sirve para cerciorarme de que estoy despierta. Es cuando me doy la vuelta y me dispongo a volver dentro cuando oigo un llanto. No tardo en encontrarla, Zelle está más allá de un pequeño montículo, en concreto, bajo las raíces nudosas de un árbol, donde la hierba escasea y el barro abunda. La tierra húmeda ha cedido con el paso del tiempo y bajo las raíces se ha generado un pequeño hueco en el que ha quedado atrapada.

—¿Cómo te has metido ahí? —pregunto antes de que mi tacón resbale y caiga de culo acercándome hasta ella—. Au. —*Vale, ahora ya sé cómo*. El cielo ruge de nuevo y ella se encoge en su jaula de raíces puntiagudas—. Tranqui, amiga, solo es agua —empiezo a apartar las ramas y me gruñe y saca las uñas—. ¿En serio? ¿Me enseñas los dientes cuando estoy aquí enfangada por ti? Mira guapa, una de las dos va a tener que trabajar sus problemas y aprender a confiar en los demás, y no soy yo.

La libero sin clavarme nada y en vez de salir corriendo sin mirar atrás como esperaba que hiciera, Zelle se lanza a mi regazo. No me queda más remedio que envolverla en el largo de mi vestido ya manchado y protegerla de los truenos.

No deja de temblar cuando entramos en la mansión, está helada, así que me asusto un poco. Abro puertas en la planta baja hasta que doy con un baño, lleno el ovalado lavamanos de agua caliente y la meto dentro. No queda ni rastro de la fiera-rabiosa-muerde-zapatos, la caniche se hace un ovillo adorable y me deja babeando. Incluso mete la cabecita en el agua de rato en rato. *Me da que le encanta*. Tras unos minutos, apoya la barbilla en el borde y se queda ahí, metida por completo salvo el hocico y los ojitos.

Con el índice le acaricio la cabeza justo donde tiene una mancha de barro y abre los ojos de inmediato. Me quedo petrificada. A esta distancia podría morderme la nariz si quisiera, pero en vez de eso saca la lengua y me la chupa. *Ay, qué forma de estrujarme el corazón, joder*.

Me atrevo a coger el jabón y cuando termino de secarla con la toalla, me da un ataque de risa entre estornudos. Su pelo blanco está limpio, pero muy desordenado, con rizos aplastados por un lado y encrespados en el otro. *Es un cuadro, pero al menos he podido comprobar que no se ha hecho daño con las ramas*.

Sigo riéndome cuando salgo de la ducha. Por si no hubiera gastado ya toda mi suerte del día con Zelle, he encontrado el medallón de mamá arreglado junto a una nota.

Nos hemos tomado la libertad de arreglarle el medallón, señorita Dooren.
Avísenos la próxima vez, no es inconveniente.

—Personal de servicio

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

¿Puedes querer a alguien de quien ni siquiera sabes el nombre? Definitivamente.

Incluso voy camino al Vejestorio, contenta, fíjate tú. Me he puesto suficientes capas como para no tener que preocuparme por dejarme el pelo chorreando. Saltwater es un lugar curioso, tiene todas las estaciones del año a la vez: lo mismo hace un clima veraniego la mar de agradable, que la tormenta levanta un viento que te deja fría como una llave.

—Me cago en la puta —oigo al girar la esquina—. Joder, ¡mierda!

Acelero mis pasos y encuentro la puerta de su laboratorio abierta. Un vaso de precipitado sobre el agitador magnético brilla con una solución azul que se ha esparcido por todas partes, burbujeando de forma inquietante. *Oh dios mío.*

—Daisy.

—¿Qué estabas haciendo? —chillo corriendo hacia la efervescencia de la mezcla azul desparramada.

—¡No lo toques! —Su voz ruge desde alguna parte de mi espalda—. Es tóxico si entra en contacto con la piel. —Oigo el grifo abrirse y algún que otro gruñido.

—No pensaba hacerlo —cojo un trapo y le ayudo a limpiar mientras él se… no sé lo que hace la verdad, no tengo tiempo para mirarle.

Hay que actuar rápido.

—Estaba sintetizando un compuesto para mejorar la eficiencia de una enzima que…

—Ya, ya, capullo, lo que viene siendo leer. Ya te vale. —Cojo otro trapo para coger el que ya se ha impregnado de la solución y lo tiro al contenedor de residuos. Solo entonces me doy la vuelta y *le veo.*

No lleva la camisa puesta, está desnudo de cintura para arriba y nunca había visto un cuerpo *así.* No es solo la cantidad de músculos bien definidos que tiene (muchísimos), ni las sombras que se le hacen en la espalda a medida que se mueve para limpiarse (preciosas). Es la calidez íntima e hipnótica que serpentea por mi cuerpo a la que no puedo ponerle nombre. Una que me ha anudado las neuronas, secado la garganta, acelerado el pulso y traicionado el orgullo.

—Luke, el cuello —digo cuando veo la roncha roja con forma de salpicadura en un lado de su garganta.

Se me encoge el corazón.

Le quito el trapo de las manos, tiro de sus antebrazos y los meto bajo el chorro de agua para cerciorarme, luego presiono el trapo mojado contra su cuello y restriego con suavidad.

—No pasa nada, lo he aclarado también. Ahora solo escuece.

Chisto la lengua tragándome el enfado y los insultos. No debo hacerlo muy bien porque añade:

—Perdona, no debería…

—Ya, pero lo has hecho, ¿no? —resoplo—. ¿Y tus guantes? ¿Y tus gafas protectoras? —Mi enfado es una tetera en los fogones que va a empezar a pitar pero ya—. Dios, eres un inconsciente.

—Lo siento.

—¡No me sirve de nada que lo sientas! —restriego—. ¿Sabes lo que podría haber pasado si te alcanza un ojo, pedazo de idiota?

Se le curva la sonrisa y estoy a punto de matarlo. Cierra el grifo y atrapa mi muñeca.

—Demasiado fuerte, Daze, que me arrancas la piel.

Mis dedos se petrifican ante su contacto. *Un claro signo de rechazo*. Por si fuera poco mis hormonas se quejan del apodo y el tono dulce apuñalándome los ovarios desde dentro. *Daze. Ha dicho Daze, no Daisy*. Como si la nuestra fuera una relación propicia a los apodos. *Ni siquiera parece que sea la primera vez que sus labios pronuncian esas letras juntas, como si fuera algo normal.*

—Me llamo Daisy —le recuerdo—. Ahora suéltame.

Lo hace despacio, pero de inmediato, y un hemisferio de mi cerebro le da una patada al otro.

—No tenías por qué ayudarme.

—Claro, mejor la próxima vez, te tiro lo que quede en el vaso por encima.

—Cuidado, Daze, cualquiera diría que estás preocupada de verdad.

—Que *no* me llames *eso* —empujo las palabras hacia fuera y hago lo que puedo por no dejar caer mis hombros, pero sonríe y me deja la brújula sin saber dónde está el norte.

Desvío la mirada y acabo en su cuerpo. Está mojado. *Dios mío*. Mojado y sin camiseta, fuerte e igual de odioso que siempre, salvo que esta vez es diferente. Porque sigo queriendo convencerle de que no dejarme trabajar en su laboratorio es absurdo, pero también quiero acariciar cada hendidura de sus abdominales con los dedos, contarle las pecas, acariciar sus tatuajes y tal vez dejarle algún mordisco. Con la lengua. Sí, su piel tiene pinta de ser deliciosa. Sabor a Luke MacAlister. *Espera, ¿qué?*

Salgo del trance cuando mis dedos están a punto de tocarle, solo para descubrir que la maldita amatista me analiza, me estudia y atraviesa, y la plata me lee como un libro abierto.

Noto las mejillas ardiendo y me doy cuenta de lo acelerado que tengo el pulso, lo arrítmica que es mi respiración, de que Luke tiene los puños apretados y que su infinito pecho de leñador sube y baja con algo que tiene que ser rabia. O asco. Pero que parecen ganas. *Muchas*.

Doy un paso atrás y su voz golpea las paredes con una suavidad letal.

—¿Por qué estás mojada, Daisy?

Cortocircuito. No acaba de preguntar eso. *No puede saberlo.*

—¿D-disculpa? —pregunto muy cerca de rebuscar entre el contenedor de residuos y tirarle los trapos a la cara.

—Tu pelo. Está empapado. Llevas varias sudaderas y te has cambiado de vestido. Antes no era naranja.

Es evidente que hay algo en el ambiente y los químicos tóxicos me han frito las neuronas, esa es la única explicación al aleteo perturbador que siento en el pecho por el hecho de que se haya fijado en que mi vestido de flores ha cambiado de color.

—Bueno…

—¿Es que tienes el puto arcoíris en el armario? —su tono es primitivo, sexy y ronco de un modo perturbador.

Quiero besarle. Dios mío, cuánto quiero besar a este hombre. *Sexo de odio, ¿eso existe? Qué calor.*

—Vístete —digo lo más cortante que puedo—, tenemos que hablar. —Salgo escopeteada del laboratorio y rompo el hilo de electricidad a base de pura distancia.

Cuando llego al mío tengo los ojos muy abiertos.

Me aferro a la mesa fría con manos temblorosas y hago una inspiración profunda, luego otra, otra más. Nada llena mis pulmones salvo una tóxica llama química que no he encargado. Aun así, el pedido llega a mi nombre y el repartidor no quiere llevárselo de nuevo. Las imágenes vienen en flashes. Me quito una de las sudaderas que enjaulan y aplastan lo que irradia mi cuerpo, y acabo solo con el vestido junto a la ventana abierta de par en par. *No es suficiente, apenas siento el frío.*

El sonido de la tormenta se mezcla con el rugido de mi propio corazón. Estoy al borde de la locura, cada fibra de mi ser clamando por lo prohibido. Lo que nunca-jamás pasará.

Lucho por recuperar el control, pero no logro alcanzar las riendas de ese jinete. Oigo pasos demasiado pronto. Desearía haber cerrado la puerta con tal de ganarme unos segundos más. Cojo una goma de pelo cuando ya no tengo nada más que quitarme y me hago una coleta alta porque si puedo controlar mi pelo es que todavía tengo el control de algo. John-Luke MacAlister aparece en el umbral y sus nudillos no llegan a golpear nada más que el aire.

—¿De qué querías hablar? —pregunta con naturalidad, sus ojos convirtiéndose en un dardo certero y su camisa marrón en todo un acierto.

De que me voy, es evidente que me pasa algo muy malo y que necesito terapia urgente, ¡ciao!

—De mis notas. No te las he dado todavía —digo fingiendo no estar aturdida.

—¿De qué estás hablando? —se pasea hasta mi taburete cojo, pero no se sienta. Quizá su cuerpo es demasiado inmenso—. Me las enviaste.

Vamos, guapa, tú puedes. O tal vez no pueda. Tal vez la opresión en mi pecho me haga perder el conocimiento. *Espabila, coño.*

—¿No habrás pensado que lo que te envié por email era todo, no? Fallo mío no comentártelo. —Las saco del único cajón de la mesa en la que pongo el portátil y me quedo con dicho cajón en la mano. *Oye, estupendo.* Lo dejo en el suelo como si tal cosa y no reprimo el esfuerzo que me cuesta cargar con tanto papeleo—. Aquí tienes, son todas tuyas.

Mis piernas me acercan a él con demasiada facilidad cuando lo que deberían hacer es emprender mi huida. Luke mira algo en mi cuello. *Una gota, una de las que caen de mi pelo.* Me doy la vuelta en cuanto las acepta. *No importa cuántos trajes lleve puestos, sigo viendo a un peligroso pirata.*

Resopla y vuelvo a mirarle, tiene las cejas alzadas en cuanto empieza a leer.

—¿Te parece que tengo tiempo de buscar un traductor de egipcio antiguo?

—Teniendo en cuenta que tus *aparatejos* científicos son mucho mejores que los míos, diría que tienes mucho más tiempo que yo para hacer lo que sea. Incluso experimentos absurdos que te cuesten la vida.

Me mantiene la mirada y luego sonríe. *Ay, joder.* Uno, dos, tres… los segundos pasan

y él sigue hasta que empiezo a temer por mi vida.

—Es una suerte que estés familiarizada con las notas escritas a mano, yo soy igual. —Se marcha.

No, espera, ¿qué? ¿Cómo? Vuelve. *Me cago en mi vida.*

—¿Todo esto son notas? —pregunto a duras penas sujetándolas, dejándolas en la primera mesa que pillo—. Creí que en tal caso… solo sería ese cuaderno negro que siempre tienes por ahí encima.

—Nunca te acerques a mis cosas. —Endurece la mandíbula. Luego sonríe, pero es puro cinismo y descaro—. No empalidezcas todavía, con lo rápido que lees, seguro que esto no supone un reto para ti.

Me rebasa al marcharse, dejando que su brazo roce el mío durante una fracción de segundo.

Lo odio. Ni siquiera sé hasta qué punto.

8

John-Luke



Daisy está sentada en un sofá, acompañada de Alex y N-Kale, en uno de nuestros salones. Llevo apoyado en el marco de la puerta cuatro minutos, pero soy incapaz de entrar. Que mi hermano le haya dejado coger a su hijo en brazos ya me dice más de lo que necesito saber. Por si fuera poco, ¿esa forma en la que N-Kale la observa con toda su atención, como si fuera una estrella fugaz?

Panda de traidores.

—Recordatorio mental: quieres que se vaya —Kían aparece a mi lado con ese olor a madera quemada tan normal en él.

—Por supuesto que quiero que se vaya. Cuanto antes.

—No volver a verla en tu vida y todo eso.

—Exacto.

Oigo su risa.

—Serías más convincente si lo dijeras sin babear por ella.

—Hoy has debido inhalar mucho humo, no sabes lo que dices.

—Tío, ni siquiera me miras, eres incapaz de quitarle los ojos de encima.

Ladeo la cabeza hacia él, despacio, solo para ver su mueca de pura maldad. Retrocede un par de pasos, suelta su bolsa de trabajo y se deshace de su camiseta. *Hijo de puta.*

—Ni se te ocurra —le gruño, pero se escabulle entre mis manos y entra al salón.

—Uy, ¿ya está la cena? Vaya, pero si está aquí mi sobrino favorito.

—Y el único que tienes —dice Alex alzando una ceja—. ¿Te estaban haciendo fotos para un calendario benéfico o algo así?

—No, eso es en noviembre. Solo pasaba a saludar a este osito panda antes de la ducha —desvía la mirada hacia la mujer ruborizada y su tono de voz cambia—. Hola, Daisy.

Por favor.

—Hola, Kían, ¿cómo estás? —lo premia con una sonrisa radiante.

Una que me da ganas de pegar a mi hermano hasta que deje de respirar para siempre.

—Agotado —se agacha y mueve los dedos delante de la cara de N-Kale—, hoy hemos salvado a mucha gente.

Pongo los ojos en blanco mientras ella lo mira con admiración y a él se le hincha el pecho de ego. Oigo la risa disimulada de Alex.

—Eres muy valiente y tienes un trabajo impresionante —sigue Daisy.

¿Sí? Pues estrelló el coche de nuestro padre dos minutos después de sacarse el permiso de conducir.

—Sí, y ya lo has demostrado con creces así que podrías retirarte antes de dejar a mi hijo sin uno de sus tíos —Alex me lanza una mirada—, visto lo que ha pasado esta tarde está claro que no puedo contar con ninguno.

—¿Qué ha pasado esta tarde? —pregunta Kían yendo a por el moflete del bebé.

Alex le da un manotazo.

—Lávate las manos antes de tocarlo, ¿qué quieres? ¿Que se ponga malo?

—Pero si va tapado hasta arriba con su traje de oso panda, las bacterias no le llegan.

—¿Te crees gracioso? ¿Es que buscas pelea?

Alex tiene veintiocho, Kían veintinueve y yo treinta y dos. *A día de hoy sigo sintiéndome una década más mayor que ellos.*

—Estarás agotado, Kían, ¿cenarás con nosotros? —pregunta Daisy esperanzada.

—Si insistes —sonríe como un gilipollas—. Puedo contarte la vez que detuve un coche sin frenos antes de que se estrellara contra un autobús escolar.

—¿Va en serio?

—Sí, él y otros ocho tíos —intervengo quitándole a N-Kale de las manos a la que ya debería haberse largado de esta casa.

La mueca triste que pone Daisy es peor que el hecho de que solo se dé cuenta de que estoy allí cuando se lo arrebato.

—Aunque no es nada en comparación con todas las veces que escalamos una fachada para rescatar a niños atrapados en el balcón de un piso en llamas —sigue Kían.

—Eso es increíble, Kían. Cuesta creer que los tres seáis hermanos.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? —pregunto acunando a N-Kale contra mi pecho.

—Que no os parecéis en nada. —Me sonríe con toda la rabia que cabe en esos brillantes iris turquesa.

—No te equivocas, soy el único con el pelo oscuro y el único científico.

—También eres muchas otras cosas —Daze estrecha la mirada echando veneno mientras yo me regocijo en el sentimiento.

Me gusta. Que me grite, que se enfade, que me insulte, me encanta que lo haga porque me muestra una versión auténtica y sin filtros de quién es. *Conmigo no pretende ser educada, ni quedar bien, solo es ella misma.*

—Me quedo con esto —Alex me arrebata a *mi* sobrino—. Demasiadas emociones intensas para tan pocos meses en el mundo.

—¿Intensas con él? Venga ya, Alex —Kían se apoya en mi hombro—. El tío es tan muermo como para obligar a una tortuga a salir corriendo. Voy a la ducha.

—No tengas prisa.

—Ah, Daisy, se me olvidaba. Te he hecho esto. —Kían se saca del bolsillo un llavero de cuerda con una margarita encapsulada con resina—. Para que te traiga suerte en tu proyecto.

Lo mato. Juro que lo mato.

—Kían, es precioso. No sé qué decir. Muchas gracias.

—No es nada —dice frotándose la nuca, con las mejillas rojas.

Le doy un empujón para que se largue de una vez y por fin echa a andar.

—¿Tú por qué estás tan "contento"? —pregunta Alex con sospecha.

—Ha sido un buen día de trabajo —digo, Daisy resopla y algo cálido se extiende en mi pecho—. No te quedes hasta tarde leyendo o Rosemary volverá a quejarse de tu lentitud.

—No, si está ocupada preguntándome por qué tengo las manos manchadas de sangre —murmura por lo bajo.

Kían promete bajar enseguida y yo me largo tras él antes de que alguien me pille sonriendo.

—¿A dónde vas? ¿Huyes de algún gato negro? —pregunta Alex alzando la voz.

—¡La cena es a las 2³! —La broma de Daisy me gusta.

Y a mi polla más.

—No tengo hambre. Buenas noches. —Alcanzo al exhibicionista ya en la escalera central—. ¿Qué harás cuando traigas a uno de tus ligues? ¿Colarlas por la ventana para que no los vea?

—No voy a traer a nadie.

—Traes a una chica diferente cada fin de semana, ¿tengo que creerme el rollo del repentino voto de castidad?

—¿Para qué voy a querer traer a nadie cuando la chica de las flores está justo donde quiero? —Me da dos golpes en el hombro y quiero partirle el brazo y lo que surja—. Buenas noches, hermano.

Me doy una ducha, me pongo un pantalón de chándal y deambulo por mi dormitorio mientras leo sus notas inundadas de una ironía que me arranca un sonido de vez en cuando que —en ningún caso— puede ser mi risa. He de reconocer que, a diferencia del estudio japonés, no son ningún tostón.

Apoyo sus notas en la barandilla de mi terraza y echo un buen vistazo al jardín trasero. Ya no veo a mi padre cuando las miro, aunque era su flor favorita. *Tengo que pedirle a Creed que plante otra cosa, lo que sea menos margaritas. Se tienen que ir y ella también.* Cuando todo está en calma, salgo de mi dormitorio y llego a la cocina.

—¿Por qué siempre sois los últimos en cenar? —pregunto a Stef y Patty, puesto que el resto de cocineros ya deben estar en sus aposentos desde hace rato.

—Se llama romantizar la cotidianidad del matrimonio —dice Stef, pero sé que esas no son sus palabras.

—Ahh, claro, claro —me subo a la encimera y cojo una manzana—. Por mí no os cortéis. Romantizad a vuestro antojo.

—No has bajado a cenar, ¿y eso es todo lo que vas a comer? —ladra Patty—. ¿Una manzana?

—Mañana desayuno fuerte —le hinco el diente—. ¿Habéis pensado ya lo que os propuse sobre…?

—No vamos a ponerle un bicho tailandés disecado en su comida —salta Patty, soltando el tenedor con enfado, alzando su índice en amenaza.

—En algunas culturas los comen y no tienen por qué ser bichos. Sal de más también serviría para conseguir un gusto desagradable, o mucho vinagre, o…

—No —responden al unísono.

—Esa muchacha es un cielo, ¿sabes que ha salvado a Zelle esta tarde? —Patty me señala y cuando me lo cuenta, ni siquiera me sorprende—. Lo que deberías hacer es tratarla bien.

—Cariño, sabes que está haciendo lo correcto —le dice Stef, acercándome su plato y un tenedor.

—Exacto, lo correcto —pincho salmón de su plato compartiendo una mirada cómplice, pero no llego a comérmelo porque Patty me lo quita.

—El suyo está más crudo, come del mío —me lo ofrece apoyándose contra la encimera.

—Eh, ¿por qué me convertís en el centro de atención? ¿Me estáis romantizando?

Patty me da una colleja y Stef se da la vuelta para que no le vea la sonrisa. Casi me

siento mal por estropearles *su momento*.

—¿Cuándo piensas casarte, MacAlister? Necesitas sentar la cabeza. Dejar de intentar salvar el mundo y hacer algo por ti por una vez.

—Pfff, ahora sí que no voy a sentirme mal por mandaros lejos —murmuro.

—¿A qué te refieres?

Me saco el móvil del bolsillo trasero haciendo aspavientos y les enseño un email que sé que no habrán abierto porque «algunos aspectos de las tecnologías se nos escapan». Las palabras de Patty serían más creíbles si no tuviera un TikTok culinario con mucha repercusión.

—¿Por qué pone ahí Bahamas?

—Patty, pone nuestros nombres, la fecha es mañana —a Stef se le ilumina la mirada, le brilla con una emoción que no quiero.

Argh, su gratitud siempre es la peor.

—No os pongáis sentimentales, que son cuatro días —amenazo—, mira que todavía puedo cancelar el vuelo, ¿eh?

Patty me da con el trapo. Tiene la cara arrugada y compungida.

—Como agradecimiento eso deja mucho que desear —me quejo llenándome la boca de salmón, queso y mango.

—¿Lo haces para echarnos? ¿Para torturar a la señorita Dooren?

Stef sonríe a medida que el tono de Patty se vuelve débil, emotivo. *Está perdiendo el pulso*. Me bajo de la encimera.

—Lo hago porque vuestro aniversario fue hace dos meses y no lo celebrasteis.

Stef me pone una mano en el hombro cuando intento pasar de largo.

—Gracias, Lukey.

—Te dije que te despediría si volvías a llamarme eso.

—Con catorce años no fuiste muy convincente, ahora tampoco.

Patty interviene, me coge de las mejillas y tira de mí hasta que me agacho lo bastante como para que alcance mi frente. Me propina una ristra de besos sonoros.

Consigo salir de allí de una pieza. Todo un logro. Cierro la puerta de mi dormitorio y me dejo caer sobre la cama. *Cuatro días. Tengo cuatro días para conseguir que renuncie y que se largue de aquí para siempre*.

Entro en su laboratorio cuando el sol está muy alto.

—Daisy, ¿podría hacerte una consulta sobr…? —La veo alzar la mano por encima de su cabeza, la abre y el bolígrafo que sujeta cae al suelo. Lo coge del suelo y repite el *mic drop* con el boli—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Comprobar si Newton tenía razón. Oye, me da que sí, ¿sabes si le dieron su reconocimiento? La gravedad no es ningún cuento chino.

Me aprieto el puente de la nariz y cierro los ojos exhalando paciencia. Esta mañana le he pedido un par de veces que viniera a explicarme varios puntos de sus notas. *Puede* que no haya utilizado las mejores palabras y *puede* que esto solo sea una consecuencia.

—No he puesto en duda lo buena científica que eres, solo era un comentario.

—Ajá —alza el brazo bien alto, el boli cae.

—*Daisy* —intento, pero me ignora.

Se ha puesto una camiseta sobre el vestido turquesa (mi favorito) en la que se lee «la ciencia es sexy, pero yo más», y cuando me da la espalda veo la cara de una mujer joven y guapa, de larga melena oscura y ojos verdes que no reconozco.

—Es Nina Taylor, una de las mentes más magníficas de la física teórica actual. ¿No la conoces? —Baja mucho el tono—. Claro, supongo que si no sale en tu reflejo…

—Escucha, no he puesto en duda tu validez como científica. —*Ya la estoy tocando otra vez*—. En mi opinión, eres brillante, pero tienes demasiado interés por todo —se suelta—. La relevancia del teorema de Edhan aplicable a nuestro proyecto es ínfima y… —el boli cae.

La electricidad crispa el ambiente cuando le quito el boli y la atravieso con la mirada con tanta fiereza como ella a mí. La indiferencia ha desaparecido y ahora sí está enfadada. *Debo estar enfermo por sentir un torbellino de satisfacción que me contrae el cuerpo, pero así es*.

—Disculpe, señor MacAlister, pero está interrumpiendo mis productivas horas de trabajo. Si no es muy urgente, ¿podemos hablar luego?

Me largo para no hacer algo de lo que pueda arrepentirme.

A la tarde del día siguiente tengo la cabeza a punto de explotar. ¿La razón? La maldita música que me llega desde el final del pasillo. Daisy recibió su portátil de NeuroSynTech ayer por la mañana y lleva poniendo música a todo volumen desde que lo conectó a internet. Para colmo, su playlist solo tiene un artista: Madonna. *Y casi puede decirse que solo tiene una canción: Hung Up*.

Entro en su laboratorio y me encuentro con esa mirada de infinita sabiduría e ingenio que ha decidido usar para el mal. *Y ese no es el único problema, como consiga que le envíen instrumental avanzado me va a joder el plan.*

—¿Puedes bajar eso?

—¿Qué? ¡Lo siento, no te oigo! —grita. Daisy coge mis notas y veo que las ha subrayado en diferentes tonos pastel y llenado de pegatinas—. Tienes muy buena letra, ¿te lo han dicho alguna vez? Pero te tuerces ligeramente hacia abajo, ¿acaso estás triste?

Lo que estoy es otra cosa.

Subo al ático porque necesito desahogarme con el saco de boxeo.

Al día siguiente vuelvo de comer en el Ancla Oxidada y cuando entro en mi laboratorio… *la mato. Yo la mato*. Antes de entrar en el suyo tengo que tomarme un momento, o dos, con tal de que no me reviente la vena de la frente. También me da la risa. *Igual me estoy volviendo loco*.

—¿Puedes venir a mi laboratorio un momento? —pregunto interrumpiendo el concierto en *Like a Virgin*.

—Pórtate bien, ¿vale? No discutas con las cortinas —le dice a su microscopio antes de seguirme.

El sonido de sus tacones revela la parsimonia que va a provocarme una úlcera estomacal. *Me prometí que no volvería a quedarme a solas con ella en mi laboratorio, pero Daisy Dooren ni siquiera me permite respetar mi palabra*. El vestido de flores hoy es rojo intenso y eso ya debería haberme dado alguna pista.

—Ufff, menuda cara tienes, ¿qué ocurre, *Luke*? ¿Tu presencia afecta al Wi-Fi?

—¿Se puede saber qué es todo esto? —señalo mi mesa.

—Ahhh, ¿eso? —Sonríe orgullosa—. Como has estado enviándome un montón de emails con dudas sobre mis notas, he decidido hacerte una representación física con la espera de que el refuerzo visual te ayude a entenderme.

—¿Refuerzo visu…? —me froto la barbilla, me paseo delante de la mesa en cuestión, me paso una mano por el pelo, me pellizco el puente de la nariz y exhalo—. ¿Esto es una

ayuda visual? —señalo el montón de papel higiénico mojado apelotonado y con formas extrañas.

—No me negarás que las células madre me han quedado preciosas.

—Llévatelo —ordeno.

—No puedo, el esmalte de uñas tiene que secarse.

A eso huele, joder.

Debería tenerme miedo ahora que sabe quién soy, pero es evidente que no ha surgido efecto.

—Daisy, no vuelvas a entrar en mi laboratorio a menos que esté Rosemary en él, ¿de acuerdo?

—Claro, jefe, sin problema —se encoge de hombros—. Ah, por cierto, tu dispositivo de agitación electromagnética está estropeado.

—¿Mi…? —Cierro los ojos unos buenos segundos—. ¿Mi microondas?

—Eso he dicho, señor MacAlister, como si alguien le hubiera metido un tenedor. En fin —camina hacia la puerta después de hacerme una reverencia insolente que acaba con mi paciencia.

—¿Sabes qué? Para leer no hace falta que estés en el laboratorio. Te agradecería que te quedaras en tu dormitorio —al otro lado de las escaleras, tan lejos que no podré oírte —. Tienes un escritorio perfecto para trabajar y así ni siquiera tendremos que cruzarnos.

Sus gruesos labios rojizos se aprietan en una fina línea durante unos segundos. Luego sonríe.

—Es *un poco* pequeño.

—Siento que te lo parezca. Si eres tan amable —muevo la barbilla hacia la puerta.

—Claro, jefe, como guste.

Tengo los nudillos hechos polvo porque en el último arrebato ni siquiera me puse guantes. Se me hace de noche trabajando, pero es lo único que aparta mi mente de ella. No salgo de mi laboratorio hasta pasada la medianoche, cuando la casa está en absoluto silencio.

Veo su silueta gracias a las llamas de la chimenea, el resto de la sala está a oscuras. La botella de bourbon está abierta y a medias, y lo único que oigo es el hielo golpeando contra el cristal de su copa mientras la mueve sin apartar la vista de la leña ardiendo.

Cojo otro vaso, giro el sillón rojo y lo coloco al lado del suyo.

—Menudo día de mierda —resoplo.

—¿Sí? —Kían me mira y veo las sombras tatuadas en su cara, en su iris y más adentro.

—Es lo que tiene ser gilipollas. Me he cargado *todo* un arsenal de muestras. Deberían despedirme.

—Pues sí que eres inútil, sí —se ríe un poco, por lo bajo y luego brindamos.

Se hace el silencio y esta vez no lo rompo. Espero. Kían tarda, pero siempre llega.

—La madre se quedó dormida en la mesa de la cocina con el fuego encendido. Estaba inconsciente cuando la sacamos. La casa se nos vino abajo, apenas tuvimos tiempo de salir antes de que se derrumbara, pero los salvamos a todos. O eso pensábamos. —Da un largo trago—. Resultó que la mujer no tenía dos hijos, sino tres. —Bebe de nuevo—. Alicia, siete años.

—Joder. —Le aprieto el hombro—. Lo siento.

—Fui al hospital horas después, para ver si la madre estaba recuperada de toda la

inhalación de humo —dice, pero sé que no es por eso. Su jefe iba a dar la cara y no quería dejarlo solo. Carraspea—. Ya lo creo que lo estaba, y también hecha polvo, igual que sus hijos. —Kían se llena el vaso a la mitad y se lo bebe de golpe—. Hoy ha sido un día de mierda, sin duda.

—Kían, tú te metes en edificios en llamas sin tener ninguna garantía. Sabiendo que las probabilidades de morir son muy altas. Nadie podría pedirte que dieras más de lo que ya das.

—Yo sí me lo pido —cierra los ojos y aprieta la mandíbula—. Era solo una niña.

—No has perdido una vida, Kían, has salvado a tres que es diferente. De ser Alicia, ¿no te alegrarías de que alguien nos hubiera salvado a Alex y a mí? Esa niña te admira, esté donde esté.

Volvemos al silencio, esperando que se lo lleve todo consigo.

9

Daisy



Por enésima noche consecutiva me encuentro a Zelle dormida en mi cama al llegar a mi habitación, espachurrada contra un cojín con tal despreocupación que demuestra que confía más en mí que en nadie. Es obvio que nuestra amistad avanza a pasos agigantados. *Hemos acordado empezar a vestir a juego.* También es evidente que MacCapullo la sigue dejando entrar para que arruine los tacones que me quedan. *Pero ja-ja, buena suerte, las chicas se apoyan.*

Ceno en la habitación y leo, porque mi último taller de manualidades me robó más tiempo (y esmalte de uñas) del que pretendía y por encima de mi cadáver putrefacto voy a dejar que el capullo de Nek se quede con mi trabajo. Nek, el mismo que se come las magdalenas de chocolate a escondidas, sin importar cuántas etiquetas de «no tocar» tenga. O peor, que se lo quede Brook.

Vamos es que si hace falta no duermo, ¿sabes?

Me sumerjo en las últimas cien páginas de notas de John-Luke MacAlister y me convierto en un aspersor de aire de ofensa.

—Antes de empezar la fase $\log_{10}(100)$... ¿Se puede ser más repelente para no decir "dos"? Cretino snob arrogante y musculoso. Tu cabeza es un laberinto tétrico y numérico. ¿Y no "crees conveniente" realizar la prueba Plaide? *—yo tampoco, pero aun así—*. ¡Está clarísimo que lo que quieres es ahorrarte la pasta! Una pasta que ni siquiera saldría de tu bolsillo, una pasta que n... —mi tono baja cuando leo «por el bien medioambiental»—. Ya, mucho hablar del cambio climático, pero los peces gordos como tú luego no donan ni medio dólar de lo que ganan y eso que vives en una mansión... —la noticia «los fondos anuales de la familia MacAlister destinados a la investigación aumentan cada año» aparece en mi portátil después de que meta su nombre en Google y él haga el resto—. No me impresiona, es lo que haría todo el mundo con pasta y un mínimo de conciencia.

Siento las mejillas rojas a medida que leo noticias halagadoras y el siguiente síntoma es la garganta seca. *Dios, qué guapísimo es. Este está hecho con IA.* Es un pensamiento que se repite a medida que veo más fotos de Luke durante las entrevistas, sí... *¿Por qué no había visto ninguna hasta ahora?* Zelle se sube a mi regazo al ver a su dueño en pantalla e incluso le pone ojitos.

—Eh, entiendo que es la mano que te da comer, ¿pero no puedes apoyarme un poco?

Entonces pasa: la cortina del balcón abierto vuela con fuerza, y la puerta de la habitación se abre sola.

Se. Abre. Sola.

Digamos que hago el típico baile de tierra trágame durante siete minutos, Zelle decide que ya la he molestado bastante y se marcha a..., no lo sé, ¿su cita nocturna? ¿Los perros tienen de eso? *¿Puedo morirme? Le he acusado sin tener razón y él... ni siquiera se lo tomó a mal.*

Sigo leyendo hasta bien entrada la madrugada.

Estoy en el laboratorio de Sir-insoportable cuando la jefa de servicio sin nombre anuncia que Rosemary está aquí pese a que es media tarde, lo cual se traduce en una clara tortura gratuita que nunca pasa. Luke tira de mí y acabamos en una pequeña habitación contigua que más bien es un armario. Uno que no había visto nunca. El problema es dónde estoy yo y dónde está él. *O más bien su pierna, esa que está entre las mías*. Me ha movido con tal brusquedad que he caído sobre su cuerpo, aferrándome a sus hombros para no aterrizar en el suelo.

Esa es la razón, imagino, por la que tiene su mano en la parte baja de mi espalda, para evitar que me caiga, haga ruido con el material que nos rodea y Rosemary, que acaba de entrar en el laboratorio, nos descubra. Pero mi piel está ardiendo por las razones equivocadas, las mismas que me dejan los pezones durísimos.

Si le suelto, problema y si no le suelto, problemón. No puedo ni mirarle a la cara, por eso mantengo la mirada fija en la línea afilada de su mandíbula.

—¿MacAlister? ¿Daisy? —Suena la voz desde fuera.

Justo entonces Luke tira de mí, acercándome más a él si cabe, haciéndome resbalar sobre la calidez de sus músculos con una fricción deliciosa. Tengo que morderme el labio con fuerza para no gemir. Sé que él no tiene ni idea de lo que me está haciendo y que debería sentirme fatal conmigo misma, pero el aire se vuelve pegajoso al entrar en mi boca y solo huelo a sal marina, especias y ese deje picante de los cojones.

La voz de Rosemary vuelve a sonar desde fuera y entonces sucede algo extraño y rápido: Luke me aparta, solo para volver a atraerme hacia sí con rapidez.

Mis labios se abren con un gemido jadeante y silencioso, se me arquea la espalda y le clavo las uñas en los hombros. Alzo la vista en busca de una explicación y me encuentro con un volcán de fuego. Sus manos me obligan a repetir el movimiento.

—*Luke*. —El pulso acelerado de mi sexo me deja desnuda ante la evidencia, el innegable deseo. Respira cerca de mi cuello, de mi pelo y endurece la mandíbula mientras se tensa bajo mis manos, bajo mi cuerpo—. Está ahí fuera —susurro en busca de algo de razón.

Entonces la siento, la inmensa erección que se roza contra mi pierna. Estoy a punto de flipar biológicamente cuando tira de nuevo hacia mí, y otra vez, y otra más. Quiero suplicarle que vaya más deprisa o que pare por completo, que me desnude o que me deje marchar, pero apenas tengo tiempo, mi vagina está en el purgatorio y ha resultado ser un burdel en el que solo estamos él y yo. Tira de mi vestido hasta que puede tocarme bajo la falda, mete sus manos bajo mis bragas empapadas cuando susurra en mi oído:

—Vas a tener que correrte en silencio, Daze. ¿Crees que puedes hacerlo?

Me despierto de golpe enredada entre las sábanas y con la respiración agitada no, lo de después.

—¿En serio? ¿Hoy también? —Me froto los ojos y me dejo caer de nuevo sobre la almohada. Me pongo una mano en el pecho—. Cálmate, solo ha sido una pesad… pesadilla.

Incapaz de volver a dormirme, hago lo que puedo por tranquilizarme. *Dejémoslo ahí, no estoy orgullosa*. La buena noticia es que ayer terminé *todos* mis deberes así que… ¡¡los días que faltan hasta empezar la segunda fase del proyecto son míos!!

Me premio abriendo la carta de Amy que estaba atesorando.

De: Amy Vojak Babyyyyy ♡
Para: Daisy

Te escribo desde el aeropuerto más horroroso del mundo, ¿qué tal te va? No sé cómo una terminal puede tener tantas sillas incómodas y un café malísimo y caro al mismo tiempo, pero aquí estoy como una campeona. Jas dice hola. No sabe que eres una vil ***traidora-ignora-cartas*** *y que llevas tres semanas sin enviarme* ***nada****. Sequía de amor de hermanastra que lo llaman, es peor que la lepra. Ahora en serio, voy a ir a buscarte a Saltywater como no lea algo de ti en los próximos dos minutos. Vale, te doy dos días, pero solo porque soy uuultra maja.*

Entre otras noticias, ¿recuerdas nuestra promesa no? Porque en tu última carta no mencionabas nada de citas. Te adjunto varias fotografías en el sobre, son de nuevos instructores en el gimnasio de Duncan. Puede que les haya enseñado una foto tuya o dos… Vale, tienes oficialmente tres pretendientes más que dispuestos a arrodillarse ante ti. (No iba con segundas, ***aunque un poco sí****).*

Por cierto, ¿sabías que Jace y Alexandra ***se han casado****? ¿Podemos flipar juntas? ¡¡¡Hay que estar chiiiflado de remate para casarse a los pocos meses de empezar a salir!!!*

¿Qué más tenía que contarte? Ah, sí, me alegra que Jake te haya dejado en paz. No me puedo creer que llamara a mamá para que te obligara a volver con él. Si alguno de tus ex-novios vuelve a molestarte, avísame que lo meto en uno de mis aviones como equipaje, lo suelto en mitad del Atlántico y lo convierto en comida para tiburones. #SinRemordimientos. (Una vez más, agentes, mis disculpas, ***no soy un peligro nacional.*** *A estas alturas ya deberían saberlo.)*

Pd: ¿qué crees que hicimos tan mal en el pasado como para no habernos librado de las cenas familiares todavía?

Pd2: ¿tenemos un plan para "encargarnos" de la zorra de Vykna? (¿Tiburones también?^^)

Pd3: Te quieroooooo (muchísimo, pero que no se te suba a la cabeza), ¡¡escríbeme!!



Termino de escribir la carta que empecé hace días y le cuento cosas de "Saltywater" que no incluyan a John-Luke. Me prometo que al salir de la ducha buscaré la manera de que le llegue por correo urgente. *La quiero tanto.*

El clima parece saber el día tan genial que voy a tener porque hace un sol radiante. Estoy de buen humor lo cual significa que me doy una ducha larga e incluso me demoro poniéndome una mascarilla de aceite de coco en el pelo que huele que no veas. Puede que todavía tenga marcas de libreta en la cara por haberme dormido sobre ellas, pero he ganado y el éxito es innegable, dulce y grato. Me seco, me pongo la crema y salgo del baño a por la ropa… pero no.

No, porque la puerta de mi habitación está abierta de par en par por la corriente. No, porque hay una masa de músculos trajeada plantada delante de mí bloqueando el pasillo y yo ni siquiera he cogido una toalla. Me muerdo la lengua para comprobar que estoy

soñando, pero me duele un montón.

Aaaaaaaaaay, no.

—Luke —suelto un jadeo no correspondido.

No recorre mi cuerpo con la mirada, de hecho el suyo ni llega a girarse del todo. Se queda inmóvil a medio camino y la única reacción por su parte es un leve ensanchamiento de los ojos del que se recupera rápido.

Es como si todas las células de su ser ya supieran que cada rincón de mi piel está expuesta y no le hiciera falta comprobarlo. Su postura es tensa y debo estar loca, pero no me da la impresión de que respire. Tengo demasiado miedo de moverme, de que me repase de arriba abajo, de que vea la cicatriz de mi cadera del día que me caí con la bici, de que crea que tengo demasiadas pecas… *de admitirme que me importaría lo que tuviera que decir*.

—No sabía que estarías aquí —dice rompiendo lo que parecía un apasionado monólogo interno.

Su voz nunca ha sonado tan grave y me pone la piel de gallina.

—¿En mi dormitorio? Tienes razón, sería una locura.

—La puerta estaba abierta —continúa, estoico, serio, rotundo.

Y sigue abierta, lo sé porque las gotas que me caen del pelo y se deslizan por mi cuerpo son frías.

—Ya, se abre por la corriente. Por lo visto te acusé sin fundamento. —*No puedo ni tragar*.

Tensa la mandíbula, su mirada de ceniza violeta intensa se desliza a un punto de mi cuello y luego hasta el arco en el que se une con mi hombro. Se queda allí y sé que si sigue bajando el órgano que late frenético en mi pecho abandonará este mundo y yo con él.

No puedo impedir que me mire si quiere, estoy en sus manos.

En el peor momento de mi vida, la voz de mis hermanastras llegan a mi cabeza pidiéndome que alce la barbilla, que no admita ninguna debilidad. Doy un paso hacia mi cama, que es lo mismo que decir que doy un paso hacia él, entonces retrocede alarmado.

—¿Qué estás haciendo?

—Mi ropa está detrás de ti —un montón de palabras ahogadas, *eso* suelto.

Todo pasa muy deprisa.

Alguien, cuya voz podría pertenecer a la jefa de servicio, se acerca a la puerta de mi dormitorio a paso ligero. Entro en pánico. Intento bordear a Luke para alcanzar mi ropa, pero me resbalo con el agua que gotea de mi pelo. No un poco, sino como si fuera un dibujo animado, con aspavientos y gesticulaciones bochornosas. Él me coge de la cintura. La puerta del baño se cierra cuando John-Luke MacAlister apoya la espalda en ella, ¿y yo? Yo estoy cogida a su cuello.

Esto no puede estar pasando.

Guardamos silencio mientras la empleada de Luke viene, dice algo que evidencia que ha estado cuidando de mis tacones, cierra la puerta de la terraza y luego la de la habitación.

Si pudiera respirar igual me reiría porque tener la cara hundida en el pecho de tu archienemigo mientras te salva el culo para que nadie más te lo vea, tiene su gracia. Pero sus manos son enormes y cálidas, y recogen gran parte de mi cintura mientras su mirada se clava con furia en algún punto por encima de mi cabeza y me despisto.

—Luke.

—Daze, dame un segundo.

Claro. Ropa no, pero segundos tengo.

Le doy unos cuantos odiándole en secreto porque huela mejor que yo incluso cuando acabo de ducharme y entonces caigo en la cuenta de lo que pasa: está esperando a asegurarse de que tenemos vía libre, de que la empleada se ha ido de verdad. Yo ni siquiera puedo quejarme de que haya vuelto a llamarme Daze porque no me funciona la lengua, y él está modo full-eficiencia.

Se lo recrimino con la mirada, pero no lo ve.

—Ha sido para que no te cayeras al suelo —una pausa—. Lo de cogerte.

—Muy amable.

Sip, porque el tío cuya dieta estoy segura de que se basa en piruletas robadas a niños, también sabe ser amable.

Su mandíbula sigue tensa, su respiración contenida, es tan evidente que mide sus palabras y su recorrido visual como que está incómodo, y yo debería sentirme muy mal por él en vez de sentir *todo lo otro*. Mi cerebro mira con desdén a mis pezones.

—¿Qué querías? —pregunto dando un paso atrás, sus dedos mostrándose reticentes a soltarme durante un pequeño instante.

Toda mi piel arde. *Voy a fundir el medallón.*

—¿Qué? —Su iris brilla con oscuridad, está cabreado de narices.

—Me buscabas, ¿para qué?

Me mira como si estuviera loca, como si creer que podemos tener una conversación mientras ambos estamos encerrados en mi baño y uno de los dos está súper desnudo, es una completa, absurda y monumental estupidez.

Luke cierra los ojos y los míos caen hasta su nuez, que sube y baja tan despacio que parece doloroso. Sus labios han quedado entreabiertos a mitad de una palabra y para cuando quiero darme cuenta, estoy demasiado inclinada hacia ellos.

—Rosemary —dice de repente en un tono distinto, ¿estrangulado? Mira al techo y yo también—. Llegará una hora antes.

—Perfecto.

—Sí, es perfecto.

—Ajá, bien, entonces será mejor que me vista. A solas. Ya sabes, por la costumbre y eso. No es nada personal.

Existe una fracción de segundo, *una* en la que baja su mirada hasta la mía y la luz del baño me engaña, asegurándome que tiene las pupilas muy dilatadas. *Dios, creo que me estoy muriendo o sufriendo un aneurisma o más excitada que en toda mi vida*. Cuando abre la puerta del baño todavía tiene los nudillos blancos, como si hubiera estado apretando los puños muy fuerte.

Luego exhala, como si quisiera deshacerse de algo. Vuelve a tocarme para hacer que retroceda y no sé cómo toca en el mismo punto exacto donde lo ha hecho antes, pero lo logra. Se da la vuelta y su espalda ancha es lo último que veo antes de que desaparezca.

Oigo la puerta de mi dormitorio, pasos y otro portazo no muy lejano. Lo más probable es que haya sido otra corriente de aire. *Luke no tendría ningún motivo para hacer una parada antes de ir a su laboratorio en una de esas habitaciones diminutas que puede incluso que solo haya espacio para un baño.*

Mi día va de mal en peor después de que Rosemary se cargue mi margen de

maniobra y nos obligue a iniciar la fase dos delante suyo sacándose el recordatorio del plazo de la manga. *No me gusta lo que me está haciendo Saltwater, demasiado instinto asesino no satisfecho.*

La bruja de la farmacéutica se larga y yo me quedo en trance porque John-Luke se ha remangado la camisa y la forma que sus músculos se tensan al manipular el microscopio me está dejando tonta. Sus manos grandes, seguras, fuertes y precisas se posan sobre la base del instrumento, lo acercan y hacen lo que quieren con él.

Nunca le he visto partir una sola placa de Petri, hay que ser repelente. Se inclina sobre el microscopio con una mueca pensativa, intensa y muy típica en él, volviendo denso el aire del laboratorio. No puedo apartar la vista.

—*Daze,* vete.

Ajusta el enfoque con un giro lento de la perilla y sus muñecas se tensan haciendo que los músculos de sus antebrazos destaquen. *Y las venas.* Pierdo la cuenta de cuántas veces me he quedado embobada viéndolo trabajar. La manera en que sus dedos se deslizan, rozando apenas la superficie, emana una sutileza provocadora, como si supiera el poder que tiene con cada caricia estudiada. Vuelvo a estar desnuda, deseosa de que me toque. Con la siguiente respiración mis pezones capaces de cortar cristal rozan el vestido y salgo del trance de un empujón.

—Luke, ¿podemos hablar?

—¿Sobre qué? —pregunta sin mirarme, igual de absorto en sus asuntos como lo ha estado los últimos quince minutos.

—Sobre mi laboratorio. Quería que te replantearas dejarme trabajar aquí contigo. —Se le congelan las manos, pero sigue sin alzar la mirada. *Es como si ni siquiera supiera que estoy aquí—*. Lo digo porque durante esta segunda fase me va a ser realmente difícil trabajar allí y si todo esto del destierro lo hiciste para que me centrara en leer lo has conseguido del todo y… ¿Me estás escuchando?

—No ves que tenga ningunos cascos puestos, ¿a que no?

—Bien, ¿entonces puedes mirarme cuando te hablo?

Lo hace, tan lento que parece que está costándole un imperio. *Ni que mi cara fuera una nevera por detrás, oiga.* Casi me mueve del sitio. Su furia desmedida me penetra, pasa a través de mí. *Su cuerpo no debería ser tan puto enorme, ni el mío tan pequeño.*

—Ya sabes la respuesta, Daisy. Nunca pasará —ralentiza el ritmo de estas dos últimas palabras para hacer hincapié—. Ahora si no te importa, tengo trabajo.

—Pero, espera, ¿puedes…?

—No.

—Luke.

—John-Luke. Vuelve a donde perteneces o aguántate.

—¿Es que no ves que esto me importa? ¿No te lo he demostrado ya con creces? Entiendo que era tu proyecto antes de que yo llegara, pero…

—Vete, Daisy. Por favor.

Cierro tras de mí dando un portazo y empiezo a urdir mi plan. *Paso uno: matarlo. Paso dos: cavar un agujero del tamaño de Wisconsin en el jardín. Paso tres: ser feliz.*

¿Por qué me odiará tanto?

Vuelvo a mi laboratorio y como mi instrumental bueno no ha llegado (Willow, Willow, Willow) hago lo que puedo con lo que tengo, lo cual es poco, poquísimo, porque no tengo nada.

Bueno sí, tiempo, que lo uso para ponerme súper nerviosa hasta que empiezo a sentir un dolor agudo con cada latido. Un pinchazo de angustia en el pecho. Jonathan dice que es ansiedad. *Va a tener razón, como siempre.*

—Nek, ya sé que necesitas la autorización de Willow para enviarme un instrumental tan caro, pero ella ya me ha dicho que sí y acabo de enviarte el correo de confirmación para que me creas. No, no puedes agenciarte mi despacho mientras estoy en Saltwater, ¿me estás escuchando? Necesito mi secuenciador de nueva generación para análisis de ADN, el termociclador PCR en tiempo real para cuantificar genes específicos y también… ¿Nek? No, espera, no te vayas a esa reunión. ¿Es que se te ha olvidado que…? —me cuelga.

Mis piernas se mueven solas. De alguna forma llego al jardín de atrás. La lluvia me moja la cara, el pelo, el vestido y grito. Grito hasta que me duele la garganta.

—Espero que haya una razón por la que estás estresándome a las margaritas.

Me giro de sopetón y me encuentro a Creed, el jardinero que igual que el resto de días tiene unas tijeras de podar en la mano.

—Lo siento.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto?

¿Pedirles perdón?

—¿Compensarlas con fertilizante?

No conozco mucho a este tío del piercing en el labio, pero juraría que está reprimiendo una sonrisa.

—¿Quieres un consejo, Daisy?

—Absolutamente todos los que tengas.

—No intentes dominar el caos con caos. No funcionará.

Reprimo el impulso de decirle que la calma, la simpatía y el buen rollo fueron mis primeras cartas y tampoco funcionaron.

—Ya… Gracias.

Chista la lengua y se acerca. *¿Por qué aquí son tan altos todos?*

—Te digo que no aparecerá una puerta por mucho que empujes el muro. Tienes que ser inteligente al mover tus fichas y también perseverante. Y, a riesgo de parecer un anuncio cutre de un libro de autoayuda, tienes que ser tú misma. *Joder, ¿de verdad he dicho eso?*

Me arranca una carcajada que baja un par de tonos mi furia.

—Tomo nota. Gracias, Creed.

Da media vuelta y se larga bordeando la mansión.

Mi cerebro, con un mísero cinco por ciento de batería, tiene la brillante idea de recurrir a algo que fijísimo me animará, que siempre lo hace. *Pero nooo, hoy no*. ¿De qué hablo? Mi foro, mi queridísimo foro Sr. MacCapullo-MacAlister se ha vuelto una manzana podrida en una cesta hasta la fecha perfecta. Resulta que ya he terminado de leer todos los comentarios negativos sobre el demonio de Saltwater y he encontrado… *¿cómo decirlo?* Una versión escrita de su onlyfans, donde el contenido lo crean los fans, ¿me explico? ¿No? Pues:

Mary@ScienceCrush: me choqué tres veces contra la puerta (distintos días) por quedarme embobada mirándolo y no poner el freno de mano. Le culpo de mi nariz torcida.

Jason-knows-best@Lavender: fue la razón por la que no falté al trabajo ni un solo día en seis putos meses. Biotecnología avanzada, joder, ya te digo, ¡avanzadísima! #TrabajoDuro.

Coffee.junkie.science.girl.04_Madeleyn: ese hombre es patrimonio de la ciencia y sus enormes manos llenas de venas marcadas, más.

Pero no pasa nada, siempre puedo leer los mensajes antiguos una y otra vez, hasta que el proyecto acabe. *«Permiso»* dice su voz sonando de repente en mi cabeza *«¿me lo darías?»*.

Me abanico con los papeles que he arrugado en la llamada con Nek. Entonces me vibra el móvil con una llamada de mi jefe, el jefe de Willow y de dos tercios de la empresa: *el jefe*; también conocido como Gale Eliot.

—Hola, Daisy. ¿Te pillo en mal momento?

—No, en absoluto, señor Eliot. —*Esta es una crisis tan perfecta como cualquier otra.*

—Llamaba para preguntarte cómo te estás adaptando al proyecto. Rosemary no tenía mucho que contarme y Willow dice que has tenido problemas con MacAlister. ¿Algo de instrumentales rotos que has pedido sustitución a la empresa?

Pues claro que Willow aprovecharía la oportunidad para inventarse mentiras. Le cuento que no dispongo de demasiado, pero lo percibe como una excusa. Le digo que MacAlister es un hombre complicado y hasta yo me oigo como una cría que señala con el dedo al de al lado con tal de no reconocer la culpa. Dejo de hablar. Eliot toma el relevo y yo escucho. Entonces llegan las náuseas, me empieza a temblar el cuerpo de la impotencia y la rabia, y cuando dice lo siguiente, creo que voy a ponerme a gritar antes de colgar.

—Te seré franco, el departamento de Willow se reunió ayer y bueno, en resumidas cuentas, me han pedido que envíe a Brook en tu lugar. —Suelta el aire mientras yo me quedo sin—. Sé que tú eres la mejor candidata, lo sé. Pero también sé que has trabajado *muy* duro estos meses, Daisy, y necesito que pienses de manera objetiva si esto te viene grande o si necesitas un descanso. Nadie te culparía por ello. Piénsatelo, ¿vale? Pero debo avisarte, si el pronóstico no mejora, me veré obligado a enviar a Brook a Saltwater la semana que viene, por el bien del proyecto. Escríbeme con lo que decidas. —Su voz suave, educada y amable mientras suelta las peores palabras jamás pronunciadas.

La impotencia es un calambre en la pierna que me impide andar, es una aguja taladrándome el pie, es una mano invisible que me asfixia. Un pedazo enorme de pintura y material del techo se desprende y cae justo encima del microscopio. Y esa, esa de ahí, es la gota que colma el vaso.

Voy a perder mi sitio, la oportunidad de cambiar las cosas y el ascenso que me libraría del yugo de Willow.

Brook la-manipuladora-crea-conflictos-filtra-información-confidencial se quedará con el trabajo y puede que incluso acabe siendo mi jefa. Entonces dejaré de hacer ciencia y lo único que se me ofrecerán serán proyectos mediocres de becaria y mi única alternativa será irme de la empresa de mis sueños.

Veo borroso y estoy cerca de volcar la mesa cuando me apoyo en ella. Se me moja la cara, pero no soy consciente de que lloro hasta que me oigo. *Él me ha hecho esto, él va a ser la razón por la que pierda el proyecto, el ascenso. En mi lápida laboral y académica habrá un nombre y no será el de Brook, ni el de Willow, ni el del cretino de*

Nek. Será el de John-Luke MacAlister.

La ira es un puño invisible que aplasta mis costillas recordándome lo cerca que estoy del fracaso laboral definitivo. *Y sin esto, no tengo absolutamente nada*. Irrumpo en su despacho dejando que la puerta dé un golpe fuerte. Se gira, me ve y se le cae el bolígrafo de la mano, como si yo le importara algo.

—¿Qué ha pasado? —se acerca a mí y yo me acerco a él—. ¿Quién…?

—¡Tú! ¿Quieres saber qué ha pasado? Que van a despedirme porque no estoy cumpliendo las expectativas, que van a traer aquí a alguien a quien le importa una puta mierda ayudar a la gente con dolores crónicos, ¡y que todo es culpa tuya! —clavo el índice en su pecho—. ¡Tuya y de ese odio injustificado que me tienes y no me deja avanzar en nada! —Se me hunde el pecho en un sollozo, me arde la garganta y me pica el pie de las ganas que tengo de darle una patada que llegue a sus futuras generaciones.

—Daisy.

—¡No! El proyecto es lo último en lo que pienso cuando me acuesto y lo primero cada mañana, ¿pero no te importa, verdad? ¡Porque eres un cretino insoportable que…!

—No van despedirte. —Me coge de las mejillas, silencioso, con una calma que sé que es ficticia, una que siento venenosa y letal—. Escúchame bien, no van a echarte del proyecto, no lo permitiré.

—Tú no tienes ese poder y no es por nada, pero tus palabras no están alineadas con tus acciones. Has querido echarme desde el principio. —Me suelto antes de que me confunda—. No finjas que no es lo que quieres.

—Te pedí que renunciaras desde el principio —dice como si hubiera alguna maldita diferencia—. Y te aseguro que cuando le diga a PharmaGenix que sin ti no moveré un dedo, tu empresa no podrá decir una sola palabra al respecto, ni podrá hacer nada para impedirlo.

Su voz tranquilizadora, su mirada compasiva, John-Luke MacCapullo se ha convertido en el señor Misericordioso.

—¿Cuál es la trampa?

—No hay trampa.

—La hay y necesito que me la digas porque tú no me ayudas. Tú me das más de lo que puedo soportar, me castigas, me torturas, me… ¡Me has metido en el siglo dieciocho a trabajar, joder! ¡El pedazo de techo que ha roto mi único microscopio podría haberme partido el cráneo y…! A Brook le encantaría. Ella, Willow, Rosemary y tú bailaríais en mi funeral. ¿Sabes? Puedes montarle una fiesta de bienvenida cuando venga, encarga una piñata y ponle mi cara, no me importa.

Entonces John-Luke MacAlister dice una barbaridad, lo que jamás, en ninguna situación, imaginaba que podría salir de su boca:

—Lo siento. —Se pasa una mano por el pelo y se despeina—. Daisy, siento haberte obligado a trabajar en condiciones tan precarias. Pero voy del todo en serio, no pueden sacarte del proyecto. Y si te pusieran en un apuro, debes saber que en BIOTECH, la empresa en la que trabajo, hay sitio de sobra para ti.

—¿Tienes trastorno de la personalidad? ¿O pánico a las lágrimas? ¿Por qué te pones de mi parte de repente? Desde que llegué…

—Podrías demandarme por lo del techo.

—Podría —me convenzo.

—A cambio de que no lo hagas —extiende los brazos y señala a su alrededor, al

paraíso, al mejor laboratorio jamás imaginado—, esto pasa a ser tan tuyo como mío.

Me ofrece su mano para que la estreche, una mano que tengo bien estudiada, pero cuya familiaridad no me hace bajar la guardia.

—Nunca me iré de NeuroSynTech por voluntad propia —le advierto.

—Remarcaba tus opciones.

—No hay más opciones. Nosotros somos arquitectos de un futuro mejor, pioneros en tecnología que respeta nuestro mundo. Cambiamos las cosas. NeuroSynTech es un lugar donde la ciencia y la ética se unen para hacer algo que realmente importa. Es la empresa de mis sueños.

—Vale —me observa, me estudia.

—¿Está claro? —insisto porque el silencio me pesa.

—Muy claro —dice alzando las manos en son de paz, como si la peligrosa fuera yo.

Otro silencio.

—¿Vas a dejarme trabajar aquí?

Asiente, pero vuelve a ser él, rostro inexpresivo, mirada indescifrable, irritante.

Voy tras él cuando sale del laboratorio. Porque si un demente va a traer mis cosas a mi nuevo lugar de trabajo, lo mínimo que puedo hacer es supervisar.

10

John-Luke



A eso de las siete de la tarde de nuestro quinto día de trabajo juntos, abro el armario más alejado de la puerta y lo encuentro lleno de snacks y bebidas que Daisy ha acumulado para mantenerse despierta. Cerraría con llave por la noche para obligarla a dormir, pero no quiero que vuelva a llorar. *Cualquier cosa menos eso, joder.*

Me encantaría decir que hemos discutido más que nunca, pero salvo cuando las imágenes de Daisy desnuda en mis brazos vuelven para causarme una inoportuna y repentina erección, lo cierto es que no nos va mal del todo. Por si pregunta, finjo que no me paso los últimos (16)^(1/2) minutos y medio mirando al vacío, recordando el otro día.

Evolución del experimento trabajo conjunto, fase uno: incógnitas sin resolver.

—¿De verdad no vas a lanzarme algún químico corrosivo para librarte de mí? —entra en el laboratorio, por primera vez mostrando algo de timidez.

—¿Por qué dices tantas barbaridades?

—Una nunca puede estar segura del todo de cuánto le odia su enemigo.

¿Enemigo? ¿En serio?

Iba a sentirme culpable por esto, pero ya no. Le doy mi manual. Ese que hice para acojonar a sus predecesores y que, en algunos casos, sirvió para que renunciaran al trabajo. En otros, solo para que me tacharan de lunático.

Se lee los primeros puntos y me mira.

—¿No puedo molestarte cuando estés en el portátil tomando notas, pero sí cuando estés trabajando con el resto de instrumental? —Asiente—. Ya, porque en el portátil apuntas ideas que no quieres que se te olviden, y mientras trabajas solo necesitas una precisión inhumana y eso ya lo tienes de serie. Es lógico.

¿Lóg…? ¿Lógico ha dicho?

Daisy pasa las páginas y, ¡sigue asintiendo!

—Deberías llamarla tu libreta de caos organizado —suelta una carcajada al aire y el manual en mi mesa—. Prometo aprendérmelo todo en los siguientes días. ¿Empezamos a trabajar?

—¿Por qué sonríes? —pregunta devolviéndome al presente, al matraz que tengo entre manos y casi suelto.

—No sonrío. *—Evolución del experimento trabajo conjunto, fase quinta: insubordinación—*. Pero lárgate ya.

—Enseguida.

—No, Daisy, *ya*. Hemos terminado el cultivo de células madre y si no te vas, Patty volverá a echarme la bronca por ser un jefe cabrón y tenerte aquí doce horas seguidas, y no me apetece cenar con ese zumbido en la oreja.

—Tranqui, hoy no me verá.

—¿Qué quieres decir? —Me froto la cara—. ¿Otra vez con lo del envenenamiento?

Daisy, te aseguro que nadie va a…

—No, hoy tengo una cita.

Alguien quita el tapón y todo en lo que estaba pensando se va por el desagüe. Fijo la vista en mi matraz.

—¿La tienes?

—Sí, así que cenaré fuera. Todavía no sé dónde. Es un chico de Saltwater, puede que lo conozcas, se llam…

Daisy deja de hablar cuando me siento frente al portátil, abro un documento cualquiera y pulso las teclas con demasiada fuerza. Después de corregir el documento que me cargo, sigo con trabajo manual irrelevante para el que puedo tener la cabeza en otra parte. Ella se va y yo leo la nota que me deja en la mesa antes de cruzar la puerta. Gruño para mis adentros, pero resuena en el laboratorio. Salgo a buscarla.

—¿Me puedes explicar qué es esto? —La alcanzo cerca de su dormitorio y le pongo la nota en la cara, a un palmo de sus océanos turquesas.

—Ahh, no quería desconcentrarte, por eso te la he escrito.

—Ya, si eso me parece muy bien. —*Es lo que pone lo que me está jodiendo vivo*.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Acuérdate de que mañana empezamos a trabajar a las $\log_{10}(10{,}000{,}000)$

:)

—La única persona cuerda del laboratorio

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

—¿Qué? Lo he escrito bien, pone a las siete —señala el papel con el dedo—. Es a la hora a la que hemos quedado, ¿no?

Cierro los ojos y me pellizco el puente de la nariz. Me doy la vuelta y cuando llego a mi laboratorio, cierro tras de mí.

Evolución del experimento trabajo conjunto, fase desastre: es ella.

—No vas a ir —Creed me corta el paso en el jardín apenas iluminado y me pone una mano en el hombro.

—Son las once de la noche y no ha vuelto —me suelto y sigo mi camino.

—Ya has mandado a Richmond para que la traiga cuando termine. Está esperándola frente al restaurante, si no ha vuelto todavía con ella es porque Daisy no quiere irse.

—¿Y por qué cojones no quiere? No hay nada en todo puto Saltwater que sea tan interesante como para estar por ahí tanto tiempo. Voy a buscarla.

—Una habitación, un coche, los baños del propio restaurante… hay muchos lugares donde dos personas semidesnudas pueden pasar un rato interesante.

Le lanzo el puño, pero el capullo lo esquiva.

—No puedes ir.

—Dime con quién ha quedado —lo averiguó hace horas, pero el cabrón no me lo dice.

—No.

—Trabajas para mí, imbécil —lo cojo de la camisa y suelta las tijeras de podar—, ¿es

que se te ha olvidado?

—Y también soy tu amigo, aunque no sé por qué. —Me da un empujón.

Se da la vuelta y sigue con sus plantas.

—¿Es Kían? ¿Es él? ¿Por eso no está aquí? Porque voy a darle trabajo a su parque como sea él. Te juro que si no empiezas a hablar, pienso…

—Kían está trabajando. ¿Por qué no desconfías de Alex? Tampoco está en casa.

—Creed, te lo advierto…

—Leo Adner.

—¿Leo…? —Freno mis pasos—. ¿Leo Adner?

Asiente. De repente oigo los grillos, el viento. El huracán desaparece y el cielo nocturno se despeja. Por primera vez el ruido en mi cabeza se calla.

—Joder, mírate. Menuda sonrisa de gilipollas se te ha quedado, mamón.

—No sé de qué estás hablando —hago una respiración profunda y los pulmones se me llenan por completo, mi cuerpo se relaja.

—¿Por qué estás tan contento? El tío está de buen ver. ¿Acabas de reírte?

—Buenas noches, Creed.

El sol brilla con fuerza a la mañana siguiente, cuando la espero en mi laboratorio, pero la primera en llamar a la puerta es la jefa de servicio.

—Le traigo su sopa de miso, señor, junto con la disconformidad de la señora Patty.

—Muchísimas gracias, Mhílena. ¿Te has hecho algo en el pelo? Tienes una luminosidad en la cara arrebatadora.

—No me dé coba, señor. No debería acostumbrarse a comer aquí o acabará pidiendo que le traigan la cama al laboratorio y no saldrá ni para ducharse.

—Lo veo una idea eficiente —admito pensativo.

—Todos los ermitaños huraños lo verían así. Si no va a unirse a ninguna secta, debería salir del laboratorio y de la mansión más a menudo. —Se va refunfuñando y por respeto, no digo nada más.

Solo sonrío como un gilipollas. Me levanto y camino hasta la ventana abierta.

—Espabila, joder, que vas a parecer tonto —murmuro dándome un par de golpes en las mejillas.

—¿Estás en mitad de un monólogo motivacional? —pregunta su voz a mi espalda—. Porque puedo volver luego.

Su tono es seco, neutro, un intento de no mostrar su mal humor. Me doy la vuelta y ella evita el contacto visual. Tiene el pelo más alborotado que de costumbre como si se lo hubiera arreglado alguien furioso, y su delicado y dulce rostro contraído en una mueca.

—No será necesario —muevo la cabeza para que pase—. ¿Qué tal tu cita? Según he oído, la boda será pronto.

Me lanza una mirada asesina que me obliga a beber varios tragos del miso para ocultar la sonrisa.

—Horrible, desesperanzadora, induce-enclaustramiento, ¿hay más adjetivos? —deja sus cosas sobre *mi* mesa.

—Me da que no. ¿Qué pasó?

—Quería que pagara la cena de anoche y del resto de la semana a cambio de sexo. —Cierra los ojos y agacha la cabeza—. No me he sentido más asqueada en mi vida.

Cuando estaba en el instituto Leo le ofreció lo mismo a Keylah y Raphael le prohibió la entrada en el Ancla Oxidada de por vida. Saber que no cenarían allí ayudó mucho a

Creed en su búsqueda.

—Siento oír eso.

—Ya, sí, seguro. —Estrecha la mirada—. Mírate, estás contentísimo. Ya me reiré yo de ti cuando tengas una cita desastrosa, ya. ¡Pienso quedarme a gusto!

—Lo veo difícil.

—¿Y eso por qué?

—Porque yo no tengo citas. —Vuelvo a mis quehaceres.

—No mientas, ¿con cuántas modelos nórdicas de metro setenta y cinco has quedado esta semana? —Le contesto con una mirada—. Entonces, ¿ya sales con una de ellas? ¿Compartís un tórrido romance y estáis a punto de daros el sí, quiero?

Me tomo un momento, observo cómo desvía la mirada con falso desinterés, se pilla el labio inferior con los dientes y se toquetea el pelo. Un pack de tics que ya tengo aprendido. Uno que sigue haciéndome de todo.

—*No*, Daisy. —La bordeo y enciendo el instrumental y los ordenadores que estaban todavía apagados.

—¿Cómo que no? —pregunta revoloteando a mi alrededor como una mariposa—. ¿Qué quieres decir con «no»?

—No me va eso de salir, Dooren. Ni lo de las citas.

—¿Y el sexo?

Busco su mirada despacio y ella esquiva la mía, pero vuelve enseguida.

—Dicen que es saludable —añade, dejando que me caigan encima un mar de ideas nuevas que van a promover el insomnio que llevo arrastrando desde hace días.

—«¿Dicen?».

—A mí me lo parece —carraspea—. ¿A ti no?

—En el noventa por ciento de los casos no siento absolutamente ningún deseo de acostarme con alguien. —Suelto el instrumental—. ¿Por eso lo haces? ¿Por el sexo?

—No. Sí, no, bueno… es… ¿Qué has dicho? ¿Noventa por ciento?

—Sí.

Cuanto más la miro más nerviosa se pone y más quiero mirarla. Frunce el ceño como si quisiera discutírmelo, evidenciar que eso no le parece posible. *No la culpo*. Carraspea y se pasea delante de mí sacudiendo la cabeza.

—Eso es genial. O sea, si es lo que quieres. No hay ninguna obligación para… es decir, a mí me encanta, pero eso es como el helado. No hay obligación de comerl… —se calla, roja como un tomate—, mal ejemplo. En fin, solo quiero dejar claro que no te juzgo.

Aprieto el borde de la mesa para no acercarme y me muerdo la lengua.

—Y que te apoyo —continúa—. Aunque no es que necesites apoyo, solo hace falta leer uno de tus artículos académicos publicados para ver que eres el tío más seguro de sí mismo que yo haya… Voy a dejar de hablar, si te parece bien.

—Claro, Daze —mi voz sale tres octavas más grave y le doy la espalda dando el tema por zanjado antes de que la proximidad borre lo que queda de mi raciocinio.

Nos ponemos manos a la obra. Rosemary llega, hace sus impacientes comentarios y se va. Al día siguiente la historia se repite. Y al siguiente. Pero pienso en la conversación que tuve con Keylah mientras trabajo.

—*Si la ves tener una cita, me llamas.*

—*¿Por qué? No es tu hermana pequeña.*

—*Vive en mi casa, lo que haga me incumbe. Quiero saber con quién sale de ahora en*

adelante.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¿Quién eres, su padre?

—A efectos prácticos, como si lo fuera.

—Le sacas cinco años de ventaja, diría que no es suficiente para el rol de padre. Además, las pistas son claras, igual que tus celos.

—¿Celos? No podrías estar más equivocada.

—Yo nunca me equivoco.

—Salvo cuando lo haces.

—Dime, ¿desde cuándo el gran John-Luke MacAlister se pone tan territorial por algo que no sea un maldito contrato? —su tono cambia a uno mucho más perspicaz y sé que tengo que dejar de relacionarme con gente que me conoce de toda la vida.

Cuanto antes.

Daisy está usando micropipetas y reactivos químicos en la campana de flujo laminar para trabajar de forma segura con las muestras, introduciendo el tratamiento genético en las células madre. *Algo que no dará resultado*. Mientras mi cabeza no se calla, ejecuto simulaciones en el ordenador más grande para predecir cómo reaccionarían las células antes de realizar las pruebas físicas.

Rosemary sabe que, desde que empezó la segunda fase, ya no puede fumar en el laboratorio. Así que sigue haciéndolo, pero sacando la cabeza por la ventana. Un puto sinsentido del que no parece ser consciente, a pesar de ser biotecnóloga. Me da que tampoco tiene ni idea de que ha estropeado cantidad de pruebas con su vicio.

¿Me importa? *Joder, no*.

Oigo a Alex abajo en el jardín, con ese actor amigo suyo, ¿Tristan? ¿Timothy? Ha venido a ensayar un poco y Alex ha salido a recibirle con el bebé. Los veo a través del ventanal cómo se dan un abrazo. Entonces Rosemary entre calada y calada suelta:

—No entiendo por qué tiene que ser tan obvio. Podría disimularlo un poco. No es como si fuera algo de lo que estar orgulloso.

Se me quedan los nudillos blancos sobre las teclas. Las críticas, los insultos y los golpes contra mí siempre los he aguantado bien. *La práctica, supongo*. ¿Pero contra Alex? ¿Contra Kían? Me levanto despacio.

—¿Cóm…? ¿Qué has…? —Daisy se atraganta con sus palabras—. *¿Qué?*

—Pues eso. Que no tengo nada en contra, ¿eh? Pero no es algo que quiera cerca de mí. Ni creo que sea el mejor input para un bebé.

Estoy a punto de darle sugerencias de dónde puede meterse sus prejuicios y su input, pero Daisy no me da tiempo.

—Por el bien del proyecto puedo pasar por alto el lenguaje pasivo-agresivo, las frases condescendientes e incluso las suposiciones basadas en estereotipos hacia mi persona o nuestro trabajo, pero hay una línea que no deberías cruzar y acabas de escupir sobre ella. Discúlpate.

—No sé por qué te pones así —se ríe—, ¿qué pasa? ¿También eres homosexual?

Sustituye «homosexual» por «transmisora del tifus» y tendrás el tono con el que lo ha dicho.

—¿Y si lo fuera qué? ¿Te verías obligada a largarte? ¿A ponerte una mascarilla en mi presencia? ¿A pedirme que no te diera la mano por si te contagio? —resopla cruzándose de brazos—. De lo único que me alegro es de que Alex no lo haya oído.

Rosemary apaga el cigarro y juega con su coleta gris apretada.

—Lo mejor será que nos pongamos a trabajar antes de que este tema se vuelva incómodo, ya vamos con suficiente retraso.

—¿Es que no sabes que estás hablando de *su* hermano? ¿De verdad crees que vamos a mover un dedo si no te disculpas? Porque si es así, es que el humo te ha llegado al cerebro.

—¿Es que se te ha olvidado con quién estás hablando, niña? ¿Acaso no sabes quién tiene la sartén por el mango?

—Sí, lo sabe —cuadro los hombros aguantándole la mirada, colocándome al lado de Daisy—. Pero ni ella ni yo trabajaremos hasta que no te disculpes. Suerte explicándole a TIkhonov lo que ha pasado.

Doña Fruncida aprieta los labios, hace una mueca y se baja en el pedestal oxidado en el que vive su vida.

—Mis disculpas, MacAlister.

—Y a Daisy también. Te pido encarecidamente que no vuelvas a usar calificativos como «niña» para referirte a ella. "Señorita Dooren" resulta mucho más adecuado. ¿Estamos de acuerdo?

Parece que va a salirle una úlcera, pero se disculpa, se excusa que tiene que ir al baño y sale del laboratorio.

—La muy insoportable —Daisy empieza a pasearse de un lado a otro en lo que me gusta denominar como «el baile de la furia»—. En pleno siglo veintiuno, habrase visto semejante comportamiento… ¿por qué sonríes?

—No has dejado ni las raspas.

Se sonroja.

—Ahh, bueno, es que no ha estado bien. La empatía es importante.

Joder, le debe doler la cara de ser tan preciosa.

—Sí, lo es —aparto unos mechones cortos que se le vienen a la cara y los coloco tras su oreja—. Estoy muy agradecido por lo que has dicho y hecho. Gracias.

—No me las des, no ha sido nada. —Parpadea y se aparta, incómoda.

La noche cae y la luz se va con ella. Me convenzo de que el trabajo me ayudará a despejar la mente, pero antes de conseguirlo oigo un grito en el pasillo. La veo junto a la escalera central, está con Kían, Zelle y sus cinco cachorros. *Daisy es la primera a la que Zelle se atreve a enseñar a sus pequeños. Joder, ha conseguido ganarse a la perra más desconfiada de Saltwater.*

—¡No sabía que tenía bebés! ¡Son monísimos! Dios, ¡y diminutos! ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¿Y cómo narices voy a concentrarme en nada que no sea babear por estos cinco bichitos?

Esa voz que pone, lo que se derrite y la forma que juega con ellos… mi polla no se merece tanta tortura.

—¿Tienen nombre?

—Pues todavía no —responde Kían—. Si se te ocurre algo…

—Nino, Lexo, Amo, Daiso y Mini-Zelle porque esta es una chica.

Zelle ladra con disconformidad. *Es evidente que se ha ablandado, antes la habría mordido por menos.* Me pierdo algunos detalles de la conversación por la distancia.

—¿Por qué es desconfiada? —Daisy acaricia la cabeza de Zelle y ella se deja, automáticamente consiguiendo que los caniches revoloteen a su alrededor.

—El perro que la dejó embarazada tiene un dueño que es un hijo de puta y que

amenazó con matarla a ella y a sus cachorros si volvíamos a dejarla pisar su territorio. Eh, oye, nada de llorar. —Mi ex-hermano le acaricia la mejilla con la mano y estoy a punto de bajar a partírsela.

—No lloro, ¿pero qué clase de escoria humana diría algo semejante? —Daisy se pone a todos en el regazo, casi amontonándolos, con tal de darles cariño.

—Eh, aquí cuidamos a todo el mundo que vive bajo nuestro techo —Kían se sienta a su lado, no sin antes lanzarme una mirada, demostrando que me ha visto.

Me vibra el móvil y tengo que largarme.

—Dime, Creed.

—La donación anónima al departamento de bomberos ya está hecha. Tu hermano y sus compañeros tendrán trajes nuevos muy pronto.

Supongo que no tendría mucho sentido que le pidiera a Creed que le rompiera las piernas. Me quedo levantado hasta tarde respondiendo correos y entonces encuentro uno en relación a una organización que mi padre desmanteló años antes de morir. *La que pertenecía a… aquella mujer*. El regusto desagradable me inunda la boca.

A veces todavía me pasa. Cuando creo que la he borrado de cada rincón de esta casa, que he limpiado hasta la última sombra de su presencia y quitado cada mueble que escogió aparece una estúpida figurita, documentación o alguna mierda que me la trae de vuelta. *Como una araña que sigue mordiéndome*.

A la mañana siguiente, entra en el laboratorio antes de su hora, seguida de Zelle y sus pequeños, y lo hace con la mirada acuosa, jadeante y el rostro contraído.

—¿Qué has hecho? —Frena sus pasos, desviando la mirada de su teléfono a mí.

—¿De qué hablas? ¿Qué ocurre? ¿Por qué est…? —Me enseña la pantalla de su móvil, pero no tengo tiempo de leer nada.

—Has escrito a Gale Eliot.

—Ahhh —me rasco la nuca—, eso.

—Sí, *eso*. —Alza la voz—. ¡Mentiste a mi jefe!

—Yo no utilizaría una palabra tan fuerte. Solo le he puesto unas gafas de futuro… hoy.

—Me ha reenviado tu email de aquel día, el que enviaste con los avances del proyecto de PharmaGenix y una detalladísima explicación de algo que todavía no hemos hecho, pero aseguras que sí. Aceptó que me quedara por esto y yo ni quiera lo sabía. Me ha dicho que ayudará a mantener a Willow a raya, Luke. Mentiras. ¿Por qué has engañado a mi jefe?

—Dijiste que no te quedaba tiempo.

—Pero… —le tiembla el labio—. ¿Por qué?

—Está demostrado que un cerebro enfocado en una sola cosa es más eficiente que uno multitarea. Si lo piensas, estoy siendo egoísta, porque quiero que tú…

Me abraza. No, *salta* a mis brazos. Se me para el puto corazón, dejando claro que no sabe cómo cojones comportarse con ella.

—Gracias. —Pega la mejilla contra mi pecho y es perfecta, y debería asustarme lo jodidamente bien que encaja su cuerpo con el mío, pero no lo hace.

Daisy lo repite una y otra vez, y sé que lo agradece tanto porque nadie le ha tendido una puta mano en meses. *Y eso me dan ganas de romper cosas. Huesos. A gente de su empresa. A muucha gente de su empresa*.

—No hay de qué. Somos un equipo, ¿no?

Alza la cabeza y me vacía los pulmones ver lo rojos que tiene los ojos.

—Para de llorar o llamo y les digo que vamos a tomarnos una semana sabática.

Se ríe y no sé si algún día me libraré de la necesidad de oírla hacer eso. Daisy se alza sobre sus tobillos y aun así no llega a mí porque no lleva sus tacones, ha venido descalza lo cual va contra las normas del laboratorio… Entonces chista la lengua, tira de mi cuello y me besa la mejilla. Un gesto inocente que me convierte en algo peligroso.

—Nada de lágrimas —promete y cuando da un paso atrás para apartarse, mis dedos se aferran a su cuerpo impidiendo que lo haga.

En vez de eso la dejo donde está. *He intentado todo para que renunciaras, me ha quedado claro que no es lo que quieres, así que lo único que puedo hacer es intentar protegerte a toda costa.*

—Luke.

Esa condenada forma de decir mi nombre, como si me necesitara, como si fuera la única palabra que conoce.

Mis dedos se tensan contra su delicado cuerpo lleno de curvas que dejarían de rodillas a cualquier hombre cuerdo, justo antes de volverlo loco. Sus mejillas se enrojecen y solo entonces soy consciente de que no solo la sujeto, la estoy apretando contra mí, mirándole esos labios entreabiertos en mitad de una palabra que nunca llega. *Daría un puto órgano vital por poder tocarla un segundo más.*

—Perdona —la suelto y me aparto.

—Vale, bien, pues una vez aclarado debería ir a buscarles algo de comida a… —señala a Zelle, pero ahora mismo no parece acordarse ni de su propio nombre—. Nos vemos en diez minutos.

Se marcha, pero sigue estando aquí, en mí, en todas partes.

11

Daisy



Tregua de némesis, que se llama. También conocido como ¡pausa del odio para trabajar, todo el mundo a sus puestos!

Las pruebas no podrían estar saliendo mejor, el progreso es innegable y que el laboratorio de Luke va a conseguir que tenga un orgasmo, también. Y él... maldita sea, esto de compartir laboratorio ha sido una idea desastrosa, pero eh, todo sea por la ciencia.

—¿Te llegan cartas a esta casa?

—Nop.

—¿Me estás mintiendo?

—En absoluto —sonrío escurriendo el bulto, *solo falta que las intercepte. En teoría estamos de tranquis, pero en el fondo no me fío un pelo—*. ¿Qué buscas?

—La pipeta de...

—Justo delante de ti.

Luke se queda mirándola, qué se yo, como si quisiera desintegrarla. La coge gruñendo entre dientes. Doy un paso atrás porque estamos muy cerca, no sé desde hace cuánto.

—¿Estás bien? Pareces desconcentrado. Teniendo eso en cuenta, debería poder elegir mis guantes.

—¿Puedes dejar de discutírmelo todo?

—¿Por qué? ¿Porque las chicas estamos más guapas calladas?

Cierra los ojos y se pellizca el puente de la nariz. *Mi nuevo hobby es sacarlo de quicio.*

—No, maldita sea, porque ya te he explicado que los guantes que necesitas son los azules. Ya, sí, los rosas son más suaves, lo cual es súper relevante, pero *como ya te he explicado,* los azules son los únicos lo bastante gruesos como para protegerte las manos y si no te los pones, mucho me temo que no vas a acercarte al ANZ-2000. Punto.

—*Como ya te he explicado* —le imito.

Subyugada por un instinto sadomasoquista, me admito que disfruto viendo esa chispa asesina en su mirada que bien podría significar una de dos: que quiere acabar conmigo o que quiere follarme hasta que mi cuerpo le pertenezca.

Teniendo en cuenta que lo segundo es imposible, supongo que podría decirse que estoy jugando con fuego.

—Póntelos —deja los azules en la mesa y obedezco porque si seguimos con la conversación mi clítoris va a acabar haciéndome de las suyas.

Por lo visto, odioso e irritante no es lo bastante convincente para frenar las incesantes descargas que me produce verle con traje, el ceño fruncido y soltando comentarios brillantes.

—¿No ibas a escribir no sé qué idea en tu portátil? No deberíamos hablar.

—Ya no.

—No tienes ningún sentido como ser humano, que lo sepas.

—Por eso formamos el tándem perfecto.

Intento sentirme insultada, pero no puedo porque es un gran científico.

Lo que no entiendo es por qué no puedo dejar de pensar en ese diez por ciento restante. ¿Qué clase de mujeres le harán perder el norte? ¿Será de la clase de hombre generoso que te obliga a correrte cinco veces antes de siquiera empezar a jugar? ¿Y porque tengo la horrible sensación de que sí lo sería?

—Daze —a media mañana me saca del trance, sentado en el taburete de enfrente—. ¿Estás aquí conmigo?

—Sí, sí, por supuesto.

Asiente y por algún motivo, lo veo endurecer la mandíbula. Esa a la que no me paro de imaginar haciéndole cosas. He perdido la cuenta de cuántas veces he soñado con él, de las veces que me he masturbado pensando en lo mucho que lo detesto y… *necesito ayuda profesional. Irme lejos*.

Su carraspeo me devuelve al presente, Luke sigue con la cabeza gacha mirándose las manos.

—De acuerdo, sé que las pruebas de Fihllerz van a llevarnos unos cuantos días, pero merecerá la pena.

—Hay una manera más rápida de hacerlo —se la enseño en su portátil, situado en la mesa entre ambos y cuando tecleo en el software de prueba y se lo enseño no dice nada —. ¿No lo habías pensado?

Sacude la cabeza, pero vuelvo a tener *esa* sensación.

La de que está secretamente boicoteando el proyecto.

Puesto que no tendría sentido alguno y no tengo ninguna prueba, no digo nada. Me vibra el móvil y leo el mensaje de mi cita de hoy con Jayden. El otro día en el Ancla, estaba contándole a Keylah mi terrible experiencia con Leo cuando Jayden nos escuchó. Dijo algo sobre su deber de mejorar la imagen de los ciudadanos de Saltwater y me hizo gracia. Acepté. Me paso el rato convenciéndome de que es lo correcto, que haría sentir orgullosa a Amy, pero no me apetece nada.

Email de Alison.Zanderkhän@TechNova.net

19:20 - [Hola, Daisy. Me han dicho que el artículo se publicará pronto. Muchas gracias por hacer esto posible. Eres genial!!].

Llegada la noche me pongo el vestido rojo, uno con una raja lateral y un corsé en la parte superior. Me rizo el pelo, me pongo unos pendientes y toqueteo el medallón mientras compruebo que todo esté bien en el espejo. Sé qué par de ojos me cerrarían el estómago de verme con esto, pero… *esto no es para él*.

Salgo de mi habitación y me choco contra una de dos: un muro de cemento o la kilométrica espalda de John-Luke MacAlister. Mi enemigo se da la vuelta con Zelle acurrucada en sus musculosos brazos y la imagen me deja flojas las intenciones. En el momento en que me ve de verdad, en el que *me mira,* sus labios quedan entreabiertos en mitad de una palabra que nunca llega. Juraría que se le escapa el aire en una exhalación brusca. *Nah, me lo estoy imaginando*.

—Hola. ¿Me buscabas?

—¿Vas a alguna parte? —pregunta la voz más grave, sexy y follable que ha oído nadie

en toda la faz de la tierra, ignorando mi pregunta.

—Tengo una cita.

Lo que sea que siente queda disimulado en un rostro perfectamente inexpresivo. *Detesto la facilidad que tiene de hacer eso, de cerrar la puerta y dejarme al otro lado.* Pero durante una breve fracción de segundo, me mira como si fuera un crío y yo su cromo favorito, el brillante, el que nunca toca y todos quieren.

—Diviértete —dice, pero parece costarle lo suyo arrancarse esa palabra de las cuerdas vocales, luego se da la vuelta para marcharse.

—¿De verdad no querías nada? —lo alcanzo, puede que por curiosidad o puede que lo haga porque necesite que vuelva a mirarme.

—De verdad. Solo venía a avisarte de que la cena está servida.

—Ahh, vale —lidio con la decepción como puedo.

De repente la idea de quedarme a cenar con ellos es demasiado tentadora como para negarme. Alex, Kían, Patty, Stef, Zelle… Luke, hacen mejores mis días. Esos dos últimos, desde hace menos tiempo, pero aun así.

—Llámame si necesitas que vaya a buscarte —me da un toque en el brazo, como si supiera que he vuelto a perderme en mi charla interna—. Lo que te dije el día que nos conocimos, sigue en pie. —Esta vez sí se marcha.

Me gustaría no acordarme de cada palabra que dijo aquel día, pero por desgracia… *tengo que ir a la cita con Jayden sea como sea.*

Tras la horrible experiencia con Leo Adner, la idea de tener una cara amiga presente me parece genial, así que me encanta que la cena sea en el Ancla Oxidada. Saludo a Raphael y a Keylah y finjo que no esperaba encontrar tras la barra a los cuatro mosqueteros. No llevo *para nada* más pinzas en el bolso de las que me caben en el pelo.

—Guau, estás guapísima —dice Calíope.

—Pareces una demonio —Hileya sonríe cuando lo dice, así que guay.

—¿Daisy? —pregunta una voz familiar a mi espalda.

—Hola, Jayden. —Casi se me escapa un «caray» porque la camisa holgada que lleva y el pelo revuelto le queda fantásticamente bien.

Nos sentamos y pedimos la cena. *Puedo hacer esto.*

—¿Un día duro, biotecnóloga?

—No, para nada —sonrío por el hecho de que se acuerde de lo que le dije—. Lo cierto es que el proyecto avanza bien y aunque sé que no cumpliremos los plazos establecidos, tengo esperanza de que consigamos llegar a buen puerto.

—Así que tu clausura no durará mucho tiempo, ¿eh? —Sonríe y como cada vez que lo hace, siento una ligereza en el pecho.

—Eso parece. Es una suerte contar con Luke de mi parte, tiene un equipo increíble y se da cuenta de micro-errores que podrían mandarlo todo a la mierda —lo veo endurecer la mandíbula al asentir y me recuerdo que la ciencia no interesa a todo el mundo—. ¿A qué te dedicas tú? El otro día no tuve ocasión de preguntar.

—Soy marinero.

—O sea que pirata.

Suelta una carcajada.

—Sí, pero no lo comentes, hay algunos policías por aquí que no son fáciles de sobornar.

La conversación fluye y los rollitos de langosta llegan. *Y sip, me muero con cada*

bocado.

—¡Esto está de muerte! —alzo la cabeza y lo veo un tanto ruborizado, con los ojos muy abiertos, el tenedor petrificado a medio camino y pasándose la lengua por el interior de la mejilla.

—Me… me alegra que te gusten. Espero que el segundo te guste igual.

—Empiezo a pensar que todo lo que sale de esa cocina lleva alguna clase de ingrediente mágico. O droga.

El segundo llega y la cena va bien. Puede incluso que sea la mejor cita que he tenido este año.

Objetivamente: tiene unos ojazos verdes, una barba favorecedora, una cicatriz en la mejilla que le da personalidad y un rollo sexy. No le encuentro ningún defecto y mucho menos a su personalidad, así que no entiendo por qué no estoy entusiasmada o por qué no deseo besarle.

Me prometo a mí misma que no me apartaré si lo hace, pero dudo si habré cogido algún catarro. *Igual soy una de esas que se ha tumbado en la hierba cual inconsciente, ahora tiene un garrapata tras la oreja, y no se ha dado cuenta de que están a punto de fallarle todos los órganos vitales*.

Miro a Keylah, está tras la barra, hace un rato hablaba con su marido Karson por teléfono y se reía por lo bajo cual adolescente, pero ya no. Ya no hay rastro de esa sonrisilla de mujer enamorada. De hecho, lo que más me extraña es que estaba haciendo contacto visual con nuestra mesa hasta que la he visto y ahora nos da la espalda.

—…pero entiendo que las odiseas del mar no son para cualquiera.

—Perdona, Jayden.

—Tranquila, estoy acostumbrado, soy consciente de que hablo mucho. —Su sonrisa es realmente encantadora, incluso ahora.

—Qué va, en absoluto. Y me gusta lo que cuentas, pescar cerca de Alaska y vivir un crepúsculo interminable suena increíble, aunque también un pelín aterrador. Podría pasarme días trabajando si no fuera porque el sol hace lo suyo.

Se deja caer sobre su respaldo paladeando la última cucharada de la tarta de chocolate que hemos compartido. No me molesta que no me la haya ofrecido. Ni que no me haya quitado la botella de agua de las manos la tercera vez que le he rellenado el vaso.

—Así que eres de esa clase.

—¿De qué clase?

Estira la mano y coge una de las mías.

—De la clase de mujer que se interesa por todo, de la que interesa a todos.

—Lo primero desde luego, pero lo segundo, te aseguro que no —miro su pulgar, cómo se mueve contra mis nudillos y siento que es la mano de otra persona, no la mía.

De repente soy consciente de que llevo rato oyendo la lluvia y de que algunos clientes nos miran y cuchichean.

—Me cuesta creerlo. —Baja la mirada—. Sobre todo con ese vestido pegado al cuerpo.

—Las apariencias engañan —dudo si recuperar mi mano o no.

La dejo unida a la suya y sonrío tratando de amoldarme cuando un camarero que no conozco viene con la cuenta. Antes de que saque el móvil para pagar mi parte, Jayden me da un tirón en la mano.

—No te preocupes por pagar, princesa, una cara tan bonita como la tuya no debería

ocuparse de asuntos tan sucios como el dinero.

—¿Cómo?

—Ya has pagado tu parte deslumbrándome con ese vestido durante toda la cena. —Sonríe—. Aunque la fiesta va a seguir ahora en mi coche.

Estoy a punto de soltarme o vomitarle en la cara porque su comentario se ha cargado todo lo bueno que ha dicho en la cena, pero no llego a hacer ninguna de las dos, antes de que me mueva alguien rompe el agarre por mí.

—¿Pero de qué coño vas, MacAlister? —Jayden habla en un tono diferente, uno cortante, mientras mira a Luke que está mojado y furioso.

Entonces sus gemas de amatista y plasta me atraviesan.

—¿Él es tu cita?

Asiento, aunque lo que me gustaría decir es «lo era». *Dios, el tío alternativo de pelo verde parece… vale, no parece un santo a su lado ni de coña, de hecho, podrían ser hermanos.*

—Claro que lo soy y nos estás interrumpiendo así que aire.

—En realidad, ya habíamos acabado —respondo.

—Eh, venga ya, ¿eres una estrecha?

Luke no dice nada, le da un puñetazo, luego lo coge de la camisa y lo levanta como si no pesara nada.

—¡JL! —lo llama Keylah tras la barra, pero su padre tiene una media sonrisa en el rostro.

—¿No te dije que te alejaras de los míos? ¿Acaso no fui lo bastante claro? —dice Luke entre dientes en un tono tan bajo que apenas lo distingo, acto seguido lo saca del bar a la fuerza.

Paso el móvil por el datáfono y corro al exterior. *Sé muchas cosas sobre el cerebro, ¿la principal? No le gustan los golpes. ¿El hockey? ¿Las peleas de bar? ¿Las zurras nocturnas en callejones sin salida? Oh, son un no como una catedral.* Los busco en la oscuridad con el corazón en la garganta y los pulmones en un puño. Llueve un montón, pero están en plena calle como si no, discutiendo a voz en grito. Jayden tiene sangre por la cara.

—¡Luke!

Solo alcanzo a oír la última parte de su conversación.

—¡Me lo debes!

—¿Hasta cuándo vas a estar recordándomelo?

—¡Toda tu puta vida, Jayden!

No espero invitación, tiro del brazo de Luke para que lo suelte, para que me mire.

Lo hace y todas las emociones están ahí, peleando por ver quién brilla más en su iris. Rabia, sobreprotección, desprecio, enfado preocupación y algo que surge con los segundos, algo que parece llevar mi nombre escrito y que me contrae el estómago. Jayden sale corriendo y ninguno de los dos pierde el tiempo con él.

Luke coge mi mano con fuerza, como si hubiera estado a punto de llevárseme la marea y aunque no entiendo nada, sé que las explicaciones pueden esperar. Me pone su chaqueta encima antes de subirme a su coche, como si no estuviera empapada. Nos quedamos solos, rodeados de bosque y nocturnidad mientras sigue lloviendo, pero es el silencio lo que va a acabar conmigo.

—Luke, háblame. He esperado, pero casi hemos llegado y si le ocultas cosas a una

persona curiosa puedes matarla. —Nada—. ¿Qué problema tienes con Jayden? ¿También te invitó a una cena de forma insultante? —Le veo apretar el volante hasta que sus nudillos se quedan blancos, incluso los enrojecidos de los golpes—. Eh, tranqui, a mí tampoco…

—No puedes salir con él, Daisy. *Por favor, no… no lo hagas.*

El deje desesperado de las últimas tres palabras enmudecen el «tú no puedes decidir eso por mí» que me subía por la garganta.

—No pensaba hacerlo. —Pongo una mano en su cuello y lo acaricio, está mojado y caliente a la vez, la ira está engulléndolo todo—. ¿Puedes calmarte un segundo? Me estás asustando.

—No es un buen tío, Daisy, elige a cualquier otro.

—¿Por qué no es un buen tío? —intento, ya que no parece haber oído mi otra pregunta. Se revuelve. Su manera de conducir sigue siendo buena, pero temo que deje de serlo y que la lluvia…—. ¿Luke? Luke frena el coche.

—Voy a llevarte a casa y a ponerte a salvo.

Tío, que no tengo más bragas que darte.

—Ahora estoy más en peligro que en cualquier otra parte. Va en serio, ¡para el coche! —grito con el pulso a mil.

Lo hace y no me sorprende más porque el día no es más largo.

—Lo siento —dice y durante unos segundos solo oímos el parabrisas.

—Suéltalo, ¿quién es ese tío?

Me coge la mano y enciende un fuego hecho a base de leña, gasolina y dinamita en mi palma.

—El que copiaba en los exámenes, traicionaba y pisaba a quien hiciera falta para ser capitán del equipo de rugby, quien nunca reconocía sus errores, quien creía que el mundo estaba en deuda con él solo por existir.

—Vale, tu archienemigo de la infancia. Caray, ahora entiendo por qué el universo nos ha hecho tener una cita. ¿Por qué me miras así? —Carraspeo—. ¿Por qué está en deuda contigo, Luke?

—Hace cinco años, Jayden usó una cantidad excesiva de productos químicos para limpiar su barco y accidentalmente contaminó una gran zona de pesca, lo cual jodió a mucha gente del puerto durante más de seis meses.

—¿De verdad? ¿Cómo lo sabes?

—Porque lo encontré tirando los bidones vacíos y el muy cobarde me lo confesó todo. —Se frota la cara con la mano libre—. Le di una paliza.

—¿Y le guardaste el secreto?

—El error que cometió era muy gordo, Daisy, de haberse sabido se habría quedado sin licencia y le habrían prohibido volver a pescar en Saltwater, que era su única forma de ganarse la vida. Y no solo eso, joder, todos le habrían dado la espalda. En aquel entonces acababa de divorciarse de su mujer y todavía se hacía cargo de su hija, y yo… no fui capaz de contárselo a nadie.

—Lo entiendo.

—Pues yo no. Jayden siempre ha sido un gilipollas y hacerle reparar los daños con donaciones anónimas los siguientes años no fue suficiente castigo. Lleva tocándome las narices desde el colegio. Debería haberlo contado. Debería haber disfrutado viendo cómo se quedaba sin nada.

Me acerco a él y me inclino hasta su mejilla.

—Eres un buen hombre, John-Luke MacAlister.

Deposito un beso en su mandíbula y una vez allí, el tiempo se ralentiza, el ambiente se vuelve pesado sobre mi cuerpo y no me muevo. No puedo. Mis hormonas no dejan de gritar ante el olor a especias y a Luke, el de su piel, ante el hecho de que estamos a un suspiro de distancia y que el corazón me late tan fuerte que el ruido no deja que mi cerebro piense. Todas las veces que me he resistido suman una carga demasiado grande que llevar a cuestas. Antes de que mi cabeza pueda frenarme hago una barbaridad contra sus labios: le beso.

Tenía esperanza de cierta reciprocidad, pero *no esto. Madre. Del. Amor. Hermoso.* John-Luke se abre paso a través de mi boca y la devora, se la come, la conquista y la hace suya hasta que estoy gimiendo y soy una mecha ardiendo en sus brazos.

Me muerde el labio con deliciosa peligrosidad, baja hasta mi cuello y hace lo que quiere con la piel que encuentra. Sus dedos pasan por mi mejilla con posesión, luego se enredan en mi pelo. Todo lo que toca se activa dejándome de rodillas y cuando mis pezones duros se rozan contra él, algo estalla en mi interior. Esa necesidad y cesión absoluta del control no es propia de mí, mucho menos con alguien que detesto, pero ahí está.

Mis gemidos se intensifican cuando su lengua vuelve a mi boca. Palpito sin control. Demasiado mojada como para llevar solo dos segundos en este beso. Una de sus manos asciende por mi muslo, mi espalda se arquea, las vibraciones de mi piel se intensifican como para matarme y empiezo a contraerme. A hundirme en un océano de placer. A sufrir micro-espasmos que evidencian lo cerca que estoy del orgasmo.

De correrme. En su coche. Por un solo beso.

—Luke —gimo, incapaz de parar.

Su mano sigue acariciándome, ascendiendo y ya está a escasos centímetros de saber cuantísimo me… alguien golpea la ventanilla del coche.

En ese momento, me doy cuenta de unas cuantas cosas: habíamos llegado a la entrada de la mansión cuando ha frenado el coche, está lloviendo muchísimo, dos de sus empleados están delante de cada puerta del vehículo con un paraguas y el ceño súper fruncido tratando de ver el interior del coche, y… estoy a una ligera brisa de tener un orgasmo. *Respira. Piensa en cualquier cosa menos esto. No te corras.*

—Oh, dios mío —jadeo avergonzada de mi falta de control.

—Daze.

—Oh, dios. —Abro la puerta y salgo del coche.

El pobre empleado de los MacAlister no tiene oportunidad de alcanzarme porque corro como en mi vida. No me detengo al entrar en la mansión. Cierro puertas con tal de poner distancia. No puedo respirar. *Le he besado.*

El curso de «cómo detestar a tu enemigo» está claro que me lo salté.

Cierro la puerta del baño con cerrojo y me pego a ella. *Esto no acaba de pasar.* Pero mi reflejo evidencia que sí: tengo los labios rojos de los suyos, mi pecho sube y baja de forma irregular, abrupta, y estoy jadeando. *¿Qué clase de beso ha sido ese? ¿Quién coño besa así?* Estoy temblando y palpitando a la vez, asustada y muy excitada, pero sobre todo confusa de narices.

Duermo un total de cinco minutos en toda la noche.

Por suerte, a la mañana siguiente tengo una excusa perfecta para que todo vuelva a la

normalidad, pero él no está en su laboratorio. Tampoco en el desayuno.

—Tenía que ir a la ciudad por trabajo, ¿no te lo dijo? —pregunta Alex mordiendo su tortita con fresas.

Pensándolo bien «me caí sobre tus labios, gracias por amortiguar el golpe», no era una excusa tan buena, así que tal vez esto sea algo positivo. *Sí*. Y en ningún caso se habrá largado por el beso. *¿Verdad? ¿Sigo teniendo trabajo?*

Rosemary llega, me hace replantearme cambiarme de profesión, luego me hace dudar si pasar cuarenta años en la cárcel por asesinato valdría la pena, y después se marcha. *Desde que no puede fumar en el laboratorio es todavía más insoportable.*

El reloj parece ir marcha atrás y eso es rarísimo en mí porque trabajar suele hacerme perder la noción del tiempo. Salgo del laboratorio a media tarde, encontrando la casa muy silenciosa. Voy hasta el jardín trasero, el de las margaritas, y empiezo a escribir mis cartas. Zelle y sus cachorros (Rocky, Newton, Einstein, Kepler y Curie) no tardan en llegar a mis pies.

—¿Pero es que me has puesto un GPS o qué? —le pregunto acariciándole su cabecita de perra snob sé-que-soy-mejor-que-tú-humana-pero-finjo-que-no.

Se sube al banco de piedra, pero sus crías no llegan. Bueno, no sé si has tenido oportunidad de ver a unas crías de caniche intentando hacer algo sin éxito, pero yo te aseguro que con tal de ayudarlas renunciaría al bazo. Se acomodan contra mis piernas y mi caja de escritura en la que guardo los sobres, los sellos y las pegatinas de flores, y se quedan fritos.

—¿Tanta confianza me tenéis ya como para bajar la guardia? —les acaricio sus tripitas expuestas.

Qué monos. Detesto reconocerlo, pero Zelle boca arriba en mi regazo, me altera algo dentro porque al principio no paraba de enseñarme los dientes y mira ahora.

Mi móvil vibra con un mensaje, pero no de quién esperaría.

Mensaje de Leo Adnari
17:37 Siento cómo me comporté en la cita.
17:38 ¿Me darías otra oportunidad esta noche? Invito yo.

—¿Vas a volver a verle? —pregunta Alex MacAlister tiempo después, en la sala del piano.

Me ha preparado una taza de chocolate caliente y en la taza se lee «me quedé de pie durante todo el vuelo con tal de no ocupar el asiento número trece».

—Ni hablar. —Me dejo caer a su lado en el sofá, después de explicar los hechos y la razón por la que lo hago: mi sueño, el de tener a alguien en quien apoyarme, hijos que corran a mí con los brazos extendidos, el pack completo. Ese que no le cuento a nadie a menos que tenga un bebé en brazos y me ablande—. La cita de esta noche sería con otro chico de Saltwater, aunque no sé si ir, en su perfil de la app tiene puesto «soy un tío aventurero: me atrevo a cambiar de ruta en Google Maps». ¿Tan difícil es encontrar a alguien majo y normal que se alegre mucho de verme?

Resopla con disconformidad.

—Si sales con un tío porque es majo y se alegra de verte, lo mejor sería que te compraras un perro. Pero si lo que quieres es un novio o incluso un marido, entonces busca que te tiemblen las piernas y que consiga que se te corra hasta el cerebro sin siquiera ponerte un dedo encima.

Mis pensamientos intrusivos hacen su aparición estelar con forma de MacAlister. John-Luke alejándome de Jayden, John-Luke metiéndome en el coche, John-Luke alterando cada célula de mi cuerpo con el mejor beso que me han dado en mi vida. *Le odiamos, ¿recuerdas?*

—¿Estás pensando en tu cita de esta noche? —analiza mi rostro—. Porque si es así deberías ir.

—N-no pensaba en lo mucho que tu hermano me odia —*y en que fijo que mantiene un seguimiento detallado de todos mis defectos ordenados de más a menos irritantes en ese cuaderno oscuro que tan rápido oculta en el único cajón con llave de su mesa*—. ¿A… a dónde vas?

—A acostar a Kale. —Me da un beso en la mejilla y se levanta—. Pero recuerda, si ni siquiera tú consigues esa clase de sexo, ¿qué esperanza nos queda al resto? Hazlo por el bien común.

—Alex, eres un encanto, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Cientos, ¡pero no me canso de oírlo! —exclama en susurros.

Me quedo en su sala con la vista fija en la chimenea. *¿Desde cuándo es tan grande este sitio?* Un tanto agobiada y cansada de mirar su chat vacío, o de leer mensajes deprimentes de la app de citas, voy a la cocina. Todavía no hay nadie porque es pronto, así que aprovecho y preparo un bizcocho. Lo quemo. Una desgracia por la que Stef y Patty no se ven afectados porque cuando pregunto si puedo ayudar con la cena, dicen:

—Claro, cielo, ¿has hecho alguna vez lasaña? —pregunta Patty, poniéndome unas manoplas.

—La verdad es que no.

—Bien, entonces nunca has quemado ninguna —dice Stef, haciendo que el resto de cocineros se ría con escaso disimulo cordial.

Pensaba que tirarían mi bizcocho a la basura, pero en vez de eso Stef corta la parte quemada y sustituye la altura que falta con glaseado. *Pero qué encanto.*

—Oye, que te llueven los ojos —se carcajea.

—Para nada —me limpio las lágrimas y ayudo a Patty troceando verduras.

Nada más llegar aquí me di cuenta de que son lo que llamo personas-estufa, de la clase que te deja el corazón calentito sin darse ni cuenta. Para seguir disfrutando de la labor, finjo no oír que estamos preparando el plato favorito de mi archienemigo mortal que sigue sin dar señales de vida, aunque no es que me importe. Ni me obsesiono con el hecho de que ahora ya sé que cenará en casa.

—Creí que le caía mal —digo echando los pimientos amarillos troceados al bol—. Todavía no ha querido decirme ni su nombre.

—Eso es porque Mhílena se esfuerza mucho en mantener las distancias —dice Patty —. Tiene un código, ¿sabes? Apreciaba mucho al señor MacAlister que en paz descanse, quiere servir bien a sus hijos y como todos los empleados vivimos en la mansión…

—No quiere acabar tomándose demasiadas confianzas —concluye Stef—, por eso es distante. Siempre es muy correcta, incluso con nosotros.

Está claro que mi primera impresión no fue acertada.

—¿Cómo era el señor MacAlister? —se genera un silencio, aparecen algunas sonrisas leves, otras melancólicas, cariñosas o tristes—. He leído muchísimo sobre su trabajo, pero personalmente no sé nada de él.

—Era un gran hombre, Daisy —Patty deja de cortar para mirarme—. Noble incluso.

Nunca he conocido a alguien con tanto poder y a su vez, un equiparable nivel de bondad.

—Siempre hacía el bien allá donde fuera, aunque eso supusiera saltarse algunas normas —dice Stef con ojos brillantes, noto como el resto de cocineros deja lo que está haciendo—. Consiguió la nacionalidad para Ronaldo, una beca universitaria a la hija de Anabel, y cuando mi Patty estuvo enferma, se ocupó de los gastos médicos.

—Sí —Patty hace una mueca mirándose los lunares del antebrazo—. Y aunque es cierto que por encima de todo le apasionaba la ciencia, también era un padrazo. —Sonríe iluminando la cocina por completo—. Se desvivía por ellos tres. No conozco a nadie que haya querido tanto a sus hijos. Por eso cuando Emberly Daxen le hizo aquello a…

—¿Emberly? —pregunto, pero el ambiente se enfría y los que escuchaban vuelven a lo suyo—. ¿Quién es? ¿Y qué le hizo a quién?

—Será mejor que sigamos con el trabajo antes de que se haga tarde —susurra Stef guiñándome un ojo.

Patty me aprieta el brazo en un gesto de cariño y ahí acaba el tema. Subo a cambiarme para la cena mientras el horno hace lo suyo y al bajar me topo con Kían. Me habla de una fiesta en el parque de bomberos.

—Ya me ha dicho Alex que tienes otra cita, pero si quisieras pasar del tema, podrías venirte. Él también vendrá.

—¿Él? —repito confusa, con un nudo en el estómago.

—Alex. —Sonríe apoyándose contra la pared, dejando claro que cualquier gesto es arrebatadoramente sexy si lo hace un bombero rubio con hoyuelos llamado Kían-Lysander MacAlister—. ¿Qué me dices? La verdad es que me encantaría presentarte al grupo. Les he hablado mucho de ti.

—Lo siento, es que ya me he comprometido —me excuso, pero lo cierto es que a medida que pasan las horas, menos me apetece salir.

Cenamos juntos, sin rastro de Luke, y luego cenan Stef, Patty y el resto de empleados. La mansión se queda en total silencio cuando Kían y Alex se van, y al cabo de un par de horas bajo a por algo de comer. Me he pasado un buen rato perdida entre mis notas, después de decirle a mi cita que había cogido un repentino catarro, y lo cierto es que tengo hambre. No he cenado mucho. La lasaña era de lo más deliciosa, pero estaba muy ocupada mirando hacia la puerta.

La luz de la cocina está encendida, pese a que pensaba que ya no habría nadie. Mi latido es el último golpe de un gong que suena con eco: después de ese, ya no hay más.

No me alegro de verle.

Solo ha sido un día.

John-Luke está de espaldas y sus hombros han debido ganar varias millas durante el tiempo que ha estado fuera, y su espalda varios kilómetros. No lleva traje, sino un atuendo casual que bien podría ser su pijama. *Aire*. La camiseta de manga corta blanca normal y corriente abraza y elogia su cuerpo, haciéndole parecer un dios que ha bajado a la tierra en plan detective a ver qué tal son esos famosos mortales. La manga se le aferra al bíceps y eso que es ancha, así de grandes los tiene. Para rematar, combina el atuendo con unos pantalones grises de chándal ay-madre-mía-estándar y me deja tonta del todo. Sin poder hablar. Ni respirar. Esa es la única explicación por la que me quedo ahí plantada, con los labios entreabiertos en una palabra que no llega.

Entonces se da la vuelta con el plato de lasaña entre las manos y sus ojos tienen la desfachatez de brillar y sonreír, machacándome el clítoris desde la distancia. *Mayday,*

mayday, SOS. Por el contrario, sus labios no lo hacen. Un músculo palpita en su mandíbula y parece que incluso se le tensa el cuerpo.

—Hola, Daze.

12

John-Luke



Tengo una fuente de lasaña delante de mí, pero no puedo dejar de darle vueltas a lo de hoy.

Creed y yo entramos a nuestra última reunión del día. Esta vez en el despacho de Vladislav Tikhonov, CEO de PharmaGenix, ese que desde hace doce desagradables meses, está ubicado en Maine. La peña no pilla que la gente que se muda a Maine quiere que la dejen en paz. Los sociables nunca van al norte de nada, si no mira Canadá.

—¡El hombre del momento! ¿No recibiste un premio a la innovación el mes pasado? Estás que te sales.

—Tikhonov —me limito a estrecharle la mano.

Mi padre y él fueron amigos de jóvenes, por eso tengo unos grilletes rodeándome las muñecas.

—Sentaos, por favor —pide señalando los sillones azules. Paredes, cuadros, todo aquí es de ese color, es enfermizo—. ¿Queréis algo de beber?

—No, como sabrás, tengo vuestro proyecto de investigación en marcha y también algo de prisa. Me gustaría volver a Saltwater cuanto antes.

Se carcajea.

—Me encanta tu dedicación, eres digno hijo de tu padre —se pasa una mano por el poco pelo canoso que le queda, siempre engominado y no ve el codazo que me da Creed para que me relaje.

—Gracias —me obligo a decir—. Según el email que recibí, querías hablarme de Daisy.

—Rosemary me envió esto —pone sobre la mesa un larga lista de documentación y se enciende un puro—, ha estado inusualmente brillante con tu compañera.

Joder, primero Willow pidiéndome que la remplace y ahora esto.

—¿De verdad?

—Ya lo creo. Ha encontrado ciento treinta y siete razones por las que debería despedirla y demandarla. Verás, durante semanas, el jefe directo de Rosemary ha recibido quejas de la poca profesionalidad de Dooren y él me las ha transmitido a mí cuando la montaña ha empezado a taparle la luz que entra por la ventana —suelta una carcajada—. Lo que me gustaría saber es por qué no he recibido ninguna tuya. En anteriores ocasiones, has pedido un cambio de compañero.

Solo una. Dylan Chane, incluso con la ayuda de Creed me costó un huevo recuperar su reputación y sacarlo del fango. Por poco acaba en la cárcel. Aprendí la lección.

—Vlad, me conoces desde que era un crío. ¿Por qué crees que no he dicho nada?

—No lo sé, chico, por eso te he hecho venir.

—Porque está haciendo avanzar el proyecto. Dooren me ayuda a concentrarme —bajo el tono—, no sé si me explico.

Suelta una carcajada y juro que si suelta otra le reviento la cara contra la mesa.

—¿Te gusta la chica, eh? Pero no puedo pagarle solo por eso, mis accionistas no me lo perdonarían.

—Vlad, mucho me temo que Rosemary no está siendo del todo imparcial. Verás, me parece que las últimas semanas que estuvimos solos en mi laboratorio se acostumbró a tenerme para ella y ha… —toqueteo la documentación—, rellenado parte del papeleo con humo. ¿Sabes a lo que me refiero?

—Las enamoras a todas, ¿verdad? —me señala con su puro.

—No puedo evitarlo —me encojo de hombros—. Daisy es muy buena biotecnóloga y mucho me temo que si te la llevas, también te llevarás toda posibilidad de éxito. Las cosas van bien y mi instinto me dice que esta vez es la definitiva.

—Bien, si la bonita sirve de algo, que se quede. Lo de ser inclusivo con el género débil queda bien en mis registros y últimamente los buitres me están respirando en la nuca. —Saca otra documentación de su cajón, esta vez es solo una hoja—. También te he hecho venir por esto: tu contrato. Sabes que tu vínculo con PharmaGenix terminará en unas semanas con este proyecto y que aún no has firmado el nuevo acuerdo. Tu padre no lo querría de otra forma.

Me pongo en pie, abrochándome la chaqueta del traje.

—Cuando te haga más rico de lo que eres y vea con cuánta justicia repartes tu beneficio, me pensaré si firmar o no.

—Sabes que esta es tu casa, chico. No te hagas de rogar.

—¿Y dejar de hacerme el interesante? Me parece que no has entendido en absoluto mi personalidad.

Vuelve a carcajearse y me estrecha la mano. Salgo de su despacho y dejo atrás a su secretaria, Creed me sigue el ritmo.

—No agujerees la pared con el puño —murmura en tono neutro.

—Ese grandísimo hijo de puta…

—Ya, ya, aguarda hasta que estemos en el coche.

Me froto la cara y gruño, pero me suenan las tripas porque estoy muerto de hambre y empiezo a poner comida en un plato recordándome que tenemos un plan. Me convenzo de que saldrá bien, aunque no tenga seguridad de nada y haya mucho en contra.

Pero cierro los ojos y la veo en mi coche, con las mejillas encendidas, y siento una paz nerviosa a la que me estoy volviendo adicto. *Siento que voy a morirme y que Daisy me da unos segundos más de vida, esa sensación.*

De repente el aire se carga de química y un olor a flores gana al de la lasaña. Me doy la vuelta y ahí está, parada en la entrada con un pijama rosa y corto en el que… joder, mejor no me centro. Aprieto los dientes.

—Hola, Daze.

—John-Luke.

—¿Qué tal tu cita? *—Tenía una o eso me dijo el capullo de Kían.*

—No he ido. No me apetecía —hace una mueca y me gustaría saber toda esa historia —. ¿Todavía no has cenado? ¿Cuándo has llegado?

Siempre con tantas preguntas.

—He llegado hace hora y media, pero he subido a entrenar. Hay un gimnasio en el último piso, puedes utilizarlo siempre que quieras.

—¿Has estado mucho tiempo sentado en el coche para necesitar tanto ejercicio? —

pregunta jugando con su móvil, entre las manos.

—Una manera muy sutil de preguntarme a dónde he ido.

—No es asunto mío, John-Luke. Pero he oído que era cerca de la ciudad. —Da pasos cortos y rápidos hacia la nevera, donde hay un plato con tortitas o un acceso secreto a la puta ciudad de Atlantis, la verdad es que no lo sé porque sus piernas se han vuelto infinitas, ese pantalón a duras penas le tapa el culo y ya no hablemos de la puta franja de piel expuesta que vive entre la camiseta y el pantalón y, de ahora en adelante, para siempre en mi memoria—. Buenas noches.

Se dispone a salir de la cocina, pero alcanzo su muñeca.

—¿Te importaría quedarte mientras ceno? He leído cantidad de noticias sobre atragantamientos. Piensa en la parte positiva, si ocurre podrás tener la suerte de presenciarlo —digo, ya que insiste en lo de la enemistad y es evidente que solo es por su parte.

Esperaba que sonriera, pero no lo hace. En vez de eso se suelta de mi agarre escapándose de la caricia de mi pulgar, coge un vaso de agua, lo llena hasta arriba y camina hasta la mesa. *Delante de mí. Con ese pijama.*

Voy a cenar empalmado.

Se sienta tan lejos como puede, pero no es suficiente. Todavía la huelo.

—Antes de que empieces a comer, he de decir que he ayudado, así que si la odias ya sabes por qué.

Sonrío para mis adentros y cojo una buena cucharada. Me lleno la boca de delicia italiana y gruño.

—Igual odiarla no la odias —se enrojece parcialmente satisfecha.

Joder, esto está buenísimo.

—¿Por qué has ayudado a hacer la cena?

—Me apetecía. —Desvía la mirada y se encoge de hombros.

—Así que te aburrías sin mí.

—Que te lo has creído —me lanza una mirada envenenada y luego vuelve a sus tortitas.

—¿Cómo te ha ido con Rosemary? ¿Se ha quejado mucho?

—Lo habitual. Willow, me tiene acostumbrada, soy inmune —miente de pena.

Levanta la cabeza, pero se esfuerza en no mirarme o puede que me esté taladrando los hombros por otro motivo.

Mejor ni digo lo que le hace a mi polla.

—Si quieres te la dejo. La camiseta. ¿Te gusta más que la tuya?

—¿Puedes dejar de ser irritante medio segundo?

—Puedo intentarlo —sonrío como un gilipollas por primera vez en todo el día y joder, da gusto.

Más que la delicia que estoy devorando.

—Nadie te la va a quitar, no hace falta que comas tan deprisa. ¿Y se puede saber qué te ha pasado en los nudillos, L...? ¿John-Luke?

—Se me ha olvidado ponerme los guantes al entrenar con el saco, además ya tenía esta mano un poco... —carraspeo al ver la pena en su cara—. ¿Llevas mucho tiempo buscando este ascenso? El que te conseguirá el éxito del proyecto.

—En realidad el ascenso en sí no es lo que más me importa. Ni el dinero. —Suelta el aire contenido—. Con lo que sueño es con librarme de mi jefa Willow y de su hija Brook.

Si me ascienden pasaré a tener el rango de Willow, me cambiarán de departamento e incluso tendré un pequeño equipo que dirigir.

—Suena genial.

—Lo sería —sonríe y ya se podrían fundir las putas luces, que seguiría pudiendo encontrar hasta un alfiler en el suelo—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—¿Quién es Emberly Daxen?

Se me cae el tenedor de la mano.

—¿Dónde has oído ese nombre?

—Stef y Patty hablaron de tu padre, del gran hombre que era y de todo lo que hizo por ellos, y el resto de cocineros.

Sonrío. Su lealtad no dejará nunca de sorprenderme.

—Mmm, Patty dijo algo más.

—¿Algo más?

—Sí, sobre una mujer llamada Emberly, pero no terminó la frase, así que no sé…

—Daxen era su apellido de soltera. Hablaba de Emberly MacAlister. Mi madre.

Asiente guardando silencio, acariciando mis antebrazos con sus aguas turquesas.

—Kían me dijo una vez que la razón por la que se hizo bombero… —alza la vista—, fue que alguien a quien quería mucho estuvo a punto de morir en un incendio hace muchos años. ¿Fuiste tú?

—Sí —aprieto la mandíbula deseando que deje la puerta a mi pasado cerrada, igual que hago yo. No está a la distancia necesaria como para no ver las cicatrices que no fueron culpa de las llamas, sino de las esposas que restringían mi movimiento y estuvieron a punto de sentenciar mi condena. Parece no encontrar sus siguientes palabras, así que le robo una fresa zanjando el tema—. Quería decirte algo de lo de ayer.

—¿L-lo de ayer?

Me regodeo en su pánico unos segundos.

—Sobre lo del barco y Jayden. Nadie más lo sabe. Ni siquiera Keylah. De saberlo se habría opuesto a dejarle cenar contigo. Lo que quiero decir es…

—Guardaré el secreto, John-Luke. No tienes de qué preocuparte.

—Gracias. ¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Por lo visto esta noche no sabemos comunicarnos de otra forma. Habla.

—¿Desde cuándo vuelvo a ser John-Luke?

Otro nivel de pánico.

—N-no… Yo… Bueno, sé que no te gusta Luke.

Sí me gusta. De tus labios me puto encanta todo, joder.

—Vaya, me alegra saber que no estabas guardando las distancias después de besarme. Habría sido incómodo.

—¿De be…? ¿De besarte? —Suelta el tenedor y me señala—. Disculpa, juraría que fue algo mutuo. ¿Y por qué sacas el tema así de sopetón?

—Porque llevas escrito en la cara que es lo único en lo que piensas.

—Eso no es cierto. Tú no sabes nada de lo que hay en mi cabeza o en mi cara —se palpa las mejillas.

—Entonces, ¿no has pensado en ello desde que saliste corriendo de mi coche como si te persiguiera la Parca? ¿Ni una vez? *—porque yo alrededor de unas mil.*

Se levanta haciendo un estruendo con la silla y coge su móvil.

—¿Te han dicho alguna vez lo insoportable que es tu personalidad? —Desaparece tras las puertas y la sigo.

La alcanzo junto a la escalera.

—¿Esta nueva costumbre de largarte y dejarme con la palabra en la boca? Tiene que parar —mi voz retumba con eco.

—¿O qué? —alza la barbilla—. No estamos en horario laboral. No tengo por qué escucharte, jefe.

Tanta insolencia me está poniendo… cachondo. La cojo de las mejillas con una mano.

—Abre la boca. ¿Seguro que has comido tortitas? Porque me da a mí que ha sido impertinencia.

Me da un manotazo.

—¿No quedamos en que lo de tocar sin permiso iba a acabar?

Miro el medallón que se pierde entre sus pechos y juro que…

—¿Señor MacAlister? ¿Necesita algo? —Una voz suena en lo alto de la escalera.

—No, Gerald, perdona. Descansa. Buenas noches. —Tiro de Daisy y la llevo a una sala lo bastante alejada: la biblioteca.

Como no, ella se va quejando todo el camino.

—¿A dónde me llevas? ¿A tus mazmorras? ¿Vas a acabar conmigo de una vez por todas?

¿Cuánto es la raíz cuadrada de se me está agotando el autocontrol?

Cierro la puerta tras de mí y ella se queda boquiabierta nada más entrar. Bajamos la escalera lateral de madera marrón. Al llegar abajo, va directa hacia unos estantes de suelo a techo.

—¿Toda esta pared son libros académicos? —pregunta conociendo a los autores.

El problema es que cuando levanta el brazo, la franja de piel expuesta se ensancha y toda la sangre me baja hasta la polla. Se queda mirando fijamente la repisa con el nombre de mi padre, dueño de la biblioteca y quien llenó el ochenta por ciento de estantes de ciencia.

—Ven —le ordeno con cero esperanza de que obedezca.

Debe estar drogada del impacto de los libros, porque me sigue a la sala contigua sin rechistar. La madera de las estanterías resalta los lomos rojos y gastados de los libros. Entre cada estante se encuentran discretos jarrones de cristal esmerilado con flores frescas, su fragancia apenas perceptible. La inmensa sala consta con una mesa redonda de piedra gris que se impone con su sobria elegancia bajo las luces cálidas de las lámparas suspendidas sobre ella, ignorando la que pueda dar la luna a través de las ventanas que se alzan junto a los sillones rojos.

—Este sitio es… alucinante —admira las paredes de biotecnología mientras yo la miro a ella.

—Puedes venir aquí cuando quieras. Muchas veces será más rápido buscarlo en internet, pero si quieres estudiar alguna investigación concreta o… ¿qué pasa?

—Era de tu padre, ¿por qué lo compartes conmigo? —Se guarda las manos como si temiera tocar algo.

—Él ya no está y además, le gustaba compartir. No es un problema.

—Este lugar es casi perfecto —me mira de arriba abajo—, casi.

—El insulto habría quedado genial, si no te costara tragar cada vez que me miras.

—Voy a tener que ausentarme un día de estos —dice acercándose a una de las

ventanas—. Tengo que ir a Londres.

—¿Es una venganza?

—Fijo, pero aún no sé qué he hecho para merecérmela.

—No lo entiendo.

—Tampoco hace falta.

Me cago en todo. Aprieto la mandíbula mientras me acerco y su olor invade mis pulmones.

—¿Por qué no has ido a la fiesta de Kían?

—Estaba muy cansada. —Su pecho sube con una respiración irregular cuando mis piernas dan contra sus rodillas.

—Sí, tienes pinta de estar a punto de quedarte dormida de pie.

13

Daisy



No sé por qué está tan cerca. Ni por qué no lo alejo. Pero hay un zumbido en su tono ronco cada vez que habla que vibra con mi cuerpo, tensándome y contrayéndome con cada palabra.

Es injusto que alguien como él tenga una mirada llena de filos amatista capaces de atravesarte el alma. Lo peor es que no es *solo* guapo, es como si toda su personalidad se reflejara en la dureza angulosa de sus rasgos, esa que se mezcla con una suavidad dulce de lo más intrigante.

—Además, tenía una cita, ¿recuerdas? —*Con Ted, un tío cuyo apellido no consigo recordar*.

Espera, ¿era Fred?

—Sí, *otra* cita.

—La he cancelado porque no me apetecía salir. No tendría sentido que hubiera ido a una fiesta.

Busco distancia cuando me vibra el móvil.

Mensaje de Alex MacAlister

00:37 Solo para que conste, mi hermano debería estar aquí. Se ha rajado por ti, en cuanto ha sabido que tenías otra cita.

00:38 Por si sigues pensando que te odia.

Mi pulso se dispara. Alzo la cabeza y está a un escaso palmo de mí. *No puedes besar a tu peor enemigo o te lo echará en cara, lo usará contra ti.*

—¿Es tu cita? —Luke se apoya contra la librería y algo en mi pecho, que *no* es mi corazón, suspira agónicamente.

La cercanía es intoxicante, pero mis pies se han clavado al suelo.

—Sí. Dice que quiere verme otro día. —Tiene razón, cuando le miro me cuesta hasta tragar saliva.

Me estremezco bajo su atenta y envolvente mirada. *Es como si lo tuviera encima y me está… ufff. ¿Por qué haría eso? ¿Por qué se quedaría al saber que tengo una cita? ¿Para salir en mi rescate? ¿Pero por qué?* Entro en una vorágine de preguntas sin respuesta cuya presencia se va quedando con mi oxígeno. *¿Por qué me ayuda si me odia? ¿Por qué me salva de la lluvia o de Willow? ¿Por qué se pone de mi parte cuando Rosemary está presente?*

Debería irme antes de que el odio pasional que siento por él acabe traspasando mi encaje y el pijama.

—Daze, no me gusta la idea.

—Ni siquiera sabes de quién se trata esta vez.

—Eso me da igual.

—¿Solo porque soy un inconveniente para ti? Es mi vida, no puedes mandar sobre

ella también.

Endurece la mandíbula como para partirse los dientes.

—Tú nunca has sido un inconveniente.

La parte baja de mi estómago se contrae y se vuelve de lava.

—Debería irme a dormir.

Me corta el paso y mi mirada se topa con sus labios. Sacude la cabeza una sola vez. La luz de la luna se refleja sobre su piel ligeramente tostada y llego a la conclusión de que es el hombre más atractivo de la faz de la tierra.

—Úsame.

—¿Cómo dices? —musito.

—Para de tener citas, Daze. Dijiste que lo hacías por el sexo —le brilla la mirada, no parece estar en sus cabales—. Pues utilízame a mí.

—¿Acaso has perdido la cabeza? —Mi mundo se tambalea y mi respiración se agita más y más.

—A efectos prácticos es lo más eficiente. Así dejarás de darme problemas.

—¿Darte yo a ti problemas? —clavo un dedo en su pecho—. Disculpa, ¿quién de los dos ha hecho insoportable trabajar con el otro?

—Tú, Daisy Dooren. —Me coge la otra muñeca—. No has dejado de taladrar mis pensamientos desde que tuviste la desgracia de cruzarte en mi camino.

—No digas tonterías. Tú me odias.

Me pega contra una librería, alzando mis muñecas por encima de mi cabeza, aprisionándome.

—Me has dado motivos de sobra, sí. De eso no hay duda.

—¿Y de quién es la culpa odioso montón de…? —No termino el insulto porque me besa.

No, colisiona contra mi boca. La desnuda con su lengua y se vuelve un animal, me convierte a mí en otro. El calor estalla en todas direcciones, la humedad líquida me abrasa la entrepierna mientras separo los labios con tal de darle un mayor acceso.

En un segundo me aferro a su cuello, él me levanta sin esfuerzo y le rodeo la cintura con las piernas. Mete las manos bajo mi camiseta y debo estar delirando porque imagino que le tiemblan un poco las manos. En todo lo demás es seguro, decidido de un modo arrogante y muy él.

—Luke —gimo sin romper del todo el beso.

Él mete las manos bajo mi pantalón corto y amasa mi culo mientras me obliga a deleitarme con una fricción dura y perfecta sobre sus abdominales. Estoy temblando y es muy posible que me corra en sus brazos.

—Espera, espera, espera —dice la última neurona que me queda, a lo que él detiene sus labios contra mi cuello—. No puedo. No sabiendo que tú no quieres esto. Que a ti el sexo no te gusta, que no te… —dejo de hablar cuando me hace resbalar sobre su cuerpo.

Ya no estoy sobre sus abdominales. *Nop*. Ahora estoy sobre una dura y enorme erección, que palpita conmigo, contra mi centro. *Queriendo entrar*.

—¿Quieres saber en qué pienso cuando discutimos?

No.

—Sí.

—En que eres la persona más brillante, persistente e impertinente que conozco, Daisy Dooren, y en que ya he perdido la cuenta de cuántas veces he soñado con meter la

lengua entre tus piernas. —Me deposita sobre la mesa redonda—. ¿Vas a dejarme, *Daze*? ¿Vas a darme permiso?

Esta vez soy yo quien ataca su boca, pero parece que incluso ahora competimos por ver quién se come a quién. Me tumba sobre la mesa y me mira como si fuera la tierra prometida, el paraíso donde todos sus deseos se hacen realidad.

—Abre las piernas.

Jamás obedecería una de sus órdenes, pero soy incapaz de negarme a esta. Despacio, me expongo para que él vea lo que ya sé, lo que ya noto. El sonido gutural que sale de su garganta hace que mi vagina tiemble. La presión de su pulgar cae sin piedad contra mi clítoris. *Diana*. Cinco segundos después ya me estoy retorciendo contra él. Entonces para.

—Quítatelo, Daze.

—¿El qué? —miro hipnotizada cómo se agarra su erección, como diciéndole que tiene que esperar.

—Todo.

Me doy cuenta que a mí también me tiemblan las manos al deshacerme de la camiseta fina y de los pantalones cortos, al echarlos a un lado.

Se coloca a mi lado y soy consciente de que su forma de mirarme tiene un peso sobre mí. Adrenalina y excitación aparte, nunca me han mirado así. *No como un antojo o algo apetecible, me mira como una necesidad visceral y excesiva*.

Solo entonces reconozco la cara seria que pone. Me hace dudar si las veces que la he visto luchaba por no tocarme igual que ahora.

—Esto es lo que va a pasar —acaricia mi labio metiéndome ligeramente el dedo en la boca—. Voy a hacer que te olvides de todas las citas que hayas tenido con imbéciles incapaces de valorar la puta suerte que tenían. —Sin apartar la mirada ni mostrar debilidad, tortura uno de mis pezones con la mano libre mientras su grueso dedo se hunde más en mi boca haciéndome arder por todas partes de forma salvaje con un deseo urgente de que vaya a más—. Tú pones las normas —lo saca y la humedad de su dedo resbala por mi esternón sin freno justo antes de que sus labios caigan en mi pezón necesitado y succionen haciéndome gritar, y solo entonces sus dedos tantean el terreno entre mis piernas—. Tú decides cuándo es suficiente —endurece la mandíbula mirándome el cuerpo y dice en un susurro—, porque de ser por mí tú serías mi único proyecto. —Acaricia y masajea mi clítoris con vehemencia, con ímpetu, como si su vida dependiera de cada círculo profundo que traza—. Pero a partir de ahora cuando quieras correrte, vendrás a verme a mí, ¿entendido?

Ya. Eso es todo lo que hace falta.

El orgasmo me rompe. Me sacudo cuando la brusca ola salvaje de emociones deliciosas hace conmigo lo que quiere. Ni siquiera tengo tiempo de sentir vergüenza, el placer me desborda, se estira, me muerde y hasta me masturba las terminaciones nerviosas.

—¿Acabas de…? —Se le hunde el pecho, no deja de mirarme el cuerpo, de acariciarme —. *Joder*.

Me arden las mejillas.

—Hacía demasiado tiempo que…

Entonces sí me mira, me atraviesa, y el que parece tener dificultad para tragar es él. Se aleja de mi lado, en dos zancadas se coloca entre mis piernas y me las abre tanto

como puede.

Me huele con una inhalación profunda y lo siguiente que sé es que está lamiendo mis pliegues llevándome al cielo a empujones. Bebe de mí tanto cuanto se le antoja. Su lengua se mueve de lado a lado, en círculos, en diagonal… Joder, ni sé lo que hace, pero no estoy dispuesta a darle el beneficio de ver cómo me corro igual de rápido. Entonces succiona con fuerza y pierdo los papeles.

Chillo, intento cerrar las piernas, pero me mantiene bien abierta y cuando le miro con tal de comprobar que este no es otro de los sueños recurrentes que he estado teniendo, la imagen es demoledora. Igual que su entrega. Estoy sudando, pegajosa, empapada y siento el orgasmo creciendo, aplastándome contra la mesa, amenazándome con su inminente llegada. Me mete dos dedos, de golpe, sin avisar y son demasiado gruesos, demasiado largos, *demasiado perfectos*. Siento que me llenan y eso me hace albergar el futuro con deseo y algo de terror.

—Vuelve a gritar mi nombre así y tendrás problemas.

Quiero tenerlos, todos y cada uno de ellos. Palpito sin freno y me retuerzo como para romperme mientras él sale de mi centro justo para volver a meterme los dedos más adentro. Dilatándome sin darme otra alternativa que cabalgarlos.

Cada vez más rápido. Cada vez más profundo.

Succiona mi clítoris una vez más y lo que estalla en mi centro y se expande en todas direcciones no es legal, ni de este mundo, es un embrujo: la tentación del rey de la lujuria hecha realidad.

El orgasmo me cae encima como una tormenta fiera, sigue y sigue, y luego un poquito más y yo… yo había tenido orgasmos, pero no así. Ni siquiera sabía que mi cuerpo… *joder, qué odioso*. Entonces Luke, en mitad de mi apocalipsis, curva los dedos y mientras machaca mi punto G hace que me olvide hasta de mi nombre.

Pero no del suyo.

Lo gimo, lo grito, y lo hago mientras veo luces tras mis párpados. Mientras oigo ese sonido húmedo que compite con el latido de mi corazón. Me vuelvo dinamita en un charco de gasolina. Convulsiono sin entender el éxtasis. *Necesito analizarlo con tiempo*.

Es desbordante, puro y algo que penetra tan profundo como sus dedos. Cuando los espasmos cesan, me incorporo temblorosa y le beso con urgencia. La forma que tiene de pegarme a sí muestra que compartimos la misma fiebre y en plena vulnerabilidad, me sorprende. Una parte de mí sigue sin poder creerlo.

—¿Tienes preservativos? —pregunto, pero no contesta. O tal vez estoy demasiado ocupada tocando ese mar de músculos y tatuajes, esa erección que ruge por ser liberada, que apenas puedo pensar en nada más—. *Luke*. —Tiro de su cinturón y él da un paso atrás.

—Daisy no voy a acostarme contigo.

Tardo unos segundos en entender lo que significan esas palabras juntas. *Estoy súper desnuda, no me culpes*.

—¿A qué te refieres? ¿No acabas de…?

—Voy a follarte tanto como me permitas, pero hay una línea entre nosotros que debe seguir ahí. Una que *no* vamos a cruzar.

Se me contrae la parte baja del estómago por cómo me mira. Ese deseo no puede fingirse. Quiere cruzar esa línea y todas las que existan.

—¿Por qué te torturas? —vuelvo a separar las piernas y por loco que parezca, no me

muero de la vergüenza.

Parece estar luchando una guerra con muchos mundos distintos a la vez cuando hace una respiración profunda y su pecho gana un par de kilómetros. Se le marcan las venas de brazos y manos cuando aprieta los puños, provocándome escalofríos y que gotee por él.

—Lo que pase en el laboratorio no tiene por qué afectar a lo que pase aquí, Luke.

La amatista sube hasta mis ojos acompañada de la plata y me estremezco admitiéndome que jamás he visto una mirada así, tan limpia, tan real y vulnerable. Una que con tanta facilidad se vuelve propiedad del hielo y el hierro.

—Es una decisión tomada, nadie puede cambiarla —sentencia tajante, severo, casi como si estuviera hablando consigo mismo.

—Luke —me bajo de la mesa, pero retrocede en cuanto lo hago y no le alcanzo.

Aprovecha ahora que estoy desnuda y no puedo seguirle, lo cual demuestra lo perverso, vil y cruel que puede llegar a ser. *Y listo*. Cuando salgo de la biblioteca el recuerdo de sus labios sigue zumbando y vibrando por mi piel. Subo las escaleras y me doy cuenta que desconozco cuál es su dormitorio y que aquí fuera no hay nadie a quien pueda preguntar, ni lo habrá en horas.

Mierda.

Intento descifrar qué puerta podría ser por descarte, pero hay demasiadas, hay montones de giros y sé que no la voy a encontrar. Entonces veo a un Kían cuyo equilibrio ha sido remplazado por el alcohol, con el casco y los pantalones del uniforme, pero sin camiseta. *Tiene los abdominales de Thor y quiere que todos lo sepan*. Me doy la vuelta y camino en dirección contraria porque ya he tenido bastantes MacAlisters por hoy.

Oigo un ruido.

—Uy, el suelo se estaba acercando a mi cara —dice Kían frunciendo el ceño mientras hago todo lo que puedo por sujetarlo después del mayor sprint de mi vida—. Ey, Daisy, ¿estás bien? Casi te caes.

—Estoy genial, gracias. —Madre mía le arde el cuerpo y está borrachísimo, pero por algún motivo, resulta bastante adorable. ¿Indefenso?—. ¿Dónde está tu dormitorio?

—Mi dormitorio —sonríe, pero enseguida vuelve a fruncir el ceño—. ¿Qué haces en mi dormitorio?

—Estamos en el pasillo.

—Ah —mira a su alrededor—, pues es verdad. —Se carcajea, me suelta y se lanza hacia una de las puertas que se abre bajo su peso. El bombero se gira antes de dejarse caer, así que: de culo.

—Ay, dios. ¿Te has hecho daño, Kían? ¿Estás bien?

—Síii —ronronea como si le hubiera preguntado otra cosa—. ¿Te ha gustado la fiesta? Te dije que le caerías bien a todos. Oye, deberías sentarte, pareces inestable. Has bebido demasiado, ¿a que sí?

La madre que…

—Vamos que te has bebido hasta el agua de los jarrones, ¿no? —intento levantarlo. Recalco «intento». Gruño. Jadeo. Tiro con todas mis fuerzas—. Kían vas a tener que echarme una mano, pesas un millón de toneladas. *—Claro, su tríceps es como mi cuádriceps, ya me dirás.*

Kían-Lysander MacAlister deja de estar en el suelo, pero no es obra mía. El culpable

de que el mejor orgasmo de mi vida todavía siga sacudiéndome las células aparece de nuevo, levanta a su hermano del suelo con una maldición y lo lleva hasta la cama entrando en la habitación a oscuras. *Tengo que comprarme unos cuantos músculos de esos por internet. Creo que Amy sabe dónde.*

Al entrar en el dormitorio de Kían veo una secuencia de cuatro fotos colgadas en la pared, de un niño que debe tener unos tres años y que lleva puesto un casco de moto. *Me muero, pero si le va inmenso.* El chiquitín intenta quitárselo, pero acaba cayendo de culo en la cuarta foto, con los pies hacia arriba. El hombre a su lado que se parte de la risa es Ewan MacAlister y esta es con diferencia, la cosa más bonita que he visto en toda la casa.

—Ehhh, caraculo, ¡sabía que vendrías! Oye, ¿no tenías una cita con un tal Fred?

—Cállate, anda.

—Cállate, tú. ¿Y mi moto?

—Espero por tu bien que en el parque de bomberos. Si no, ya puedes despedirte de ella porque pienso tirarla por el primer acantilado que pille.

—La habríamos oído, ¿no? —susurro.

—Seguro que no —dice Luke en un tono que, acompañado de su mirada, me deja sin bragas, con el estómago contraído, la sangre caliente y la cara roja de vergüenza.

—Despídete tú de Daisy, voy a conquistarla —dice Kían mientras su hermano le saca las botas—. ¿Has visto mis hoyuelos? Soy irresistible.

—Que te calles.

El bombero suelta otra carcajada contagiosa. A una parte de mí le encanta ver así a Kían, a diferencia del resto del tiempo, no parece que sus bromas oculten cierto dolor o tristeza bajo la piel, en estos momentos está libre de toda preocupación. Supongo que por eso Luke también acaba riéndose. Y yo mordiéndome el labio, babeando por el mayor de los MacAlister.

—¿Te acuerdas, Luke?

—Mete la puta cabeza, tío —le dice zarandeando la camiseta que lleva dos minutos intentando ponerle.

—¿Pero te acuerdas? De cuando yo tenía siete y tu diez. —Le agarra del antebrazo—. Cuando te tiraste a un lago helado para salvarme la vida.

—Eso fue hace mil años, ¿a qué viene ahora? —Se yergue sobre su espalda, solemne.

—No se me borra de la cabeza. Apenas tuve tiempo de temer por mi vida, así de rápido reaccionaste. Te tiraste a por mí, me sacaste del agua y acabamos en la nieve. Entonces ya te admiraba un huevo, pero aquel día supe que iba a pasarme la vida intentando estar a tu altura, haciendo lo que fuera por merecerme llamarte hermano.

Le pone una mano en el pecho.

—No tienes que ganarte nada, capullo. Naciste con ese derecho.

—No lo entiendes.

—No, tú no lo entiendes. Eres un gran bombero y has salvado muchas más vidas que ningún MacAlister. Punto. Y yo también recuerdo bien aquel día, apenas habías tosido toda el agua y ya estabas intentando tranquilizar a Alex.

—Él solo tenía seis años, estaba asustado de cojones —se carcajea.

Sorbo mis emociones y Luke me mira. *Momento de irse.* Le espero fuera de la habitación intentando recomponerme de la infecciosa adicción MacAlister mientras me limpio las lágrimas. *No es por ellos, es que lloro con cualquier cosa.*

Las preguntas acerca de su pasado se me acumulan bajo la alfombra y voy a acabar escalándola con tal de cruzarla.

—¿Estás llorando?

Doy un bote cuando lo veo apoyado en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y una ceja alzada tipo si-eres-una-bomba-con-la-cuenta-atrás-a-cero-avísame-que-me-aparto.

—Para nada.

Ladea la cabeza y sonríe, no de forma torcida, ni arrogante, lo hace con una dulzura que me desmonta como un puzle. *Qué peligro. Yo tengo que salir de aquí, correr en dirección contraria. Emigrar a Marte, he oído que hay posibilidades*. De repente coge mi barbilla, la eleva lo bastante y me da un beso. Uno que empieza suave, con ternura y que escala con rapidez. En cosa de segundos su lengua juega en mi boca mientras el corazón se me estruja en el pecho.

Es una catástrofe.

—Tengo que ir a ver si Alex está bien —dice retrocediendo varios pasos, quien no se fía de sí mismo.

—Espera, tenemos que hablar de lo que has dicho. De esa línea. —*Me la quiero cargar*.

Oímos lo que parece un jarrón haciéndose pedazos en el piso de abajo.

—Vete a dormir, Daisy.

Me apoyo contra la pared y su cuerpo desparece entre las sombras.

—¿Dormir? Como si fuera a ser capaz de volver a cerrar los ojos alguna vez.

Los orgasmos que me caen encima esa noche llevan su nombre y huelen a él. No tengo fuerzas ni para reprochármelos. El porcentaje de los hombres con los que me he acostado que no han conseguido que me corra es alto. *Y él en medio segundo me ha regalado el mejor orgasmo de toda mi vida y luego lo ha elevado a la máxima potencia. ¿Cómo coño supero esto?*

Las cosas van de mal en peor. Me siento como en casa en el Ancla Oxidada, adoro a Keylah y a sus hijos casi tanto como los ratos que Alex y yo jugamos con Nate-Kale en el jardín de atrás. Si Kían sigue trayéndome café al laboratorio voy a acabar pidiéndole matrimonio y estoy bastante segura de que hace tiempo que quiero a Stef y Patty. Por si fuera poco, el proyecto no va mal en absoluto.

Todo eso, va a dificultar mis intenciones de cerrarle la puerta a mi enemigo (y a su mundo), del que sé que no puedo fiarme. El que cambia de parecer sin poner los intermitentes y me deja dolida, furiosa y confusa, porque ya ha sido amable conmigo antes y no puedo olvidarme de lo que pasó después.

Y si lo sé, no entiendo cómo a media mañana las cosas se me han ido *tanto* de las manos. No entiendo como si, le dejé clarísimo que no íbamos a volver a hacer nada, he acabado en esta situación…

Para empezar, Rosemary todavía está en el laboratorio de Luke. La mano de Sr. John MacAlister que, hasta hace un segundo descansaba en mi pierna, ha subido tan arriba como para comprobar si llevo o no llevo ropa interior. *No, no llevo*. Por eso gruñe y yo me río por lo bajo. *Chúpate eso, línea*. La risa se me corta de golpe cuando empieza a masajearme el clítoris en círculos que me dejan en un trance de delirio hasta que mi última neurona funcional consigue mover mi mano y obligarme a agarrar su muñeca marcada con cicatrices a las que ya me he acostumbrado.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunto gritando en susurros, con el eco de la conversación telefónica de Rosemary de fondo.

Está al principio de la sala, dándonos la espalda, mientras nosotros ocupamos una de las mesas de por en medio.

—Oigo cómo tu deseo gotea por mí —desvía la mirada hacia el punto exacto donde estaba su mano hace un instante y veo como sus mejillas ganan color.

Estoy demasiado cachonda como para pensar con claridad.

—N-no es verdad.

—¿Me das permiso para comprobarlo? —acaricia mi mano hasta que le suelto.

Me va el corazón a mil cuando abro las piernas para darle un mejor acceso. *¿Por qué lo hago?*

Antes de que me toque, mi cuerpo ya cosquillea con anticipación lujuriosa. Me muerdo el labio inferior con tal de que no se note, solo tiene que acercarse a la calidez de mi centro para saber lo que busca, pero él no se limita a eso, oh, no. Antes de que pueda frenarlo, me mete dos dedos obligándome a taparme la boca para no soltar un grito fiero.

—Vas a empaparme muy rápido, ¿a que sí?

Sí. Sobre todo si sigue hablándome así.

Acerca su taburete al mío, pero Rosemary sigue hablando, apoyada en una de las mesas del principio de la sala, ajena al hecho de que mis caderas empiezan a moverse solas. Palpito con fuerza, no deja de metérmelos. Luke empuja un tirante más allá de mi hombro, haciendo que la tela fluida del vestido provoque que el otro caiga, dejando mis pechos al descubierto. Me quedo sin oxígeno en los pulmones.

—No los toques —pide cuando intento recuperar el tirante, acto seguido me coge un pecho y lo amasa como si le fuera la vida en ello, obligándome a ceder a todos mis instintos primarios que gritan con deseo carnal.

Empiezo a sacudirme, palpito cada vez más rápido. Sus dedos resbalan con mi miel cada vez con más rapidez, más adentro, la sensación es liberadora y a su vez, el placer me domina y me arrolla con fuerza bruta.

—*Luke*, estoy a punto.

—Ya lo sé.

Si es así, no sé por qué se esmera con todo lo que tiene, por qué parece querer meterse tan dentro de mí como sea posible. Se inclina y me lame un pecho, se lo mete en la boca y no puedo más. Me masturba hasta las neuronas, mi cuerpo deja de pertenecerme.

Me tapa la boca justo antes de que sea tarde y yo hago lo que puedo por contener el grito del orgasmo. La adrenalina que corre por mis venas estalla en fuegos artificiales que vibran y se sacuden tanto como yo.

No es solo excitación. Es un alud de fuego que todo lo puede.

Me gana el pulso. Otra vez. Me mira el cuerpo admirando el desastre que ha hecho de mí, maravillándose con su obra. Me subo un tirante y tardo más con el otro porque sigue teniendo escrito en la cara que quiere metérselos en la boca.

Me mata, al final me mata. Lo logro y solo entonces saca sus dedos de mi centro, llevándolos hasta sus labios, limpiándolos sin apartar la mirada ni dejar de contraerme el estómago. Me dispongo a devolverle el favor, pero no me permite alcanzar la inmensa erección de sus pantalones. Su mirada asegura saber algo que yo no y unos segundos

después me doy cuenta de que ahora somos tres en la conversación.

—MacAlister, ¿podrías venir un segundo para la videollamada con…?

—¡Rosemary! —me levanto de golpe, todavía temblando y sin oxígeno.

—Qué susto, Daisy, ¿por qué me gritas con esa voz estridente?

—¡Tienes más experiencia que ninguno en cuanto a gérmenes bio-gamma y todavía no has mirado las muestras! ¡¿Acaso quieres que perdamos el tiempo?!

Sé la razón por la que Luke ladea la cabeza hacia el final de la sala y puede reírse de mí lo que quiera, pero mi táctica funciona y le compra los minutos suficientes como para que pueda levantarse sin delatarnos.

Teniendo en cuenta que apenas me llega sangre al cerebro, alguien debería darme un premio. Ay, dios mío, ¿en qué lío me estoy metiendo?

CHAT GPT (Jonathan)

ChatGPT: ¡Entiendo tu problema, Daisy! Suena terrible y es normal que estés afectada. ¿Tienes alguna manera de convertir sus debilidades en tus fortalezas?

Daisy: No tiene debilidades, Jonathan. El talón de Aquiles hecho ser humano soy yo, él es Superman masticando chicle de Kriptonita.

ChatGPT: Entonces huir es la única opción.

14

John-Luke



No sé cuántas veces he pactado con ella (bajo coacción) que no íbamos a volver a hacer nada relacionado con correrse o tener orgasmos mientras «la línea» se mantuviera intacta, pero digamos que llevo unos cuantos días convirtiéndola en una buena mentirosa.

Lo mejor de todo esto es que no para de tener ideas geniales relacionadas con el proyecto, lo peor es que mi ventana de pensamientos no-relacionados con Daisy Dooren es cada vez más pequeña. *Me resultaría más fácil no pensar en ello cada segundo si no fuera tan impactante verla cuando se corre, si su cuerpo no fuera mi puto templo en el que confesarme, si su personalidad no fuera tan absoluta y condenadamente…*

—¿Me has oído?

Ladeo la cabeza hacia ella y está ahí, observándome, con su vestido amarillo y su diadema llena de flores. *Decido justo entonces que esa diadema es lo único que quiero que tenga puesto al final del día.*

—No, pero creo recordar que hace cinco minutos me has pedido que no te distrajera.

—Ya, pero es que acabo de caer en que tenemos buena parte de la mañana para nosotros y que deberíamos ponernos con lo de meter los dedos en los enchufes y todo eso.

—Tú no vas a meter los dedos en ningún sitio —paladeo cómo se sonroja mientras cierro la libreta azul que nunca debe leer y preparo el material.

La idea del proyecto se basa en lo siguiente. Cuando ya sabemos que alguien está enfermo de algo incurable, *lo cual es una puta mierda,* resulta todavía peor que los medicamentos no eliminen por completo el dolor concreto que la enfermedad produce al paciente o que dichos medicamentos acaben jodiendo órganos que estaban bien… lo cual es un desastre de cojones.

Así que nosotros, meros biotecnólogos esperanzados, tenemos una idea: abrir la placa base, toquetear un par de cables aquí y allá, y a disfrutar. Pero para meter mano al material genético del paciente y no cagarla, primero debíamos hacer muchos cálculos. La parte positiva es que esa fase ha finalizado con muy buenos resultados. La parte negativa es que eso no significa mucho y que ahora tenemos que empezar a probarlo a una escala más real y práctica.

Dejo el mar de cables sobre la mesa sintiendo un regusto amargo en el paladar.

—¿Puedes no ser intransigente un minuto? —pregunta.

—Solo me he ofrecido a ponerme los electrodos a mí primero. —Me pego el último.

—No, te los has puesto directamente —me señala—. Tú tienes una manera muy curiosa de odiarme, ¿lo sabías?

—Yo… —exhalo—. Yo no te odio, Daisy.

—Debería empezar yo —dice haciendo oídos sordos, mirando el set de descargas como si fuera un arsenal de tortura.

—¿Tú? ¿La que lleva trabajando medio minuto en este laboratorio?

—Sé lo que intentas. —El vestido de hoy no es muy largo y dado que nunca se abotona la inmensa bata blanca, digamos que llevo un rato obsesionándome con sus piernas.

¿Por qué brillan? ¿Y por qué huele tan bien? ¿Y por qué siento que mis dedos son inútiles a menos que estén haciendo que se corra en ellos? No sé cómo voy a salir vivo de esto. *Masturbándome ciento quince veces mañana, tarde y noche, supongo.*

—Antes de tocar nada necesitas aprender de qué va esto —sentencio—. Tú acabas de llegar a este proyecto, pero yo llevo en esto siete años. Empiezo yo.

—¿Intentas tocarme las narices o hacerme un favor?

No contesto.

El prototipo está listo, así que lo que toca después de ponerme todos los adhesivos y cables de descarga, es colocar el microchip que hemos creado en un punto del cuerpo donde los nervios sean sensibles (por ejemplo, la muñeca), hacer pruebas activándolo y desactivándolo según queramos, bloqueando las descargas o permitiendo que el sujeto las sienta. Si funciona tendremos que replicar el efecto del microchip en el ADN y *voilà*.

—¿Duele?

—No más de lo que lo hacía hace un minuto y medio.

—¿Quieres…? ¿Quieres que le dé otra vez?

—¿Por qué me lo preguntas? Sabes que tenemos que hacer diez pruebas con cada plantilla —miro la pantalla del ordenador—, solo hemos hecho cuatro del segundo bloque.

—Ya he aprendido bastante, cambiemos.

—Todavía no.

—Pero, Luke.

—Espabila, Daisy.

Chista la lengua, cierra un ojo y con la punta de su índice tembloroso, pulsa otra vez el botón. Siete agujas distintas vibran por mi cuerpo con un zumbido que me sacude y me contrae sin permiso. El destello de energía quema y duele, pero es lo que tiene que pasar. Empiezan a temblarme las manos al llegar al cuarto bloque.

—¡Luke!

—Sigue.

Me quita los cuatro que me había puesto en el brazo de un solo tirón.

—Ni hablar. No sé qué problema tienes, pero esto no es solo cosa tuya, sino de ambos —se coloca uno en la pierna, otro en el brazo, en el pecho. Me los quita todos y se los pone—. Esto no me asusta, ¿sabes? He tenido dolores de regla tan fuertes que te harían llorar como un crío. Y somos un equipo, para lo bueno y para lo malo. Ayúdame con los adhesivos que faltan.

—Hazlo tú sola —me levanto y le doy la espalda, metiendo puto oxígeno en mis pulmones como bien puedo, haciéndome a la idea de que no está en mi mano impedírselo—. ¿Sabes? Ya tenemos suficientes pruebas, han salido todas bien, deberíamos bajar y comer algo. Hacer una pausa.

—No —dice rotunda extendiendo la mano hacia mí—. Dame el microchip.

Se me revuelve todo. *Joder.*

—Si caminas más despacio se nos hará de noche —insiste, me lo quito de la muñeca y lo pongo en su palma. Ella misma se lo coloca. Las pruebas consisten en encenderlo y

apagarlo para bloquear o sentir las descargas, según toque, ¿no? Vale, pues juro que ver cómo lo apaga antes de empezar me llena de ácido el estómago—. Va, disfruta de tu premio.

—Hemos hecho más de la mitad, sabemos que funciona.

—¿Tan débil te crees que soy? —estrecha la mirada.

—No, pero yo sí —murmuro mirando el puto botón de mierda. Alzo la vista—. Podemos parar cuando decidas.

Asiente y seguimos con el experimento.

No se queja ni una sola vez, pero ver como se contrae y saber que está sintiendo lo que yo me dan ganas de morirme, de tirar todo por la puta ventana, de dejar de ser científico y de compensarle todo esto de alguna forma.

—¿Ves? —pregunta cuando terminamos y le arranco los electrodos del cuerpo—. No ha sido para tanto. —Se pone en pie, pero se tambalea y tengo el tiempo justo de cogerla antes de que se desplome.

La forma en que su cuerpo cede bajo mis manos con una vulnerabilidad que no merezco sigue poniéndomela de puto cemento.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. He hecho menos de la mitad que tú, no necesito…

—Deja de hacer una competición de todo. —La dejo sobre una de las mesas y enmudece mirando las manos que no soy capaz de quitarle de encima.

—Luke…

—No lo digas —*sea lo que sea, oírlo será una tortura*.

—Esa línea de la que me hablaste… ¿qué significa exactamente?

—Joder, Daisy. Significa que tú no puedes tocarme —subo por sus curvas—, y yo haré todo lo que tú me pidas.

—No me parece un trato equitativo.

A mi erección tampoco le encanta la idea, pero es lo que hay. Se le curva la espalda cuando trepo hasta la curva de sus pechos, me inclino rozo sus pezones y los pellizco con los labios a través de la tela.

—Puedo obligarte a pensar solo en ti, Daze. ¿Quieres que lo haga?

Atrae mi boca hacia sí y abre las piernas con tal de dejarle espacio a mi cuerpo. No contaba con que las mesas tendrían la altura perfecta para torturarme, ni con que la calidez irradiando de su coño perfecto chocaría contra mi polla antes de frotarse contra ella, generando la fricción necesaria para que hasta mis huevos se contraigan, pero así están las cosas. La agarro del culo presionándola contra mí y el placer es desmedido, irracional, del todo ilógico.

—Quiero convertirte en mi comida, Dooren.

Su gemido en «sí» es aún más fuerte esta vez, animal, revelador.

Prometo que voy a separarme, pero me regalo un segundo más hundiéndome en su cuello, lamiendo, inhalando toda su esencia mientras Daisy me rodea la cintura con las piernas permitiéndome un mejor acceso al tiempo que succiona mi fuerza de voluntad.

—Dime, Luke, ¿esto va contra tus normas? —pregunta antes de mecerse un poco más.

Me imagino liberando mi erección.

Dándole buenas razones para gemir como lo hace.

Me veo hundiéndome en ese coño prieto que se ha corrido suficientes veces en mis

dedos como para dejarme claro que mi polla no tendría espacio. Pero joder, me encantaría comprobarlo. Sentirla cernirse sobre mí, palpitando, en un mar de magma.

—Haz eso —echa la cabeza hacia atrás y gime de nuevo—. Haz lo que acabas de pensar.

—Eso no va a pasar —gruño, pero lo cierto es que ya no estoy tan seguro.

Se le ha subido el vestido y ahora solo veo encaje. La puerta del laboratorio ni siquiera está cerrada del todo, esto es un error y si lo sé no entiendo por qué me cuelo en su boca, le separo los labios tanto como es posible, y me la como hasta que tiembla. Hasta que siento cómo la humedad empieza a deslizarse por su muslo y siento que fácilmente podría perder el norte si me desabrocho el pantalón y hago que se frote contra…

—¿Vas a correrte conmigo, Luke?

No esperaba la vulnerabilidad con la que lo dice. La cruda necesidad de una respuesta afirmativa me vuelve un puto débil a su merced.

—¿Es eso lo que quieres?

Las llamas descontroladas de su iris turquesa son salvajes e hipnóticas cuando asiente. Un tintineo después, nos consigo un mejor acceso y le arranco hasta la última gota de oxígeno tras el primer contacto. La ropa interior de ambos es una barrera muy fina y humedecida, y en estos momentos acabo de encontrar la pasión de mi vida.

Nuestros movimientos se vuelven desesperados cuando la perseverancia del roce vertical de mi polla contra su clítoris empieza a dar sus irremediables frutos. El beso es sucio, pasional, un intento de marcar territorio hasta que me salgo de su boca y succiono la parte alta de su cuello conquistando algún punto cercano a su oreja.

Soy consciente de que es todo cuanto había imaginado. Soy consciente del puto problema que eso implica. ¿Pero me detengo? No. Porque no soy capaz. Cada vez me resulta más difícil ignorar mis deseos y negarle lo que sea que quiera de mí.

—*Luke… Luke…*

La acerco hasta el borde de la mesa para darle un ángulo distinto a la forma en la que se mece contra mi erección. Mi intención es contenerla, tensar el hilo hasta el límite y, solo cuando esté a punto de perder el sentido, darle lo que desea. *Necesitaré horas.* Pero no me las concede. Arquea la espalda aferrándose a mis hombros, mordiéndose el labio para reprimir el estallido, pero cuando el clímax la sacude no puede parar. Se corre con violencia y lo hace en *mis* brazos.

Su miel cálida me empapa mientras su coño palpita sin control empujándome al interior de un volcán en erupción. Es más de lo que puedo soportar. Me aferro a sus curvas mientras el placer me cambia, me destroza y me quita todo poder de las manos. Daisy me presiona contra sí con la fuerza del mismo huracán que me ha ganado la partida, manteniéndome cerca, por mucho que me sorprenda.

Busco su boca mientras los últimos latigazos de mi orgasmo me torturan.

—¿Cómo lo haces? —jadea—. Casi me desmayo.

Es tan preciosa que no puedo evitar odiarme a mí mismo. *Dibujé una línea por ella y acabamos de correrno*s *en el puto borde.*

—Qué desperdicio de arquitectura —dice una voz femenina a mi espalda, a la mañana siguiente—. La casa más lujosa y deseada de Saltwater, y nadie la usa desde hace siglos, es…

—Keylah tengo trabajo —la interrumpo igual que ella ha interrumpido mi camino a la

escalera.

Se ha auto-invitado a desayunar lo cual no es un problema, pero su incesante charla sí lo es.

—¿Quitando telarañas? En serio, ¿para qué entrenas tanto si no es para desnudarte delante de alguien que babee por ti?

—Keylah, ¿me meto yo en tus asuntos?

—Creía que tenía ciertos privilegios por haber sido tu primer amor.

—Pues no los tienes. ¿Algo más? Tengo que subir al laboratorio, Daisy llegará de un momento a otro. —Teniendo en cuenta que no ha bajado a desayunar, fijo que se le han pegado las sábanas.

—Halloween está a la vuelta de la esquina y quería saber si…

—Tu marido cobra una buena pasta, ¿por qué sigues insistiendo en que pague yo los disfraces de tus hijos?

—Porque el padrino de cuatro cuartos de mi legado debe comprar su amor ahora que son sobornables, lo ponía en el contrato, ¿no te lo leíste?

Resoplo porque es ingeniosa cuando quiere.

—¿De qué son este año?

—Ya sabes, Calíope de alguna princesa, Hileya de algo monstruoso que dé mucho asco, Bennett de algún tío muerto que haya hecho historia y Aquiles de superhéroe. Ya están encargados en la boutique de Earl, solo tienes que ir y soltar la pasta.

—Bien, me pasaré en cuanto pueda.

—No, en cuanto puedas no, hoy.

—En cuanto pueda.

—La felicidad de mis hijos está en tus manos de necio, ¿es que no te das cuenta? ¿Acabas de hacerme una foto?

—Tendré que enseñarles algo a mis empleados cuando les diga «no la dejéis entrar aquí nunca más».

—Sé que en el fondo me adoras —se inclina y me planta un beso sonoro en la mejilla, uno que, con toda seguridad, me ha dejado una marca roja que no voy a poder limpiarme fácilmente—. Que tengas un buen día, ¡ah y comparte el pastel de frambuesa con Didi! Es un tesoro que tampoco te mereces.

Alguien ha dejado en mi mesa una revista científica, abierta por una página cualquiera. La letra del pósit con el «esto te interesa» es de Alex, sin duda. Estoy a punto de llamarle para preguntar cuando veo a qué se refiere exactamente.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

En memoria de Ewan MacAlister

«Cuya dedicación ayudó a abrir puertas y romper esquemas en áreas clave del conocimiento», Alison Zanderkhän.

«Su legado vive en sus innovaciones y en todos aquellos que tuvieron el honor de conocerle y trabajar con él. Incluso ahora, siete años después, sigue siendo un guía para futuras generaciones de biotecnólogos», Erik Smith.

«Gracias, señor MacAlister, por recordarnos que la curiosidad y la integridad son los pilares del verdadero avance», Hannah Stokan.

Descuelgo el teléfono sin apartar la revista, con la mano blanca de tanto apretar y la vista fija en el nombre de mi padre.

—¿Quién ha sido?

—Llamé a la revista y adivina qué. La petición fue hecha hace semanas por una tal Daisy Dooren, quien se puso en contacto con antiguos alumnos que trabajaron puntualmente con papá. ¿Te lo puedes creer? Por favor, abraza a esa preciosidad mientras yo estoy en Portugal. En cuanto vuelva del casting pienso montarle una fiesta.

—Vale, gracias, Alex. —Cuelgo y me quedo un buen rato mirando a la nada.

Ese día Daisy llega tarde al laboratorio, casi al tiempo que Rosemary. Decir que está esquiva y callada sería quedarse corto. Espero a que nos quedamos solos para invadir su espacio.

—¿Todo bien? —pregunto cuando una placa Petri parece querer quitarme el puesto de peor enemigo.

—Sí, perfecto —baja el tono—, en cuanto coloque esto en su sitio o me lo cargue.

—¿No tenías datos que enseñarme? Acerca del software, lo has dicho antes.

—¿Y tú no tenías una tarta de frambuesas que compartir conmigo? —sus dedos se congelan a media faena, pero ya es tarde.

Esas palabras no encienden una hoguera en mi corazón, sino que convierten a mi corazón en la puta hoguera. Ni siquiera puedo contener la sonrisa. Camino despacio hasta ella, que se ha convertido en una fotografía.

—¿De eso va toda esta frialdad?

—¿De qué estás hablando? ¿Frialdad? ¿Ahora tienes alucinaciones? Pfff, lo que le faltaba a tu maravilloso carácter.

Le doy la vuelta obligándola a dejar lo que tiene entre manos, le alzo la barbilla y acaricio su labio inferior con mi pulgar.

—Nos has oído.

—No soy ninguna cotilla, si es eso lo que insinúas. Estaba medio *zombie* bajando las escaleras, ha sido casualidad.

—¿Estás celosa de Keylah, Daze?

—No, la adoro. —Me mira la mejilla, esa que seguro que aún sigue manchada de rojo —. Es encantadora y divertida, y encima cocina de infarto, y tiene una familia maravillosa.

—¿Pero?

Se encoge de hombros así que acaricio su mandíbula, rozo sus labios con los míos ignorando el rugido de mi polla y el hambre voraz que va a acabar consumiéndome el puto alma.

—Ella no tuvo una línea —admite en un susurro.

—*Joder,* Daze. —*No sabe el puto lugar en el que está y es culpa mía*.

—Aunque no es que me importe. Tampoco sé si lo que decía era *todo* cierto.

Estoy a punto de hacer una barbaridad como decirle que sí, que lo es, cuando el teléfono de mi mesa suena y rompe el momento. Descuelgo sin apenas dejar de mirarla.

—¿Qué?

—El capullo de Braxton está tocándole las narices a Kían otra vez —sentencia Creed

al otro lado de la línea.

Me froto la cara.

—¿Qué coño le pasa a ese imbécil ahora?

—Imagínate: hay un edificio en llamas y un hombre asomado a la ventana, con una pistola apuntando a la cabeza de su mujer maltratada —explica mientras yo observo a Daisy guardar el material—. El pedazo de escoria humana amenaza con matarla si la policía no despeja la zona, entonces, ¡boom! Llegan los bomberos de Saltwater a Georgeville. Han acudido para ayudar a apagar el fuego porque el viento no es favorable y mil cosas más de las que no tengo ni puta idea porque no soy bombero, pero la cuestión es que al llegar a la escena, los coches policiales bloquean el acceso y no permiten que el camión se acerque y haga lo suyo. Los bomberos les piden ayuda, pero algunos agentes se ponen en plan «nuestro trabajo es más importante que el vuestro». ¿Qué se le ocurre a Kían-Lysander MacAlister? Subirse a un puñado de coches policiales y apartarlos él mismo. Salvan el edificio y de hecho, de un manguerazo dejan KO al maltratador, ¿pero quién cobra? El bombero que se ha saltado un puñado de normas por las prisas, claro que sí. Puta burocracia de mierda.

—¿Has hablado con nuestros abogados? ¿Con Julius y el resto?

—Estoy en ello, pero ya sabes que esto no es moco de pavo, el departamento de bomberos es un universo aparte del mundo real y ya sabes lo toca huevos que es Braxton cuando molestan a algunos de los polis amigos suyos.

—Señorita Dooren, ha llegado una carta para usted —dice Mhílena entrando en el laboratorio.

—¿Para mí? Muchas gracias. —Se le ilumina el rostro y dudo qué persona del siglo veintiuno sigue enviando y recibiendo cartas, y sobre todo: quién se pone tan contenta por algo tan sencillo.

—Tío, ¿me estás escuchando?

—Perdona, Creed. ¿Qué hay del jefe directo de Kían, Hayden?

—Está hecho un basilisco, ya sabes lo que le jode que toquen a uno de sus bomberos. Será mejor que le llames.

Antes de poder contestar un grito agudo me revienta los tímpanos.

—¡¡Oh, Dios míooo!! —salta, grita, zarandea la carta, parece estar a punto de explotar.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Creed—. ¿Esa es Daisy?

—Le llamaré enseguida, Creed, infórmame de cualquier novedad. —Cuelgo y me acerco a ella—. ¿Qué ocurre? ¿A qué vienen los gritos?

—¡Lexi está embarazada! ¡Lexi está embarazada! —Salta a mis brazos, sus ojos brillan con lágrimas de alegría—. ¡No me lo puedo creer! Después de tanto tiempo, de todas esas dudas, ¡lo han conseguido! La paciencia y el amor verdadero tienen su propia manera de abrirse camino, Nina lo dijo. Dios, qué lista es. Tengo que irme, ¡Nina y Amy estarán al llegar!

—Espera, echa el freno —la cojo de la mano y tiro de ella para que me mire—. ¿Ir a dónde?

—¡A Acorn Hill! Mi hermana me necesita, ¡las tres! Tendremos mucho que planear, Lexi nunca ha sido madre, y esta es la primera vez que Nina es tía, lo cual también debe ser un shock, y Amy seguro que consigue infundir algo de… —deja de hablar cuando la beso.

Lo mío me cuesta limitarme a entrar y salir de su boca.

—¿Te calmas?

—Sí, gra-gracias —musita roja, ojiplática y con los labios aún entreabiertos, luego se da la vuelta y se va.

Ni siquiera se da cuenta de que la sigo.

Entro en su dormitorio paladeando el aroma a verano, a crema solar, a naturaleza, totalmente ajeno a las nubes constantes de Saltwater.

—Eh, no puedes entrar aquí sin invitación —le alzo una ceja y me sonríe ampliamente—, bueno, vale, pero solo por hoy. ¡Voy a ser tía de nuevo! ¡Tía^2!

Me muerdo las ganas de empotrarla, pero me lo está poniendo difícil. Su energía es una ola que va a acabar arrastrándome y si eso pasa los dos lo lamentaremos.

—Entonces —carraspeo—, una de tus hermanas está embarazada. ¿Es aquella de la que me hablaste, verdad?

—Sí, lo es. Llevaban un año intentándolo y por fin lo han conseguido. Dios, es como si mi corazón pudiera exhalar todo el aire contenido durante estos doce meses. Va a ser un niño precioso. O una mini-Lexi impresionante. ¿Por qué me miras así?

—Por nada. ¿Os escribís cartas en papel teniendo teléfono móvil? —se la quito de las manos—. ¿Por qué?

—Por muchas razones. —La recupera.

—Dime una. —Cojo su muñeca.

—No es asunto tuyo.

Sonrío y me cruzo de brazos apoyándome contra su armario.

—Así que esas razones son una gran chorrada, ¿eh?

—No lo son, ¿te enteras? Son la base y el fundamento de nuestra estrecha, especial y maravillosísima relación. Insulta otra vez nuestras cartas y te pateo el… —respiro su esencia cuando pasa por mi lado y debo ser muy obvio porque sus pies se frenan y me musita—: …lo que sea.

«Las Daughbeth unidas…» leo en la carta. *Empiezo a entender su insistencia por no quitarse el medallón.* Me siento en la cama. Esta es la habitación más pequeña que cuenta con terraza de toda la mansión y si no fuera por ese detalle, sería una caja de cerillas.

—¿Querrías cambiarte de habitación? Hay muchas libres que son más grandes que esta.

—¿Qué? No, me encanta. —Vuelve a lo suyo, un tanto sorprendida.

Carraspeo.

—¿Si sois hermanastras quiere decir que…?

—Somos hijas de la misma mujer, pero cada una de un padre diferente. Atrévete a juzgar a mi madre y…

—¿Por qué iba a juzgarla? Te hizo a ti. —*Hostia puta.* Últimamente las palabras se escapan de mi boca sin permiso—. Quiero decir que ya ha sufrido bastante la pobre mujer.

—Empezó como una superstición —dice dándome la espalda y sacando vestidos de su diminuto armario.

—¿Cómo dices?

Se detiene y se gira hacia mí.

—Las cartas. Las cuatro vivíamos con nuestra madre, lo que significaba que nuestros

padres no estaban en el castillo con nosotras.

—¿Has dicho *castillo*?

—Las preguntas al final —me reprende—. Al principio nos visitaban bastante, luego la cosa cambió y pasaron a llamar mucho, pero a medida que crecimos esas llamadas se hicieron cada vez menos frecuentes. Cuatro casos diferentes, cuatro niñas con cuatro padres distintos que acabaron exactamente igual. Coger el móvil y marcar un número es fácil y eso te hace darlo por sentado. «Puedo llamar en cualquier momento, lo haré luego». —Exhala de golpe y sus ojos brillan con emoción—. Cuando Nina, la mayor de las cuatro, tuvo que irse a la universidad hicimos un pacto: nos prometimos que no seríamos como ellos. Lo juramos. Pero no valía con eso, las palabras no pesan como las acciones. —Sorbe y su nariz se enrojece—. Prometimos que no llamaríamos ni una sola vez, que por muy difícil que fuera, solo nos escribiríamos. Que las cartas serían un recordatorio físico de nuestra promesa de que, pasara lo que pasara, volveríamos a estar las cuatro juntas. Es bastante complicado dejarlo todo en pausa para volar a otro estado siendo mujeres adultas con trabajo, sí, pero lo muchísimo que nos echamos de menos es el último empujón que necesitamos. Nunca hemos roto nuestra promesa y por eso siguen existiendo las cartas. Te parecerá una tontería.

—No me parece una tontería —le aparto una lágrima—, me parece increíble que cuatro adolescentes llegaran a esa conclusión solas y fueran lo bastante disciplinadas como para no romper la promesa desde entonces. —*Demuestra que el amor que las une es más fuerte que cualquier otra cosa*.

—Esas cartas lo son todo para mí, igual que ellas. Son mi tesoro. Las Daughbeth son todo lo que tengo.

Presiono mis labios contra su frente, la rodeo con mis brazos y solo entonces deja de aferrarse a mi camisa. Dudo que se haya dado cuenta siquiera del gesto.

—Gracias por contármelo.

—Tendrás que guardarme el secreto, no es algo que sepa mucha gente —dice, su voz sonando amortiguada al estar hundida en el abrazo y cinco octavas más vulnerable.

Mírate, asustada por cómo tu verdad pueda cambiar nuestra extraña relación. La suelto de un brazo.

—¿Qué haces con el móvil?

—Buscarte un vuelo.

—¡¿Qué?!

—Termina la maleta —le doy un empujoncito—. ¿Acorn Hill se escribe junto? ¿Y dónde está? Ahhh, Michigan. Ni siquiera está tan lejos.

—Luke… no sé qué decir, yo…

—Eh, tienes cuatro horas de avión por delante, si quieres llegar hoy, más te vale no entretenerte.

Sonríe de nuevo y como un gilipollas, no aparto la mirada y le sonrío también. Promete volver mañana antes de que Rosemary llegue y le hago saber que si no cumple su palabra se quedará fuera del proyecto. No me cree. Qué raro.

Vuelvo del aeropuerto, compro papel de carta y sobres, y los dejo sobre su escritorio de gnomo. Al llegar al despacho, lo primero que hago es llamar a Hayden.

Cuando trabajar en el laboratorio me parece la peor manera de pasar mi noche, salgo a ver a Stapleton.

15

Daisy



El taxi atraviesa el campo de girasoles y es oficial, ¡¡estoy en Acorn Hill!! Tengo su carta en la mano pegada al pecho, los ojos llorosos y el corazón en un puño. *Está de tres meses, no había incluido el detalle en ninguna carta por miedo a que saliera mal. Pfff, yo la mato. La pega es que tendré que esperar seis meses para hacerlo.*

Me centro en el paisaje. Me ayuda a dejar de repasar *todas* sus reacciones, la preocupación brillando en el púrpura metalizado, luego su asombrosa comprensión, ese maldito beso que ni siquiera estoy segura de si pasó de verdad.

El taxi llega a la casa de los Diago. Aún no he salido del taxi cuando Kitty, Hotdog, Feroz y Bravo corren hasta mí. No me avergüenza admitir que ya añoro a Zelle y sus cachorros. Salgo a recibirlos, me agacho repartiendo mimos y caricias, recibiendo lametones por todas partes. Kitty se sube a mi regazo y me obligo a no mostrar favoritismos, pero me derrito por esa galgo.

—¿Una tiene que ser un saco de pulgas para que la abracen?

—Eres una tardona, Dooren.

La puerta de la casa está abierta, Nina y Amy se apoyan a cada lado del marco de la puerta.

—Eh, ¡vosotras vivís más cerca! —me quejo con el corazón ilusionado, saliendo como puedo de nuestros amigos peludos.

Lexi llega a la puerta y mis pasos se detienen en seco, se me inundan los ojos de lágrimas.

—¿Qué hay, cervatillo? —sonríe de oreja a oreja.

Corro hasta ella, la rodeo con los brazos y la levanto del suelo.

—Sabía que lo conseguiríais.

—Pues yo no —Lexi se ríe entre sollozos devolviéndome el apretón

Nina y Amy se unen al abrazo grupal apretujándonos y entrando en el hogar de los Diago.

Un sofá, palomitas y bebidas, es lo único que necesitan las Daughbeth para ponerse al día. Aunque esta vez nos ponemos las coronas brillantes de «embarazada» y «futura tía», y también inflamos algunos globos. *Lo que pude comprar en el aeropuerto, que es lo mismo que compraron las otras dos.*

Lo que no sé es cómo ha pasado: estábamos hablando de lo mono que sería vestir a su futuro hijo o hija de agente de la ley cuando John-Luke ha salido en la conversación y han acabado sabiéndolo todo lo que ha pasado en esa mansión, incluso lo de Zelle. *Todo.*

—¿Tiene un jardín lleno de margaritas? —repite Nina con las piernas de la embarazada sobre el regazo.

—Sí —frunzo el ceño sorbiendo de mi margarita—, ¿por?

—Nada, por nada —desvía la mirada—. Es solo que a veces las flores señalan el

camino. Si no mira a Lex, jamás había pisado Acorn Hill, pero sus girasoles predilectos ya le estaban diciendo que este era su sitio. Y la villa que alquilé en su día estaba llena de rosas, mi flor favorita. ¿Qué casualidad, no?

—Casualidad no, tontería. Eso no tiene nada que ver —señalo a Amy disimulando el temblor de mi mano como puedo—, miradla a ella, con Jay-Duncan no sucedió.

—¿No había lirios morados en la entrada de High River la última vez que fuimos? —duda Lexi.

—Sí, aunque técnicamente no estaban ahí cuando llegué.

—Pero llegaron sin que tú hicieras nada, ¿cierto?

—¿Qué eres ahora, detective? —pellizco a Nina, pero no evita que Amy responda.

—Cierto, Ms. Taylor. Muy cierto.

Las tres vuelven a mirarme.

—Pues esto es diferente, os puedo asegurar que ese lugar no es ni mi Mountville, ni mi Acorn Hill, ni mi High River. Me iré de Saltwater en cuanto termine el proyecto y volveré a Filadelfia. Así la próxima vez, no seré la última en llegar.

—Coge aire, que te vas a ahogar —Amy sonríe subiéndose al brazo del sofá.

—¿Puedes volver a contarnos como ese MacAlister al que odias tanto te ha pagado el billete a Acorn Hill?

—Nina…

—Yo prefiero que repita el momento de echársela al hombro y salvarla de una locura de tormenta peligrosísima —dice la de la corona más grande.

—Eh, ahora en serio, suficiente. Cualquiera sabe que no puedes colarte por tu enemigo. Es decir… Dificultó mi trabajo hasta hacerlo imposible, ¡hasta el punto que por poco me despiden! No sabemos hablar sin discutir y he tenido *muchas* fantasías convirtiéndolo en hormiga y aplastándolo con mi meñique. El odio es mutuo y bien asentado, no va a irse a ninguna parte.

—¿Por qué crees que él te odia a ti también? —pregunta Amy jugando con mi pelo.

—Fui un pelín insoportable cuando necesitaba que me cambiara de laboratorio y vi que ir de buenas no me serviría de nada.

Nina se tapa la cara para reír y el resto caen en dominó. No me gusta ni pizca las miraditas que se echan unas a otras tipo sabemos-algo-que-ella-no.

—Eh, hemos venido aquí a hablar de algo más importante, ¿o no? —alargo el brazo para dar dos toquecitos a su mini-barriga—. Pues eso, ¿ya habéis pensado posibles nombres?

Silencio. *Grillos*.

—¿Usando a mi futuro-legado-Daughbeth como excusa?

—Vete acostumbrando, *Rapunzel*. Por cierto, ¿dónde está Levi-Ryan?

—Trabajando con Kadmus en algo de vida o muerte, como de costumbre. Es la segunda cosa que más le gusta del mundo, después de su mujer —responde Amy tirando del escote de mi vestido—. Hablando de trabajar, ¿sueles llevar *esto* al laboratorio? No me extraña que quiera hacerte cosas todo el tiempo.

Santo manotazo el que se lleva. Por poco se cae de morros.

—Y estás muy bien maquillada, sutil, pero preciosa —Nina acerca sus ojazos a mi cara.

—Qué va, si estoy como siempre. —El segundo pack de miraditas compartidas, viene con el veinte por ciento de descuento—. A ver, ¿qué pasa?

—«Es solo sexo» —dice Nina.

—«Solo estamos jugando a las casitas» —sigue Lexi.

—«No siento nada por él» —dice Amy.

—Cada una de nosotras tuvo una excusa diferente, pero el resultado fue el mismo para las tres —dice Lexi, y acto seguido alzan las manos y me enseñan sus anillos.

—Yo no tengo ninguna excusa.

—«No puedes colarte por tu enemigo» —dicen al unísono.

—¿Qué sois, las gemelas de El Resplandor versión trillizas? ¿A qué narices viene tanta sincronización?

—Lo has dicho mil veces desde que has llegado —concluye Lexi antes de darle un sorbo a su zumo—. ¿Sabéis? Deberíamos ir a Saltwater con ella. ¿Quién está conmigo?

Estoy a punto de estrangularlas una a una cuando deciden darme espacio y cambiar de tema y localización: momento de ir a la piscina (porque el cambio climático está haciendo de las suyas). *Porque ellas plantan la semilla del caos y esperan a que todo explote*. No puedo recriminarles nada porque yo hice lo mismo en su momento. Aunque esto es diferente, esta no es mi historia de amor.

«Úsame» dice su voz en mi cabeza cuando ya con el bikini, paso junto varias librerías repletas hasta los topes. *Me va a costar quitarle la connotación lujuriosa a las bibliotecas*. Me aferro a mi cámara polaroid y paso de largo, pero antes de salir de la casa mis pies se frenan ante una foto de Levi-Ryan con Hotdog en brazos siendo él un cachorro, y pienso en Luke.

No el hombre con el que trabajo, sino el que conocí al llegar a Saltwater. El que rara vez me deja ver. Al que le he contado la razón de las cartas Daughbeth. *Cosa que ellas no saben*. Siento que mi corazón se estruja con rabia porque hay mucho que se me escapa, me faltan demasiadas piezas del puzle MacAlister. *Demasiados secretos*.

Amy me pilla por banda antes de que alcance la puerta al jardín de atrás. Ni siquiera me sorprende que me saque el tema, este último año y pico no ha dejado de preguntármelo.

—Sí, tengo citas.

—¿Lo prometes?

—No le mentiría, Ms Vojak —hago una reverencia.

—¿Entonces por qué no me das detalles en las cartas? —me clava el índice entre las costillas y doy un bote.

Manotazo número siete mil, cargando.

—He dicho citas, no *buenas* citas. No quiero deprimirte.

Salta a mis brazos.

—Gracias por insistir. La cabezonería es uno de los rasgos que más aprecio.

Me arranca una carcajada.

—Tonta.

—Tú más. —Tiene una gran sonrisa en la mirada cuando se separa lo justo para que la vea, una cargada de amor de hermana—. Daisy voy a esperarte.

—¿A qué?

Su primera respuesta es apretarme más fuerte.

—No te quedarás fuera del juego. Voy a esperarte el tiempo que haga falta.

—Amy… —se me llenan los ojos de lágrimas. *Dios. La mato*—. Esa… esa es una decisión solo tuya y de Duncan, no me deberías tener en cuenta. *Joder*.

—No cambiaré de parecer —su voz se vuelve gangosa y yo también la aprieto contra mí—. Te voy a esperar. Nuestros hijos crecerán juntos.

—Eres una idiota. Y te quiero.

—Yo más.

Le limpio las lágrimas que *no* tiene resbalando por la mejilla cuando nos separamos y ella hace lo mismo con las mías. Entonces el medallón de mamá se engancha a su camiseta.

—Últimamente siempre lo llevas —sorbe y se frota la nariz mientras lo libero—. ¿A qué se debe?

—Me gusta —me encojo de hombros.

Salimos al jardín adornado de un generoso número de árboles frondosos y montones de flores silvestres de lo más coloridas. *Es como para quedarse sin aire.*

—¿No es el que llevaba el día que conoció a Arthur a las puertas de aquel concierto? —junta las cejas recogiéndose los rizos de fuego en un improvisado moño.

—Ni idea. —La empujo al agua antes de que tenga oportunidad de seguir haciéndome preguntas.

—Eh, Lay, escúchame —Nina habla por teléfono—. Eres una Daughbeth y una Taylor, lo eres todo. Vas a bordar la competición de gimnasia de mañana por la tarde y yo estaré ahí para verte. Seré la que grite cual posesa en cuanto pises el escenario. No te rías de mí, voy muy en serio.

Cuelga y se le sigue cayendo la baba un rato largo por esa mini llamada de socorro. *Y a nosotras también, es una super mami.* Estamos juntas apoyadas en el borde de la piscina cuando una voz suena en la entrada del jardín.

—Vas a querer matarme.

—¿Constance? —salta Lex.

—Hola, chicas —lleva una cara de culpable que no se aguanta, también una caja con cupcakes en las manos—. Verás, Lexi, mis hijas me han visto muy contenta y puede que se me haya escapado el motivo, y que el resto del bar también lo haya oído, y…

Medio Acorn Hill llega al jardín con globos, comida y ganas de celebrar la buena noticia. Reconozco a medio cuerpo de policía (incluido el responsable de todo esto, el único y extraordinario Levi-Ryan Diago), Kadmus, Bill, Cassie, pero también están Margarytha, Ashley y Sadie, demonios, incluso la alcaldesa de Acorn Hill.

—¡Lexi! —Sasha, Sabrina y Samantha llegan corriendo con sus camisetas azul, amarilla y rosa, en las que se lee «¡¡te esperamos impacientes!!» pintado encima con lo que parece maquillaje.

En el caso de Sasha, los signos de exclamación le dan toda la vuelta a la cintura. *Vaya monadas*. No me pasa por alto que las tres tienen el pelo lleno de lazos.

—Nada de correr en la piscina, niñas —les reprende Kadmus.

—¿Es verdad que vas a tener un bebé? —pregunta Samantha caminando muy deprisa.

—¿Podrá jugar con nosotras? —pregunta Sabrina imitando a su hermana, con los brazos bien pegados al tronco—. Porque vamos a enseñarle todo lo importante.

—Como que eres la mejor —dice Sasha abrazándose a su cintura, estampándose porque obviamente ella no ha dejado de correr—. Querremos mucho a tu bebé, igual que a ti.

Lexi da rienda suelta a las lágrimas de alivio y felicidad.

Sí… esto… solo Lexi.

Salimos del agua con ella y nos envolvemos en toallas.

—¡Pero si están aquí todas! —Margarytha nos abraza sin importarle que la empapemos en el proceso.

La música empieza a sonar, Bill se hace con la parrilla y empieza la fiesta, pero no en mi pecho. Puedo fingir ser una chica dura hasta que tres pequeñas gotas de agua se abrazan a mí desbordando afecto. *¿Por qué no podré tener algo así al llegar a casa? ¿Qué tengo de malo? Siempre he soñado con ser un árbol enorme, con miles de ramas, pero sigo a ras del suelo*. Consigo otro margarita y hago mis ejercicios mentales de el-futuro-no-está-escrito, y el nudo en mi garganta quema menos.

La buena gente de Acorn Hill también ayuda. Por no hablar de que ver que Ryan es incapaz de soltar a su mujer y que las pocas veces que lo hace no le quita la vista de encima, me llena el corazón de paz y cosas bonitas. Su protección silenciosa me hace cosquillas en las emociones, por no hablar de los gestos cómplices y los detalles que tiene con ella.

Cuando lo sabes lo sabes.

Mucho después, en el lugar exacto en el que Levi-Ryan pidió matrimonio a la loca de los coches, las cuatro nos tumbamos en la hierba a mirar las estrellas.

—Esto no lo puedes hacer en Manhattan, ¿eh? —Nina extiende la pierna hacia Lexi sin dejar de acurrucarse contra Amy.

—Ya lo creo —Lexi se carcajea abrazándome—. Oye.

—¿Mmm? —pregunto.

—Dentro de diez años, cuando nuestras familias sean enormes, seguiremos compartiendo estos ratos a solas, ¿cierto?

—Por supuesto y de treinta —dice Amy mientras entrelazamos las manos unas con otras.

—Hasta que seamos cuatro ancianas con el pelo blanco —digo con otro nudo ardiéndome en la garganta.

Hoy la tengo machacada.

—Parece un buen plan —dice Nina—. De aquí hasta el final.

—Para entonces habremos llenado el castillo de mamá con nuestras cartas —dice Amy por lo bajo.

—¿Piensas usar el castillo de mamá de almacén? —pregunta la primogénita.

—Se te aparecerá en sueños para llamarte niña ingrata —sigue Lex.

—Sí, y para pedirte que no faltes a la cena familiar —me carcajeo y el resto caen por su propio peso.

—¿Recordáis las cartas que escondisteis por la villa la mañana que os marchabais de Mountville la primera vez? —Nina se ríe dandole un trago a su vino, por poco echándoselo por encima—. Sigo sin encontrar la de Amy.

—¿Va en serio? —pregunto y me giro hacia la piloto—. ¿Qué le escribiste?

—Ya sabes, lo típico, que no iba a encontrar un sexo más salvaje que ese y también le hice unos cuantos dibujos ilustrativos.

—¿Y vas a decirme de una vez dónde la escondiste?

—De eso nada. Si quieres ver los dibujos, ya sabes, a buscar.

En cinco minutos me duele el estómago de tanto reírme. Lexi asegura que llevó el enamoramiento con mucha más racionalidad que Nina y Amy.

—¿Y qué hay de la llave, Ms Diago? —Levanto la cabeza de su hombro y la miro.

—¿Qué llave?

Alzo una ceja y ella ríe, tira de una fina cadena y bajo la camiseta de tirantes fucsia sale una llave. *Cómo no. ¿Por eso antes se ha puesto un top de bikini con el cuello cerrado? Mira que le gusta ser cursi en secreto, cada vez se parece más a la pelirroja.*

—Vaya preguntas que haces, como si no supiéramos que van a enterrarla con ella —suelta Amy.

Un latigazo amargo me azota el raciocinio cuando pienso en los muros de cierto MacAlister. En el mundo que desconozco. No es que esté interesada en descubrirlo, pero digamos que, si Luke tuviera un sótano, nunca me daría la llave. *Tal vez algún día encuentre a un hombre que sí quiera dármela. Puede que al final encuentre a alguien que al intentar leerlo, las letras no se vuelvan borrosas.*

—Chicas, deberíais subir ya a casa, está refrescando —dice Ryan a través de la radio que Lexi ha dejado sobre su estómago nada más tumbarse—. Prometo quedarme en el piso de arriba. No os robaré tiempo a solas.

Lexi se tapa los ojos con el antebrazo mientras se muere de amor.

—Un hombre sutilmente preocupado —digo poniéndome en pie, tendiéndole la mano a la embarazada.

—Creo que ese es el quid de la cuestión, ¿no? —dice Nina limpiándose las ramitas que se le han pegado a los shorts blancos—. Encontrar a una roca y lograr que se vuelva blandita contigo. Con eso ya ganas el juego.

Nos pasamos la noche en vela, hablando como cotorras hasta que la cuarta peli romántica nos gana el pulso y nos quedamos fritas en el sofá. Un alma caritativa (Ryan) nos pone un par de mantas ligeras por encima.

—Gracias —susurro asustándolo, acomodándome contra Nina.

—A ti por estar siempre aquí, Daisy. Duérmete.

Y le obedezco porque es un poli y yo una mujer sensata, pero... *Ay mi corazón.* Cuando ya es hora de irse al aeropuerto tengo la espalda hecha polvo y el corazón contento. Las despedidas siempre son agridulces. Verlas supone un chute de energía y cariño que no es comparable a nada, pero alejarme de ellas sigue siendo una mierda. Es la promesa latente de que volveremos a vernos muy pronto lo que me lo hace más fácil.

Estoy jugando con una bolsita de gominolas esperando el despegue cuando una voz retumba por el avión.

—Buenos días a todos, al habla la piloto al mando, me complace informarles que el despegue se realizará en breve y que se prevé un aterrizaje en Maine a las diez en punto, quince minutos antes de la hora prevista —dice Amy del tirón, haciéndome explotar de orgullo—. Este es un vuelo muy especial para mí porque entre los pasajeros se encuentra mi querida hermanastra. Que no cunda el pánico, el avión no corre peligro, esto no es Disney, de verdad que nos queremos. En caso de que haya turbulencias y quieran rendirle cuentas a alguien, ella se encuentra en el asiento veintitrés c, pero es biotecnóloga así que si la ven con un microscopio en la mano, márquense un sálvese-quien-pueda. Una vez más, gracias por escoger SkyWave Airlines, que disfruten del vuelo.

Me hundo en el asiento y me tapo la cara como puedo mientras el avión estalla en risas. *De esta te acuerdas.*

Mi plan de venganza queda interrumpido cuando Jasmin aparece en escena para

hacer el vuelo a Chicago con Amy. *Me ablando, ¿qué puedo decir?* Me despido de ambas tras jurar venganza, les doy un buen abrazo apretado y llego a Saltwater antes de que me dé cuenta. Se me curva la sonrisa al ver de lejos el logo del Ancla Oxidada, pero al pasar con el taxi lo encontramos cerrado. *Qué extraño.*

Llego a la mansión MacAlister y le pido al taxista que no vaya hasta la entrada. Me bajo y disfruto del increíble paseo rodeada de árboles y el saludo de los colibríes. Las gotas caen de las ramas en memoria de una lluvia no muy lejana. *Huele a bosque y a mar, qué gusto.*

—¿Qué haces tú aquí? —me agacho cogiéndome el largo del vestido para que no se embarre, acariciando a la gata anaranjada que reconozco al instante—. Estás muy lejos de donde te salvé. ¿No me digas que me equivoqué de casa y te dejé en el jardín de otros?

Procede a regalarme algunos besos en la mano.

Me da que, si lo hice, no le importa mucho. Me sigue hasta la entrada, incluso cuando acelero el ritmo al ver la hora. No encuentro a Creed en el jardín, lo cual es la quinta cosa rara de esta mañana.

Cruzo el umbral de la puerta y lo primero con lo que me topo es el silencio. Incluso el aire huele distinto. *¿Esto es que la vida me está avisando de que llego veinte minutos tarde y van a despedirme?* Veo a Mhílena hablando con un grupo de personal de servicio y oigo una conversación a medias gracias a los altísimos techos de la mansión.

—No quiero ni imaginar cómo lo estarán llevando.

—Es una lástima, creía que gozaba de salud, que todavía le quedaban muchos años.

—Ya, cuesta asimilarlo. A veces la vida es tan frágil.

—Murió mientras dormía, sin sufrimiento. Eso debería darles consuelo a los pequeños.

¿Los pequeños? ¿Como en *hermanos* pequeños? *No. Nnno.*

—Ya, pero ha sido tan repentino. Su corazón no había dado señales de debilidad, ¿me equivoco?

Mis pies se mueven solos. Subo escaleras, camino y camino, y llego al laboratorio. La puerta está abierta. *Vacío*. Mi bolso se resbala de mi hombro y cae al suelo con un golpe seco. El aire se queda atascado en mi garganta en un grito silencioso que no encuentra vía de escape. Una gota de sudor gélida me cae por la espalda.

—¿Ya has vuelto, florecilla?

Me doy la vuelta y me topo con una versión irreconocible de Alex. Su ropa, completamente oscura, absorbe toda la luz del entorno. Sus ojos azules, hinchados y enrojecidos, reflejan un dolor profundo, como si toda su energía se hubiera drenado.

—Alex, ¿qué ha pasado?

—Ayer por la tarde murió Lana Stapleton, una buena amiga de la familia. La mujer que cualquiera de nosotros habría querido como madre. ¿Puedes darme un abrazo?

Corro a sus brazos y lo aprieto contra mí sintiéndome en parte horrible por el alivio inmensurable que viaja por mis venas al saber que ellos están a salvo.

—Era una mujer mayor, vivió una larga vida, pero aun así, era muy pronto —dice sin soltarme, haciendo claros esfuerzos para mantener las lágrimas a raya.

—Lo siento mucho, Alex.

—Estás aquí —*su* voz suena a mi espalda.

Me doy la vuelta y veo al John-Luke de siempre, con la única diferencia de que hoy su

traje es todo negro.

—Luke, lo siento mu…

—Hoy no podré trabajar contigo, Daisy —me corta en tono neutro—, tengo algunas cosas de las que ocuparme. Ya he avisado a Rosemary para que no venga, puedes hacer lo que quieras con tu tiempo libre —y sin más explicación, mira detrás de mí, a Alex—. ¿Dónde está Kían?

—En la cama. Se niega a ducharse.

—¿Es que nunca va a dejar de ser un crío? —maldice por lo bajo, pasando de largo.

No parece afectado, solo muy enfadado.

Alex me coge de la mano y así es como termino de nuevo en la habitación del bombero. Está tumbado de lado, inmóvil, con la espalda tensa, su silencio siendo tan ensordecedor que oigo con claridad su respiración asfixiada.

—Kían, tenemos que ir a la notaría, necesitan leernos su testamento —dice Luke con firme sequedad.

—Me importa una mierda su dinero. —No reconozco la voz de Kían.

—Ahí está escrito lo último que tenía que decirnos, ¿no quieres oírlo?

—No.

—Kían, compórtate. Es nuestra obligación.

Oigo al bombero maldecir entre dientes justo antes de que Alex se tumbe a su lado, encima de las sábanas.

—La verdad es que los tres podríamos pasar del tema. Sabiendo lo furiosa que se ponía cuando no le hacíamos caso, capaz es de volver con tal de regañarnos.

—Joder, Alex, no lo empeores, ¿quieres? Esta tarde es el funeral y…

Kían se incorpora de golpe y me da un vuelco el corazón al ver las sombras de su rostro, las rojeces y la desolación.

—¿Esta puta tarde? ¿Tanta prisa tienes de enterrarla?

—Lo mejor es zanjar este asunto cuanto antes, tengo trabajo del que ocuparme. Daisy no puede estar sin hacer nada eternamente.

—Oh, no, Luke, eso es lo último en lo que tienes que pensar ahora, yo lo entiendo y…

—No es discutible —concluye.

Un músculo palpita en la mandíbula de Alex. Todo el cuerpo de Kían se tensa con enfado al tiempo que su pecho baja con una exhalación sarcástica, se sienta al borde de la cama y se frota la cara con rabia contenida.

—Será a las siete. Keylah ya lo sabe, hará que se corra la voz para que quien quiera venir pueda hacerlo.

—¿Puedes dejar de ser tú un puto segundo? —Kían-Lysander MacAlister arremete contra él dándole un empujón que lo hace retroceder—. ¡Se ha muerto la única familia que nos quedaba! La única que estuvo siempre ahí sin pedirnos nada a cambio, la roca en mitad del caos, la que nunca intentó cambiarnos, ni hacernos sentir que no valíamos la pena. No lo trates como una mera transacción de negocios o te juro que te vas a ganar una buena paliza.

—*Kían* —Alex se levanta también.

—¡Joder, estás haciendo lo mismo que el día que murió nuestro padr…!

No termina la frase, Luke lo coge de la camiseta y lo estampa contra la pared.

—Estoy haciendo lo que *tengo* que hacer. —Su tono se vuelve más bajo, arisco, como un rugido—. Tengo responsabilidades que tú nunca entenderás y no voy a molestarme

en explicártelas cuando te comportas como un puto crío inmaduro. —Lo suelta de un empujón—. Estate listo en diez minutos para ir al notario o haré que te saquen de esta casa a rastras. —Sale de la habitación cual huracán, comparto una mirada con Alex y sigo a Luke tragándome las lágrimas que se han quedado atascadas en mi garganta. La puerta de su dormitorio se cierra de un portazo, pero la abro sin un ápice de duda—. ¿Qué haces aquí? Daisy, no estoy de humor para más discusiones.

Mis pasos no se detienen hasta que colisiono contra su cuerpo y lo abrazo con el corazón a mil por hora.

—¿Por qué haces esto? —pregunta sin moverse.

—Porque veo lo que estás haciendo tú. Luke, lo siento mucho.

Pasa un instante, sus brazos apenas me tocan. Es como abrazar un poste de la luz. Le estoy tocando, pero estamos a muchos mundos de distancia. Sé que su máscara de acero se alza inquebrantable sin siquiera mirarle.

—Daisy, quiero que salgas de esta habitación.

—No hasta que tengas lo que necesitas —afianzo mi agarre como puedo.

Sus manos llegan a mis brazos y lo siguiente que sé es que me aparta de sí con delicadeza contundente y controlada, como cada movimiento de esta mañana.

—No eres lo que necesito, Daisy. Vete, por favor.

No me doy cuenta de que llevo varios minutos en el pasillo hasta que uno de los cachorros de Zelle se sube a mis pies. Cojo a Kepler en brazos y voy hasta una de las escaleras laterales por la que se ve la puerta de entrada. Los veo marcharse a los tres, de punta en blanco y con el ánimo por los suelos, cada cual mostrándolo a su manera.

Zelle nos ha encontrado y el resto de la familia también, así que nos quedamos en la escalera mientras hago lo único que se me ocurre: buscar a Lana Stapleton en internet. No tenía redes sociales, como era de esperar, y de hecho lo único suyo que encuentro es una foto antigua en el perfil público de Alex. Están charlando en el exterior de una casa que reconozco y entonces veo que la gata que tiene en el regazo, es la misma que he visto esta mañana. *Ojalá aquel día hubiera hecho algo más que meter a la gata en su jardín, tuve oportunidad de conocerla.*

—¿Didi? —Keylah cruza la entrada dando zancadas—. ¿Didi, estás en casa?

Zelle ladra cuando me pongo en pie de sopetón. Nos encontramos al final de la escalera. Keylah habla muy deprisa mientras me coge de las manos con urgencia.

—Tienes que ayudarme. Hay muchísimo que preparar, todavía no he conseguido que nadie oficie la ceremonia de esta tarde y no logro decidirme por una maldita corona de flores que le haga justicia a Lana y esa mujer se merecía algo bonito, elegante, respetable, ¿sabes lo que te digo? Necesito que me ayudes.

—Espera, más despacio, ¿cómo sabes que Luke quiere que intervengamos? Parecía tener el horario del día detallado al segundo.

—Créeme, no va a poder con todo, los asuntos legales le acabarán sobrepasando y acabará pidiéndonos ayuda a última hora, lo mejor es adelantarse. Vamos. —Tira de mí hacia la puerta y acabo acelerando más que ella.

—Espera, ¡la gata!

—¿Baguette? ¿Está aquí?

Nos aseguramos de que el personal sabe que está por el jardín para que le den comida y agua

—Claro, Daisy, lo tenemos en cuenta, pero gracias por recordármelo.

Me quedo tiesa. Petrificada. *Mhílena acaba de tutearme*. Flipo mientras Keylah y yo trotamos hacia el coche.

Después de la ceremonia, todos los asistentes irán al Ancla Oxidada para la cena. Keylah me ha dicho que su padre suele prestar el establecimiento para este tipo de situaciones, lo cual me parece un gran gesto. Cada habitante de Saltwater traerá algo hecho en casa a modo de despedida para los que ya no están, como si lo cocinaran para ellos. *Es precioso*.

Salimos de comprar la corona de flores y la cargamos en la camioneta de Keylah. Nuestra siguiente parada es el cementerio. *Espero que no llueva*.

—Dios, qué deprimente es todo esto —se apoya contra el volante incapaz de arrancar.

—Lo siento —le aprieto el brazo con cariño—. ¿Erais muy cercanas?

—Me vio crecer y la quería, pero ya sabes lo que pasa, la vida te arrolla y apenas tienes tiempo de salir a respirar a la superficie. La veía de vez en cuando, pero debería haber ido a su casa más a menudo. Era jodidamente inteligente y divertida —sonríe—, te habría encantado.

—¿Puedes hablarme de ella? ¿De la relación que tenía con Luke, Kían y Alex? —pido tragándome la aspirina que, con suerte, acabará con mi taladrante dolor de cabeza por falta de sueño.

Niños, no hagáis esto en casa.

—Stapleton no era de palabras dulces, pero siempre estaba ahí. En eso es igual que Luke. Su puerta siempre estaba abierta para ellos y teniendo en cuenta la madre que tuvieron, te puedo asegurar que utilizaron dicha puerta.

—¿Su relación con su madre no era buena?

—Intentó utilizar la ciencia para que Alex dejara de ser homosexual, ¿a ti que te parece?

—¿De qué estás hablando?

—Estaba enferma, en serio, no le funcionaba bien lo de aquí arriba —se toca la frente —, pero no me siento cómoda contándotelo yo. Sobre todo sabiendo que si le preguntas a cualquiera de esos tres, se abrirán a ti en canal sin dudarlo.

—Lo entiendo y… gracias por decirlo.

—Voy en serio, Didi, sé que no eres consciente porque no tienes con qué comparar, pero los MacAlister te han acogido. —Arranca el coche y nos vamos.

Decido guardarme que ya lo intenté con Luke sin resultado, porque tampoco cambiaría nada. La respeto por muchas cosas, y ser leal es una nueva que añadir a la lista. Keylah sigue hablándome de Lana mientras subimos la montaña y el padre de los hermanos MacAlister aparece más y más en la conversación.

—Eran inseparables, lo cual no es algo muy común de ver en personas mayores. Eran como críos. —Sus ojos brillan, su sonrisa se curva y esto ya no es leer entre líneas, es escuchar a gritos lo que no dice.

—Keylah, ¿Lana estaba…?

—Enamorada de Ewan MacAlister, sí. Y llámame loca, pero estoy segura de que era del todo correspondido. Todo Saltwater lo cree. El problema era que ambos estaban casados y tenían un sentido del honor férreo e inquebrantable. Nunca pasó nada entre ellos. Ewan murió demasiado pronto. Joder, si a Lana, que era diez años mayor, le quedaban veinte años buenos, no entiendo por qué… —Aprieta los labios cuando le tiemblan. Luego resopla—. No sabemos cuándo nos llega la fecha de caducidad, ¿eh?

Menuda mierda.

Sorbo mis emociones y le pongo una mano en el hombro, dejándola ahí un buen rato.

16

John-Luke



Vacío su nevera, en su mayoría llena de cosas que no le convenían una mierda.

—Si me hubieras hecho caso y te hubieras tomado tu salud más en serio, ahora yo no… —aprieto las cajas una vez en la bolsa.

Me llevo la bolsa de la cocina, pero antes de terminar mi cometido me topo con fotos nuestras, unas que mi visión periférica no se libra de mirar, luego encuentro los sillones mostaza y ocre en los que solía releer con luz insuficiente un montón de libros que ya se sabía de memoria y ahí sí me paro. *Joder*.

Jo…der.

Vuelvo a coger la bolsa del suelo y el móvil me vibra en el bolsillo.

Mensaje de Kassandra

15:05 Cariño, ya me he enterado de la noticia. Lo siento tantísimo. Me imaginé que algo grave habría pasado porque tú nunca te retrasas al recoger un encargo. Llevaré el pastel esta noche al Ancla. Creo que a Lana le habría gustado el gesto. Lo disfrutaremos por ella, ¿vale?

Oigo el latido de mi corazón reventándome los tímpanos y hago lo que puedo con las náuseas. Aprieto los puños, pero cuando me agacho a por la bolsa, no llego a tocarla.

—¿Qué haces aquí, Alex?

—Hemos venido a ayudarte.

—¿Hemos? —Alzo la vista y veo a Kían fuera, cruzado de brazos contra el capó del coche de Alex.

—Hay mucho que hacer aquí —dice—. Suponía que cuando Keylah vino anoche a por algo de ropa de Stapleton lo habría dejado todo por en medio por las prisas y no me equivocaba.

Dejo de apretar los puños y le cojo la bolsa, pero mis piernas no responden. Le pongo una mano en la base del cuello, lo atraigo hacia mí y pego su frente a la mía porque no puedo darle las gracias.

—No sufrió, JL. Quedémonos con eso.

Asiento mientras la garganta se me cierra lentamente. Salgo a buscar el contenedor.

—¿Es una nueva profesión? ¿Basurero?

—¿Y tú qué mierda haces, aguantar el coche?

—Esperar a que me invites a entrar, capullo.

—No es mi puta casa, búscate una idea mejor para no ayudar a Alex.

Resopla y maldice por lo bajo mientras yo lo hago entre dientes. Sé que él evita mi mirada igual que yo evito la suya. Kían me da justo lo que necesito para armarme de valor y llamar al banco, cerrar las cuentas de Stapleton y hacer… un montón de mierda pendiente que hice a los veinticinco por mi padre.

Después de un buen rato me doy cuenta de que Baguette no está aquí y que me la llevé a casa ayer por la tarde, pero no se lo dije a nadie. Llamo a Mhílena para

comprobar que le han dado de comer, que la han visto siquiera.

—La señorita Dooren nos ha llamado varias veces para recordárnoslo. Se está encargando de la organización del funeral con la señora Blackwood.

Me froto la cara, me apoyo en el coche y ni sé cómo llego a casa.

Me doy una ducha después de desahogarme con el saco de boxeo, me vuelvo a vestir, pero esta vez me pongo otro traje distinto. He mirado el reloj quince veces y sigo sin saber qué hora es. Conduzco hasta el cementerio intentando mantener toda mi atención en la carretera y nada más. Aprieto el volante hasta que se me quedan los nudillos blancos cuando no lo consigo.

—Soy vieja, no seas idiota. Algún día me moriré y tú cuidarás de mi gata.

—De eso nada, Zelle no lo permitiría. ¿Dónde guardas las tazas de té?

—En el otro armario, en el estante de más arriba.

—¿Quieres que te construya un armario en el tejado para que tengas algo todavía más inaccesible?

—Tú verás, eres el que va a tener que bajármelas siempre. —Intenta contener la carcajada, pero no puede. Deja tres bolsas grandes sobre la mesa y luego se sienta—. Llévatelos antes de irte.

—¿Qué es todo esto? ¿Caramelos?

—No los mires así, que no explotan. El año pasado no repartisteis caramelos a los niños en Halloween, os faltó poco para que os echaran del pueblo.

—Coincidió que ninguno de los tres estábamos en casa en esa fecha.

—¿Cuándo vais a dejar de llorarle a vuestro padre? Se ha ido, él ya no se entera de lo que hagáis. Ni se te ocurra marcar en el calendario el día que yo me muera.

—¿No quieres que me acuerde de ti?

—Solo cuando veas una tarta.

Dejo el coche en el aparcamiento con un dolor intenso irradiando de mis nudillos. Me meto las manos en los bolsillos y un trueno cruza el cielo, pero no cae ni gota. Me pellizco la lengua con las muelas cuando la veo.

—Joder. —Aprieto más.

Keylah y ella han colocado dos fotos de Lana, una con su marido y otra con mi padre y nosotros tres. Hay flores en todas partes. Dejo atrás el árbol que me servía de apoyo con la puta garganta llena de brasas. Carraspeo y las dos se giran.

—¡Anda, mira, el que faltaba! Es una suerte que te hayas dignado a venir. Mira que dejárnoslo todo a nosotras, ya te vale. —Keylah mantiene el tono alegre cuando se cruza de brazos y mira en dirección a las fotos—. Yo me sé de una que te estaría tirando de las orejas ahora mismo por lentorro.

Le mantengo la mirada unos segundos y le tiembla la sonrisa. Tira de mí con brusquedad y me abraza, dándome golpes en la espalda. Repitiendo una y otra vez que voy a estar bien, igual que hizo *aquel* día.

Le doy las gracias y cuando ya no tengo más sitios a los que mirar, mis ojos se clavan en ese mar turquesa. Sé que estoy jodido solo de verla morderse el labio y hacer todo lo posible por no llorar. Meto la mano en un bolsillo y me clavo la uña en el dedo.

—¿Estás bien?

—Eso debería preguntártelo yo a ti —frunce su precioso ceño.

—Gracias por lo que habéis montado. A las dos.

—Ha sido todo cosa de Keylah, yo solo la he seguido —miente.

—Sabe que se me da fatal tomar decisiones con poco tiempo, no cuela Didi.

Una lágrima resbala de su mejilla, pero me prohíbo tocarla. Cuando Daisy da un paso hacia mí, acabo con sus intenciones dando un paso atrás.

—John-Luke MacAlister —la voz a mi espalda me obliga a girarme y saludar al hombre que oficiará el servicio.

Después de eso, no para de llegar gente.

—Lo siento mucho, hijo —Raphael me aprieta el hombro y me da unos golpes en la mejilla en señal de apoyo—. Era una buena mujer, una con un humor muy especial. Si necesitas cualquier cosa, nuestra casa está abierta para ti, ya lo sabes.

Voy a acabar partiéndome los putos dientes. No paran de darme el pésame a mí, como si Lana fuera mi madre y acabara de quedarme huérfano lo cual es ridículo porque yo hace mucho que soy huérfano. El reloj no deja de retroceder, de pararse y torturarme. Todavía quedan más de la mitad de los asientos por llenarse cuando la oscuridad crece tanto en mi pecho como en el cielo, aplastándome contra el suelo. Impidiéndome respirar sin sentir agujas.

Estoy llegando a mi límite.

Los Thomson están a punto de alcanzarme cuando Daisy aparece en mi campo visual con las manos llenas de rosas blancas, unas que los invitados ya sentados tienen entre manos.

—Vete —susurra dándome un leve empujón hacia el cura, alejado del resto. Apenas me he distanciado un par de pasos cuando la oigo hablar con ellos—: Muchas gracias por venir. Tomad, una flor cada uno. Sí, muy amables. Sí, amiga de la familia. Podéis tomar asiento donde queráis, la ceremonia empezará en breve.

—John-Luke, ¿serás tú quien diga unas palabras? —pregunta el cura causándome que ciertas memorias vuelvan a mí junto con las mismas náuseas que sentí aquel día.

—Yo…

—Sin duda, pareces mucho más entero que tus hermanos menores.

Miro a Kían y a Alex. *Joder*, Kían apenas se aguanta las lágrimas y Alex hace mucho rato que llora. *Debería como hermano mayor. Debería, teniendo en cuenta la relación que teníamos.* Pero sacudo la cabeza.

—Queremos que la ceremonia dure lo menos posible, solo hablará usted.

—No es lo que suele hacerse. —Muestra su disconformidad arrugando el rostro.

—Pero es lo que vamos a hacer. —Me doy la vuelta y ocupo un asiento cualquiera de la primera fila.

Kían y Alex no tardan en ocupar los asientos a mi derecha, Alex colocando el carrito de Nate-Kale en el pasillo.

—Qué mierda de día —Alex se inclina hacia delante frotándose los ojos.

—Voy a dejar de venir a estos eventos —interviene Kían—. Ella no va a enterarse y nosotros estamos aquí escuchando…

No termina la frase, pero sé lo que siente.

—Mamá, ¿JL está enfadado? —pregunta Hileya una fila de asientos detrás de nosotros, en diagonal.

—Claro, con Lana —dice Bennett por lo bajo.

—¿Por irse tan pronto? —pregunta Calíope, Bennett asiente y los cuatro guardan silencio.

—Tomad asiento, vamos a empezar la ceremonia.

Intento no molestarme por las palabras vacías que oigo y centrarme en los paraguas que se abren a medida que la lluvia empieza, pero no lo consigo. «Una mujer asombrosa» con la que la mayoría no hablaba regularmente. «Querida por todos» a pesar de que pocos la conocían de verdad.

No como mi padre.

No como nosotros.

Pocos saben la historia del hijo que perdió, lo mucho que le costó llegar a ser maestra de matemáticas cuando era joven y la mayoría de mujeres de Saltwater no trabajaban, que fue a la primera persona que fui a ver al salir del hospital.

Hago una respiración profunda, pero se convierte en una exhalación brusca. Daisy pone una mano sobre mi puño cerrado a medida que el yunque que tengo en el pecho pesa más y más. Soy incapaz de apartarla a pesar de que convierte mi fortaleza en una vela derretida que finge estar entera. Las verdades se cuelan bajo mi escudo.

No volveré a verte. ¿A quién cojones voy a pedir consejo ahora? ¿Para qué mierda compré la fidelización de esa pastelería? ¿Por qué te has ido tan pronto?

—Ahora, uno de sus más allegados, pronunciará unas palabras. *¿John-Luke?*

Mi nombre cae como un disparo acompañado por un rayo.

La serenidad se me escapa de las manos a medida que todas las miradas se clavan en mí, y la mía en la del cura. Dudo si hay algo de lo que tengo en la punta de la lengua que no me aseguraría una plaza en el infierno. Aunque tampoco es que crea en esas cosas, así que me aclaro la garganta y cuando estoy a punto de levantarme…

—Stapleton no querría oírnos soltar cursiladas estúpidas —la voz gutural de Kían suena desde el asiento de al lado—. Hagámosle el favor de no fastidiar su primer día de descanso eterno. No me llevo bien con los fantasmas furiosos.

Algunos de los presentes se ríen. «Tiene razón», dicen, «no le gustaría nada». La ceremonia termina cuando el ataúd queda enterrado bajo tierra. El oficial es el primero en largarse. *Ya te encontraré.*

Espero en mi sitio hasta que las sillas se vacían, Creed y Keylah se llevan a todos al Ancla aprovechando que la lluvia aprieta y la tumba se llena de flores blancas antes de que me quede a solas con Lana.

Camino hasta la lápida. Mis rodillas se hunden en la hierba mojada y mis hombros se sacuden de forma involuntaria y con violencia. No puedo aguantar ni un puto segundo más. Me rompo admitiéndome que no solo la pierdo a ella. Pierdo a la persona que mejor entendía a mi padre. Un hombre serio de corazón cálido al que admiré más que a nada. *Hoy su recuerdo se convierte en polvo de forma más definitiva. Pronto no quedará nada.* El agarre de un ángel, o de Daisy, me abraza compartiendo sus propias lágrimas conmigo.

—Luke.

—*No puedo, Daze, no…* —ni siquiera puedo ser fuerte por ella.

Mis manos se hunden en la tierra, la lluvia me cala los huesos, intento respirar, pero no me entra aire en los pulmones.

—Sácalo todo, Luke, no te contengas.

Lloro con rabia. Mi cabeza arde mientras aguanta todo lo que grito por dentro.

Quiero huir de mi propio cuerpo, pero unas cadenas me anclan a este momento, grabando a fuego mi presente sin dejar de recordarme el pasado. *Cuando nací, había dos personas que me querían en este mundo, y las he perdido a las dos. Se han ido*

para siempre y de la misma forma repentina.

Soy solo un crío que quiere partirle la cara al responsable. Pero no hay responsable. Es una puta crueldad que debo aceptar sin más y buscar la manera de que no acabe conmigo.

El agujero vacío que me atraviesa el pecho no se desvanece, pero tampoco crece, y pronto asumo que va a quedarse ahí una larga temporada. *Es posible que para siempre.*

Es una locura que cuando me ponga en pie, Daisy siga ahí, a mi lado, pero así es. La lluvia le moja la cara, pero puedo distinguir sus lágrimas de las gotas. Me coge las manos sin importar que estén llenas de barro.

—¿Qué quieres hacer? —pregunta con la nariz roja, empapada, sorbiendo por el frío.

Me quito la chaqueta y se la pongo por encima de los hombros. *Le queda inmensa.*

—Tengo que ir al Ancla Oxidada.

—No *tienes* que hacer nada, Luke. Nada, ¿me oyes? —Me para los pies cruzándose en mi camino.

—Kían y Alex estarán allí, tengo que ir.

—¡Para! —alza la voz poniéndome las manos en el pecho—. ¿Crees que no sé lo que has estado haciendo? ¿Por qué tenías tanta prisa? Ya has acabado con tus infinitas autoexigencias y obligaciones como cabeza de familia. Ahora tu responsabilidad es contigo mismo.

De un tirón de su mano la pego a mi cuerpo tanto como puedo. *Por primera vez en muchos años hago algo puramente egoísta.*

Ni siquiera la freno cuando entra en mi dormitorio. Necesito que se quede.

El único momento en el que nos separamos es cuando roba ropa seca de mi armario y la reparte entre ambos antes de meternos bajo las sábanas. Una inmensa parte de mí, la lógica, sigue esperando que se vaya, pero no lo hace.

No puedo entender por qué.

17

Daisy



Me paso la siguiente semana posterior al funeral colándome en la cama de Luke, sin aceptar un no por respuesta. Y no me pongo firme solo en eso. Pongo a Rosemary en su sitio cuando nos mete prisa con las fechas de entrega y obligo a Sr-voy-a-seguir-trabajando-pase-lo-que-pase a bajar y hacer todas sus comidas en compañía de Stef y Patty porque son los mejores. Es genial cuando Kían y Alex no tienen trabajo y pueden estar presentes también. El proyecto también va genial, de hecho, hemos avanzado muchísimo. Aun así, ahora es lo segundo que más me importa.

Entonces llega Halloween y Luke dice:

—Voy a acompañar a los hijos de Keylah a pedir caramelos. Es una estupidez, pero les caes muy bien y… si quisieras venir, estarías invitada.

—Mmm, suena tentador.

—¿De verdad? —sonríe un poco y me flojean las rodillas.

Las sonrisas han sido de lo más escasas, así que considero el regalo al nivel de un eclipse solar zumbándose a una estrella fugaz.

—Sí, tiene pinta de que odiarías mi presencia y no puedo desperdiciar una oportunidad de torturar a mi archienemigo.

Me fulmina con la mirada y siento… *calor*. Y espasmos eléctricos. Creo que estoy incubando algo. *Probablemente sea el tifus.*

Lo bueno de los MacAlister es que suelen denegar o confirmar su asistencia en grupo: o van todos o no va ninguno. Lo cual significa que será una velada familiar y genial. Mientras trabajo con el chip que simula el sistema nervioso permitiendo pruebas más fuertes de cómo el tratamiento interactúa con el dolor, pienso en la noche del martes, cuando me disponía a poner la película más tonta de Netflix en su súper pantalla de televisión.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —inquiero cuando sale del baño.

—Ambos sabemos que la vas a hacer igual —me quita el bol de palomitas de encima, me coloca una toalla en el regazo y vuelve a dejarlo—. Pregunta.

—¿Por qué elegiste este proyecto?

—No lo elegí yo. Fue el último proyecto que aceptó mi padre. Murió pocas semanas después. Su corazón… —exhala—, su corazón llevaba años dándole problemas. La medicación cada vez podía hacer menos por él. Fue de repente. Lo encontré en su laboratorio.

—¿Tú lo…? ¿Tú lo encontraste?

Asiente distraído y oigo cómo una pieza cruje y se rompe en mi pecho. Quiero gritar. Me tomo la libertad de abrazarlo y ahorrarle la incomodidad de que me vea llorar otra vez.

—Lo siento. Dios mío, Luke, lo siento muchísimo.

Pasa el mal trago como siempre, en silencio, y asiente junto a mi cuello.

—Gracias, Daze.

Me aferro más porque necesito que recupere su fuerza, apartar ese dolor que se escapa de mi control. Esa noche me doy cuenta escuchándole hablar de su padre de que lo quería tanto como nosotras a mamá.

No me puedo imaginar lo que debió ser para él perderlo tan pronto.

También me fijo en que ninguno de los tres habla de su otro progenitor: su madre. Pero por encima de todo, me percato de lo bien que encajan nuestros cuerpos en un abrazo como este: como una misma pieza de puzle que alguien separó en dos hace mucho tiempo.

El sol se esconde y llega el momento. Me doy cuenta del terrible error que ha sido venir nada más ver a Calíope vestida de Rapunzel pelirroja, con sartén y todo. O quizá un poco después, al caer en la cuenta de las veces que he pensado en dejarle la solicitud de adopción a Keylah con la propina.

Luke se ríe con ellos y casi parece el de siempre. Sé que no lo es, que sus heridas todavía están demasiado recientes, que todavía sangran, pero por poco me engaña. Lo cierto es que no consigo quitarme de la cabeza la imagen. Él arrodillado frente a la lápida de esa querida mujer preguntando una y otra vez «¿por qué, Lana?», partiéndome el alma en pedazos diminutos hasta convertirla en polvo.

Recorremos el vecindario y tal vez no debería estar pasándomelo tan bien, pero mientras mastico el chicle maléfico (verde oscuro) que me regala Aquiles y Hileya me pide que mire cuánta gente chilla al ver su sangre de pega, estoy en mi salsa.

Tengo a Bennett cogiéndome con su manita (lo cual demuestra que el crío no tiene piedad ninguna) cuando giramos la siguiente esquina del vecindario y oigo a Kían hablando con Luke. Están apoyados en la camioneta de Alex.

—La primera en cantarle las cuarenta al cura fue Daisy.

—¿Cómo dices?

—Por lo visto te escuchó decirle que no querías hablar y le alcanzó antes de que se largara a toda prisa. Raphael dijo que lo puso en su sitio y que dio gusto verla. La verdad es que me encantaría haber sido el primero en hacer los honores, pero no me quejo, tuve mi oportunidad de compartir unas palabrillas con él. O con su coche. Alex también participó, fue precioso.

—¿Vamos, Daisy? —Bennett tira de mí y ambos se giran hacia nosotros.

Mierda.

Estoy a punto de encogerme de hombros en un claro «*¿qué iba a hacer? Ese tío era un santificado-cerdo-para-nada-empático*». Pero no puedo moverme porque la intensidad del fuego amatista viene cargado de un destello primitivo que me eriza la piel, me apuñala los ovarios y me obliga a romper el contacto un segundo antes de que sea demasiado tarde.

—Claro —jadeo con el pulso desbocado, seguimos a Keylah y a Alex, con el resto de los peques.

Yo no he visto nada.

Los días pasan y avanzamos con el proyecto a toda velocidad. Pasamos más horas en el laboratorio de las que cualquiera consideraría saludables, pero ¿a quién le importa? ¡El proyecto va viento en popa!

—¿Qué escribes ahí? ¿Formas de librarte de tu compi de lab sin dejar rastro? —pregunto cuando veo que algunas de sus notas las apunta en *ese* cuaderno, el negro, el

que nunca ha compartido conmigo.

—Es personal. ¿Puedo ver los correos que te ha mandado Rosemary?

Lleva bastante tiempo haciendo ese tipo de preguntas. Casi desde aquel día que faltó al trabajo, justo después de nuestro beso.

—¿Para qué? ¿Acaso crees que me chiva info confidencial y que no la comparto? Porque desde luego que, de ser así, no diría ni mu.

—Gestiones para BIOTECH —responde a mi chiste con pura actitud estoica.

Suena a súper mentira, pero lo cierto es que no odio verle enfocado en el trabajo, es cuando la sombra bajo sus ojos parece menos oscura. Me encojo de hombros y encaro mi portátil hacia él.

—Señorita Daisy, ha llegado una carta para usted. —Mhílena llega y doy un grito que hace que Luke dé un bote adorable.

—Gracias —la abrazo y que no se aparte es todo un piropazo.

—No la abras ahora —me prohíbe sin levantar la vista.

—No pensaba hacerlo. Son mis tesoros, ¿sabes? Las leo cuando estoy triste y no pienso malgastar…

—¿Puedes acostumbrarte a terminar las frases?

—No es de mis hermanastras.

—Adivino, ¿Hogwarts?

—Mi madre —*querrá decirme qué día debo volar a Londres, ya lo he retrasado bastante. Las cenas familiares ya no son conjuntas, así que ellas no estarán. Mamá, ¿por qué me obligas a esto?*—. Pfff.

—Creía que te caía bien, ¿a qué viene esa cara?

—A nada. ¿Me devuelves mi portátil?

No me lo devuelve y me doy cuenta de todo lo que me desordena esa actitud. De cómo me estoy acostumbrando a que las llamas de una emoción pasional y rabiosa ardan en mi estómago.

Willow me llama y voy a la sala contigua donde acordamos atender las llamadas por la salud mental del otro.

Antes de que me dé cuenta, estoy ayudando a Alex a poner la mesa para la cena.

—Entonces vas a irte a Londres, pero no quieres que mi hermano se entere. Bien, hablaré con Zelle, quizá le interese un cambio de vestuario —me mira de arriba abajo y N-Kale en su trona suelta una carcajada capaz de conseguir la paz mundial.

—De momento. Tengo que pensar cómo justificar mi breve ausencia. —*O aprender a salir a hurtadillas y que se las apañe la Daisy del futuro*.

—Ajá, ¿y por qué parece que ver a tu padre te va a provocar una urticaria?

—No nos llevamos bien. Mi padre no ha sido ningún Ewan MacAlister para mí. Perdona, no quería mencionarle sin más, en realidad no sé mucho de él personalmente, solo lo que Luke me ha contado y…

—¿Mi hermano te ha contado algo de nuestro padre?

—Sí, solo cómo falleció, que era un gran hombre y que lo admiraba. Poco más.

—¿Por qué mientes?

—¿Disculpa?

—No es posible que mi hermano, el tío que te ofrece un abrazo llevando una camisa de fuerza, el más blindado de la faz de la tierra te haya… —se le escapa el aire del pecho en una especie de risa inesperada y sacude la cabeza—. Guau. Daisy. ¿Me estás…? No

tengo palabras. —Hace el gesto de quitarse un sombrero imaginario y doblarse hacia delante—. Vale, bueno, vayamos por partes, centrémonos en el tuyo primero.

—No hay mucho más que explicar aparte de que no nos llevamos bien —me limito a decir, pero su mirada inquisitiva asegura que no va a soltarme tan fácil, así que cedo—. Mi padre salió del armario pocos años después de que yo naciera. Por lo que sé, su relación con Victoria fue buena, pero vivir en una mentira acabó con él. Lo consumió. Estuvo a punto de… ya sabes.

—Joder.

—Sí. Por desgracia, yo le recuerdo a esa época oscura de su vida, a todo lo que odió de sí mismo y digamos que no se alegra de verme, precisamente.

—¿Qué narices dices, Daisy? —pregunta incrédulo de que alguien pueda ser tan cruel y es irónico que justo él no pueda creerlo.

—Primero dejó de visitar, luego de llamar y luego… nada. No daba señales de vida en mi cumpleaños y hace siglos que no pasamos la Navidad juntos. De hecho, ni siquiera estuvo en mi graduación de… —dejo que las palabras mueran en mi garganta porque es más fácil. *Ojalá fuera igual de fácil dejar de esperar su llamada en diciembre*—. Sé que le cuesta estar en la misma habitación conmigo, así que para mí tampoco es agradable. Lo cierto es que mi padre es un desconocido.

—Y muchas otras cosas, no me jodas —dice rojo de rabia—, ¿de qué narices va ese tío? ¿De verdad estás hablando de *tu puto padre*? Voy a ir a Londres y patearle su cara de payaso inglés. Será imbécil.

—Bueno, lo pasó mal y…

—¡Mis cojones, mal! No tiene derecho a tratarte así. Ese tío debería arrastrarse hasta ti suplicando perdón, no desaparecer como un cobarde que no puede con sus putos problemas. No puedo con gente tan cerrada de mente. Espero que Victoria Daughbeth merezca la pena, porque como me entere de que no, te esposo a la escalera y tu bonito culo no vuelve a pisar territorio inglés. —N-Kale suelta una carcajada aliviando la tensión del ambiente—. Le hace mucha gracia la palabra culo. —Vuelve a reír.

Abrazo a Alex aplastándome contra su camiseta de «no soy supersticioso, pero mejor prevenir que curar» bajo el blazer y él apoya su cabeza en la mía. *Imagino que esto debe ser tener un hermano.*

—Sufrirá la ira MacAlister.

—*No*. Pero gracias.

—Gracias a ti por lo que escribiste en memoria de nuestro padre —aprieta más su abrazo.

Si Alex sabe que fui yo entonces Luke… me muerdo el labio. Cuando se separa, me coge de las mejillas y me sacude.

—¡Vas a enamorar a todos los MacAlister!

Sacudo la cabeza. *Más bien a ninguno.*

—Ya lo creo —Kían está en la puerta, vete a saber desde hace cuánto. Se acerca y me coge las manos—. Daisy, te estoy muy agradecido por lo que hiciste. No tenías por qué.

—No fue nada. Me alegra que os gustara.

Su mirada baja hasta mis labios un breve instante y sus dedos se tensan contra los míos. La mueca pasa tan rápido por su rostro que es casi imperceptible, luego se lleva una de mis manos a los labios, la besa y se marcha. *Ay, Kían.*

Al día siguiente, en cuanto anochece, Keylah abre la puerta de su casa y suspira

aliviada.

—Daisy, no sabes cuánto te lo agradezco, yo… ¿qué haces tú aquí?

Miro por encima de mi hombro, a la masa de músculos que se ha empeñado en seguirme, y le alza la ceja partida en reproche.

—¿Así nos agradeces el favor?

—Gracias, gracias, de verdad, gracias —Keylah coge a cada uno de la muñeca y tira de nosotros con fuerza hacia el interior de la casa—. Didi, no te habría llamado si no fuera porque estoy desesperada. La canguro habitual lleva una semana enferma y entre el bar, que Karson está de viaje de negocios y que son cuatro…

—Keylah, tranquila, no lo dije por decir, estoy encantada de estar aquí. —Lo cual no es mentira, ni siquiera teniendo en cuenta que esto va a dejarme secuelas emocionales profundísimas.

¿Eso de la esquina es un tutú? ¿Y eso de ahí una espada con empuñadura de corazón? Las manos de Luke llegan a mi cintura provocándome un relámpago de vibraciones y solo entonces me doy cuenta de que Keylah sigue hablando y que ya está a unos metros de distancia.

—«Mamá, mamá, mamá», ¡parece que no conocen otra palabra! —Keylah se detiene frente a la escalera transparente elegante y futurista que da al piso de arriba, y parece a punto de sufrir un ataque—. ¿Soy mala madre por pedir ayuda? ¿Por pedirte que vengas y poder encerrarme en una habitación para estar sola noventa minutos viendo una peli?

—No —Le pongo las manos en los hombros—. Eres una madre genial. Y también un ser humano muy coherente. Aguantas mucho en tu trabajo, todo tipo de gritos y malas contestaciones, es lógico que alcances tu límite de vez en cuando. Puedes avisarme siempre que creas que las paredes se te echan encima.

—No le digas eso o te tomará la palabra —murmura Luke a mi espalda.

Keylah lo mira por primera vez y le pone una mano en la mejilla mientras con la otra coge una de las mías. Hileya entra corriendo desde el jardín y antes de que llegue a nosotros su madre ya ha alcanzado el último escalón.

—¡JL! ¡Daisy! —Hileya nos señala y cuando llega hasta nosotros, se estampa contra la pierna de Luke, el resto la oyen y acuden—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Qué *sorfresa*!

—¿Tú no vas a aprender a hablar bien nunca o qué? —Luke le da con el índice en la frente y se lleva un manotazo Dooren-express.

—Hemos venido a pasar un rato con vosotros. —Me agacho cuando llegan todos y Calíope corre hasta mí con una enorme sonrisa y una corona de flores. Me abraza como si fuera, qué se yo, ¿una hada? *¿Keylah lo notará si me la llevo a casa?*—. ¿A…? ¿A qué estabais jugando, chicos?

—¡Al escondite! —exclama Bennett.

—Vaya, qué originales.

Otro manotazo. *El tercero viene con una patada en los huevos de regalo, yo aviso.*

—Suena genial, ¿podemos unirnos? —pregunto.

—¿De verdad quieres, Daisy? —pregunta Aquiles con las mejillas un tanto coloradas.

—¿Os quedáis un rato? ¿Os quedáis *mucho* rato? —pregunta Bennett con la ilusión en sus ojazos azules.

Tío, o a vivir, lo que tú quieras.

—Por supuesto —asiento y mientras lo celebran oigo:

—Porque no tenemos más remedio.

Esta vez me levanto. Le doy un golpe en el estómago de hierro que tiene y el muy cuentista se dobla hacia delante dolorido, clava una rodilla en el suelo y cuando levanta la cabeza muy despacio dice con voz ronca:

—¿Por qué no estáis corriendo? ¿Acaso no apreciáis vuestras vidas?

Aprovechando los únicos dos minutos al día en los que no llueve en Saltwater, los cuatro corren al jardín.

—Eh —freno a Luke cogiéndole de la mano sin pensar en las consecuencias—, dales tiempo para esconderse.

Luke mira el agarre, resbala por mi mano, las entrelaza y tira de mí.

—¿Ahora quién es la que no deja de tocar sin permiso?

No puedo pensar cuando sus labios están a tan corta distancia. Su sonrisa torcida y arrogante no me irrita lo bastante como para apartarme. *Hace una eternidad de la última vez que nos besamos*. Por eso cuando su boca se abre al acercarse, ya me tiene jadeando, pero el beso nunca llega.

—Ya estamos listoooos.

—Shhh, calla , Bennet—sigue Hileya a voz en grito.

Gruñe y el suelo bajo mis pies tiembla.

—Luego pienso vengarme —promete antes de soltarme y empieza el juego.

No estaba preparada. No lo estaba en absoluto. Pero cuando me doy cuenta ya llevo una hora viendo a un Luke tierno, dulce y juguetón darlo todo con los Blackwood.

—¿Y eso, JL? —pregunta Hileya enseñándole una piedra, buscando pistas para el *Scape Room* casero.

—No —revuelve los juguetes, buscando como el resto, y eso que tiene a Bennett de caparazón a lo tortuga.

—¿Y esto? —insiste Hileya.

—Nop.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque esa hoja lleva medio minuto en tu jardín y a menos que Daisy sea bruja, no sabía que iba a caerse del árbol.

—¿Y si es bruja? ¿Y si esa es la pista?

Los cinco me miran, incluso él. Sacudo la cabeza reprimiendo una carcajada y siguen buscando. *Mis. Ovarios.*

—Odio los dibujos animados —dice veinte minutos después de tirarse en el sofá, justo después del ataque de euforia de Bennett que ha conseguido averiguar el rompecabezas y salir de las mazmorras del ogro mafioso.

—¿Disculpa, *qué*?

—Cantan en todos —dice muy serio—. En *absolutamente* todos. Es insufrible. Deja de reírte. *Daze*...

¿Con qué me estoy intoxicando?

La niña que tengo en el regazo da un bote cuando el fantasma en 2D de la pantalla empieza a cantar, acto seguido, Calíope se da la vuelta y me abraza.

—No tengo miedo —constata—, es que me aburre.

Aquiles se carcajea al lado de Luke, pero cuando el pequeñín comparte una mirada conmigo se sonroja y la aparta enseguida. *Qué monoooo*.

—No estoy seguro de qué fobia tiene, pero la comparto —dice Bennett a mi lado, mirando a su hermana.

Yo sí que tengo una fobia, ¡a que tu hermana vuelva a subirse al columpio giratorio circular del jardín! Dios, ha quedado claro que Hileya no cree en la fuerza centrífuga, fijo que le habrá dejado el cerebro como un *smoothie*.

—Me lo he pensado mejor, prefiero escoger otra peli —dice la susodicha, mirando a MacAlister.

—Eh, has tenido siete días hábiles para decidir, ahora apechuga.

—No la asustes —chisto la lengua.

—¿Asustar a Hileya? Pero si a esta niña la sueltas en el bosque y los lobos hacen un fuego para que no se acerque.

Aquiles suelta una carcajada tan sincera que contagia al resto.

Cuando los cuatro están en el suelo, sobre una manta, compartiendo las últimas chuches que quedan, Luke se inclina hacia mí y me susurra:

—Se te da bien esto.

—No digas eso.

—¿Por qué no?

—Podría echarme a llorar.

Luke coge una de mis manos y la acaricia de forma distraída hasta que toca levantarse. Debo estar loca por no impedir que lo haga.

Al mediodía del día siguiente estoy histérica en la bañera aprovechando que Luke está reunido, haciéndome a la idea de que esta tarde cojo un vuelo a Londres. Tengo el estómago cerrado, ¿y qué mejor manera que lidiar con un futuro-inminente-desagradable que con un aroma floral de cuento?

La puerta del baño se abre de golpe y aparece un John-Luke MacAlister furioso.

—¿Te marchas?

—¡Luke! —chillo hundiéndome en el agua llena de espuma—. ¿No sabes llamar?

—¿Y tú no sabes comunicar las salidas con un mínimo de setenta y dos horas de antelación?

—Es solo u-una cena. E-en Londres. Mi madre… esta es una solicitud obligatoria poco amistosa, ¿vale? No puedo decir que no. ¿Qué haces? ¿Por qué te sientas ahí? Vete o te juro que…

Agarra mi muñeca.

—No puedes irte. Rosemary no lo aceptará.

—Algo me dice que el que no lo aceptas eres tú —estrecho la mirada, me zafo de su agarre y vuelvo a meter la mano en el agua con el pulso a mil.

¿El problema? Él también la mete.

—Tienes razón, no lo acepto. —Aprieta mi muslo y el corazón me da un vuelco.

—¿Qué estás haciendo? —musito—. Ni siquiera has cerrado la puerta.

—No —la mira, su mano siguiendo una dirección ascendiente por la parte interna de mi muslo, tan arriba que casi me toca.

Nunca he deseado tanto como ahora tener las piernas más largas.

—Lucas, ¿es que te has vuelto loco? Estamos en horario de trabajo, yo ni siquiera debería estar aquí.

—¿Lucas? —sonríe de forma lateral.

Joder, qué guapo es. Parece un príncipe hasta arriba de esteroides.

—Luke ya no parecía irritarte tanto, no puedo estancarme en la piscina del odio.

—Nunca me irritó. —Su mirada brilla, mi estómago se encoge—. Y estar en horario

no nos ha frenado ni una sola vez, que recuerde.

Me toca los labios de forma superficial, sin acercarse siquiera a mi centro, empezando por un ataque letal a mi clítoris tembloroso y necesitado.

—Lo que tú digas, Lucas. —Me hago la fuerte, pero voy a desmayarme.

—Esos labios… —Su mandíbula angulosa se tensa mirándome la boca y parece que irritarle no, pero otra cosa sí le hace.

—Podrían hacer mucho más si me dejaras, ya lo sabes —sus dedos acarician demasiadas zonas a la vez, sus manos son mucho más grandes a las mías y casi parecen conocerme mejor.

Qué rabia da. Los chispazos llegan uno tras otro. Me está electrocutando.

—Tú ya has hecho mucho por mí, Daze. Es mi turno.

Tira de la parte superior del grifo, el tapón se alza y litros de agua desaparecen por el desagüe. Lo justo para que mis pechos queden al descubierto. No tengo frío, estoy ardiendo. Sus círculos se vuelven más profundos mientras su mirada se clava en uno de mis pezones. Mi cuerpo se olvida del mundo y tiemblo con espasmos de placer mientras mi sexo palpita con intensidad.

—*Luke…* —me retuerzo desesperada mientras su respiración se vuelve irregular con un deseo espeso que me quema, emitiendo sonidos graves que me dominan.

Aprieta mi pezón, lo acaricia, lo pellizca, lo mima y lo tortura, por si fuera poco, hace lo mismo con mi clítoris. «Mi sueño», susurra y sé que la necesidad me está haciendo alucinar, entonces me mete un dedo, lo hunde regodeándose en mi grito a duras penas contenido.

—El olor de tu miel me gusta incluso más que las putas flores —esto lo dice enfadado y de una patada, en absoluto estoica, cierra la puerta con un estruendo—. El día no tiene horas suficientes para todo lo que quiero follarte.

—Bien, me pensaré si dejarte.

Sonríe de manera torcida y peligrosa, una vertiente de preciosa maldad traviesa reluce en sus pupilas dilatadas. Introduce otro dedo y me deshago en vulnerables gritos y gemidos llorosos tatuados con su nombre.

Le hundo las manos en el pelo cuando inclina su boca hasta mi pezón y succiona. *Mi droga*. Siento mi candente liquidez resbalando sin freno por sus dedos, empapándolos, porque cuanto más me da más necesito. Las descargas me lanzan al séptimo cielo, me aniquilan. Luke me toca como si fuera una estrella fugaz, algo sagrado, bendito, puro y único, y no me da alternativa. Cabalgo sus dedos con urgencia animal y solo cuando empiezo a correrme, los curva y acaba conmigo para siempre.

Santo cielo.

Mi orgasmo es un huracán, un terremoto y un tsunami al mismo tiempo, y erosiona toda memoria previa a John-Luke MacAlister. *No voy a poder recuperarme de esto*. Me acompaña hasta que no doy más de mí, hasta dejarme sin una gota de oxígeno.

Entonces se aparta dejándome vacía y deseosa de que vuelva, se levanta, se deshace de su ropa y gimo de nuevo porque se ha quedado sin camiseta y quiero chuparle los abdominales. *Hay tantas cosas que me gustaría hacerle*.

—Vas a poder hacer lo que quieras —dice con un deje de derrota, pero uno mucho mayor de deseo.

Está en bóxers cuando me levanta sin esfuerzo como si fuera su preciado bol del desayuno. Todavía no he superado su anatomía cuando me saca del baño. *Sí es un*

pirata. El más peligroso de todos. Me aferro a su cuello con las manos y a su cintura con las piernas, acercándome más a su imposible erección, esa que él quiere que sienta desde el minuto cero. Mi corazón tropieza consigo mismo cuando me mira y en cuanto me besa pierdo el norte, el sur, la cabeza y el juicio por completo. Es hipnótico y dejo de ser consciente de lo que me rodea hasta el punto de que podría llevarme a Tahití y ni siquiera me enteraría.

Me clava los dedos en la carne del culo mientras yo hago lo que puedo por estar más cerca suyo, por abrirme más, por darle un mayor acceso. Me deja en la cama, se tumba encima y sé que me va a matar antes siquiera de que esto empiece.

Por si tiene tentaciones de pensárselo dos veces, alzo las caderas para profundizar el roce contra su erección, una vez, y otra, y otra, y él gruñe haciéndome estremecer sin dejar de corresponderme. *Ni sé lo que me hace, solo sé que me gusta hasta la muerte.* Cada beso que me da es el mejor beso de mi vida, marcan un antes y un después. Su cuerpo se tensa bajo mis caricias, mis uñas y mi lengua, y al igual que mis gemidos, sus gruñidos se vuelven más frecuentes.

—Te quiero dentro de mí —admito, a lo que él responde inhalando con fuerza.

Segundos después se yergue sobre sus rodillas y se libra de sus bóxers robándome todo el aire de mis pulmones.

Sé que ya la he tenido en la boca, pero aun así me arranca un jadeo abrupto. Tardaré en acostumbrarme al hecho de que mi imaginación no llegaba *taaan* lejos.

—Para —dice, pero no sé a qué se refiere porque no me he movido.

Rasga el envoltorio del preservativo con los dientes y solo con verle exhalar con dificultad y maldecir mientras se lo pone, intentando no correrse sin dejar de mirarme el cuerpo expuesto para él, deja a mi vagina palpitando y en las últimas. *La única explicación racional a que exista un hombre así es que se haya escapado de algún templo griego porque es evidente que sigue siendo de piedra.*

—Si vuelves a gemir así… —no termina su amenaza, pero quiero que me declaren culpable de todo delito.

Acaricio su erección en cuanto se acerca, en cuanto vuelve a besarme con una desesperación que se me antoja cual reflejo de la mía. En cuanto se estremece me coge las muñecas, las fija contra la cama por encima de mi cabeza mientras desciende por mi esternón haciéndome de todo, machacándome hasta las células, dejando clara su experiencia.

—Mentiste en lo del sexo, ¿verdad? —me retuerzo contra él mientras me besa la mandíbula de un modo desconocido para mí.

Todo en él desprende una urgencia insaciable halagadora.

—Sí, no era un diez por ciento, sino un uno. —Me lame, me chupa, me succiona, me saborea—. Y en ese uno estás solo tú.

Espera, ¿qué? Su erección se desliza por mis pliegues y los dos nos fundimos en un océano de placer. Mi corazón se da la vuelta cuando me mira porque *me ve,* a mí, y parece encantarle. La primera embestida es deliciosa, la segunda sella el trato. Cada movimiento está cargado de una desesperación excitante y de una terrible y potencialmente-dolorosa dulzura que me desarma de todas las maneras posibles.

—Solías hablarme sobre no sé qué línea…

Me maldice, me besa y me olvido de cómo funciona eso de hablar.

Me embiste como si quisiera llegarme a la garganta y mis descontroladas caderas

pasan a moverse solas. *Necesito más*. La velocidad aumenta, y el calor, y las ganas... Luke deja de respirar, algo que yo he dejado de hacer hace mucho rato. *Apnea del sexo, que lo llaman*. Poco a poco me dilata, haciéndose espacio dentro de mí sin dejar de soltar una ristra de «la hostia», «Daze, lo tienes tan prieto», «eres una puta fantasía», y yo hago todo lo que puedo por aguantar. *Evidencia clave de que el orgullo te vuelve tonta*.

Parece que le gusto más de lo que le ha gustado nada en toda su vida y eso me está poniendo más que a mil, está desbloqueando nuevos campos de placer que yo no sabía que tenía.

—Vas a tener que darme un segundo para que no me corra contigo —el deje de súplica acompañado de la ralentización de sus movimientos me hace creerlo.

—Tus microscopios son peores que los míos en NeuroSynTech, ¿te he cortado el rollo?

Por la forma en que su boca se abre contra mi cuello y me devora, el modo en que sus dedos se clavan contra mi cadera mientras su polla pulsa con fuerza en mi interior, diría que no. No se lo he cortado.

El sexo se vuelve hambriento. Entusiasta hasta un punto incansable solo para conseguir zambullirnos en taladrantes lagos de satisfacción pura que nos vuelven dos seres codiciosos y nos motivan a esforzarnos más. *Es una competición*. Usa los dientes, yo las uñas, nos movemos por la cama, una lámpara acaba rota cuando intento agarrarme al cabecero y la pillo por el camino, pero no parece importarle.

Huele como para morirse y folla como para pasar la puta eternidad en el infierno y decir «valió la pena».

—*¡Luke!* —Me estremezco rompiéndome en un relámpago de éxtasis y placer sudoroso, mi cuerpo empieza a convulsionar y no me reconozco, estoy llena por completo.

En realidad no lo estoy, lo sé cuando un instante después se abre paso hasta mi tope, el límite, entonces suelta un gruñido gutural y el orgasmo me atraviesa sin piedad, ni misericordia.

No entiendo cómo he vivido sin esto.

No entiendo cómo no voy a morirme sin esto.

Estallo como fuegos artificiales y el beso sucio y perfecto que compartíamos se rompe para dejar paso a mis gemidos. Unos a gritos que fijo me echará en cara más tarde, pero ahora no, ahora los honra y venera.

—*Jod... Daz...* —Sus palabras se cortan, las embestidas se quedan en pausa un instante y luego se corre conmigo con la fuerza del volcán en erupción más bravo de la tierra, obligándome a sentir su orgasmo atravesándome con deliciosa violencia y grabándose a fuego en mi memoria cada detalle.

El sexo no es así, ¿verdad?

No cambia cada fibra de tu ser y te vuelve una esclava de la sensación más explosiva y perfecta jamás sentida, ¿a que no?

Y si estamos de acuerdo, ¿qué narices acaba de pasar?

18

John-Luke



El sol entra por las ventanas del laboratorio con olor a desinfectante en el que me meto en cuanto ella se marcha. Nunca he sido tan consciente del exceso de blanco que me rodea. *Ni de la falta de flores. Pero ahora sí.*

Soy incapaz de dejar de pensar en su cuerpo haciéndose pedazos. En todo lo que me ha permitido. Soy el hombre más afortunado de la faz de la tierra y también el más repugnante. *Joder, he permitido que pase todo lo que me prometí que no pasaría.*

Debí esforzarme más en hacer que renunciara.

Me froto la mandíbula intentando aferrarme a algo que me mantenga sereno mientras mi subconsciente busca razones para presentarme en el aeropuerto con tal de besarla de nuevo. En realidad, haría mucho más que eso en mitad del aeropuerto si ella me lo pidiera.

Estoy enfermo.

Trasteo con mi libreta azul, apuntando lo último que dijo sobre las muestras, hasta que de repente, somos tres en la sala.

—Toma.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí, Alex? —pregunto cogiendo a N-Kale en brazos—. ¿Por qué me das a tu hijo? Ya sabes lo que opino de que lo traigas al laboratorio.

El bebé suelta una carcajada y me siento mejor conmigo mismo. *Tiene que irse.*

—Verás, os hemos oído. A Daisy y a ti, ya sabes... divirtiéndoos. —Sonríe de esa forma que te hace desear que se le atragante la galleta que mastica.

—Joder.

—Como para no oíros, ¿sabes? Esto será una mansión, pero tiene unos buenos pulmones. ¿Creías que las paredes estaban insonorizadas? La próxima vez podéis probar a cerrar la puerta de la terraza.

—Piérdete, Alex, ¿quieres?

—¿De verdad no vamos a hablar del tema? Joder, si probablemente es la única mujer con la que te has acostado en meses.

Años.

—Alex. Deja de hablar.

—En fin, Kían está celoso y furioso, y la única manera de librarte de su ira es si tienes a mi N-Kale en brazos.

—No voy a usar a tu hijo de escudo —se lo devuelvo—, y sácalo de aquí, hay demasiados peligros.

—Mírate, estás radiante.

Sí, porque sigo dentro de ella, sintiendo cómo se corre en mi polla y por lo visto, es a lo que quiero dedicar mi vida de ahora en adelante. Que le den a la biotecnología.

—¿Yo? Para nada. —Aprieto los labios—. Es solo que...

—¿Qué?

—Nunca digo que no a unos cuantos puñetazos. Pero tú eso ya lo sabes.

—Verás, yo tengo que irme unos días fuera de Maine, a grabar un par de anuncios para promocionar «Más allá del horizonte perdido», cuyo rodaje todavía no ha empezado, ya sabes, el mundo del entretenimiento es… en fin, un sin sentido. Pero os vais a quedar solos con N-Kale y no quiero que convirtáis esto en una jaula de hienas rabiosas.

—¡JL! —brama Kían desde la escalera, oímos sus pasos.

—¿Cuándo dices que te vas? —pregunto a Alex poniéndome en pie, estirando los músculos.

—Esta noche.

—Entonces tenemos tiempo de sobra.

—Rastrero cretino de los huevos —Kían abre dando un portazo, pero va vestido de calle. *No estaba en casa. Alguien se lo ha contado.* Miro a ese *alguien* que sujeta un bebé en brazos—. Has tenido que sobornarla o hacerle puto chantaje para que una mujer como Daisy mirara siquiera en tu dirección. Vas a pagar por jugar sucio.

—Esto no ha sido nunca una competición y yo no he jugado sucio. —Sonrío pensando en que algo sucio y delicioso sí he hecho—. No me hace falta.

—Al ático —ordena—. Ahora.

—Por mí bien —accedo y sale del laboratorio con un gruñido—, pero no deberías culparme a mí. Te dieron un cerebro, no es cosa mía si decides usarlo en ahorro de energía.

—Míralos bien, Nate —dice Alex acunándolo—. Así es justo como no tienes que ser cuando crezcas. No me mires así, JL, mejor que lo solucionéis cuando todavía puedo evitar que os matéis. —Dicho esto sigue a Kían al ático.

A veces dudo si quiere sembrar paz o disfrutar del espectáculo.

Ten hermanos para esto.

Mucho después, me ducho y bajo a la cocina desierta a por hielo. El problema llega cuando la veo por todas partes. Recuerdo lo que ocurrió aquí hace un par de noches. Nos habíamos quedado en el laboratorio hasta tarde y nos entró hambre, así que bajé a por algo de comida para los dos. Llegó a la cocina hablándome de la idea que había tenido para solucionar un problema con el software y acabamos muy cerca.

Si solo iba a comérmela, no sé por qué rozo la fresa contra su labio inferior y la mancho de chocolate.

—¿Eso es que vas a dejarme hacer el análisis gamma? —pregunta tragando con dificultad.

—No, no tenemos tiempo para eso. Nos retrasaría.

El vestido de hoy es más corto que de costumbre y lleva poniéndome malo horas y sé que voy a acabar diciéndole que sí porque en realidad, es un gran movimiento. Uno que no me interesa. Espero que me bese y me robe las fresas, pero no hace eso. Se arrodilla y acaricia mi polla con los labios a través del pantalón.

—¿Qué estás haciendo?

—Ser convincente.

—Daze.

—Esto ni siquiera es cruzar la línea. Piénsalo, vas a hacerle a mi boca lo que yo quiero que le hagas. Esto es solo para mí. —Lo dice con tal sensualidad mientras sigue tocándome de ese modo delirante, que cuando me la saca ya la tengo dura como una

piedra.

Lo que ha dicho no debería tener ningún sentido, no cuando sé lo que intenta, pero joder, no puedo pensar.

—Llevo tanto tiempo soñando con esto… —Alza su mirada turquesa hasta la mía, entonces saca la lengua y me recorre entero apuñalándome con el placer más bruto.

—Hostia, Daisy.

Sus dedos resbalan y se tensan contra mi piel caliente, es enloquecedor. Mi polla late con fuerza aferrándome a los últimos vestigios de autocontrol. No sé si se da cuenta de que podría correrme con solo mirarla y que no hace falta que… Su lengua alcanza la parte inferior de mi erección y cuando llega al frenillo estoy a punto de hacerme putos pedazos.

—Mmm, ya no quieres discutírmelo todo, ¿a que no? —no me da opción a decir palabra, vuelve a pasar la lengua despacio y siento que mi cerebro se corre setenta veces. Se me arquea el cuerpo como para partirme la columna vertebral y aprieto los puños mientras ella ejerce una presión cada vez mayor y succiona.

Voy a confesárselo todo, ¿a que sí?

Vamos, no me jodas. Aguanta.

Es tarde, pero la cocina tiene varias puertas de entrada y debería pararla por si entra alguien. Debería, pero no soy capaz porque me chupa el glande como si fuera un puto caramelo y entonces se la mete mucho más adentro. A partir de ese momento, ya no se aleja de mí, sus labios se ciernen sobre mi polla y soy yo el que está de rodillas. Aumenta el ritmo y paso a follarme su boca.

—Eres una maravilla, Daze, eres increíble. —Nunca he estado más desesperado por correrme de lo que lo estoy ahora, pero no quiero que termine.

Oigo uno de sus gemidos haciendo eco por la cocina entre muchos de los míos roncos y el alivio es una tortura constante, despiadada, intensa. Me aferro a su pelo con tal de guiarla, aunque no lo necesita. Es perfecta. Y preciosa.

—Qué barbaridad, dios, Daisy —Tenerla de rodillas dispuesta a hacer esto por mí es un puto sueño—. No te haces una idea de lo que me estás…

Gime más fuerte contra mi erección mientras sus pezones se marcan en la tela de su vestido. Sé que con una mano trabaja mi base, mis huevos, mientras su garganta se encarga del resto, pero en realidad no sé lo que me está haciendo. En lo que me está transformando.

Quiero hacerla mía de todas las formas posibles. Es una necesidad urgente que me embriaga y me aterra.

El corazón me va a explotar. Llego al fondo de su garganta y me salgo de ella, mis caderas se mueven solas, me está convirtiendo en un crío inexperto y no lo soy. Pero joder. Joder. Maldigo, gruño, no puedo dejar de mirar la forma en la que mi polla se marca en su mejilla, ni perderme detalle de los sonidos que hace su garganta cuando me permite adentrarme en ella.

—Daze… estoy a punto…

Se aferra a mí, acelera el ritmo y no me da alternativa. No puedo asimilar que quiera que me corra en su boca, que vaya a darme ese beneficio. Succiona mientras juega con mis huevos haciéndome más de lo que puedo soportar. Me derramo luchando porque el terremoto que me sacude no me desintegre hasta las células.

Se lo traga. Todo. Y no solo eso, no rompe el contacto visual, ni deja de chupármela

hasta que termino por completo. Estoy temblando cuando se separa de mí.

—Me estás convirtiendo en una mujer insaciable, Luke.

—Tú a mí me vuelves loco. —Más de lo que imaginé que sería posible. La coloco sobre la mesa y la beso tan profundo que desde fuera parecería que me estoy alimentando de ella cuando, en realidad, lo único que esto haciendo es coger lo justo para sobrevivir. Siempre, siempre voy a necesitar más. Muchísimo más.

Después de coger el hielo para la mejilla y ponérmelo durante unos segundos en la tienda de campaña que Daisy me ha creado incluso desde la distancia, vuelvo al laboratorio. Al poco de trabajar, abro su portátil que sigue en la mesa donde lo dejó. *Ya, no es técnicamente legal, pero necesito unas notas. Me encanta la forma en la funciona su cerebro y…*

CHAT GPT (Jonathan)

Daisy: ¿Cómo puedo saber si alguien está sanando tras una pérdida importante?

ChatGPT: Las emociones extremas disminuyen con el tiempo. Si me das información más concreta, intentaré ayudarte. ¿Quieres ahondar en el tema?

Daisy: No, si no dejo de darle vueltas me volveré majara. ¿Te acuerdas de eso que dije sobre no encariñarme con nadie de mi nuevo trabajo?

ChatGPT: Claro, Daisy, recuerdo todo lo que dices.

Daisy: Genial… Eso da un poco de mal rollo, pero la cuestión es que mis intenciones han marcado un gol en propia. ¿Qué me recomiendas, Jonathan?

ChatGPT: Mis disculpas por el mal rollo… aunque técnicamente no tengo rollo. Pero volviendo a tu dilema: mi recomendación es que pongas cara de póker y te concentres en el trabajo.

Daisy: ¿Cómo narices va a solucionar eso mis sentimientos? ¿Acaso eres amigo del noventa por ciento de los adolescentes de todo el planeta?

ChatGPT: Esa información es confidencial :)

Bajo la pantalla de golpe. Las heridas de los nudillos tiran de mi piel cuando aprieto los puños. *Tengo que salir de aquí.* Encuentro a Kían en las escaleras y ninguno de los dos dice una sola palabra mientras subimos a mi coche.

—Ahí tienes un sitio.

—No me digas donde aparcar mi coche.

—Sé a qué viene mi mal humor, ¿pero a qué mierda viene el tuyo?

—A lo mismo, Kían —suspiro—. *A lo puto mismo.*

Nos bajamos a la vez, cerramos de un portazo a la vez y compartimos una mirada. Entramos en el Ancla Oxidada y está lleno hasta los topes. *Aquí huele que alimenta.* Ocupamos dos asientos redondos de cuerda junto a la barra, los únicos libres.

—¿Qué hacéis en ese lado? —pregunta Keylah sirviendo dos jarras de cerveza al mismo tiempo.

—Venimos a cenar —Kían se inclina para coger un par de cartas.

—Eh, somos clientes —me quejo cuando se las aleja.

—Esta noche no, arreando —mueve la cabeza y nos levantamos, lo lógico sería que para irnos, pero no.

Me remango la camisa y sigo a Kían detrás de la barra.

—¿Esto haces con todos tus clientes? —murmuro cerca de la hija del dueño.

—Eh, de morir, mis hijos serían vuestros. No os quejéis.

—De eso nada, serían de Karson —desmiento llenando los vasos de chupito que me pone en la mano.

—Además, eso es un castigo detrás de otro —suelta Kían antes de largarse a

repartirlos.

—*Ehhhhhhh* —una voz aguda llega desde algún lugar a ras del suelo.

—Calíope, ¿qué te he dicho de sentarte en el suelo, hija? Que te van a pisar.

Se levanta agarrándose a mi pantalón.

—¿Qué haces aquí, renacuaja? —Me agacho y le alboroto el pelo que se peina inmediatamente.

—Estaba robando unos gofres para Bennett cuando papá ha venido a buscarnos, hoy le han dado un balonazo en la cara en el recreo, ¿sabes? Se merecía un dulce. El caso es que papá se ha ido sin darse cuenta de que no estaba en el coche.

—¿Y dónde están ahora esos gofres?

—En la cocina. Tengo que esperar a que mamá termine y si los huelo voy a acabar comiéndomelos. Son con chocolate y caramelo —se relame los labios.

Tener hijos nunca ha entrado en mis planes, pero juro que a veces… me doy la vuelta y la miro por encima del hombro.

—Sube a mi espalda. Necesito mirar lo que llevo entre manos y tú vas a decirme a qué mesa llevarlo.

Sonríe y obedece.

—¡Todo a estribor! —dice y alzo la vista para ver dónde me señala: a la izquierda—. ¿Sabes? Pienso llevar un vestido naranja. Uno bonito, bonito.

—¿A dónde? —pregunto después del «que aproveche».

—A tu boda.

—¿La mía? —pasamos entre la gente—. ¿Y con quién me caso?

—Con Daisy, por supuesto.

Menos mal que no llevo nada en las manos.

—¿Sabes? El otro día encontramos un monstruo en casa —dice, porque así llama a las cucarachas—. Hileya lo atrapó, pero luego nos daba cosa matarlo, así que metimos el bol en la basura y lo tiramos todo muy deprisa.

Descubro que es el mismo que Raphael lleva días buscando, pero no digo nada. No llegamos a hacer diez idas y venidas, y ya se queda frita como una marmota.

—MacAlister, ¿la chica del vestido de flores sigue viviendo en tu casa? —Leo Adner me corta el paso, *él y sus buenas copas de más.*

—Sí, ¿por qué?

—Estaba pensando en invitarla otra vez a salir. Me parece que no me expliqué bien en nuestra primera cita, ¿sabes? Quiero compensarla. Disculparme. Aclararle todo lo que puedo ofrecerle.

—Tío —le doy unos golpecitos en el hombro—, pásate por casa cuando quieras. Estoy convencido de que aún tienes posibilidades.

Me llevo su plato vacío y me doy la vuelta mientras lo celebra para que no despierte a Calíope.

—Eh, abre —dice Kían ofreciéndome un mordisco de los sándwiches especiales de Raphael, el capullo lo suelta antes de que termine de morder y por poco la liamos—. Me largo.

—Espera, te llevo al parque.

—No hace falta, tengo como llegar. Buenas noches, Raphael. —Kían coge al vuelo el sándwich que le lanza, envuelto en papel de aluminio.

—Buenas noches, hijo.

—¡Muchas gracias por la ayuda! —dice Keylah.

—Piérdete. —La maldice con la mirada como si no fuera la hermana que nunca quiso y se larga al trabajo.

Pienso en Hayden y en las veces que me ha demostrado que le cubre las espaldas a mi hermano. Es un buen hombre. *El jefe que Kían merece.*

—¿Crees que me odia? —Keylah coge a su hija de mi espalda y la acuna contra su costado.

—No más que yo —digo masticando con la boca abierta.

Me da un beso en la mejilla como si eso zanjara el asunto y lo cierto es que lo hace.

—Esta pingaja no ha dejado de preguntar por Daisy desde que vinisteis a salvarme la vida, ¿lo sabías?

—El aprecio es mutuo, te lo aseguro —*no hay más que verla con ellos.*

Menuda puta tortura.

Prefiero una patada en los huevos, gracias.

—Mami. —Calíope se despierta con el jaleo de mesas y sillas mientras limpiamos el suelo pegajoso, Keylah aún la tiene cogida.

—Dime hija —dice buscando su mirada.

—Te quiero tanto que no me cabes en el corazón, así que te guardo también en mis calcetines. —Calíope entierra la cabeza en su cuello antes de seguir durmiendo y veo como Keylah se agarra a la barra para no caerse al suelo.

Menuda blanda.

Carraspeo.

Me paso por la casa de Stapleton para coger el peluche favorito de Baguette. Odio cada segundo de estar allí, pero la maldita gata no deja de devolverlo cada día. *Espero que se acostumbre pronto a su nuevo hogar y deje de torturarme.* Salgo del coche cuando, al llegar a la entrada de la mansión, encuentro a Zelle y a los cachorros con Baguette. Los siete se quedan petrificados al verme.

—¿Estabais convenciéndola de que no se escapara o escapándoos con ella? —pregunto agachándome hasta ellos.

Zelle se tumba en el suelo dejando las patas boca arriba y sus cachorros la imitan. Baguette todavía me mira con cierto rencor por obligarla a estar donde no quiere.

—Sé que no soy Stapleton —acaricio al resto mirándola a ella—. Pero me gustaría que fueras parte de la familia.

Me lo tomo como un gran logro cuando también me deja que la acaricie, aunque sea poco. *Tiempo al tiempo, supongo.* Creed me corta el paso en el jardín antes de que entre en casa, tiene el ceño fruncido y acaba de separarse el móvil de la oreja.

—Tío, ¿tu duermes?

—No —sacude la cabeza en un movimiento seco—, tengo noticias. En relación a lo de Mason Kapner.

—¿Qué ha hecho? —masco el desprecio.

—Nada, por ahora. Solo te aviso de que la agencia ya me ha comunicado que nuestros seguratas han llegado a las instalaciones sin que Alex se entere.

—Bien. Que siga así.

Alex tuvo a un tío acosándolo hace unos meses. Nada demasiado perturbador, alguna que otra aparición sorpresa aquí y allá, pero investigándolo Creed y yo encontramos su historia. Hace años se obsesionó mucho con otro actor y llegó a presentarse en casa del

susodicho, a tatuarse su cara en la pierna y bueno, en definitiva, acabó causándole grave problemas psicológicos al pobre. *Los manicomios están demasiado vacíos*. Así que Creed y yo estamos cortando el problema de raíz.

—No podrá ni verlo salir del coche —asegura.

—Suena genial. Mantenme informado si hace falta contratar a más gente. ¿Sabemos algo de Rosemary? ¿Qué? ¿Por qué pones esa cara?

—Porque lo que tengo que contarte no te va a gustar una mierda.

—¿Qué narices ha hecho esa mujer ahora?

Apenas puedo dormir esa noche.

Por eso oigo el teléfono cuando me llaman del hospital.

Piso el acelerador por la carretera vacía sobrepasando el límite. Llego al que, con toda seguridad, es uno de los lugares que más detesto de la tierra. Las puertas automáticas se abren, paso a través del constante murmullo de enfermeros, residentes, médicos, y pacientes. Todos tienen mucho que decirse, unos cuentan con más tiempo que otros.

Las luces fluorescentes parpadean al salir del ascensor. Pregunto por él y camino en la dirección en la que me señalan. No tardo en encontrarlo. Lo veo a través de un cristal, con la pierna vendada, pero él no me ve a mí.

—John-Luke.

Me doy la vuelta para encontrarme con el oficial al mando, el jefe, el hombre de casi dos metros y tez oscura que protege a todos sus bomberos cueste lo que cueste, esos que también llegan con él.

—¿Qué cojones le ha pasado a mi hermano, Hayden?

—Tiene una quemadura de primer grado que le cubre buena parte del gemelo, pero se pondrá bien.

—¿Cómo ha sido?

—Había un coche volcado en la carretera de entrada a Saltwater. Mientras el equipo trabajaba para liberar a la víctima, el coche comenzó a arder. Kían sabía que no teníamos mucho tiempo, así que entró para serrar el trozo de metal que atravesaba el brazo de la víctima y nos impedía sacarla del vehículo. Logró liberarla sana y salva, pero la explosión lo ha pillado cerca.

—Joder. —*El muy inconsciente, siempre apurando al límite, ¿por qué no habrá sido contable?*—. Joder.

—Se pondrá bien —Hayden me aprieta la mano que pone en mi hombro—. Ahora toca reposo, analgésicos y paciencia. Estará como nuevo antes de que nos demos cuenta.

—¿Cuándo puedo llevármelo a casa?

—En unas horas, van a hacerle algunas pruebas para asegurarse de que su cabeza está bien. Perdió el casco y se dio un buen golpe.

Joder.

19

Daisy



Estoy ya en mi asiento cuando oigo a una azafata insistirle a alguien del avión que efectivamente, está prohibido fumar. Su voz femenina es un eco de mis pensamientos cuyo protagonismo no es, en absoluto, los salvajes orgasmos que me ha dado Luke. El fantasma de su recuerdo no zumba, para nada, por mi cuerpo causando estragos. *Pfff, ya le gustaría.* «No era un diez por ciento, sino un uno, y en ese uno estás solo tú». Siento un cosquilleo contrayéndome la parte baja del estómago. ¿Qué clase de hombre hambriento hace…? *Dios, si besa como para morirse.*

Lo que me ha hecho parecía sexo de odio con una pizca enternecedora y otra de una emoción muy íntima que podría confundirse con… no. *Nnnno. Nop. Ah-ah, en absoluto. [Eliminando pensamiento intrusivo].*

Aterrizo en Londres y pido un taxi.

El sexo no significa más que placer físico, ambos estamos de acuerdo en que no puedes colarte de tu enemigo. *Aunque reconozco que no odio su manera de expresarme cuantísimo le gusta todo lo que hago. En serio, todo, cualquier cosa, nadie me había hecho sentir más segura de mí misma en la cama. Bueno, en la cama, en el laboratorio, en la bañera, la cocina o donde sea.* Me abanico las mejillas con la mano cuando me arden y carraspeo recuperando el control de mi cabeza.

—Hemos llegado, señorita.

—Muchas gracias —digo después de pagar, tiro de mi bolsa de viaje y me trago las buenas vistas del castillo de Victoria Daughbeth.

Cruzo el eterno jardín con gotas sobre su verdosa hierba mojándome el largo del vestido amatista sin dejar de pensar en ellas. *Esto es mucho más fácil cuando estáis aquí. Venir sin vosotras es un sacrilegio a estas tierras.* La nueva entrada quedó preciosa tras las obras.

—Venga, tú puedes. Va, enciende motores. No sabes lo que hay en la muestra hasta que te atreves a mirar por el microscopio. —Llamo al timbre—. ¿Por qué he hecho eso?

No lo sé, igual que tampoco sé por qué, Frederic, empleado de la cocina, es quien me abre la puerta, pero me alegro de verle y se lo hago saber. Puede que me tiemblen las manos y se me esté girando el estómago. ¿Debería irme? *Quiero volver a la bañera.*

—¿Que mi Daisy ya está aquí, dices? —La voz de mamá suena más allá de la escalera. Oigo pasos y me acerco al pie de la escalera porque la espera me mata. En cuanto me ve, extiende los brazos hacia mí—. ¿Cómo está mi niña?

—Hola, mamá —impaciente, subo los peldaños que nos separan y me fundo en su cariño.

Da los mejores abrazos del mundo. Por eso he venido. La repaso de arriba abajo en cuanto me suelta y no entiendo cómo está más guapa cada vez que la veo. Su pasión ahora es por las vestimentas de España, lo cual significa una falda larga en tonos rojos muy vivos, una blusa negra con volantes y pequeños lunares rojos, y unos pendientes

que quiero robarle de… ¿qué son? ¿Anclas?

—¿Pero yo cómo te hice tan bien, a ver? —Me estruja la cara con ambas manos y reparte besos por el espacio que queda.

—Ya vale, que no he terminado de mirarte.

Hace caso omiso de mi petición, enlaza nuestros brazos y me lleva a la sala del terror.

—¿Cómo te va ese proyecto para el dolor, cariño? ¿Vas a poder emplearlo conmigo pronto?

—Mamá, tú no tienes ninguna enfermedad que te produzca intensos dolores que…

—¡Tengo cuatro! —Se lleva una mano a la frente, la muy melodramática.

—¿Estás llamándonos enfermedad? ¿En serio? ¿A tus hijas? —estrecho la mirada y ella se carcajea.

—Tienes muy buena cara y te brillan los ojos. —Aprieta su agarre y me pega a su costado—. ¿Sabes? No he podido evitar fijarme en que en tu correspondencia, hay cierta ausencia de comentarios acerca de tu nuevo compañero de laboratorio. ¿Es casualidad?

—Oh, ¿eso? Es que no nos llevamos bien. Nada más.

—Llevas mi medallón. —Me pellizca la barbilla—. ¿Eso también es casualidad?

Antes de que siga jugando a los detectives y a mí me dé algo, llegamos a una sala digna de salir de un cuadro antiguo. Una chimenea adornada con un reloj de bronce y dos candelabros, un par de sofás tapizados en terciopelo rosa cuya forma curva recuerda a un caparazón de mar, ventanales enmarcados por pesadas cortinas en color beige y una alfombra persa en tonos burdeos que amortigua nuestros pasos y sostiene la mesita del té. Mi padre está junto a la mesa esquinera con bebidas y siento como me cuesta más y más resistir el impulso de frenar mis pasos.

—Gideon, querido, nuestra maravillosa hija ya está aquí.

Un hombre con ondas castañas en su media melena y un afeitado impecable, se da la vuelta despacio mirándonos por encima de sus finas gafas. La elegancia de su vestimenta siempre ha ido acompañada de sus característicos aires de superioridad. *Esa mirada solía hacerme sentir insignificante, ¿por qué no siento nada?*

—Daisy —tres, dos, uno—, hola.

—Buenas noches, papá.

Su rostro disimula el horror como puede. Hace años que lleva pidiéndome que le llame por su nombre. *Me parece que no*.

—Te veo bien —continua alargando el silencio incómodo.

—Lo estoy. ¿Y tú?

—Mejor que tu acento, eso seguro. —Mueve su copa de champan a modo de despedida y vuelve a mi madre—. Victoria, ¿cuándo crees que estará lista la cena? Ando famélico desde hace un extenso puñado de minutos.

—Tenemos que esperar a los Athleen, Gideon. Sería de mala educación empezar sin ellos.

—Tal vez no de tan mala educación como retrasarse en la hora de llegada a una cena en el castillo Daughbeth. —Hace un movimiento de cabeza, tensa sus finos labios en una línea apretada y bebe.

Los siguientes minutos son súper cómodos, mamá hace malabares por incluirme en la conversación y mi padre los esquiva sin despeinarse. Al menos, tengo un martini en la mano.

—¿Algún problema en el trabajo, Gideon? ¿Hay algo que te preocupa?

—Pues ya que lo preguntas, sí, Victoria. Ayer colocaron unas pancartas de no sé qué nueva serie de un «horizonte perdido» que está bloqueando la fachada de mi compañía. ¡Le está quitando renombre a mi firma! La gente espera cierto standing cuando compra mi ropa. Qué vergüenza. No sé quién ha podido consentir semejante atrocidad. Pero voy a demandarlos.

Toso cuando el martini amenaza con salírseme por la nariz. *Yo lo mato. ¡¡Lo mato!!*

—Siento mucho oírlo.

—Señora, los invitados acaban de llegar —dice un empleado del jardín, que tampoco debería atender la puerta.

—Gracias, Adrec —Mamá y mi padre se ponen en pie y yo envío un rápido mensaje.

Mensaje para Alex MacAlister.
20:02 Te dije que te guardaras la ira MacAlister!!! Estás loco!!
20:03 Gracias, ¡¡te quiero!!

Los invitados aparecen en la sala. La hermana de mi padre, Lola, veinte años mayor que él, se casó con Mathias Athleen. Juntos tuvieron a la insufrible y odiosa de mi prima que concluyó el pack completo de altanería snob estándar. *Que me atropelle un tren y acabe con esta tortura.*

—¿No es maravilloso? ¿Hacía cuánto que no nos reuníamos todos?

La miro. Mamá es una gran mujer, una bellísima persona que daría la vida por mí, así que no entiendo estos arrebatos de pura maldad que le dan. Me acerco para darles un par de besos a mis tíos. *Ellos no los quieren y yo no quiero dárselos, pero así están las cosas.*

—Aquí está la chica que renunció a ser modelo con tal de encerrarse en un laboratorio —mi tía me aprieta la mano para que no me vaya—. ¿Recuerdas que te aseguré que te arrepentirías, Dazzy? Los mayores siempre tenemos la razón.

—Yo nunca trabajo con familiares —remarca mi padre.

Sí, eso ha dicho, y si estabas pensando que Gideon se alegra un montón de que trabaje en algo bien lejos de él… estarías en lo cierto, pero le hubiera valido también que fuera estrella del porno y no científica.

—Es Daisy, y me parece que ambas abandonaremos este mundo antes de que me arrepienta —digo y ambos dan un respingo porque nunca les corrijo y suelo callarme a sus impertinencias.

No sé por qué, hoy no puedo.

Lola se gira hacia mamá y Mathias me pilla por banda.

—Mencionar a la muerte en la mesa no es de buen gusto. —Me agarra el brazo haciéndome su presa mientras se apoya en su bastón.

—Lo tendré en cuenta cuando vea una mesa cerca.

—Dime, ¿estás tan soltera como siempre? —aprieta los labios en una mueca de reproche.

—No tengo pareja, no.

—Dudo que puedas hacer ya algo con eso —señala la parte baja de mi estómago con su bastón—, deberías haberlo aprovechado antes de que se quedara obsoleto.

Me alejo antes de decir alguna barbaridad. Saludo a la que falta, la que lleva la misma coleta apretada de siempre y desconoce el significado de la palabra «relajarse».

—Rosemary.

—Sabes que me incomoda que me llames así fuera del trabajo. —Me lanza una mirada ácida y corrosiva.

—Claro, perdona, Vykna. —Sonrío viéndola coger el cigarro y entendiendo muchas cosas—. ¿Ha ido bien tu vuelo hasta aquí? Ha debido ser duro.

—Muérete, niñata.

Sin duda esta va a ser una grata velada.

Nos sentamos a la mesa repleta de comida de aspecto delicioso pero que estoy segura de que se me va acabar atragantando.

—Daisy, la servilleta —dice mi padre, que insiste en que me la enganche al cuello como un bebé.

Lo hago porque si no, no vamos a poder cenar en paz.

—Mamá, ¿por qué está Elina sirviendo las bebidas? —pregunto por lo bajo cuando se marcha, ya que acostumbra a encargarse de la limpieza.

—Algunos llevaban muchísimos años haciendo lo mismo. Sé que por lealtad a la familia no se irán de mi lado, así que les pregunté si querían hacer algunas rotaciones y dijeron que sí. Los primeros meses Arthur y yo tuvimos que ser… pacientes —degusta su arroz caldoso—, pero lo cierto es que las cosas ya van mucho mejor.

Lexi lo dijo, que la peculiaridad de Arthur acabaría contagiándosele a mamá y a las pruebas me remito. Suerte que los adoro con todo mi corazón.

—Y dime, Daisy, ¿en qué andas jugando ahora? Supongo que tendrás trabajo —dice Mathias en un claro tono de lo-contrario-sería-inaceptable y me pican unas repentinas ganas de estar en el paro.

—En un proyecto… —oigo a Vykna carraspear—, que con suerte me hará rica.

—Perseguir el dinero es tan poco honrado. La gente adinerada suele ser cruel y mezquina —dice Lola bebiendo un trago de su copa de plata.

—No me he informado del tema porque tampoco me interesa —interviene Mathias—, pero dicen que los hombres científicos acaban todos estériles. El porcentaje es altísimo.

—Y falso —le digo a mi arroz—. A menos que reciban más patadas en los huevos que el resto de hombres.

¿Otra vez lo he dicho en voz alta?

—No seas impertinente.

—No lo soy, señor Athleen, solo digo que estaría bien contrastar algunas de sus fuentes.

—¡Sabes que mi hija lo es por culpa de su trabajo! —brama silenciando la mesa entera, aunque la última parte sea una total mentira—. ¿Por qué me obligas a admitir tan bochornosa verdad? ¿Acaso tu insistente desapego a los hombres es tu manera de ocultar que tampoco puedes tener hijos?

Antes de que le clave un tenedor en el ojo, Kitty se sube a mi regazo y me colma de mimos demostrando que los animales tienen un don para entender emociones humanas.

Un segundo.

¿Kitty?

Su lengua me babea toda la mano con una alegría desbordante que es real, del todo real.

—Mamá, ¿has vuelto a secuestrar a la perra de Lexi?

—¿Cómo dices, hija?

Oigo algo. Giro la cabeza hacia puerta tan rápido como para romperme el cuello, sintiendo que todo el vello del cuerpo se me eriza. Grito. Grito fuerte y mucho.

—¡Oh dios mío! —Corro hacia las tres.

—¡Daisy! —refunfuña mi padre—. ¿Y tus modales?

—¡Pero niñas! —exclama mamá emocionada, levantándose también.

—¡Sorpresa! —Amy, Nina y Lexi mueven las manos a modo de saludo y me estrello contra ellas en un abrazo desesperado.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto estrujándolas mientras el resto de los invitados murmura y se queja de que les interrumpan su cena.

—¿Pensabas que íbamos a dejarte sola en esto, cervatillo? Ni hablar. —Lexi me da un beso en la frente justo antes de que mamá llegue hasta nosotras

«Sawyer», leo en los labios de Nina. *Será chivato. Solo a él le avisé de qué día exacto viajaba a Londres.*

—Niñas, ¿por qué no me avisasteis de que vendríais? Habría avisado a vuestros padres, ¡a vuestras primas!

—Sí, ufff, menuda lástima —dice Amy.

El valor que mamá le da a compartir información genética es y será siempre un sinsentido para mí. Se quitan las gabardinas y chaquetas y me quedo sin habla. *La madre que las parió.*

—¡Vykna! —brama su padre—. ¿Qué representa todo esto?

Tres camisetas iguales. En un fondo blanco se lee «futura biotecnóloga en cobrar un pastizal de PharmaGenix» escrito en negrita justo encima de una foto de mi cara. *Ay dios.*

—Dijiste que ella nunca llegaría a tu nivel —Lola mira a su hija con decepción y desdén—, ¿a tu edad y te alcanza una muchacha que no llega ni a los treinta?

—¡Explícate! —Mathias da un golpe de bastón.

—Es una gran empresa, señor Athleen —interviene Amy.

—Sí y Daisy es una biotecnóloga espectacular, no es culpa de nadie —sigue Nina.

—Uy, Kitty, no, no muerdas la chaqueta de Gideon —dice Lexi después de tirarla sutilmente al suelo—. ¿Qué te he dicho de comer basura?

—Victoria, ¿sabías esto? —espeta Mathias mientras mi padre se vuelve loco.

—¿Lo de que es espectacular? Sí, de pequeña ya apuntaba maneras.

A Lola se la llevan los demonios y casi no puede disimularlo, Mathias parece estar a punto de sufrir tres infartos, ¿y Vykna? Ella está ocupada desintegrando a las cuatro con la mirada como para hacer caso de sus defraudados padres.

Digamos que los Athleen no están cómodos el resto de la cena y hacen turnos para salir a fumar o discutir. Acaban largándose por separado. *Es genial.* Lo pronto que la cena llega al dulce y último capítulo también.

Para terminar de evidenciar que tengo un ángel de la guarda, las cuatro nos apoltronamos en un sofá vintage de terciopelo mostaza compartiendo una manta y un bol de palomitas con chocolate blanco de contrabando. *Los empleados no son solo leales a mamá.*

—Tú tienes muy buena cara —Lex estrecha la mirada y me analiza con su iris de avellana.

—Gracias —acaricio a Kitty, otra heroína estrella de la noche.

—Seré más clara: tienes cara de haber tenido una serie de orgasmos-derrumba-

mundos hace muy pocas horas. Es evidente que lo del odio sigue yendo bien.

Resoplo y suelto una carcajada incrédula, pero me cargo de munición y ataco.

—¿Cuándo vas a decirle a mamá que estás embarazada?

—¿No quieres ir a despedirte de tu padre?

Está cagada por lo que pueda pasar, ¿más cenas? ¿Secuestros de bebés?

—¿Creéis que mamá entenderá alguna vez cómo nos sentimos? —pregunta Amy.

—Oh, ella lo entiende —asegura Nina—. Es solo que elige ignorarnos. Alguien debería estudiarnos y tratar de entender por qué la queremos tanto.

—Porque me pasé toda vuestra infancia anteponiendo gustosamente la felicidad de las cuatro a la mía —se para frente al sofá de brazos cruzados.

—Va a tener razón —murmuro.

—Es una mujer sabia —dice Amy.

—Y encima es tan guapa —dice Nina.

—Supongo que tendré que hacer lo mismo con mi hijo o hij… Ay dios.

Mamá se lleva la mano al pecho y hasta Kitty se queda inmóvil.

—Lexi, tesoro, ¿estás embarazada?

—Sí —musita pillándose el labio inferior con el superior, dejando claro que no era así como pensaba dar la noticia.

—¡Oh! ¡Pero eso es una gran noticia! —mamá se sienta en la mesita de café apartando nuestros pies, poniéndole una mano en la tripa—. ¿Desde hace cuánto, mi niña?

—Unos pocos meses —sonríe tímidamente.

Me limitaré a decir que se reparten *algunos* abrazos. *Sip, nadie aquí se vuelve loca.*

—Qué rápido pasa el tiempo —mamá se limpia las lágrimas—, hace nada os tenía por aquí correteando y ahora miraos, cuatro mujeres de las que me siento inmensamente orgullosa.

—Ya vale, ¿no? —se queja Amy inflando los mofletes sin dejar de llorar.

—Yo también tengo que daros una noticia —Victoria Daughbeth decide hacer una pausa para mirarnos una a una y acabar en mí—. No habrá más cenas familiares.

—¿Quéeee? —chillamos a la vez.

—Creeréis que hace años que os dejé volar del nido, pero no es así. No hasta ahora, al menos. Cada una de vosotras debía demostrarme algo para que mis nervios me permitieran dar el paso, para que mi conciencia de madre me dejara soltar las amarras tranquila. En algunos casos necesitaba ver que sabíais como dejar entrar a la persona adecuada, en otros que erais capaces de pedir ayuda y en otros necesitaba veros convertidas en vuestro verdadero yo.

—¿Estoy soñando? —susurra Lexi.

—Shhh, no me despiertes —dice Nina.

—Lo habéis conseguido, así que de ahora en adelante, si no queréis ver a vuestros padres y su rama familiar, no me opondré. Estoy orgullosa de las cuatro y espero que vengáis a verme muy, muy a menudo. Aunque deberíais llamar antes de presentaros porque Arthur y yo vamos a recordar lo que es gozar de verdad de la vida en pareja, a viajar por el mundo en plan romántico para disfrutar del tiempo que nos queda juntos. Lo cual supone que esta casa va a estar bastante tiempo vacía. ¿A qué vienen esas caras?

—No sé si me siento graduada o repudiada —admite Amy.

—Sí, qué agridulce —admito.

—Niñas, esta siempre será vuestra casa y yo siempre seré vuestra madre. Si me necesitáis, volaré desde donde haga falta.

—*Mamá*… —suspiramos a conjunto.

—¿Podemos quedarnos todas a dormir? —pregunta Amy la ex-tía-dura.

—¿Y puedes sentarte a ver una peli con nosotras? —se suma Lexi.

—¿O unas cuantas? —pide Nina.

—¿Y crees que podrías pedir más palomitas de estas mientras accedes a todo lo demás? —pregunto y suelta una carcajada.

—Claro que sí, niñas. Me encantaría.

Escogemos una sala con televisión y un sofá cómodo, llevamos cojines y todas las provisiones dulces que podríamos necesitar y creamos nuestro propio universo.

Esta noche, el castillo es solo de las Daughbeth.

20

John-Luke



Salgo a por ella en cuanto oigo el taxi llegar a la entrada.

—Ven. —La meto en la casa, en una habitación cualquiera en la que poder hablar.

Mira a su alrededor.

—Guau, este es el cuarto para la lavadora más grande que he visto nunca.

—¿Por qué me has mentido todo este tiempo?

—¿De qué estás hablando? Yo no he mentido.

—¿No? ¿Y cómo llamas a ocultar el hecho de que Rosemary es tu prima?

El brillo en sus ojos y la alegría por verme se apaga cuando sus hombros caen y suelta una exhalación.

—Ahhh, eso. —Hace una mueca—. Verás mi prima y yo tenemos una historia. Una mala. Desde que tengo uso de razón ha sido una fuente de problemas para mí, no quiero aburrirte con los detalles.

Aprieto sus brazos y solo entonces me doy cuenta de lo cerca que estamos.

—Abúrreme.

—Los primeros años de mi vida fingió que ni siquiera existía, luego llegó lo de romper o esconder mis juguetes o regalos que mis tres hermanastras hacían para mí. Esos últimos dolían bastante. Pensándolo en retrospectiva creo que odiaba lo de ser hija única… y ser hija de sus padres, también. A día de hoy se limita a mandarme todos sus éxitos por correo y a enviar mis meteduras de pata a mi familia porque «le preocupa mucho el rumbo de mi vida». Es ridículo, todos saben que no nos llevamos bien.

—Lo siento.

—Tranqui. La prefiero a ella antes que a Willow, al menos va de frente. Con Vykna, o sea Rosemary, nunca tuve que tragarme una traición para darme cuenta de con quién trataba. Fijo que el odio de mi prima nació a raíz de que su padre la tiene microscópica y su ego se basa en que su hija, veinte años mayor que yo, debe ser veinte veces mejor en el campo de la ciencia que compartimos.

Cosa que no es así, ni de lejos. Tú le das mil vueltas. Sonrío para mis adentros.

—Vale, continúa.

Se queda unos segundos mirando mis labios y me da que tan «para mis adentros» no ha sido.

—Antes de mudarme aquí temporalmente hablé con ella para pedirle una tregua. Vykna me dejó claro que compartir familia era una vergüenza para ella y que quería mantener una relación profesional cuanto más distante mejor y, ¿qué quieres que te diga? A mí me encanta lo de la distancia.

Pego mi frente a la suya y acaricio sus mejillas sintiéndome más aliviado de lo que debería. Saboreo sus labios como el puto débil que soy y ella se aferra a mí como si me hubiera echado tanto de menos como yo.

—No llevo ropa interior.

Rompo el beso.

—¿Qué acabas de decir?

—Es lo último que te ocultaba. Ahora sabes todos mis secretos, John-Luke MacAlister.

—Daisy Dooren, eres… —La puerta se abre, tres empleadas aparecen con cestas llenas de toallas y se petrifican al vernos.

La saco de allí escuchando algo que se parece mucho a mi risa. Estoy a punto de usar la carta de jefe y prohibirle que vuelva a ausentarse ni una sola vez más cuando detiene sus pasos frente a la puerta de uno de nuestros salones y se queda sin aire.

La sala desprende una elegancia atemporal, como si cada objeto hubiera sido seleccionado con el mimo de un coleccionista apasionado, pero no es eso lo que la deja en shock. Mi hermano está en el Chesterfield de cuero marrón oscuro con botones capitoné, con la pierna herida descansando sobre la mesa de café.

—Oh dios mío, ¡Kían!

Daisy no parece percatarse de la rubia que tiene encima comiéndole la boca (también conocida como la enfermera que le hizo las pruebas neurológicas que salieron bien) porque esquiva la mesa de billar y corre hasta él al ver el estado de su pierna.

—¿Qué ha pasado? ¿Te la has roto? ¿Cuándo? ¿Cómo?

—No es nada, tranquila. Son quemaduras de primer grado. Ni siquiera me dejarán cicatriz a largo plazo —explica acariciando la espalda de la mujer que tiene en el regazo.

Kían tiene una política muy estricta con ese tema: nunca se acuesta con mujeres a las que rescata. Es su código. Así que podría decirse que esas son las únicas mujeres de la faz de la tierra con las que *no* se acuesta. Me muero por verle sentar la cabeza con alguna. *Tendrá que ser una mujer de armas tomar, porque con él…*

—Eh, quita esa cara —dice mi hermano.

Entonces me fijo y veo que Daisy tiene los ojos llorosos y una mueca triste que me hace de todo en el estómago. Le cojo las mejillas con una mano y le alzo la cabeza.

—Para.

—¿De qué? —pregunta con la luz cálida de las lámparas de araña besando su cara.

—De… *eso* —señalo su cara y cuando se suelta sola, su mueca se vuelva más irritada que triste.

—Kían, ¿puedes caminar? —pregunta Daisy—. ¿Necesitas que te traiga algo? Te habrán dado medicinas, ¿dónde están?

Desvío la mirada para que no se me lleven los demonios cuando sonríe como un tonto.

—No hace falta que te molestes.

—No es ninguna molestia, estás herido.

Flanqueando el reloj de pared de papá, dos vitrinas de madera caoba exhiben una colección de libros encuadernados en cuero con los que, *es probable* que zurre a mi hermano.

—Guapita —interviene la rubia trayéndome de vuelta—, aquí la enfermera del bombero soy yo.

—Ahh, claro.

—Es evidente que no ves que nos estás cortando el rollo, así que te ayudo. ¿Por qué no te largas?

—Perdón —Daisy alza las manos—, yo no pretendía…

—¿Es que no pillas las señales? —La mira por encima del hombro con una sonrisa soberbia.

—¿Qué tal si las pillas tú, Evangeline? —Kían mueve la cabeza hacia la puerta.

—¿Vas en serio? —se ríe incrédula esperando una negativa mientras se aferra a su cuello.

—Muy en serio —le pone una mano en la cintura y se la quita de encima.

Evangeline lanza una mirada envenenada a Daisy que bloqueo con mi cuerpo y unos andares ofendidos después, oímos la puerta cerrarse.

—Kían, perdona, yo no pretendía estropearte el momento.

—Lo ha estropeado ella, Daisy. Nadie puede hablarte así en mi casa.

—¿Cómo está el héroe de guerra? —Stef llega con un plato de gofres.

Daisy y yo nos vamos a trabajar poco después. *O esa era la idea*.

La realidad es que yo trabajo y ella se vuelve una esclava del teléfono que ahora ambos usan como walkie-talkie. Aprovechándose de su estado, mi hermano consigue que esté pendiente de él todo el tiempo. *Le he puesto a un enfermero experimentado a su merced, no necesita atención médica de nadie. ¿Qué hace él? Llamar a Daisy.*

Me pone celoso que le dé tanta atención, lo reconozco.

—Pobrecito —dice hablándole como si fuera un bebé—. Lo entiendo perfectamente, Kían. Tú descansa, ¿vale? No hagas esfuerzos.

Joder, ¿oyes lo que te digo?

Está trabajando con el cristal de las muestras y su risa suave llena la habitación cuando Kían le manda un audio que no alcanzo a oír porque lleva un rato poniéndolos muy flojo. *Si es su forma de evitar que esto me moleste no está funcionando*. Cuando termina de grabar su respuesta, el lápiz que tengo en la mano se parte.

—No sabía que Kían era un cachorro de Golden Retriever.

—Está herido por salvarle la vida a alguien, se merece todo el cuidado del mundo.

—A mí no me hables en ese tono.

—¿En qué tono?

—Como si fuera un puto bebé, Daze.

—Ahh —se sonroja—, perdona. No me he dado cuenta de que seguía en modo mami protectora.

Mi polla sí.

La cosa sigue hasta que acaba poniéndome de los nervios. *Tanto que a la decimoquinta vez que la llama pongo una mano en la puerta cerrada del laboratorio y la encajono en el escaso espacio.*

—Solo iba a bajar un segundo para…

—No.

—Pero necesita ayuda.

—¿Te parece que lo que tenemos entre manos no es lo bastante importante? ¿Que el proyecto no merece toda tu atención?

—¿Y si mientras yo observo las células modificadas y compruebo la eficacia del prototipo, tu bajas y compruebas que Kían está bien?

—Lo está. Y Rosemary llegará enseguida —ahora que ya sé por qué me pidió cambiar el horario de hoy, preferiría haberme negado—. Y por favor, Daze… —la cojo de la cintura, aprieto el agarre y la atraigo hacia mí—. Por favor deja de usar *ese* tono.

O igual no aguanto más. Igual ya es tarde.

—Entonces, ¿bajas tú a verle esta vez? ¿O yo?

—Nadie.

—¿Porfi?

Joder.

Salgo del laboratorio ideando la manera más rápida de asfixiar a mi hermano con un cojín. Llego al condenado salón y lo encuentro con su enfermero Raymond jugando a las cartas. Las suelta en cuanto oye pasos, pero las coge en cuanto ve que soy yo.

—¿Puedes dejar de llamarla? La haces sentir mal por estar trabajando y es a lo que ha venido, ¿o te crees que está de vacaciones?

—Pero es que me duele.

—¿En serio? —Le miro la pierna y me acerco.

—No, voy drogado hasta las cejas —se ríe señalándome.

—Aquí está el héroe de la casa —Patty entra con una bandeja llena de la tarta favorita de Kían: una con todos los tipos de chocolate.

—Lo consientes demasiado.

—Tú no finjas que no perdiste quince años de vida del susto que te dieron al llamarte del hospital —Patty me aprieta una mejilla con la mano libre.

—No me asusté, esto ya ha pasado mil veces —digo, pero los tres se ríen.

—Yo estaba de guardia en el hospital cuando llegó, y recuerdo muy bien que lo hizo dando voces.

—¿A gritos? —se regodea el capullo—. ¿Dónde están tus modales, hermanito?

—A punto de mandarte al panteón familiar y no de visita.

—Deberías darme las gracias, JL —dice aceptando la tarta, poniéndole ojitos a Patty.

—¿Sí? ¿Y eso por qué?

—Cuanto más tardéis en acabar el proyecto, más tiempo pasará bajo este techo. ¿O qué crees que hará? ¿Quedarse en Saltwater por un rollo o lo que sea que tengáis?

Me giro hacia Raymond.

—¿No puedes drogarlo más?

—Lo siento, señor MacAlister, hay que esperar unas horas.

—Bien —le quito el móvil a Kían y lo dejo sobre la mesa de billar, bien lejos—. No llames a menos que te estés muriendo.

El problema es que cuando vuelvo, ella tiene la libreta azul abierta en las manos y los labios separados en una sorpresa inaudible. *Mierda*.

—Daze.

—¿Qué es *esto*? —pregunta sin dejar de leer.

—Notas —se la quito, alcanzándola en dos zancadas—, no tiene importancia.

—Tienen fecha de mi tercer día aquí, del quinto, ¡de hace unas horas! No lo entiendo.

—No hay nada que entender.

Se pega a mí con tal de recuperarla. No, se frota contra mí dando saltos, agarrándome y… joder, atontándome con su mar de curvas indecentes.

Me la quita.

—Primera semana, «este punto de vista es algo en lo que no había caído, es brillante, suprema», octavo día, «ingeniosa, rápida, eternas soluciones», decimosexto «su racionalidad complementa a mi lógica, pero también entiende mi caos». —Se le escapa el aire, baja los hombros y me señala con los ojos muy abiertos en shock absoluto—. ¿Qué es esto?

—Me gusta aprender de la gente con la que trabajo.

—Pero, pero… la fecha… Empezaste a escribirlo cuando llegué.

Me encojo de hombros.

—Puede que fueras difícil al principio, pero trabajábamos bien juntos. Al menos cuando estaba Rosemary presente. ¿Puedes respirar? Te vas a ahogar.

—Luke, esto es lo más bonito que alguien ha dicho de mí nunca. Laboralmente hablando.

Le reprocharía que no se dijera todo eso ella misma, pero no tiene pinta de que me oiga.

—¿Y cuál es tu ritual? ¿Sueles enseñar tu libreta de halagos cuando terminas el proyecto conjunto? Porque te lo juro, esto es mejor que una tarta de despedida.

Mis labios se mueven, pero no sale sonido alguno de mi boca. Rosemary aparece justo en ese momento y decido centrarme en no pedirle a esa odiosa mujer que coja sus cosas y se vaya a tomar por culo.

Pasan unos días y Alex está a punto de volver de su viaje. Kían, que ya está mucho mejor, decide pasarse a saludar a sus compañeros. Lo cual supone que por la tarde, Daisy y yo nos quedamos solos.

—Willow, ¿querías hablar conmigo? —Veo que Daisy coloca su iPad contra un microscopio saltándose las normas en vez de ir a la sala de al lado.

La cosa es que iba a quejarme, pero en cuanto ocupa un taburete… no puedo.

La abertura de su vestido de flores deja expuesta una pierna torneada difícil de ignorar. Me admito que me deja de rodillas y eso me da una idea. Cojo un taburete y me coloco a su lado, apareciendo en la imagen con ella.

—Estoy segura de que no era tu intención enviarnos un informe tan mediocre, pero esto es inaceptab…

—Hola, ignoradme, solo necesito estar en este lado unos minutos —pido y mientras Willow y su hija hablan con un tono repentinamente más agradable, cuelo la mano por la abertura de su vestido, le abro las piernas y empiezo a acariciarla.

Sus dedos llegan hasta mi muñeca y la rodean, me lanza una discreta mirada asesina, pero aun así no me aparta de sí. Le sonrío y a ella le brillan los ojos cuando me suelta.

Soy el puto gilipollas más feliz del mundo. La acaricio hasta que la fina tela de sus bragas está empapada, igual que mis dedos, hasta que su sexo se estremece entre palpitaciones y su necesidad es otra persona aquí presente en la sala.

Desaparezco de la imagen sin despedirme, me cuelo bajo la mesa, me pongo de rodillas, aparto sus bragas y me la como.

—¿Cómo dices?

—No he dicho nada —la voz de Daisy sale cinco octavas más aguda, un poco más y rompe los cristales.

—Bien, porque sabes que no soporto que me interrumpan cuando hablo.

Daisy echa atrás el taburete y cuando alzo la mirada, está jadeando. Su índice me señala con un ni-te-atrevas, así que cojo la mano y la beso, hasta que sus hombros ceden un poco. Esta vez cuando me acerco, hunde las manos en mi pelo así que pellizco sus pliegues sensibles con los dientes, golpeo su clítoris con la lengua y hago lo que hace falta para que le cueste tanto pensar como a mí.

—No puedo llegar a entender por qué hicisteis ese ajuste erróneo al presupuesto —Willow chasquea los dedos—, no lo entiendo porque sabes que debes consultarme estas

cosas.

—Juraría que te envié cuatro emails al respecto —murmura por lo bajo.

—En cualquier caso, es culpa tuya y te aconsejo que no vuelvas a morder más de lo que puedes masticar, me dejas a mí en evidencia con tus errores de novata y hay un límite de veces que puedes abochornarme.

—Explícanos, Daisy —interviene Brook con un tono mucho más petulante y molesto —, ¿cuáles han sido los últimos avances?

—Hasta los huevos del acoso laboral, ¿sabes que es denunciable? —gruño y ella da un bote.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Willow.

—Nada, nada. John-Luke está hablando por teléfono con su empresa, pero ya se ha ido de la sala. En cuanto a tu pregunta, Brook, creíamos habernos atascado cuando el prototipo falló ante las variantes beta del…

Se contrae cuando la huelo. *Duro. Como puto cemento.* Lamo su sexo de arriba abajo y lo hago tan profundo que se encoge y su espalda se curva con fuerza. *Solo le queda carraspear para disimular.* Lo hace y no puedo evitar sonreír.

Su mano se tensa en mi pelo, recuperando el hilo de la conversación como puede. Siento el pulso de su excitación contra mi lengua, veo cómo su deseo gotea por mí y tengo que agarrarme la erección para no perder la puta cabeza. Me la toco un poco de más porque no soy de piedra, aunque a ella le guste dejarme tan duro como si lo fuera.

—Este es un proyecto muy importante. Necesito que des un mayor rendimiento, Daisy.

—Y yo necesito que te corras en mi cara, Daisy —susurro.

Se inclina hacia delante para apoyar el codo en la mesa y taparse la boca con la mano cuando la cojo del culo y la atraigo hacia mí, pegándola contra mi cara para comérmela.

—Entiendo —asegura mientras su piel se calienta y sus caderas empiezan a acompañar mi trabajo.

Beso cada milímetro de su coño perfecto, resbalo despacio, haciendo círculos en su clítoris hinchado que se ha vuelto más sensible con las caricias adecuadas. *Aliados.*

¿Debería succionarle ahora? ¿Lo aguantaría?

—Brook todavía está a tiempo de sustituirte.

—Soy… consciente.

Está jadeando en susurros, más que lista, y mi polla no puede seguir aguantando la espera. Necesita ver cómo la avalancha de placer la arrolla y yo también.

Le meto dos dedos sin avisar, haciendo que suelte un grito apenas amortiguado por su palma, que se aferre a mi pelo con fuerza, pero que ni siquiera entonces me aparte. *Porque lo desea con todo su ser.*

Mi ego se corre del gusto.

—Y no puedes tomarte días libres porque tengas un simple resfriado, esto no es el colegio.

—Lo sé, pero tengo que irme ya.

Acelero el ritmo porque no quiero darle tiempo. *¿Enemigos, dice?* Succiono su clítoris y meto los dedos en su núcleo, más adentro, más profundo, una y otra vez. Mientras empieza a sacudirse de la forma más controlada que puede, los recuerdos de cuando estaba dentro de ella vuelan hasta mí como un castigo y a su vez, como una bendición. Willow sigue hablando. Ella está a punto, yo estoy a un puto suspiro también.

Cada gesto que hace, todo lo que es… me lleva al puto límite.

—Lo tendré en cuenta, hablamos en unos días. Adiós —por el estruendo que oigo, creo que se ha cargado el iPad, pero no importa porque yo ya he curvado los dedos y mientras succiono, machaco su paraíso sin piedad alguna.

Apenas tengo tiempo de saborear sus gemidos, enseguida se corre en mi boca cumpliendo todos mis sueños. Veo como el orgasmo tensa sus músculos, cómo le arrebata la respiración y la oleada me atraviesa a mí también.

Se levanta del taburete tambaleándose en cuanto recupera el oxígeno, me pongo en pie saboreándola, metiéndome esos dos dedos en la boca.

—Debería ser ilegal saber así de bien.

Me besa y no parece furiosa, parece que he cumplido todos sus deseos lo cual es una sorpresa porque su primera mirada ha sido del todo asesina. *Diría que quiere matarme, pero que no es lo primero de la lista*. Se gira en mis brazos, pega su culo contra mi erección mientras le beso el cuello y amaso los pechos en los que voy a pensar hasta el día en que me muera.

—¿Condón? —gime en súplica y sé que jamás seré capaz de negarle nada.

Rompo el envoltorio con los dientes, la inclino sobre el lavamanos de cerámica y le subo el vestido.

—Eres una puta barbaridad, Daze, ¿lo sabías? —Le muerdo la oreja. Se retuerce ante mis palabras y ambos gemimos cuando la punta de mi polla entra en su océano perfecto —. Eres increíble.

Se mueve contra mí, se aferra a la mano que tengo contra su pecho.

—Dios, *Luke*… sigue. Por favor.

Lo hago. Ganando profundidad. Perdiendo el puto norte.

Cualquier hombre perdería la cabeza por alguien como Daisy Dooren. Pero esa es la cosa, es edición limitada y no hay más, estoy seguro.

Su coño palpita contra mi erección, se cierne sobre ella y justo cuando creo que no va haber más espacio, me vuela la cabeza. Siento la calidez de su miel facilitándonos las cosas mientras sus gemidos cada vez más rápidos y débiles me las dificultan un huevo.

—Joder, me estás succionando, preciosa —suelto en un gruñido ronco.

El placer me apuñala cuanto más me acerco al límite y lo hace sin misericordia alguna, volviéndome un monstruo codicioso que solo quiere verla estallar en mil orgasmos a la vez. Le bajo un tirante para acceder mejor a sus pechos, ella se aferra a donde puede mientras la embisto. La imagen es demoledora. Es todo lo que quiero y querré.

—¡Luke! —Se pierde entre espasmos y sacudidas, liberándose solo para mí.

La puta satisfacción que me da saber que yo le he hecho eso me empuja más allá del precipicio y caigo, caigo y caigo. El orgasmo me revienta todo el autocontrol, acaba conmigo igual que ha hecho ella. Me derramo en el preservativo y dudo que algún día vuelva a ser el mismo. Me vibra el puto corazón, se me va a salir por la garganta, joder.

Se incorpora cuando todavía no nos hemos recuperado del todo, cuando los últimos latigazos de placer aún nos sacuden, y busca mis labios. *Sigo. Dentro. De. Ella.*

Sonríe y paso a hacérmelo con su sonrisa.

—¿Te estás riendo?

—Solo pensaba en cuando dijiste que no te gustaba el sexo.

—No sé qué cojones es esto. Pero sé que me lo haces tú —procedo a comerme su

cuello y ella vuelve a gemir, despertándome cuando todavía me falta el aire—. Para mí eres la primera en muchas cosas, Daze. En montones.

No me doy cuenta de lo que he dicho hasta que se aparta lo necesario como para mirarme.

—Para mí tú también lo eres, Luke. —El fuego turquesa desborda su iris y desarma mi coraza—. Hay ciertas cosas que nunca he hecho con nadie —su mirada se posa en el envoltorio del preservativo—. Pero que querría hacer contigo.

Está roja, jadeante, con los labios hinchados, el pelo revuelto y algunos mechones pegados a la frente. Juro que no he visto a una mujer más preciosa en toda mi puta existencia.

—¿Tú? —pregunta con cierta vulnerabilidad en el tono—. ¿Lo has hecho alguna vez sin…?

—Tampoco —sacudo la cabeza y beso su hombro—, nunca.

Me separo de ella, me deshago del preservativo y acaricio su rostro como quien toca una bomba con el contador a cero: consciente de todos los riesgos.

—Estoy limpia y tomo la píldora —dice con timidez, dejando que su vestido caiga al suelo.

—Yo también estoy limpio —aclaro, aunque imagino que no hacía puta falta.

Sonríe y me ayuda a desabrocharme la camisa. Con manos temblorosas, la subo a la encimera. Oigo mi exhalación forzosamente lenta y la miro bien, separándole las piernas. *Dios, está tan brillante*. Me doy la charla convenciéndome de que puedo durar lo necesario, que no voy a correrme en cuanto la pruebe, pero no las tengo todas conmigo.

—No hace falta que te tomes tu tiempo —dice leyéndome le pensamiento—, yo ya estoy a punto.

—Hostia puta, Daze —agacho la cabeza y empiezo a acariciarle el clítoris.

No mentía en cuanto a su sensibilidad, enseguida empieza a latir con rapidez, así que la beso y cuando tira de mí, no la freno. En cuanto entro en ella unos escasos centímetros veo las estrellas, la Vía Láctea y el más allá. No se parece a nada que haya probado antes. Quiero volver a besarla, invadir su boca antes de hundirme en ella, pero me esquiva con tal de no romper el contacto visual. Lleva las manos hasta mi cuello y las hunde en mi pelo antes de mover las caderas ganando centímetros.

Gruño como un animal.

Daisy sonríe y cuando la muevo buscando un mejor ángulo para ella, su rostro se contrae en una súplica silenciosa de placer aniquilador.

—Eres odioso —gime mordiéndose el labio y le beso la comisura porque me hace sonreír ahora, en un momento como este, cuando estoy a nada de perder la cabeza.

La embisto otra vez y el alivio nos muerde las terminaciones nerviosas al tiempo. Piel con piel, es una fantasía, una idea de olla.

—Joder, m… puta estampa —gruño.

Va a dejarme que la ensucie. No, mejor: quiere que lo haga. Mi polla se endurece más que nunca mientras ella la monta. Empezamos lento, pero enseguida nos puede el ansia voraz por descubrir hasta donde podemos llegar. Me cabalga sin romper el contacto visual porque aquí solo estamos nosotros. En esta casa, en Saltwater y en el puto sistema solar, porque desde que llegó, para mí solo existe ella.

Nuestros movimientos se vuelven erráticos, torpes, cargados de excitación

desesperada por ceder a ese delicioso instinto primario. Me salgo fuera de ella, la penetro un puñado de centímetros sin llegar al límite, me aferro a su cuerpo con mi vida entera, le clavo los dedos en la cadera, la presiono contra el lavamanos mientras ella me rodea la cintura con las piernas y me pide más y más fuerte, así que se lo doy mientras sus pezones se rozan contra mí masturbándome hasta el raciocinio.

Tiembla, chilla, se retuerce, me empuja más allá de lo que puedo controlar y es entonces cuando el orgasmo la rompe. La embisto más rápido hasta que me corro con ella, marcándola, haciéndola mía a otro nivel.

Durante ese largo instante me atrevo a soñar que sí, que es mía.

21

Daisy



Unos cuantos días después estoy sentada en la cama y soy incapaz de creer lo que estoy a punto de hacer. Zelle ladra a mi lado, también flipando. No son ni las siete y media de la mañana, pero estoy segura de que, si la Daisy del pasado pudiera verme, se sentiría terriblemente decepcionada. Pero a medida que el final se acerca, me veo obligada a dejar mi huella, así que permito que mis dedos hagan lo suyo sobre el teclado.

Sr. MacCapullo-MacAlister.

All-microscopes-lover.DD@daisies.with.science: John-Luke MacAlister es el científico más brillante con el que he trabajado, y he trabajado con muchos. Tiene uno de los rasgos que más admiro en un compañero, además de la infinita curiosidad y el latente respeto, y es el saber dejar a un lado las diferencias personales una vez empieza el horario de trabajo. Investigar a su lado me ha hecho mejor científica y por ello, le estoy agradecida. No tengo ninguna duda de que su carrera va a ser épica, más de lo que ya lo es.

Debería sentirme asqueada o traicionada por escribir eso de mi archienemigo. Achaco el bombeo frenético de mi corazón a eso. Entonces llega un correo a mi bandeja de entrada, es casi automático. Se trata de Gale Eliot. «Crucial regreso inmediato», es lo único que soy capaz de leer las diecisiete primeras veces. «Brook» es la siguiente palabra que se me queda atascada. Lo demás está borroso. Cojo mi portátil, lo llevo a su dormitorio porque ayer estuvimos trabajando hasta muy tarde e imagino que aún estará durmiendo.

Huele a sal marina, a lujo, a especias, a masculinidad de la que te ablanda sin que te des cuenta. Pero no puedo apreciar nada de eso porque estoy teniendo un ataque.

—Daisy, ¿qué...? —No sé cómo sabe la importancia del asunto, pero se deja la corbata a medio hacer y en cuanto le ofrezco el portátil lo coge.

—¿Te piden que vuelvas?

—No puedo volver.

—*...ya sabes que Malonne Adamio te tienen en muy alta estima y ha pedido que seas tú y solo tú quien empiece a trabajar con ellos en cuanto firmes el nuevo contrato. Brook acabará el proyecto del ADN por ti...* —deja de leer en susurros, endurece la mandíbula y parece a punto de hacerme trizas el portátil.

Jamás le perdonaría que me quitara ese placer.

—No puedo volver, Luke.

—No lo harás —dice y «enfadado» se queda corto.

—No puedo —repito en bucle.

—Tú no firmes nada, ¿de acuerdo?

—Quiero quedarme, terminar el proyecto. Por favor, tienes que ayudarme. Luke, *por*

favor.

—Eh —suelta el portátil en la cama, me coge de los hombros, me atraviesa con la plata de su iris y me deja en el sitio con la amatista—. Es *nuestro* proyecto. Vamos a solucionar esto. Juntos.

No dice que es de su padre. Ni que pertenece a su familia. Dice *nuestro*.

Me coge de la mano, se aferra a ella como si supiera que estoy a punto de caer por el precipicio y él no fuera a permitirlo. Nos pasamos horas en llamada con su empresa y con la mía, esperando convencer a todos los responsables antes de que las consecuencias sean inevitables. *Eliot me estaba comunicando hechos en ese email, no pidiendo opinión, ¿y si no hay nada que hacer?*

He llorado, he gritado, he clavado chinchetas en corchos y he lanzado un tacón a una pared inocente. Pero empiezo a ponerme nerviosa de verdad cuando me encuentro en la sala contigua y mi móvil lleva sin sonar unos largos quince minutos.

Tal vez me pasará lo mismo que a todas esas científicas a las que acabaron quitándole el mérito por algo de lo que eran partícipes y responsables. Puede que ni siquiera eso sea lo que más me importe, sino el hecho de que necesito acabar este proyecto. Luke me necesita tanto como yo a él. Brook no sirve para este tema, no tiene la paciencia que se requiere, ni la pasión y no se podría poner al día ni en cuatro meses.

Caigo en lo curioso que es que Luke adore su empresa por su padre, y las personas que todavía trabajan ahí, y yo adore la mía *a pesar* de ellas.

Me obligo a dejar de pensar antes de que me explote la cabeza, me bajo de la mesa en la que estaba sentada y vuelvo al laboratorio arrastrando mis preciosos tacones que a partir de mañana solo serán un recordatorio del peor día de mi vida. Le veo escribiendo en el ordenador, concentrado.

—¿Alguna noticia?

—Todavía no —teclea y teclea con el ceño fruncido.

—Si has tirado la toalla no te culpo. Al fin y al cabo, este es mi problema y lo cierto es que ya has hecho mucho. Más de lo que podría pedirte. Así que ni siquiera puedes recriminarte no haberlo…

—Eres mi constante de Planck, Daisy —suelta sin siquiera sacar la cabeza de sus cosas.

La constante de Planck es un número muy pequeño que se usa para entender cómo funcionan las cosas más diminutas del universo, tipo átomos, partículas y toda esa peña. Es fundamental en física cuántica porque, sin esta constante, las reglas del universo a nivel cuántico no funcionarían.

Me acerco dudando si perderé el equilibrio.

—¿C-cómo…? ¿Qué acabas de decir?

—Sin ti nada funciona —sentencia poniéndose en pie, atravesándome con la mirada —. Eres esencial para que todo tenga sentido. Si te vas, se acabó. No permitiré que eso pase. No cuando hemos llegado tan lejos. Tengo que hacer una llamada —sale de la sala y con el pulso desbocado, corro a apoyarme en su mesa.

Al final sí que van a tener que remplazarme, pero porque voy a morirme, aquí y ahora.

Treinta minutos después, estamos con Rosemary en plena faena porque el espectáculo debe continuar. *Se ha enterado de la noticia y no deja de relamerse del*

gusto. A mí hoy me da algo.

Nos centramos en el problema actual de nuestro prototipo: genera insensibilidad en la boca. Lo cual es peligroso por una larguísima lista de razones, entre ellas porque podrías morderte la lengua al hablar o algo incluso más digno de estar en una peli de terror. Así que mientras Luke hace pruebas conmigo, no digo ni una palabra.

Estoy sentada en un taburete frente a él mientras Rosemary está en una mesa a la espalda de Luke.

—¿Lo sientes? —pregunta él, lo lógico sería que sí, después de todas las modificaciones que hemos hecho y la de horas que le hemos echado al tema, pero no, así que sacudo la cabeza.

Más modificaciones. Más pruebas. Y más todavía.

«Luke» escribo en la mini-pizarra que me he agenciado.

—No hace falta que me llames, solo escribe lo que quieres decir —pide, no molesto, sino divertido, como si yo fuera una niña de año y medio intentando gatear mientras asegura que va a correr maratones.

«Zonas» remarco en pura euforia, en ese ataque de adrenalina asfixiante que te da cuando se te cae un poco la venda de los ojos y entiendes que te estabas dando golpes contra una pared.

—¿No puedes hablar y ya está? —interviene Rosemary con ese humor tan agradable que le deja la ausencia de toneladas de tabaco.

Choco el boli contra la pizarra como si eso fuera a hacer que me entendiera más rápido. Mientras garabateo más palabras que le puedan resultar coherentes, lo dice.

—No es ni blanco ni negro. Hay zonas de tu boca en las que ahora sí tienes sensibilidad y otras que están completamente dormidas.

¡Eureka! Lo celebro como si eso nos diera la copa olímpica del Pictionary, pero en realidad es una putada en mayúsculas con letras de neón, pero si quiere vernos alterados que se ponga a la cola. Intentamos averiguar cómo narices ha pasado antes de buscar una solución.

—¿Cómo vais a probar dónde va ganando sensibilidad si puede saberse? —pregunta Rosemary ya aburrida, distrayéndose con su teléfono.

—Besarte sería una opción —susurra solo para mí y sonríe cuando me sonroja la idea.

Su lengua explorando cada rincón de mi boca. Durante horas. Suena bien. Más que bien. Por desgracia, saca un Chupa-Chups de uno de los cajones de su escritorio, le quita el envoltorio y torturándome con una cercanía intoxicante, me coge de la barbilla dejando mis labios entreabiertos. *¿Es normal que ya esté palpitando?*

—Vamos a ir haciendo pruebas con el prototipo como hasta ahora y vas a decirme dónde notas el sabor a melocotón y dónde no, ¿vale? Debería ser cítrico para que lo notaras más, pero jugaremos con lo que tenemos. Abre bien la boca —pide con el mismo tono con el que suele decirme que abra las piernas. Me atraganto, pero obedezco—. Bien, para acelerar el proceso limítate a hacer «mmm» cuando lo sientas y «m-m» cuando no.

Tiene que estar de coña. Acepto porque la carta de discrepar no está sobre la mesa. Las primeras tres rondas son m-m, mmm, m-m. Me acaricia despacio, permitiéndome saborear todas sus malas intenciones mientras me lo mete.

—Mmm.

—Muy bien, lo estás haciendo genial, Daisy —dice premiándome y soy una mujer débil por su aprobación, por lo visto, porque empiezo a tener una piscina entre las

piernas y él cada vez está más cerca.

Luke toquetea mi muñeca un par de veces y voy ganando sensibilidad en algunas zonas, perdiéndola en otras. *Y palpitar, sí, cada vez más fuerte, por suerte eso no se verá reflejado en ningún sitio*.

—¿Qué me dices ahora? —juega con mi labio superior, haciendo todo el recorrido hasta el inferior muy despacio, secándome la garganta, acercándose tanto que lo único que huelo es su picante aroma especiado.

—Mmm —carraspeo cuando suena a gemido.

Le cojo de la muñeca y aprieto, y el capullo tiene la osadía de sonreír con esa mirada fulmina-bragas que voy a... ni sé lo que voy a hacerle. Es una suerte que con su enorme cuerpo me tape lo bastante como para que Rosemary no vea mi cara.

—Muy bien, eres una campeona —dice trayéndome más recuerdos inoportunos a la cabeza.

Esto debería ser frustrante.

Me coge el labio inferior con el pulgar y juega con mi lengua recordándome a la suya, juega con el interior de mi mejilla igual que hizo su polla. La pierna de Luke se cuela entre las mías y de poder hablar le preguntaría si ha perdido la cabeza.

—Dime, ¿lo sientes? —Pone su palma contra mi mejilla, inclinándose hacia mí, haciendo que desee sentir todas las partes de mi boca.

El caramelo explora más adentro y su pierna sube ligeramente más arriba. *Lo suficiente*. Mi boca no está tan adormecida como para no saber el movimiento que está haciendo más allá de mis labios.

—Mmm-m.

—Lo siento —su iris se vuelve de fuego—, no tengo registrada esa respuesta.

Con su propia lengua acaricia su labio superior y siento lava entre las piernas, además de un deseo incontrolable de besarle. Tengo que apretarle el brazo para reprimir otro gemido porque la forma en que me mira embriagado de poder y control me obliga a palpitar más fuerte, más rápido.

—Daisy, ¿qué sientes ahora? No nos hagas perder el tiempo —dice Rosemary soltando su móvil, acercándose a nosotros mostrando un interés irritado en el experimento.

—M-m —niego, él se aparta y yo palpito apoyando las manos en mis piernas para no caerme del taburete.

Aprieto en busca de control. Pienso en Brook y en Willow, y en Leo Adner que ha vuelto a escribirme pidiéndome otra cita. Pienso en cualquier cosa menos en John-Luke MacAlister y recupero mínimamente la compostura, pero estoy mojada. Empapada. *Por su culpa*.

Rosemary rellena el informe de nuestros avances (y nuestros muchos "pendientes") mientras libero mi muñeca del yugo de la tortura. No puedo evitar montar una fiesta en mi mente cuando se marcha. No llega a bajar la escalera antes de que Luke cierre la puerta de su dormitorio conmigo dentro.

—Eso ha sido juego sucio, Lucas.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer al respecto?

—Pagarte con la misma moneda. —Nos fundimos en un beso urgente y agónico.

Digamos que se me olvida mi perfecto plan de venganza cuando, después de desnudarnos el uno al otro en tiempo récord, me empotra contra la pared como si me

hubiera tenido ganas desde mi graduación. Se aferra a mi cuerpo intentando llegar más lejos mientras yo hago lo mismo con su boca. Su erección de hierro rompe y sacude todas mis terminaciones nerviosas, debilitándolas y dominándolas a su antojo. No puedo dejar de gritar su nombre.

El primer orgasmo me llega pronto y me funde hasta la última neurona.

El placer es animal y empiezo a pensar que antes de John-Luke MacAlister era virgen, porque mis experiencias sexuales previas a él no eran así. *Esto es un deleite de pura magia oscura, sucia y suculenta.* En cuanto recupero la respiración tenso los músculos internos, le muerdo el labio y hago todo lo que puedo con mis caderas para matarlo. Quiero acabar con él antes de que pueda hacerse con el control, así que me aplico a fondo. *Lo que no esperaba era que me arrastrara con él en caída libre. Otra vez.*

Compartimos su ducha y se empeña en besar cada rincón de piel expuesta que ve, a enjabonarla y a hacerme cosas que no van con nosotros. *Somos enemigos y la única razón por la que empezó esto fue para que él se evitara tener que rescatarme de citas espantosas y yo... en realidad no sé por qué acepté esto.* Cuando me envuelve en una toalla negra y esponjosa, me alcanza mi vestido.

—Tranquilo, no lo necesito.

—Claro. —Su voz es un gruñido ronco que me hace cosquillas muy adentro.

—Quiero decir que puedo ir a por ropa limpia a mi habitación.

Se pasa una mano por el pelo y asiente, pero acaba yendo él.

Me miro en el espejo y estoy... radiante. Entiendo entonces la razón por la que me duelen las mejillas: no paro de sonreír. La ducha ha estado inundada de besos, risas, caricias y mordiscos suaves. Mi corazón se acelera cuando una voz mezquina empieza a susurrarme todas las verdades que no he querido escuchar. *«Me estoy acostando con alguien que me odia. Esto no debería ser así. Mi sueño no era este, era el amor verdadero, construir una familia basada en esos cimientos. En vez de eso me estoy entregando a alguien que estuvo a punto de conseguir que me despidieran. Que sigue siendo un enigma pese a que yo ya no tengo nada que esconder. Ni siquiera puede decirse que seamos amigos, los amigos no ocultan toda una vida de secretos. ¿Qué estoy haciendo? Él no siente nada por mí y yo ya estoy más que enamora...».*

La puerta se abre y yo doy un bote.

—No sabía cuál querrías —el hombre que me ha embestido contra la pared como si quisiera hacerme atravesarla se sonroja y desvía la mirada mientras me pasa unas brasileñas de encaje rojas.

Mis ovarios se convierten en animadoras y lo convierten a él en el quarterback listo, estoico y dulce que, por lo visto, se sonroja. *Estoy jodida.* Por eso hago lo que hago, porque sé hasta qué punto lo estoy.

—He pensado algo —digo removiendo la cuchara en una de las ricas especialidades de pasta de Stef, mientras comemos en el laboratorio.

—Yo también, creo que cometimos un error en los cálculos del principio, quiero revisar nuestras anotaciones de entonces.

—No, me refería a... —carraspeo—, creo que debería tener citas de nuevo.

—Claro, tenlas. —Se llena la boca con una gran cucharada.

No es decepción lo que siento, es otra cosa.

—¿De verdad?

—Sí, Daze —me mira—. Total, a mí siempre me ha favorecido el naranja.

Una imagen de Luke condenado, cautivo y preso llega hasta mí como un rayo y no soy capaz de seguir con la conversación. Así que lo intento con otra.

—¿Algún día me contarás cómo te hiciste las quemaduras?

—No me las hice yo, me las hicieron. Y respondiendo a tu pregunta, no.

Queda claro que es el rey de apagar una hoguera echándole más gasolina. Al final la que se quema siempre soy yo.

No sé nada de Eliot cuando Mhílena entra en el laboratorio a media tarde y me pide que la acompañe sin decir a donde.

—Ha sido un placer conocerte, intenta no salpicarlo todo con tu sangre —suelta Luke a mi espalda antes de que me marche.

El muy capullo.

No tengo miedo, Mhílena me cae genial. *Aunque sí tengo un ligero déjà vu de puertas chirriantes y ambiente gélido-hostil-hogar-de-fantasmas que tuve nada más llegar aquí.* Me dice que hay un hombre en la puerta preguntando por mí, que no lo ha visto nunca en sus muchísimos años de servicio y que no puede dejarle entrar sin mi confirmación.

La curiosidad me engulle como una pitón famélica. La puerta de entrada a la mansión MacAlister deja de ser un impedimento visual y lo primero que veo es una maleta pequeña de Versace. Mi mandíbula cae al suelo.

—¡Oh! ¡Dios! ¡¡Mío!!

Quiero decir algo más, pero la euforia me está estrangulando la garganta.

—¿Qué hay, chica ciencia? —sonrisa confiada, ojazos gris claro y pecas, muchas pecas.

—¿De verdad estás aquí?

—En carne y hueso —olisquea el ambiente—. Es un poco predecible que el aire huela a mar en Saltwater, ¿no? —Se carcajea, su voz grave y masculina retumbando en mi corazón—. Oye, no me mires así, con los mensajes que me enviaste no me diste opción. —Extiende los brazos y corro hasta él.

Me levanta sin esfuerzo y da vueltas conmigo por el jardín. La risa incontrolable y la alegría se mezclan en el abrazo.

—No me lo puedo creer. ¿De verdad has venido a verme?

—¿Qué puedo decir? Tengo debilidad por las Daughbeth.

—Sawyer eres… ¡Eres…!

—Eh, nada de llorar. Prohibido. —Baja el tono—. Por la razón que sea. Promételo.

Le escribí contándoselo t-o-d-o porque es el hermano mayor que nunca tuve. Además, sabía que si les contaba la verdad y nada más que la verdad, a esas tres… digamos que las veo muy capaces de presentarse aquí con un vestido de novia. *Nop, no es precisamente lo que necesito. Más bien quiero todo lo contrario: desenamorarme.*

—Sabes que no puedo prometerte eso.

Refunfuña y me planta un sentido y largo beso en la frente. Solo entonces le echo un buen vistazo. Gabardina negra con hombreras y botones sofisticados, una camiseta blanca ajustada al cuerpo como para hacerte mirar dos veces, unos elegantes pantalones de traje y unos mocasines, probablemente carísimos. Junto a la ceja lleva varios brillantes pegados, pero hoy no hay delineado, es muy injusto que esté tan arrebatador se ponga lo que se ponga.

—Deja de mirarme así, DayDay, tú también estás muy guapa. ¿Qué marca de colorete usas, por cierto?

Le doy un manotazo en el brazo y mientras me pasa el otro por encima de los hombros, puedo imaginarme la que me espera con él. Al caminar de vuelta hasta la entrada veo que Mhílena ya se ha ido. Por lo visto no necesita más explicación que un súper abrazo a lo Mountville.

—¿Qué tal va tu proyecto?

—Genial, el prototipo casi está listo. Solo nos falta arreglar todos los errores.

—Sabes que no me refiero a ese proyecto.

—Mal, Sawyer. Va mal.

Asiente satisfecho con mi vaso de sinceridad. Antes de entrar, me suelta para admirar la fachada exponiendo su cuello de cisne y la nuez que lo atraviesa

—Así que esta es la famosa gran mansión MacAlister.

—Sip.

—¿Y dime, en cuantos de estos aposentos has…? Guau —deja de hablar y cuando me giro siguiendo la dirección de los ojos de Sawyer a mi espalda, me topo con John-Luke, taladrándome con una mirada demasiado bonita para ser verdad.

No tiene curiosidad por el hombre que está aquí conmigo, de hecho, ni siquiera parece haberle visto y eso que es difícil.

—Ya está.

—Ya está… ¿el qué?

—Ya está.

—Lucas, *en serio,* sabes que no estoy en tu cabeza y que no puedo saber… ¿Eliot? ¿El proyecto? —pregunto con un hilo de voz quedándome fría, en pánico, sin latido. Asiente con una cálida sonrisa-aniquila-ovarios y salto a sus brazos sin pensar en las descargas de su contacto—. ¿Es una broma?

—No es una broma —se aferra a mi cuerpo inundándome de su aroma y calidez—. Te dije que íbamos a solucionarlo.

—¿Pero cómo? ¿Qué ha pasado?

—He metido a PharmaGenix, ellos han hablado con NeuroSynTech. Han sido claros, si te quitan del proyecto para el que Pharma te quiere, les caerá una demanda de la que no se recuperarán. Estás más que salvada.

Oigo su preciosa sonrisa en el tono. Entierro la cara en su cuello y aprieto el abrazo hasta que se ríe y su carcajada retumba por toda mi piel, colándose en los lugares más recónditos, inapropiados y palpitantes de mi cuerpo. *Me ha salvado. Otra vez.*

Sawyer carraspea y solo entonces Luke se percata de que no estamos solos. Me deposita en el suelo con tanto cuidado que me deja claro que me ve como una bomba, pero de su marca favorita Dooren-extraexplosiva. Los primeros instantes apenas consigo separarme, apartar la mano de su brazo, de su piel, romper el contacto por completo cuando hasta hace un segundo nuestros cuerpos encajaban súper bien.

Lo consigo, pero lo que quiero hacer es hundirme en su boca hasta mañana. *Para ser sinceras, quiero hacer mucho más que eso.*

—Perdona —me aclaro la garganta—. John-Luke, te presento a mi buen amigo Sawyer. Ha venido a verme por…

—Porque ella me necesita. Siempre que Daisy llama, yo acudo.

—Es un placer.

No tengo pruebas, pero tampoco dudas de que cuando Luke corresponde al apretón de manos que le ofrece Sawyer, aprieta más de la cuenta.

—Lo mismo digo. Me alegra conocer por fin al tío con el que trabaja Daisy.

—Lo supongo, aunque me apena no haber oído hablar de ti —su voz suena a ladrido, uno grave y ronco—. ¿Ya sabes dónde vas a alojarte?

—De eso quería hablarte —intervengo toqueteándome el pelo entrando en pánico—. Esperaba que pudiera quedarse aquí. Verás, ha venido como favor y si no te parece mal, sería genial que se quedara. Solo para ahorrar tiempo en idas y venidas, por eso de que sigo teniendo que trabajar. Pero si es raro o un inconveniente demasiado aparatoso, nos buscamos un hotel cercano y vengo a trabajar mañana temprano, no pasa nada.

Luke le lanza una mirada poco amistosa a Sawyer y luego me lanza otra a mí que consigo descifrar. Finalmente, con un tono neutro poco revelador dice:

—Si es lo que quieres.

Le sonrío y asiento, pero esta vez no es de esas que parece que le gano el pulso a su estoicismo y me regala una sonrisa tan poderosa como para parar un tren, esta vez no la corresponde.

—Alex. —Luke lo llama en cuanto lo ve acercarse al piano ajeno a la batalla de miradas gélidas y saludos incómodos en la puerta—. ¿Puedes enseñarle al *amigo* de Daisy una de las muchas habitación de invitados que tenemos?

—Iba a enseñarle a mi hijo lo que significa de verdad un Claro de Luna, pero supongo que si el compositor lleva muerto más de cien años, puede esperar unos minut… —Alex deja de hablar en cuanto Sawyer y él cruzan miradas.

El tiempo se detiene y Luke y yo simplemente estamos en medio. Sawyer se ha quedado sin palabras y eso es un récord que no logra cualquiera, Alex debería estar orgulloso, aunque por el momento solo parece estar en shock.

¿Saco la polaroid? ¿Inmortalizo el momento para que llegue a Chicago, Virginia y Michigan?

—Bonita gabardina.

—Bonito bebé.

—¿Vives aquí?

—Sí —le tiende la mano—, Alex MacAlister.

Él entra en la casa para aceptarla y durante un largo segundo solo se la coge. El corazón me va a mil por hora. *Flechazo. ¡¡Flechazo!!*

—Sawyer Kshatriya, es un placer conocerte. —Baja la mirada hasta el bebé sin soltar a su padre—. ¿Y este muñeco adorable como se llama?

Alex parece estar haciendo esfuerzos para respirar y mantener la mandíbula endurecida en una pose de todo-me-resbala poco conseguida.

—Nate-Kale, es mi hijo.

—¿Mujer? —Lo suelta despacio, tratando de desintoxicarse.

—No, adoptado. Lo he tenido solo.

—¿De verdad? —Se le llenan los ojos de admiración—. Eso demuestra mucha valentía y coraje.

—Soy actor, me va lo de lanzarme al vacío sin seguridad de nada.

—Actor —paladea la palabra con la mirada cargada de deseo.

Con tantas chispas vamos a acabar dándole faena a los bomberos.

—¿Por qué no me encargo yo de subir tu maleta? —pregunto haciéndome con ella,

luego miro a Alex—. ¿Y si le enseñas lo bien que tocas el piano?

—Oh, no quiero aburrir a nadie.

—Me encantaría oírte.

—¿De verdad?

Se van sin despedirse y yo siento el impulso de, no sé, soltar unos pétalos rojos por el suelo o abrir una botella de champán. Miro a Luke con una amplia sonrisa, pero él sigue de morros. *Soy la pacífica de las Daughbeth, así que eso voy a hacer: pacificar*.

—De verdad que podemos irnos a un hotel, si te molesta. Es tu casa y no tienes por qué acoger a nadie que no conozcas. Él es un tío genial, pero eso aún no lo sabes.

Guarda silencio, coge la maleta de Sawyer y echa a andar. Le sigo. Subimos al primer piso mientras yo le cuento cómo lo conocí en Mountville, cómo nos ayudó y gracias a él le dimos su merecido a Heather. Entonces se detiene en mitad del pasillo y me mira desde las alturas.

—¿Es de fiar? Tu *amigo*. —Un músculo palpita en su mandíbula.

—¿No has oído lo que he dicho? Es el mejor, de la clase de persona con la que puedes dejarte caer hacia atrás sin miedo a aterrizar en el suelo.

—Bien, porque Alex no se merece que jueguen con él. Lo que sea que haya entre vosotros…

—Amistad —aclaro—. Oye, aprecio a Alex, no permitiría que jugaran con él.

—Bien —repite. Juraría que su espalda se vuelve más ancha por momentos, sus hombros más grandes y puede incluso que le aparezcan nuevos músculos—. Querrás que esté cerca tuyo.

Abre una de las tres puertas más cercanas a mi habitación, lo cual es un detalle. El problema es la química hostil que flota en el aire. Me confunde. No sé cómo he metido la pata. Por eso le persigo cuando camina de vuelta al laboratorio.

—Quiso ir a Londres —digo cuando pasamos cerca de su dormitorio—, presentarse a la cena de mamá, pero no tuvo oportunidad. Fue una pena porque se llevan muy bien.

—Ya.

Un muro, ¿y detrás? Otro. De repente una bengala en mitad de la montaña nevada ilumina el cielo con una luz roja: oportunidad.

—¿Qué hay de vuestra madre? ¿También os vuelve locos y os pide que os presentéis en…?

—No.

La distancia que nos separa se agranda a medida que el silencio se estira.

—Aun así, estoy segura de que conoces la sensación de querer tenerla contenta a toda costa.

No responde.

De repente pienso que el único momento en el que se abrió a mí fue cuando ocurrió lo de Stapleton, y nos pasamos la mayoría del tiempo en silencio. La voz de mi cabeza susurra algo mucho peor esta vez. *«Ojalá fueras tú, MacAlister, el hombre que tanto he estado buscando. Ojalá fuera suficiente para ti, para que me eligieras, para saber tus secretos»*.

—John-Luke —hago que frene sus pasos en el pasillo justo cuando ya me ha dado la espalda.

Cuando me mira, casi parece que se lo espere.

—No puedo seguir con… —miro su dormitorio y no me salen las palabras. Mi

garganta se ha vuelto de fuego y hay un nudo inmenso atravesándola—. Le hice una promesa a alguien a quien quiero mucho y no puedo rendirme.

—¿Rendirte? —repite una octava más grave—. ¿A qué te refieres?

—Con las citas yo… busco a alguien con quien compartir mi vida, a alguien con quien casarme y tener hijos. Es lo que llevo soñando desde hace siglos. Te agradezco lo que has hecho por mí, pero necesito seguir buscando. No puedo rendirme o Amy no me lo perdonaría. Honestamente, yo tampoco lo haría.

—¿Quieres casarte y tener hijos?

—Sí. Es lógico que te suene raro, muchos compañeros de trabajo me han dicho que soy un tanto fría para ser madre.

—Pues son gilipollas. —De repente parece muy enfadado, con el mundo o conmigo, no lo sé. Pero su postura es tensa y yo estoy fría, y sudando—. Daisy no deberías dejar que nadie te hablara así. Ni en el trabajo, ni fuera de él.

—Vale.

—Respetaré tu decisión. —Me aguanta la mirada y esta vez cuando se da la espalda no le freno.

Mamá dice que ya puede soltarme, que está segura de que me irá bien. Es curioso que haya elegido el momento de mi vida en el que más perdida me siento. *Lo que sea que vio ella, no soy capaz de verlo yo.*

Esa noche, después de cenar, Sawyer, Baguette, Zelle, los cachorros y yo compartimos una cama.

—Te has pillado bien, chica ciencia. —Me reajusta los parches antiojeras fríos como el hielo.

—Cállate, mira quién fue a hablar, no le has quitado la vista encima a Alex en ningún momento.

—¿Tú le has visto? —Juega con Curie pasándosela de una mano a otra mientras Baguette camina por la barandilla de la terraza—. Como para quitársela. Encima lee un huevo, le gusta el cine antiguo, el sarcasmo, sabe tocar el piano increíble, no es vegetariano y, siendo un poco superficiales, es el hombre más guapo que he visto en toda mi puta vida. Y no me hagas hablar de lo que he sentido nada más verle con ese bebé en brazos. N-Kale, qué buen nombre. Joder, ¿desde cuándo soy un puto debilucho con los bebés?

—Ha aflorado tu instinto paternal, ¿eh? Pues te diré que Alex es tan encantador como parece. —Le cuento lo que hizo en un ataque de ira contra mi padre y se siente en deuda con él, dice que va a intentar limar asperezas con Luke a cambio.

—Hablando del científico buenorro, ¿has hablado ya con él? —pregunta, pues su recomendación fue pedirle una cita oficialmente.

—No puedo, Sawyer. —Rocky se me sube a los pies cuando el nudo en mi garganta empieza a quemar—. Él no siente nada.

—Le he visto mirarte, preciosa, «nada» y unos cojones.

—No lo entiendes, no me deja entrar. No me deja ver sus sombras, apenas sus luces. Es evidente que quiere que me aparte, que es lo que lleva queriendo desde el principio y eso es… justo lo que voy a hacer.

Me abraza y dejo de ser capaz de contener las lágrimas.

22

John-Luke



Me despierto con la llamada de Keylah y solo entonces me doy cuenta de que me he dormido. Se me ha pasado la hora de entrenar, así que me doy una ducha y salgo de casa, para darme cuenta de que no me he afeitado. Vuelvo, me afeito, me corto sin querer y mientras sujeto un trozo de papel contra mi mandíbula estoy a punto de arrollar uno de los setos favoritos de Creed con el coche.

Hace varios días que el amigo de Daisy llegó a casa y no ha parado de meterse donde no le llaman. Colándose en el laboratorio mientras trabajamos, compartiendo con ella todas sus comidas, joder, incluso arrastró a Daisy a ver el parque de Kían cuando este se ofreció a hacerle un tour. «Porque ella me necesita, siempre que ella llama yo acudo». *Cretino*.

Golpeo la puerta con los nudillos, pero Keylah no es quien responde, tampoco Karson.

—*Oh*. John-Luke.

—Daisy, ¿qué haces aquí?

—Aquiles está colado por Daisy… —murmura Hileya en plan *zombie*, frita, cogida a la espalda de la mencionada como el caparazón de una tortuga.

—Keylah me ha llamado, ha dicho que no podía llevarlos al cole y me ha pedido el favor —explica—. ¿Qué haces tú aquí?

Puto Alex. Voy a partirle la cara por irse de la lengua y rajárselo a Keylah.

—Lo mismo. —Me autoinvito a pasar—. Tal vez Keylah no se fiaba de dejar a sus hijos a solas contigo.

Esperaba un comentario irritante, una mueca poniendo los ojos en blanco y ladrándome cualquier insulto ingenioso, pero no. Agacha la cabeza y asiente, dejando que me sienta como un gilipollas. *Es lo que soy, ¿para qué engañarnos?*

Le doy la espalda y veo el panorama, los tres con ropa de calle y parte del pijama, fritos por distintas partes del salón.

—Joder, Keylah. —*No tiene vergüenza*.

—No la culpes, tenía que ir al médico. Se ha ido a toda prisa.

Sí, al médico. A que le curen la lengua que suelta una de mentiras que no veas. Me cargo de paciencia y saco el móvil.

—No, no la llames. Me sabe mal. Yo puedo encargarme de todo, John-Luke, tranquilo.

Esa puta manía de llamarme por mi nombre. Conecto mi teléfono a los altavoces de la casa y reproduzco a todo volumen la única canción que les funciona a los cuatro. *As long as you love me,* de los *Backstreet Boys*.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Daisy tapándose un oído, sin dejar de agarrar a Hileya.

—Tienen que salir de casa en diez minutos, ¿te ocupas de las niñas? —Le grito.

Sacudiendo la espalda de Aquiles con cuidado—. Eh, a levantarse.

Daisy deja de estar tan blanca al ver que se mueven y empiezan a funcionar. Hay un estudio que asegura que nadie puede quedarse dormido masticando, así que cojo las galletas favoritas de Bennett y se las acerco a la nariz hasta que muerde.

—Calíope, ¿me oyes? —pregunta Daisy con extrema dulzura acariciándole el pelo a la pelirroja.

—No quieres que se duerma, ¿hace falta que te lo recuerde? —pregunto antes de dar unas sonoras palmadas—. ¡Arriba todo el mundo!

Como *zombies*, los cuatro empiezan a moverse, no, a mover el culo. *Joder, qué paciencia*. Quito a Hileya de su espalda y la llevo al fregadero de la cocina.

—La cara, lávatela, ¿vale? Si lo haces con agua fría, tienes premio doble —dejo las galletas a su lado—. ¡Bennett!

—Estoy aquí —dice con la cara hundida en un trapo de cocina, secándose con él mientras mueve el culo.

Esto no se lo diremos a Keylah. Pongo a lavar el trapo misterioso y les doy servilletas. Cómo no, todos están de pie, menos Aquiles que sigue aplastado en el sofá, en un trance interdimensional del que no sabe salir. Lo cojo de un pie y lo levanto.

—¡Luke!

Siempre que me grita o se enfada de verdad se le olvidan las nuevas formalidades. Sé que debería agradecérselo. Que separarme de Daisy es lo mejor que puedo hacer por ella. Que yo mejor que nadie entiendo que quiera buscar a alguien mejor que yo, encontrar a alguien que sí tenga madera de padre y que tenga la suerte de… en fin, una que yo no tengo. Lo entiendo y de un momento a otro dejaré de sentir un puñal atravesándome el pecho.

—No le pasa nada, lo hemos hecho mil veces. Eh, Aquiles, espabila.

—¿Qué haces boca abajo? —pregunta cruzándose los brazos por encima del pecho en pose de murciélago.

—¿Ya estás despierto?

—La que habla en sueños es Hileya.

—Perfecto. —Lo suelto y subo a por sus mochilas. Para cuando bajo cargado con las cuatro de deporte y las cuatro de clase, Daisy está sirviendo zumos—. No hay tiempo para eso —doy unos pasos hasta la puerta de entrada y golpeo el marco—, el bus escolar se larga. Subid o ateneos a las consecuencias.

—Pero… —Daisy se queda a mitad de palabra, con la emoción inundándole el rostro. Los cuatro salen corriendo y solo entonces dice—: Pero apenas han desayunado. Necesitan que alguien les sirva un zumo, por lo menos.

—Está bien así, tendrán tiempo luego. —Salgo con tal de romper el contacto visual.

Cogemos el coche de Keylah porque si no no cabemos ni de coña. En cuanto se meten dentro se vuelven cuatro cotorras infernales. Pero yo ya he profesionalizado mi técnica de no mirar a Daisy tratando con niños.

—¿A qué vienen tantas mantas? Que no es febrero.

—Como si lo fuera, sabía que el coche estaría congelado y no me equivocaba. ¿Quieres que se pongan malos?

—Deja de girarte, es peligroso —le clavo el índice en la barbilla y me esfuerzo en que no sea una caricia, pero lo acaba siendo.

Regla número uno: no tocarla.

Regla número dos: no inhalar todo su aroma cada vez que la tengo cerca.

Regla número tres: no besarla, bajo ningún concepto.

Al menos llevo dos de tres.

Calíope ve a una de sus amigas en cuanto aparco, abre la puerta del coche a toda prisa, en el trayecto se enreda el pie con el cinturón y acaba aterrizando con manos y rodillas con un buen golpe seco.

—Mierda, ¿estás bien? —me desabrocho y abro la puerta del conductor, pero Daisy ya ha llegado hasta ella.

—¿Te has hecho daño, cielo? —pregunta apartándole el pelo de la cara, inspeccionando las heridas mientras la Blackwood se aguanta las lágrimas.

—Ostras, Calíope… —dice Bennett asomado y compungido.

—¡Menudo guarrazo! —suelta Hileya y sé que se está conteniendo un «hubiera estado guapo verlo desde fuera» y más le vale que siga así.

—Au, la rodilla. Me duele —Calíope hace pucheros, dobla la pierna y todos vemos que tiene sangre.

Esperaba el drama más absoluto por parte de Daisy, pero con calma coge su bolso del asiento del copiloto, saca una botella pequeña de agua y tiritas.

—Ay, vaya susto que nos hemos llevado. Pero, ¿sabes una cosa? Has podido demostrar lo valiente que eres y ahora vas a poder presumir cuanto quieras —dice con naturalidad y una sonrisa dulce, antes de echarle agua en la pierna.

—Gracias. —Calíope sorbe por la nariz asintiendo, mientras pone una de sus manos sobre la pierna de Daisy.

Esta se queda petrificada unos segundos, pero se recompone. El disgusto de Calíope se diluye bastante cuando ve la tirita: es rosa, tiene lazos y también flores. Por lo visto es "*fantabulosa*".

—Además, has sido muy lista por poner las manos —continúa su incansable intento de reconfortarla—. Si hubieras caído de cara, hubiera sido peor.

—Te habrías dejado los dientes —dice Hileya y la risa de las dos Blackwood alivian el ambiente.

—¿Puedes ponerte de pie?

—Tranquila, Daisy, yo me encargo. Sube, te llevo a clase —Aquiles se agacha junto a su hermana y esta no se lo piensa dos veces.

Mientras a Daisy se le cae la baba, los cuatro entran en el colegio como la familia que son.

Volvemos a casa de Keylah para recuperar mi coche y apenas dice palabra. Apago el motor, pero ninguno de los dos sale del coche.

—¿Qué te ha pasado antes? Cuando he vuelto con las mochilas parecías a punto de llorar.

—No ha sido nada —dice con *esa* voz rara en ella, totalmente carente de alegría, la única que usa conmigo desde la conversación. Demuestra la prisa que tiene por dejar de compartir oxígeno agarrando la maneta y abriendo la puerta del coche—. Tardaré un poco en volver a casa, pero llegaré a tiempo para la cita con Rosemary.

—¿A dónde vas?

—Tengo que ir a enviar unas cartas.

—¿Por qué no se las has dado a Mhílena, Daze? ¿O a cualquiera de mis empleados? Lo habrían hecho por ti.

—Lo sé, pero quería hacerlo yo misma —sonríe, pero parece costarle un puto imperio. Se frena con la mitad del cuerpo ya fuera—. Otra cosa, ¿puedes no llamarme Daze?

Me convenzo de que mis latidos no son un barco sin puerto en un mar que no deja de agitarse, que no es nada. Pero sí parece *algo*.

—Claro, sin problema.

—Gracias —otro intento de sonrisa después, echa a andar y desaparece.

Si alguien pregunta por el estado del volante del coche de Keylah, no he sido yo.

Veo al responsable de la puta mierda de humor que tengo en el jardín, nada más llegar a casa. Salgo del coche y lo alcanzo en dos zancadas. Paso mi brazo por delante de su cuello y lo inmovilizo.

—¿De qué cojones vas, Alex?

—¡Au! Suéltame, ¡JL no seas crío! —intenta zafarse, pero no tiene oportunidad, su pilates no es nada contra mi ju-jitsu.

—No voy a soltarte hasta que me digas por qué lo has hecho.

—¿Hacer el qué? ¡Maldito seas, que me despeinas!

—Has avisado a Keylah para que Daisy y yo lleváramos a los Blackwood al colegio juntos, ¿para qué? ¿Para que habláramos? Un consejo, no te metas en mis putos asuntos.

—Igual que haces tú con los nuestros, ¿no, hermanito? —La voz de Kían suena cercana y cuando alzo la mirada, lo veo claro en la suya.

Alex aprovecha el despiste, me clava el codo en pleno estómago y se libera.

—¿Has sido tú quien ha avisado a Keylah? —pregunto al bombero cruzado de brazos apoyado en la estatua de mármol del ángel con el ala rota. Le cojo de la camiseta—. ¿Por qué?

—Tú siempre estás haciendo de todo por nosotros desde las sombras, solo te devolvía el favor. —Me da un golpe en la mano y se suelta.

—Yo no he hecho una mierda, Kían, y si vuelves a meterte…

—Sé que lo de Braxton fue cosa tuya —ladea la cabeza—, que me dejó en paz gracias a ti. Y sé mucho más, y no porque Creed me lo haya dicho.

—¿Y qué coño importará eso? Soy el cabeza de familia.

—Y un puto cabezón, también. ¿Qué cojones te pasa con Daisy?

—No es asunto tuyo. —Aprieto la mano que le pongo en el hombro—. Apártate de mi camino o te apartaré yo de él.

—Si os viera papá, pffff —Alex resopla y nos separa—, menuda vergüenza, ¡a cada cual más tonto! No sabéis ir de frente y luego pasa lo que pasa. Esta familia necesita terapia indefinida —Se larga dándonos por imposible y estoy a punto de dar la conversación por zanjada cuando oigo a Kían.

—Créeme que no movería un dedo si no fuera porque ella ya te ha elegido a ti. Pero lo ha hecho.

—¿Elegirme? —me río con amargura reviviendo la conversación una vez más. *«Busco a alguien con quien compartir mi vida, a alguien con quien casarme y tener hijos»*—. Ella no me ha elegido porque es lista y sabe lo que le conviene.

—Mira, no sé qué cojones ha pasado entre vosotros, pero sé toda la mierda que tienes metida en la cabeza y que no dudarías en aprovechar la oportunidad de apartarla de ti. Por su bien. Solo lo diré una vez, pero tío, deberías contárselo todo.

—¿Es que se te ha olvidado de qué mierda estás hablando?

—Lo sabía —sonríe con cinismo—. Eres un cobarde.

—Kían, estás llegando a mi límite.

—¿Sabes qué? Que mejor que te hagas a un lado porque es evidente que tú no das la talla. Eres un gilipollas si te excusas en eso para apartarla de ti, no te la mereces y nunca… —Cierra la boca cuando al final el que le da un puñetazo soy yo.

—No me des lecciones de valor. No sabes todo lo que yo sé.

—Sé que no le has hablado de nuestra madre, ni de que su muerte fue una puta bendición, ¿a que no?

—¿Qué mierda tiene eso que ver con PharmaGenix?

—¡Que eres un puto búnker! La estás echando de tu vida y si se ha alejado de ti, ¡es culpa tuya! Te oí montones de veces intentando mandarla de nuevo a su habitación en vez de a la tuya cuando ocurrió lo de Stapleton. ¡Tú has hecho esto! —Su puño aterriza contra mi nariz y un rayo de dolor me quema vivo—. ¿Te crees que yo habría dudado de estar en tu situación? Joder, me habría aferrado a ella con todo lo que tengo.

Durante unos segundos no puedo concentrarme en sus palabras.

—No me provoques cuando aún estás convaleciente, si te la devuelvo te aseguro que te vas a arrepentir.

—¿La estás apartando para protegerla o porque es más fácil? ¿Acaso no tiene derecho a saber la verdad y decidir por sí misma? —Carga contra mí y me deshago de él empujándole con las dos manos, persiguiéndole después para devolvérsela, frenándome justo antes de romperle la cara porque tiene razón, soy un cobarde.

Nunca podré ponerla en peligro.

—Tenemos problemas —Creed llega hasta nosotros cuando el cielo empieza a oscurecerse.

Yo juro que hoy mato a alguien. Le sigo hasta mi despacho.

—¿Qué tienes?

—Esto —deja una carpeta a rebosar de documentos, los abro y veo que todos incumben a Daisy.

Son denuncias reportando incumplimientos, sabotajes varios al proyecto, toda una serie de infracciones que le costarían su carrera y que ella *no* ha cometido. Aprieto los puños para no agujerear la pared con uno.

—¿Qué cojones es esto, Creed? ¿Y cómo lo has conseguido?

—Ya sabes que desencriptar información confidencial y burlar sistemas de vigilancia no se me da mal —dice y es un eufemismo de cojones para todo lo que es capaz de hacer —. PharmaGenix no iba a ser la excepción. Y en cuanto a lo que es, ¿no te parece evidente? Vladislav Tikhonov acepta que necesites a Daisy para terminar el proyecto, sí, pero ya sabes cómo es. Primero te tiende la mano y cuando te confías te clava el puñal que guarda en la otra. Que haya dejado que Daisy se quede no quiere decir que vaya a darle parte del mérito a NeuroSynTech cuando llegue el momento de repartir beneficios. Se va a esperar y luego le va a joder la vida a Daisy. Y Rosemary va a ayudarle, claro.

Cojo un matraz y lo estampo contra la pared, una décima parte de mi furia se siente ligeramente aliviada al verlo hacerse pedazos, al imaginarme que no es la pared contra lo que colisiona.

Entonces tengo una idea.

—La ponencia en la gala anual.

—¿Cómo dices?

—Muchos dan a conocer ahí sus proyectos —le recuerdo—. Si presentamos nuestros resultados y lo hacemos juntos no podrán excluirla. Sería una de las caras representativas, ya sería tarde para Tikhonov.

—Porque si PharmaGenix intenta hundirla una vez hecha la presentación, todo el mundo vería que es para quedarse con su parte del dinero. Sus empleados, inversores, accionistas, todos perderían la confianza en la farmacéutica.

—Exacto.

—Vale, supongamos que os da tiempo de acabar para ese futuro tan inmediato, ¿no has pensado que Tikhonov se lo puede tomar como una agresión a su poder por tu parte?

—Nosotros no estamos al corriente de nada de esto. —Levanto los documentos—. ¿Cómo iba a saber que estaba entorpeciendo sus deseos?

Creed sonríe.

Recibo un email en el móvil.

Email de Rosemary.V.Athleen@PharmaGenix.org

11:51 - [Me resulta imposible salir de la ciudad, la tormenta está inundando las carreteras. Enviadme un informe al final del día con los progresos. Nos veremos mañana.]

Miro por la ventana y aquí también ha empezado a llover.

—Ya debería haber vuelto. —Marco su número.

—¿Daisy?

—Sí, dijo que estaría aquí. —Me guardo el teléfono cuando no contesta y salgo a buscarla.

Atravieso el sendero de árboles con el coche y al cruzar la entrada, la lluvia empieza a apretar. *Con esos tacones por ahí, y sin paraguas.*

—Joder, Daze. Te voy a comprar unas botas de montaña horrendas y seguras. —Miro en todas direcciones sin esperar encontrarla, pero no tardo ni dos minutos en hacerlo.

Camina a paso lento, tambaleándose, el pelo pegado a la cara, el vestido pegado al cuerpo como una segunda piel y la sangre brillando en su frente. El pánico me deja las venas sin nada.

—¡Daisy! —abro la puerta de golpe y salgo corriendo.

Alza la vista y el alivio que aparece en su rostro en el primer instante se ve engullido por preocupación.

—Perdona, sé que llego tarde. No te enfades, es que…

—¿Qué cojones ha pasado? ¿Por qué tienes sangre en la frente? ¿Quién te ha hecho eso? —pregunto examinando cada centímetro de su rostro, quitándome la chaqueta y colocándola sobre sus hombros, mi rabia creciendo a más velocidad que la tormenta.

—Bueno he tenido un pequeño susto con un coche y…

—¿Te han atropellado? —Mis manos se petrifican mientras le seco la frente con la corbata.

—No, tranquilo, solo ha sido un susto en una de las últimas carreteras del pueblo. Un coche venía muy rápido y no me ha visto… Tranquilo, ha frenado a tiempo. La cosa es que ha faltado poco, me he asustado y me he caído al suelo.

Casi me salgo de mi cuerpo. El corte en su frente parece inmenso bajo la luz de los relámpagos y mi miedo.

—¿Quién ha sido, Daisy? Dímelo.

—No lo sé, no le he visto la cara.

—¿No se ha bajado del puto coche al verte herida en el suelo? —me va a estallar la cabeza.

—Luke, tranquilo, estoy bien. Un pelín aturdida, nada más.

He dejado que se fuera sabiendo lo impredecible que es este clima. Sola. Sin coche. Esto es culpa mía. Me froto la cara, la furia me quema.

—Vamos, te llevo al hospital.

—No, no ha sido nada de verdad.

—Daisy te has dado un buen golpe en la cabeza. Estás sangrando. Te llevo al hospital.

—Por favor, Luke —se aferra a mi camisa—. Llévame a casa. Tengo mucho frío.

Le cojo las manos, las tiene heladas, demasiado y está pálida. La meto en el coche con el pulso a doscientos. Aprieto el volante como si fuera el cuello del energúmeno responsable. *Han estado a punto de atropellarla.*

—Deja de mirarme, no voy a desmayarme —dice castañeteando los dientes mientras pega las manos al aire caliente que sale de las rendijas—. ¿V-vas a contarme por qué ti-tienes un moratón a ambos lados de la nariz? Luke, respira —me pone una mano en el pecho y solo entonces me doy cuenta de lo mal que lo hago.

Coloco una de las mías sobre la suya y la deja ahí, justo encima de mi corazón.

—No salgas del coche —digo cuando aparco.

—Vale —dice con voz queda, mirándome sorprendida como si el herido fuera yo.

Abro su puerta y el aire frío hace que se encoja. *Tiene los labios morados. ¿Los tenía antes? ¿La herida de su cabeza sangra menos o más? ¿Cuántos años de cárcel me caerán por matar al responsable?* La cojo en brazos.

—Agárrate a mí.

—¿Cómo desprendes siempre tanto calor? —Se aferra a mi cuello y mi mundo tiembla mientras subo las escaleras y sigue helado cuando entramos en mi baño.

Abro el grifo del agua caliente y espero a que todo se llene de vapor.

—Ya puedes soltarme —dice, aunque no lo hago hasta que no me queda más remedio —. No te preocupes, soy más fuerte de lo que crees.

Yo no.

No lo soy en absoluto.

—Puedo sola —dice y me doy cuenta que he estado a punto de desnudarla.

Doy un paso atrás mirándome las manos extendidas, me siguen temblando.

—Perdona. Métete, iré a por algo de ropa —salgo de allí y uso todos los cursos de contención de ira para no volverme loco.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Creed, que está esperándome fuera.

—Han estado a punto de atropellarla en las últimas carreteras del pueblo, voy a buscarle ropa.

—Espera un segundo, ¿de qué cojones estás hablando?

Le cojo del hombro.

—Dile… dile a Mhílena que traiga a un médico. Tienen que verle la herida de la frente porque se ha dado un golpe en la cabeza. Y que alguien me traiga ropa que le sirva. Y tú Creed… averíguame quién cojones ha sido porque voy a…

—Dalo por hecho, jefe. ¿Dónde está ella ahora?

—En la bañera, está congelada.

—¿La has dejado sola en una bañera llena después de que se haya dado un golpe en la cabeza?

Vuelvo sobre mis pasos con mi corazón a punto de rendirse porque, joder. Entro en el baño lleno de vapor con el agua todavía corriendo. La encuentro encogida, sentada en el centro. *Dios menos mal.* Me flojean las putas rodillas del alivio.

—Qué rápido. —Me recorre de arriba abajo con su mirada turquesa—. Me p-parece que te has olvidado de la ropa.

Atraigo un taburete a la zona de la bañera mientras entra en calor y le cojo una mano con dos de las mías. Todavía está fría.

Cierro los ojos y pego mis labios a su piel.

No sé cuánto pasa, pero no es mucho hasta que la voz de su amigo nos llega desde el dormitorio.

—¡Pero qué dices! ¿Un atropello? —grita—. ¡Daisy! ¿Dónde está Daisy, Alex? ¡Tengo que verla! ¡Daisy!

Ambos entran al baño junto a Mhílena, que discretamente deja la ropa y se marcha, mientras yo me aseguro de que la espuma y el agua la tapan por completo. *Esto parece un puto pasen-y-vean.*

—*Casi* atropello, ¿por qué todo el mundo ignora al pobre «casi»? —pregunta Daisy.

—Voy a matar a al animal que condujera ese coche.

—Sawyer, cálmate. Estoy bien.

—¿De verdad lo estás? Porque nos has dado un buen susto —interviene Alex en un tono más calmado, poniéndole un brazo en el hombro al que lleva la gorra hacia atrás y parece tener quince años.

—Cogeos un taburete y sentaos si queréis, pero dejad que se relaje —les corto sin soltarla, asegurándome de que sus labios ya no están morados, de que está bien en todo momento.

No sé por qué no me suelta la mano. Tal vez sea consciente de que es la única razón por la que todavía tengo pulso.

—¿No queréis invitar a nadie más a este baño? —pregunta Daisy irónica—. Es enorme.

—Kían también querría ver que estás bien.

—Por favor, Alex, dime que lo dices en broma.

No responde, en vez de eso le pone su pulsera de la suerte, la del elefante. Quince minutos después, Mhílena aparece avisando de que el médico ya está aquí.

—¿Médico? Qué vergüenza, Luke, te he dicho que no ha sido nada —se queja, está preciosa recuperando el color natural.

—¿Le has llamado para que venga? Es una idea genial, JL.

—Gracias, Sawyer. Yo también lo creo. *—No si al final nos vamos a llevar bien y todo.*

—Bien, habrá que darle algo de intimidad a la chica para que se vista, ¿y si la esperamos fuera? —pregunta Alex como si estuviera sembrando algo de cordura y no diciendo una absoluta sandez.

—Yo me quedo con ella, por si se resbala y se cae —dice Sawyer.

—Oye que no soy tan torpe.

—Ni en tus sueños, chaval —le ladro.

—¿Que no te has enterado ya, tío? Que la quiero como a una hermana, nada más.

—Como si la quieres como una monja de clausura, no voy a irme a ninguna parte.

—Tío, deja de ser un tonto del culo un segundo, Sawyer está intentando ayudar.

—Alex, tú no te metas.

—¡Todos fuera! —chilla Daisy—. ¡Ahora!

La puerta del baño se cierra a mi espalda, por supuesto, soy el último en salir.

—Es genial ver que sus pulmones no han sufrido daño alguno —dice el señor Lawson, médico del hospital.

Los tres compartimos miradas silenciosas.

Daisy sale y se sienta en *mi* cama mientras el médico la examina.

Resulta estar tan bien como ella decía.

—¿Seguro, doctor? ¿No quiere hacerle más pruebas?

—Sí, eso —insiste Sawyer poniéndose a mi lado—. Algo que se asegure de que su cabeza está en perfecto estado. Es listísima, no podemos jugárnosla.

Lawson se carcajea.

—Señorita Dooren, está usted sana y salva, y en perfectas manos. Vigile con la lluvia si va a quedarse más tiempo en Saltwater y contacte con la policía si lo considera oportuno.

Se marcha y Alex susurra, sentado en la cama junto a Daisy:

—Me da que se acaba de ganar dos enemigos.

Stef y Patty suben preocupados con algo de chocolate caliente. Creed aparece en la puerta y se marcha no sin antes hacerme un gesto con la cabeza para que le siga.

—Estoy perfecta para trabajar —le está diciendo Daisy a Patty después de elogiar el chocolate que "no hacía falta".

—Tómatelo de descanso hoy, Daz... Daisy.

—Pero estoy bien —usa ese tono suave otra vez, como si tuviera que cuidar a alguien en vez de a sí misma.

—Has pasado mucho frío y te has llevado un buen susto. Descansa. —No le doy opción a replicarme porque sigo a Creed.

Me imagino cómo de gordo es cuando lo veo bajar hasta la biblioteca, bien lejos de ellos. La lluvia me sigue, golpeando las ventanas cada vez con más fuerza. El eco de mis pasos no va tan rápido como el ruido en mi cabeza. Cruzo la entrada de la biblioteca y cierro tras de mí. Los techos altos y las estanterías repletas parecen envolverme, caer sobre mí.

—¿Qué tienes?

—Primero quiero que te tranquilices.

—Un nombre, Creed.

—Ya, sí, pero vamos a hacer unas respiraciones primero. Venga tío, inhalamos...

—¿Quieres quedarte sin trabajo?

—Lo cierto es que solo he tenido tiempo de comprobar las imágenes que me ha enviado Kyson, del parking de su gasolinera. Como está por la zona que ha dicho Daisy, he pensado que se vería algo y no se equivocaba. No... no ha habido testigos, pero solo ha pasado un coche en esa franja de hora y he reconocido la matrícula.

—Creed.

—Jayden, ha sido Jayden.

La noche cae y lo único que huelo es gasolina.

Llamo a Kían cuando las llamas que engullen el vehículo empiezan a volverse bravas,

pero mantengo mi posición, justo al lado del fuego. Porque ahí es donde me ha colocado él: al filo de perderlo todo.

Entonces le oigo maldecir a gritos en la distancia. Llega corriendo.

Ni siquiera le doy opción de decir palabra, se come mis nudillos.

—¿Te has dado a la fuga después de estar a punto de llevártela por delante? —Lo tiro al suelo, lo estampo con todas mis fuerzas.

—Creí que estaba bien, ¡JL, tranquilo!

—¡La dejaste en el suelo en mitad de la carretera, hijo de puta! ¡Lloviendo! ¡Podrían haberla atropellado! —grito cerca de su rostro.

—Había bebido y me asusté, ¿vale?

—¿Asustarte? Ahora sí que vas a asustarte. —No reconozco mi propia voz cuando lo cojo del cuello y lo acerco a las llamas.

Pese a que sé lo suficiente de incendios y de coches como para tener la certeza de que ninguno de los dos debería estar siquiera en el garaje, no consigo que me importe. *Porque Jayden podría haberla matado. Podría haberse dado a la fuga mientras se desangraba, podría haber muerto indefensa y sola.*

—¿Es que te has vuelto loco? —se revuelve preso del pánico, pero no consigue soltarse.

El calor es insoportable, pero la furia que siento más. Lo lanzo al suelo bien lejos antes de hacer algo de lo que pueda arrepentirme, luego camino hasta él.

—Vuelve a respirar cerca de ella y lo que quemaré no será tu coche. ¿Lo has entendido?

Me deja claro que lo entiende justo antes de oír las sirenas.

23

Daisy

Sawyer y yo estamos en la cocina, compartiendo una tortita con chocolate. No tenemos hambre, así que solo la mareamos. Son pasadas las doce de la noche y, aunque sea por razones muy distintas, ninguno de los dos puede dormir.

—¿De verdad no vas a hablarme de Alex?

—¿No prefieres hablar sobre los otros dos MacAlister que están colados por ti?

—El silencio no estaba tan mal.

—Eso pienso yo.

Oímos gritos. Una discusión acalorada. Procede de la entrada de la casa y no tardamos en llegar hasta ellos.

—¡Detenerte es lo que debería hacer!

—No tienes pruebas de que haya sido yo.

—¿Tú eres gilipollas o qué? —Kían le da un empujón, la luz de la luna bañando el rostro de los dos MacAlister—. ¿Te crees que alguien se va a creer que pasabas por allí a estas horas de la noche?

—Si Jayden sabe lo que le conviene, mantendrá la boca cerrada. Si no, estaré encantado de llamar a mis abogados para que solucionen el tema.

—¿Pero desde cuándo eres un puto mafioso? No te reconozco.

—¡Podrían haberla atropellado, Kían! Estaba en el suelo, indefensa, aturdida por el golpe en la cabeza, ¡y la dejó a su suerte!

—¿Y que te metan a ti en la cárcel va a solucionar algo? Porque es lo que va a pasar si Jayden quiere. Fíjate lo poco que piensas que acabas de dejar tu libertad en sus manos.

Sigo a Luke escaleras arriba, sola.

—¿Qué has hecho? —pregunto a su enorme espalda.

Me mira por encima del hombro sin detener sus pasos. La fuente de luz ya no es la luna y ahora puedo verlo bien. *Oler el fuego*.

—Vete a dormir, Daisy. —Sigue su camino y entra en su dormitorio, y yo con él.

Necesito que deje de mirarme como si fuera la última botella de oxígeno que le queda porque me confunde, pero vayamos por partes.

—¿Jayden ha sido quien casi me atropella?

Suelta el aire en una exhalación abrupta.

—Sí.

—¿Y qué le has hecho?

—Digamos que ya no tiene coche.

—¿Le has quemado el coche?

—De momento. —Se quita la chaqueta de traje y la deja en la cama.

Solo él podía ir así vestido a un ajuste de cuentas. El frío sentimiento amargo se asienta en mi paladar, me congela la sangre, me revuelve el estómago y me llena los ojos de lágrimas.

—¿Te parece que correr semejante riesgo me ayuda en algo?

—Necesitaba asegurarme de que ese borracho no volvía a cometer semejante error.

Camino hasta él y alzo la barbilla alineando nuestras miradas.

—¿Te sientes culpable de lo que me ha pasado? Joder, ¿cómo te atreves? —El odio, la rabia y el enfado son una combinación peligrosa y la siento en su máximo esplendor.

—Soy culpable, Daisy. Debería haber ido a buscarte antes. O haberte acompañado. O haberte advertido de que en este pueblo nada es seguro.

—Yo te pedí espacio, idiota —aprieto los labios, no dejan de temblarme—. ¿Qué culpa tienes de nada? ¿Es que no te cansas de poner el peso del mundo sobre tus hombros?

Tira de mí hasta que me tiene a horcajadas sobre su regazo y me abraza con todo su ser. Su cuerpo fundiéndose contra el mío en la cama.

—Te he visto tambaleándote, sangrando, empapada y sola, y te juro que… —me aprieta con más fuerza y mi corazón se tambalea con el eco demoledor de sus palabras.

—Estás asustado por todo lo que podría haber pasado, no por lo que ha sucedido en realidad —aprieta más—. Estoy bien, piensa en eso, el golpe en la cabeza ha sido leve y ya no tengo frío.

Su iris amatista se alza fulminantemente hasta el mío mientras su pulso golpea contra mi pecho cada vez más rápido. Necesito apartar de él toda esa oscuridad, ese miedo y sobre todo esa culpabilidad que no le pertenece. Así que le beso. Y un cuarto de segundo después, es él quien me está besando a mí, con todo lo que tiene.

Demoledor. Insaciable. Puro.

Me incendia y derrite cada rincón del alma. Me contrae con desesperación. Me carga de adrenalina y me hace suya. Gimo y me retuerzo en sus brazos, descarga tras descarga, deseosa de que me dé lo que tanto necesito. *A él.* Me besa por todas partes, me desnuda con un ansia cargada de dolor. Soy yo la que se encarga de su ropa porque él es incapaz de dejar de tocarme. Parece una competición por ver quién aporta más desasosiego a la mezcla. Es un deseo ambicioso, infinito e inagotable.

Te quiero.

Se desliza por mi entrada empapándose con mi miel, trayendo caos a mi mundo igual que lleva haciendo desde el día en que le conocí, provocando un estruendo capaz de reducir a cenizas ciudades enteras. Mi corazón llora lágrimas de anhelo y se rompe en pedazos al saber que aunque le tenga ahora, nunca será mío, no de verdad. Pero ya tendré tiempo de recomponerme, ahora mismo no soy yo mi prioridad. Lo es él.

Te quiero, te quiero, te quiero.

Me embiste y apenas puedo oírle susurrando mi nombre como si fuera su palabra favorita porque estoy ahí, a las puertas del orgasmo un segundo tras otro. Pero Luke no quiere empujarme al más allá porque está muy ocupado con besar cada peca, cada rasguño, cada cicatriz. *Y esto parece amor, aunque no lo sea.* No sé quién entrelaza nuestras manos, pero se quedan ahí unidas el resto del tiempo. Me rompo antes que él, justo cuando sella el trato con un beso imposible de olvidar.

Igual que todo lo que hace John-Luke MacAlister.

Las luces rojas y azules aparecen en la entrada a eso de la una: la policía pregunta por él. Quieren tomarle declaración por haber sido quién alertó a los bomberos. Sawyer no hace preguntas cuando me encuentra en la escalera con una camiseta enorme robada y el pelo revuelto, solo se sienta a mi lado en la escalera y me pasa un brazo por encima de los hombros.

Luke se ofrece a ir a comisaría con ellos y antes de cruzar las puertas mira a su alrededor, como si una parte de él esperara verme espiando.

No le veo hasta la mañana siguiente en la sala contigua al laboratorio. Me cuelo en su reunión solo para oírle hablar de ciencia y dejarle algunas de las galletas que me hicieron ayer Stef y Patty que, sin duda, son un pedazo de cielo en la tierra.

Salgo dejando la puerta entornada y me encuentro a Alex con cara de haberse quemado la lengua con el café y de pillado los dedos con la puerta. Su mueca es triste, una mezcla de maldición y queja. Me fijo en que tiene un papel entre los dedos. Una nota que me ofrece.

—¿Qué es esto? ¿Una de esas confesiones de instituto con la típica pregunta de «quieres salir conmigo; marca sí, no, tal vez»?

—Dice que te está haciendo un favor.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Edgar Maden
Royce Calhum
Quinn Stephano
Casey Tedhan

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

—¿Qué son? ¿Nombres para un grupo musical? Me pido batería. —*Es que mi corazón tiene práctica*.

—Cito, y no me hago responsable de la idiotez de mi hermano el imbécil, «son hombres decentes de Saltwater con los que puedes salir, hombres que no te darán problemas, ni te harán pasar ratos horribles».

Alex me da un beso en la mejilla y desaparece por el pasillo. Intento no perder la batalla contra mis emociones antes de cerrar la puerta del laboratorio, pero mis pies no se mueven. Sé que la idea de que crea que voy a poder remplazarlo debería darme risa, pero me ha creado un agujero negro en el pecho. *Lo siento, Amy. Creo que aquí me planto*. Aprieto el papel contra mi palma, con los dedos y las uñas.

Es curioso que se preocupe porque casi me atropellen, esto ha dolido mucho más.

Ninguno de los dos habla mucho en todo el día. Lo mínimo. Me propone algo sobre una ponencia y asiento sin hacerle mucho caso. Creo que quiere acelerar el ritmo para que me vaya de su casa cuanto antes. No le culpo.

Paso la tarde con Sawyer aprovechando que es su último día en Saltwater. Sí, muy a mi pesar, mañana por la mañana volverá a Mountville. Así que después de hacer los deberes, entramos juntos en el Ancla Oxidada.

Keylah está limpiando la barra cuando entramos en el restaurante, por la hora, vacío. Llega hasta mí corriendo.

—Ay, Didi —se lleva las manos a la cabeza—. ¿Cómo estás? ¿Aún asustada? Vaya corte tienes. ¿Se sabe algo de quien fue? —Me espachurra contra sí—. Si la lluvia te pilla por ahí te vienes aquí cagando leches, ¿entendido? Esta es tu casa.

Joder, y yo que pensaba no llorar más.

—Estoy bien, de verdad. No tienes de qué preocuparte, y gracias. —Tardo unos minutos en convencerla.

Pienso en lo que dijo Bennett sobre lo pronto que su mami perdió a su mamá, de cómo el abuelo trabajaba mucho y no tenía a nadie que «le sirviera un zumito».

Era solo una adolescente. Su padre, un hombre encantador de buen corazón que apenas podía con todo, hizo lo que pudo por llenar un vacío demasiado grande. Es una lástima que justo ahora me sienta tan agradecida con Luke por haber estado ahí para Keylah.

—¿Tienes tiempo para un mini-break? —alzo la bolsa—. Traemos bizcocho y zumos. Hemos hecho juntos las dos cosas. Por cierto, Keylah este es mi buen amigo Sawyer.

—He oído hablar maravillas de ti. Y, oye, tu local tiene un rollo muy mol… uy, ¿qué le pasa? Tiene una fuga en los ojos.

—¿Keylah?

—No es nada. Es que estoy acostumbrada a comer lo que nos sobra del día y a hacerlo de pie para aprovechar el tiempo, hace mucho que nadie me cocinaba y este encanto de chica es la responsable de todos mis breaks últimamente. —Me acaricia la mejilla y a Sawyer el hombro—. No me merezco todo lo que me ayudas y me das, Didi. —Se abanica con las manos para apartar las lágrimas—. Perdona, es un placer conocerte, Sawyer. Y si no te da apuro, necesito que me enseñes tu colección de birkin porque yo también he oído hablar de ti.

Sawyer se saca el teléfono del bolsillo trasero con esa maquiavélica y perversa expresión de diablo buenorro de tengo-en-la-palma-de-mi-mano-todos-tus-deseos que tanto me gusta.

El tiempo se nos pasa volando y cuando salimos del Ancla, Saltwater en su máximo esplendor nos recibe con los brazos abiertos. El faro alto e imponente, la luz anaranjada del sol del atardecer reflejándose en los charcos, las olas del mar rompiendo contra las rocas, meciendo los barcos… te quita el aliento.

—Me alegra que Karson vaya a dejar de viajar tanto por negocios —dice Sawyer—, les hace falta pasta siendo una gran familia, pero Keylah lo necesita aquí. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—Por nada. Es solo que me gustaría saber cuál es tu plan.

—¿Qué plan?

—El plan de tu futura vida amorosa. Alex, Sawyer, Alex. Mañana te marchas y no puedes irte sin más. Cada momento que compartíais en casa se volvía un torbellino de química y risas, y ni te atrevas a rebatírmelo. Alex nunca se había encargado de comprar lo necesario para la cena, tienen mucha pasta, ¿sabes? Lo hacía por ir contigo. Igual que todo lo demás.

—¿Ya están paseando a Zelle otra vez? Van a volverla una atleta con tanto paseo —susurro para mí mientras pruebo a sacar otra polaroid desde lejos, por si en mis últimos cinco intentos no había pulsado bien el único botón que tiene.

Esas tres tienen que enterarse. Vuelvo a aferrarme a la barandilla en la oscuridad de la noche, tratando de oír algo.

—Toma, tu trébol de cuatro hojas —y como si temiera la reacción eufórica de Alex, Sawyer se agacha sonrojado hasta su fiel carabina—. Vale, Zelle, última oportunidad. Dame la patita y tendrás una galleta.

—El truco es que tú le des la galleta sin esperar nada a cambio. Así funciona la relación.

—Vaya, a mí que me gustan los retos. Iba a esforzarme mucho, ¿sabes? Tenía ases bajo la manga.

—Así puedes usarlos con otro animal que aprecie más tus esfuerzos.

¡Que-se-bese, que-se-besen!

—No puedo hacer nada —dice el muy gallina.

—Antes de centrarnos en lo que más te aterra, pasemos un segundo por el salseo jugoso, ¿os habéis enrollado?

Desvía la cabeza hacia el mar.

—Solo fue un beso. Nos interrumpieron.

—¿Y no me lo cuentas? Menuda traición.

—Bueno, has estado al borde de la muerte y al borde del éxito laboral, por no hablar de lo demás.

Lo cierto es que sí, el proyecto va genial lo cual está… bien. Muy bien, sí. Sawyer alza una ceja y el sol ilumina sus ojos y dios, es un rompecorazones.

—¿Y bien? —le corto el paso y me pone las manos en los hombros.

—Estoy jodido, DayDay. Muy jodido.

Troto para alcanzarle cuando me deja atrás.

—Alex es un partidazo, es dulce con N-Kale, tiene la cabeza muy bien amueblada y es un crack con los dedos. Por el piano, digo.

—*Seguro*. Pero también es un MacAlister —puntualiza pisando un charco que parece un espejo de bolsillo—. Uno que va a pasarse el próximo par de meses grabando una miniserie en Londres, ciudad que ni siquiera está en el mismo continente en el que vivo.

—Ajá. ¿Pero te gusta?

—Por si todo eso fuera poco, le llevo nueve años. Nueve, Daisy. Siendo pragmático, es un crío.

—Nop, no lo es y, ¿te gusta?

—Sí, joder, claro. Tanto, que empiezo a dudar si me tendiste una trampa cuando me pediste que viniera a socorrerte del mejor sexo de tu vida —estrecha la mirada.

—Bien, entonces dime, *¿cómo* fue *ese* beso?

—Nos comimos la cara con ansia viva. —Se frota la mandíbula con brusquedad—. Dios, ¿por qué no habré nacido aquí?

—Porque entonces no te conocería y no habría podido invitarte a la mansión.

—Destino caprichoso. —Me pasa un brazo sobre los hombros y con el eco de las olas como latido que nunca cesa, dice—: ¿Puedes prometerme eso de que si ninguno de los dos se casa en veinte años nos casaremos el uno con el otro?

—Siempre he querido husmear en tu fondo de armario.

Nos pasamos la noche hablando. Sawyer Kshatriya consigue que mis problemas queden en pausa. *Es como estar en casa.* Me doy cuenta entonces que para mí, que no tengo un Mountville especial al que volver, mi «hogar» son personas. Y sin duda, Sawyer es una de ellas.

Se marcha y la despedida es horrorosa. El taxi se lo lleva al aeropuerto e inmediatamente echo de menos su risa contagiosa, sus comentarios agudos, su olor chic.

—Entonces, ¿acabaréis antes el proyecto? —pregunta Rosemary, por primera vez interesada en algo de lo que se habla en estas cuatro paredes.

—No —sentencia John-Luke con rotundidad, lo cual es mentira.

Cruzo una mirada con él, pero igual que ha pasado los últimos días, es un muro infranqueable sin emociones perceptibles.

—¿Cómo es eso posible? Los avances son evidentes y habéis corregido los errores.

—Nos han salido más, como era de esperar. Las prisas no son buenas, Rosemary. Y todavía estamos dentro del plazo. —Después procede a inundarla con información técnica que la aburre hasta que le toca marcharse.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunto cuando se sienta lo más lejos de mí que puede.

—No quiero que todo PharmaGenix acuda a nuestra ponencia, nos generaría una presión innecesaria. Además, se alegrará más cuando le demos la buena noticia.

Pues vale.

Asiento y sigo a lo mío. Me apasiona mi trabajo, pero la concentración no deja de fallarme estos días. Me descubro observándole cuando sé que no mira y pienso en la forma que su cuerpo se tensa cuando nos cruzamos. O cómo me mantiene la mirada una eternidad de segundos cuando nos pillamos fisgando en los asuntos del otro.

Pero no significa nada.

Igual que no significa nada que yo comparta mis snacks-de-frustración de media tarde o que él siga apuntando cosas en su dichosa libreta azul. Supongo que me quedaré con las ganas de saber de qué iba el cuaderno negro, aunque no es que sea de mi incumbencia o interés.

Me dio la lista, me está dando el espacio que le pedí. *Le estoy dando yo a él ese que sé que quiere.* Me iré de aquí al acabar la ponencia y todo irá mejor. No habrá más Luke y Daze.

Llega la noche de antes de nuestra gran ponencia y no paro de dar vueltas en la cama. Estoy nerviosa no, lo de después. No sé quién le ha dado un megáfono a mis pensamientos intrusivos, pero me van a dejar sorda. *[Su preocupación durante el accidente, la forma en la que cogía mi mano en la bañera, cuando le quemó el coche a Jayden por rabia desesperada, lo que ocurrió en su dormitorio después…].* Salgo de mi habitación, recorro el silencioso pasillo descalza y me cuelo en la biblioteca. Toqueteo mi zona favorita sin saber si tengo ánimo para leer. Creo que no.

—Hola, escapista.

Me giro de golpe.

—Kían. ¡Dios qué susto! ¿Acabas de volver de trabajar?

—Sí, ¿qué haces levantada? —hace una mueca sexy—. Estás nerviosa por mañana, ¿eh?

—Mucho.

—Ojalá consigas ese ascenso y te libres de la plasta de tu jefa. Ah, por cierto —me da un toque en el antebrazo—. Jayden se ha ido de Saltwater, para siempre. Creí que te gustaría saberlo.

—¿Va en serio? ¿Y no le dijo nada de lo de John-Luke a la policía?

—No —sonríe y parece agotado, no solo físicamente. Se sienta en la mesa redonda de piedra y me pregunto si alguien usa alguna vez las sillas—. Decidió hacer algo bueno por él, por una vez en su vida. Lo cual le hace un tanto menos capullo.

—Gracias por contármelo —ladeo la cabeza—. ¿Un turno difícil?

—Largo. Una mujer nos va a demandar por romperle una costilla a su hijo mientras le salvábamos la vida.

—Joder, lo siento.

—Es normal. Quiere a su hijo y no sabe lo que nosotros. Para entenderlo tendría que ser bombera durante años, aprender todo lo que puede cambiar en medio segundo y lo importante que es reaccionar rápido para salvar vidas.

—Ojalá lo supiera.

—Ese es el quid de la cuestión, Daisy. No se puede caminar en los zapatos de todo el mundo para comprenderlos. Pero hay personas por la que merece la pena caminar a su lado aunque sean un enigma en muchos aspectos.

—Kían —*te voy a echar mucho de menos—,* eres una persona genial. Ese niño ha tenido suerte.

Asiente y sonríe de lado. Se acerca, me da un beso en la frente y camina hasta la puerta.

—La biotecnología también la ha tenido contigo. Buenas noches, Dooren.

—Buenas noches, Lysander.

Cuantísimo va a costarme arrancarme a los tres de la piel. Se han pegado pero bien. Ojeo algunos libros de mi rama y descubro que están todos mis favoritos. Dejo de tener interés en los libros cuando descubro que dentro de algunos hay prensa local antigua elogiando los hallazgos de Ewan, y también a él como persona. *Ayudó a muchas mujeres a ser reconocidas por sus méritos e investigaciones, toma ya*. Descubro más de él de lo que ya me ha contado Jonathan. Entonces abro un libro que resulta estar hueco y una llave me cae en el pie.

Sé que no tengo derecho.

Que probablemente me convierta en una persona horrible.

Pero también sé que no soy lo bastante fuerte como para resistirme.

Mi instinto me lleva hasta esa sala grande, cercana al Vejestorio. Esa que siempre ha estado cerrada con llave y de la que una vez quise robar material. Subo las escaleras, cruzo el pasillo desierto y cuando meto la llave, entro en el laboratorio de Ewan MacAlister.

Con el corazón en un puño, enciendo las luces. No sé qué esperaba encontrar, pero es prácticamente un clon del de Luke. Sus mesas, taburetes y pizarras son más antiguas, pero es la misma idea. Leo lo que había escrito en la pizarra, en las hojas llenas de polvo esparcidas por la mesa. Todo son buenas ideas o teorías a medias.

—Ojalá su primogénito fuera tan fácil de leer como usted, señor MacAlister.

Frunzo el ceño cuando, al pasar por su estantería veo que los libros también tienen hojas de por medio. *¿Ewan necesitaba reforzar su ego con palabras bonitas?* Más que dispuesta a enriquecer la imagen que tengo de él, empiezo a sacarlos y leerlos. Mi estómago se da la vuelta. Siento náuseas. Los libros, ya no de biotecnología, si no de psicología, caen de mis manos temblorosas, igual que el sudor lo hace de mi frente mientras busco más titulares entre las páginas viejas llenas de polvo.

«Trastorno severo de bipolaridad causa estragos en familia de Saltwater: se determina que el sujeto era parcialmente consciente de sus actos y por ende, entrará en prisión con tratamiento psiquiátrico el próximo jueves».

«Portento de la ciencia encadenado como un perro y a punto de morir en un incendio a manos de su propia madre».

«Un altercado en la cárcel de Saltwater acaba con una mujer muerta y tres heridas graves».

No… no…, esto no puede ser… Encuentro dos noticias completas de un periódico, con un pósit enganchado encima donde alguien le aseguraba a Ewan "no permitiré que se publique".

«El joven John-Luke MacAlister, de quince años, fue hallado el pasado agosto en una caseta sin ventanas a las afueras de Saltwater, cuando los bomberos acudieron para apagar un incendio que amenazaba con consumir el lugar.

Encadenado a una pared y apenas consciente, el chico fue encontrado rodeado de libros quemados y restos de comida podrida que componían el único entorno que había conocido en los últimos tres meses.

Su madre, Emberly MacAlister diagnosticada con un trastorno bipolar severo, secretamente distanciada de su medicación, confesó en comisaría que solo pretendía sacar el máximo rendimiento académico a la brillante mente de su hijo, aislándolo del mundo exterior y sometiéndolo a un régimen de estudio extremo "por su propio bien".

El joven fue trasladado al hospital de Saltwater con inhalación de humo, heridas muy graves en ambas muñecas, quemaduras de segundo grado en los antebrazos y grandes cantidades de narcóticos en sangre.

Los médicos describieron su estado como "al borde de lo irreversible".

Todo quedará en un terrible susto gracias a Ewan MacAlister, padre del joven. Él fue quien, al notar un cambio inquietante en las respuestas de Emberly durante sus llamadas telefónicas, contactó con la escuela de verano alemana para descubrir que su hijo ni siquiera estaba matriculado allí. Con la ayuda de la policía, hallar el paradero de John-Luke costó cinco días. Fuentes oficiales confirman que la mujer lo había planeado todo con meses de margen y que el padre desconocía sus objetivos y métodos».

Mis ojos recorren las palabras una y otra vez, pero siento que no las entiendo porque una madre *no* hace eso. *«Al borde de lo irreversible». Estuvo a punto de matar a su hijo*. Me caigo al suelo porque mis piernas simplemente no responden. Los sollozos me sacuden el cuerpo.

«Se descubre maltrato infantil por parte de una madre de la localidad a sus tres hijos pequeños después de que el mayor ingrese en el hospital. Semanas después, algunos informes revelan que el mayor podría haber estado protegiendo a sus hermanos durante años».

El mundo se desenfoca a mi alrededor. Quiero quemar todos esos papeles, destruirlos como si eso pudiera cambiar el pasado. Pero ya es demasiado tarde.

La impotencia y la rabia no son nada frente al dolor que me apuñala las entrañas. Entonces empiezo a imaginármelo. A él, el hombre más fuerte y seguro que conozco allí… indefenso. Al borde de la muerte. Joder, ¡¡y en manos de su madre!! *Mi amor, todo lo que habrás sufrido*. Es demasiado, no puedo soportarlo.

Me encojo contra uno de los estantes, me abrazo las piernas y lloro.

Durante horas es lo único que puedo hacer.

24

John-Luke



Daisy está extrañamente callada mientras conduzco. Estamos a tres minutos del evento y apenas ha dicho palabra. No es que hayamos hablado mucho estos últimos días, ya que intento darle espacio, pero ahora es… *peor*. Apenas me mira a la cara. Accede a todo lo que le pido sin discutir y su tono es triste, como si hubiera pasado algo que no sé.

Esta misma tarde podrá volver a Filadelfia si quiere, creía que tal vez estaría así por despedirse de Alex y Kían, pero no me parece que sea eso.

—¿Tienes dudas sobre el proyecto? —No contesta—. ¿Daisy?

—No. Lo que hemos creado es perfecto. Igual que todos tus trabajos —sigue mirando por la ventana, toqueteando el llavero de madera que le ha dado Alex para el buen karma o lo que sea.

Entramos al evento en el hotel Wallacy, nos dan las identificaciones y nos confirman que somos de los primeros y que la hora de nuestra ponencia no ha cambiado. Esquivo la zona de networking y las miradas de todo el que puedo porque sé que sirven comida en alguna parte, así que averiguo dónde porque esto es un laberinto de lujo pretencioso y me paro junto a una inmensa *fondue* de chocolate con frutas. Ni la mira. Se queda con la vista fija en sus zapatos.

—Suficiente. —La cojo de la muñeca y me la llevo a un pasillo aparte—. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—*Daisy*.

—Salimos en siete minutos, deberíamos repasar todo lo que vamos a decir.

Siento cien puñales en el estómago y mil más directos al corazón. Mientras tanto, el presentador del evento se enrolla con el micrófono en una sala cercana, hablando de los increíbles avances que la ciencia no ha conseguido, pero fijo que va a conseguir.

—Si ha pasado algo quiero que me lo cuentes, *necesito* saberlo. ¿Ha sido Rosemary? ¿Te ha molestado de alguna forma? ¿O Willow?

—No ha pasado nada, solo quiero estar en silencio mientras repaso mentalmente todo lo que voy a explicar.

—Deja de mentirme. —Le alzo la barbilla y la obligo a mirarme. El turquesa ya no es turquesa, ha empalidecido—. *Daze,* ¿qué te ha…?

Da un paso atrás y pestañea un gran número de veces apretando los labios, desviando de nuevo la mirada. Durante un largo instante creo que está a punto de derrumbarse.

—Solo estoy nerviosa.

—No es verdad. —Acaricio sus brazos, pero da un bote como si mi contacto hiciera saltar sus alarmas y se aparta.

—Sí, lo es —dice con contundencia poco creíble—. Hemos trabajado mucho hasta llegar a hacer esta ponencia. Los dos. No quiero estropear mis esfuerzos. Ni tampoco los

tuyos.

—Me importa una puta mierda la ponencia. Mírame. —No lo hace, se queda con la vista fija en un punto cualquiera, cerca de mi muñeca. Quiero tocarla, pero me resisto—. Daisy, ¿te han hecho algo? Por favor, habla conmigo.

—Debería haberlo sabido, que tenías segundas intenciones. Desde el principio parecías jugar en contra de la investigación. Aunque sigo sin entender por qué, el hecho de que quieras mandarlo todo a la mierda ahora no debería sorprenderme en absoluto.

—Apenas puedes mirarme a la cara.

—Sí, sí que puedo. —Esta vez lo hace, pero no existe emoción alguna tras sus ojos. Me ha cerrado la puerta—. Soy una profesional, Luke. Puedo hacer lo que sea.

Luke. Me ha llamado Luke. *¿Qué cojones está pasando?*

Dos organizadores vienen a por nosotros justo antes de que nos presenten. Todo pasa muy deprisa. No quiero dejar las cosas así, pero Daisy no me da alternativa cuando los sigue sin esperarme.

Me recuerdo que necesita esta ponencia y dejo todo lo demás en pausa por ahora.

Empiezo la introducción con la cabeza en otra parte, *sí,* pero en cuanto la veo meterse de lleno en el tema y transmitir su pasión al resto de la sala, logro seguirla.

No hay dudas, ni sombras, es incluso divertido.

—En resumidas cuentas, con la modificación genética el dolor crónico de la enfermedad se bloquearía en un noventa y siete por ciento, haciendo así más llevadera la vida del paciente. Sí, sí, han oído bien, un noventa y siete por ciento. Sé que parece poco, pero si mis galletas navideñas hubieran tenido un porcentaje de sabor tan elevado mis hermanas no me habrían prohibido volver a visitarlas —dice ganándose la risa del público.

Llegado un punto parece que estamos solos, hablando en el laboratorio sobre todo lo que hemos conseguido. *Lo cierto es que es increíble. Ella lo es*. Les hablamos del prototipo y de su utilidad para simular lo que haría la modificación genética.

—Necesitamos a un valiente —pido al público.

—O a un incrédulo —dice Daisy y resisto el impulso de ir y besarla por enésima vez.

Elijo a un hombre alto que parece nervioso, desconfiado y con cara de creer estar perdiendo su valioso tiempo. *Es perfecto*.

—¿Es seguro? —me pregunta mientras le conectamos el set de descargas y le colocamos el prototipo en la muñeca.

—Si no lo fuera, habría pagado a un doble para que fingiera no sentir nada, señor.

La demostración sale impecable, tan bien que llegado a un punto tenemos que pedir a los oyentes que dejen de subir al escenario. El presentador nos mira mal cuando la ronda de preguntas final se alarga más de lo esperado, pero lo bordamos.

La ponencia es un éxito rotundo.

Tenemos que conceder breves entrevistas a un gran número de columnas científicas y también otras en vídeo, es obligatorio para todos los que forman parte del programa así que no me opongo. Son varias las veces que me llaman la atención y me repiten la pregunta por haberme quedado embobado mirándola. *Está radiante. Eufórica. Ha clavado cada pregunta difícil que nos hacían, incluso las que otros ponentes hacían con mala leche. ¿Cómo coño no me voy a embobar?*

Salimos de allí a media tarde sin haber comido nada. Dejamos nuestras cosas en unas taquillas para no cargar con los ordenadores y el prototipo. La ciudad está

abarrotada de gente, pero yo solo veo a una.

—¿Qué te apetece comer?

—¿Y has oído cómo nos hablaban? Se han quedado alucinados de verdad. Dios, ha sido tan genial. Y ha sido un acierto cuando has pedido al hombre más escéptico de toda la sala que subiera al escenario a probar el prototipo. ¿Crees que nos hemos explicado bien? Porque no hemos utilizado un lenguaje técnico de lo más insoportable, así que espero que sí. Odiaría pensar que somos como los de las prótesis neuronales avanzadas que se han… *uuups*.

Se choca contra mi pecho cuando le corto el paso. No sé cómo mis manos acaban en su cintura.

—Daisy, quiero seguir escuchándote el resto de la tarde, pero necesito que elijas un sitio en el que comer porque no quiero que odies la comida que te pongan delante.

—No lo odiaría —aparta la mirada sonrojada—, yo como de todo.

—Sí, de todo lo que acabe en -ortita.

—¿Te gusta la comida china? Uy, qué cara, lo tomaré como un no. Oh, ¡¿y una pizza?! Vale, no es lo bastante refinada para usted, señor MacAlister.

—Deja de fingir que sabes leer mis expresiones. —Le clavo un poco los dedos y se carcajea.

—¿Un tailandés? Oye, ¿pero a ti te gusta algo?

—Elige. Un. Restaurante.

—¿Sushi? ¿Quieres sushi? Ahhh, eso sí porque es pescado, ¿no? ¿Puedes ser más de Saltwater?

La arrastro dentro del restaurante antes de hacerle alguna barbaridad en mitad de la calle. Se quita mi chaqueta y la deja en su respaldo. Probablemente ahora su olor ya esté del todo impregnado. Lo lógico sería que quisiera deshacerme de su esencia en cuanto tuviera oportunidad, pero estoy a punto de quedarme sin chaquetas de traje por no lavar las que se pone.

—¿No te gusta?

—¿A qué monstruo podría no gustarle el sushi?

—¿Y entonces por qué no dejas de poner comida en mi plato? —agarro su muñeca con demasiada facilidad ahora que ya no parece molestarle.

—¿Tú te has visto? Eres inmenso, necesitas comer bien. No puedes matar a tus bíceps de hambre, pobrecillos.

Que soy inmenso dice. Cierro los ojos durante un segundo y respiro hondo.

—Sobre todo con lo que has hecho esta mañana. Has estado brutal, estabas en tu salsa. Admiro mucho la facilidad que tienes para ser un sabiondo y fingir que no, aunque también la odio. Sin ánimo de ofender. Ya sabes, supongo que viene de la mano con lo de ser archienemigos.

—¿Todavía estás con esas? —digiero el regusto amargo tapándolo con el del salmón, pero tengo de todo en el estómago y no me entra nada, y eso que estoy famélico.

Joder, quien me entienda…

—Oye, ¿qué estamos haciendo? ¿Una cena temprana o una comida tardía?

—¿Importa? —relleno su vaso de agua y también el mío.

—Si es una cena temprana debería controlarme y no engullir mi peso en sushi.

—Definitivamente, es una comida tardía.

No deberían iluminársele así los ojos. Es jodidamente peligroso. Sus pestañas no

deberían ser tan largas, ni sus ojos de ese verde turquesa, ni debería tener esa maldita peca cerca del labio superior, ni la costumbre de tocarse la oreja cuando divaga.

Vuelvo a colgar la llamada entrante en mi móvil porque quiero hacerlo sudar.

—¿Te parecería súper ofensivo que utilizara tenedor en vez de palillos?

—¿Usarías palillos si te dijera que sí? —contengo la sonrisa.

—No, pero sentiría un poco de curiosidad por saber si tienes antepasados asiáticos súper tradicionales. —Sonríe a la camarera cuando nos trae más comida como si fuera su mejor amiga en el mundo y me doy cuenta de que eso es lo que hace con todos: los vuelve especiales, únicos, valiosos.

—Voy a pagar —digo cuando termina, veinte minutos después que yo—, vuelvo enseguida.

—Espera, espera, espera —me coge de la manga de la camisa, se aferra a ella—, ¿por qué tú?

—Porque yo tuve la idea de venir aquí.

—¿Y eso qué más da? —Hace una mueca con los labios—. Es trabajo.

Soy un hombre débil, muy débil cuando hablamos de ella. No debería estar tocándome.

—Porque soy cinco años mayor que tú y quiero cuidar de ti, ¿me dejas? —Libero mi muñeca y me largo antes de que salga del trance y pueda cambiar de opinión.

Cuando vuelvo a la mesa, ha hecho una rosa con la servilleta.

—Para ti —dice poniéndola en mi lado—, te invito a un helado, ¿de qué lo quieres?

—No tienes que invitarme a nada.

—Pero quiero hacerlo. ¿Me dejas?

Joder. Llegamos a la heladería en tres minutos. Suelos pegajosos, gente hablando muy alto, música de los ochenta de fondo, paredes rosas y una cola que no veas. *Huele bien, eso sí.*

—¿Vas a llevarla todo el rato en la mano? —pregunta señalando su obra de papiroflexia textil—. ¿Como si fuera Simba y tú Rafiki?

—No veo que la esté levantando con ambas manos al filo de una montaña, solo la sujeto.

—Aun así, es raro que no la hayas tirado ya.

—Elige un sabor, ¿quieres?

—Es demasiado pronto, cuando terminemos de hacer cola ya habré cambiado de opinión mil veces.

La gente pide demasiado rápido. Hay demasiados camareros atendiendo. Estoy a punto de pedirle que vayamos a otra heladería solo por alargarlo más.

Me doy cuenta de que haré lo que sea con tal de verla así. Aunque lo que quiera me destroce. Hay una réplica suya en mi pecho y voy a cuidarla cueste lo que cueste.

—Guau, esa es una mueca muy intensa para todo el confeti que tienes en el helado. ¿No te gusta tu stracciatella?

—Es a ti a quien no le gusta la abominación que ha pedido.

—No estaba tan mal.

—Lo has tirado a la basura después de dos cucharadas, Daisy —*helado de langosta y oreo rosa, ¿a quién se le ocurre?*

—Mi corazón aventurero a veces me traiciona. ¿Qué haces? ¿Por qué me lo das? ¿Desprecias mi regalo?

—No te estoy dando mi helado, lo estoy compartiendo. Tienes tres segundos antes de que te lo quite.

Los tres segundos se alargan hasta que llegamos al evento a por nuestras cosas. Es una coincidencia que para entonces, la tarrina esté vacía. *Sigo viendo sus labios rodear la cuchara y apurar cada rincón con la lengua.*

Cogemos nuestras cosas de la taquilla y la veo mirarme de reojo cuando coloco la rosa que me ha hecho en el único compartimento del maletín en el que no se aplastará.

—Daisy, sobre lo de esta mañana…

—Mierda —se queda blanca—, mierda, mierda, mierda.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —me acerco como acto reflejo.

—Me he dejado mi pendrive en la sala de la ponencia.

—No pasa nada, vamos a buscarlo.

—¿Estás loco? Era una margarita, habrá volado. A esta hora de la tarde ya estará en Turquía. Fijo que venderán los pétalos por separado. Mierda, me lo regaló Lexi, me encantaba ese pendrive.

—Vamos.

—¿A Turquía?

—A buscarlo.

Se convierte en Miss Escepticismo, pero me sigue. Baja el tono como si estuviéramos haciendo algo malo y me dan ganas de llenar su lista de ideas. Las puertas de la sala están abiertas, pero las luces apagadas. Lo cierto es que la que procede del pasillo es suficiente para permitirnos subir las tres escaleras al escenario sin matarnos y mirar encima de la mesa, así que no buscamos el interruptor. Encontramos el pendrive en el suelo, junto a la mesa a un lado del escenario.

—Oh, guau, menuda suerte. No soy supersticiosa, pero un noventa por ciento de la suerte que hemos tenido hoy se lo debemos a esta de aquí —mueve la margarita delante de mi cara y entonces saca el móvil al tiempo que el mío recibe un zumbido—. Es de la oficina de patentes.

—¿Qué es lo que dicen?

—Nos han denunciado.

—¿Qué? —Me pongo a su lado y leo el mail. Nos piden que recopilemos toda la información necesaria y la enviemos de manera ordenada y comprensible con tal de demostrar que nosotros creamos todo desde cero—. ¿Es una puta coña? —Estoy a punto de agujerear la pared con el puño cuando oigo la voz de Vladislav Tikhonov acercándose.

Bloqueo el móvil de Daisy justo a tiempo de que la luz no nos delate.

—Sayan, la quiero fuera antes de que amanezca, ¿me oyes? Dooren no va a volver a beneficiarse de esto —El CEO de PharmaGenix y su mano derecha recorren el pasillo y pasan de largo la primera puerta de la sala.

—Teníamos la manera de apartarla, joder, pero esto lo ha jodido todo. Ahora pensarán que quieres aprovecharte.

—¿Te crees que no lo sé? MacAlister debería haberme avisado, ¡joder! Paga a quien haga falta, pero tráeme la renuncia de Dooren como sea. Los ecologistas de NeuroSynTech no le llegan a la suela del zapato a PharmaGenix, no conviene que se nos asocie con ellos ni un segundo más. Al final el populacho acabará pensando que cualquiera va a poder acceder al tratamiento por un módico precio.

—¿De qué sirve una solución revolucionaria si cualquiera puede acceder a ella? —

pregunta Sayan antes de que ambos desaparezcan de nuestro alcance.

Hostia puta.

—Dios mío… —susurra con voz temblorosa se lleva las manos a la cabeza—. Dios mío, el CEO de PharmaGenix me quiere fuera del proyecto y… *dios*. No quieren ayudar a nadie… solo forrarse y llenarse los bolsillos y… yo nunca pensé que formaría parte de algo tan… Me falta el aire. Creo que voy a vomitar. O a desmayarme.

La cojo de la cintura, la levanto y la siento en la mesa.

—Daisy, respira. Escúchame, aún no ha pasado nada.

—¿Aún no ha pasado nada? —repite abriendo mucho los ojos en mitad de las sombras—. ¿Es que no has oído lo mismo que yo?

—Sí.

—Ese cabrón me quiere dejar fuera y utilizar nuestro proyecto como… joder, ¿siempre es así no? Los ricos viven y a los pobres que les den.

—Suele ser así, sí.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? Hemos trabajado durísimo por algo que importa, que es bueno, que iba a cambiar las cosas, ¡y todo se ha ido a la mierda!

—Esto es más complicado de lo que parece.

—¿Que has di…? —Se calla, pero su silencio grita todo lo que no quiero oír.

Cierro los ojos y me froto la mandíbula, alejándome de ella para pensar. Se baja de la mesa y se coloca delante de mí.

—¿Tú lo sabías? —pregunta con un hilo de voz—. Dime que no lo sabías.

—No es tan sencillo.

Retrocede exhalando de golpe, respirando de forma abrupta. Tartamudea un par de veces incapaz de encontrar las palabras.

—Oh, dios mío.

—Daisy.

—¿Me has estado utilizando? ¿Distrayendo para que no lo viera venir? —pregunta con un deje de asco, rabia y algo más visceral: traición.

—No.

—Ahora lo entiendo por qué me mantenías cerca y a la vez tan lejos.

—Escúchame —me acerco—, no te vayas.

—¡No me toques! —Su voz tiembla y las lágrimas entran en juego—. Todo lo que hemos compartido solo ha sido una mentira, un teatro para que no me diera cuenta de lo que pasaba. El prototipo nunca iba a salvar a la mayoría y yo jamás iba a tener el reconocimiento. ¡Atrévete a negarlo! No puedes, ¿verdad? Me has usado de todas las formas imaginables. Por eso me desterraste a ese laboratorio inútil, ¿no es cierto? Si yo me quedaba allí, nadie consideraría relevante mi aportación al proyecto, ¿y quién va a creer que después me dejaste entrar? ¡Si yo misma pedí instrumental a NeuroSynTech! Dios, te desprecio más incluso que a él.

—Tienes que volver a Saltwater conmigo —sentencio tajante antes de que se vaya—. Tenemos que recopilar toda la información de la patente. Todavía eres parte de este proyecto y nos queda mucho trabajo juntos.

—Vete a la mierda.

Desaparece y yo no impido que se marche.

La impotencia me asfixia. No sé cuál es el siguiente paso, pero sí cuál quiero que sea. Lo único que oigo es mi respiración estrangulada y la madera crujiendo en un

estruendo. La mesa ya no está en el escenario, ni entera. El sonido resuena en la sala desierta, tan hueco como el vacío forjándose en mi pecho.

«Te desprecio más incluso que a él». Voy a buscarla y la veo de lejos subiéndose a un taxi. La llamo de nuevo, pero me salta el buzón antes del primer tono. Envío un mensaje a Creed con la lluvia mojando mi pantalla, luego busco en mi agenda y llamo a Julius. No me gusta nada lo que me dice mi abogado, así que estoy volviendo sobre mis pasos para acabar con lo que queda de mesa cuando me encuentro de cara con el hombre que más desprecio.

—Contigo quería hablar, estoy muy descontento, John-Luke.

Pasa de largo y sé que no tengo opción, así que sigo a Tikhonov hasta su coche parado a un lado de la carretera de la abarrotada ciudad de Maine. Sayan se queda fuera. Mis emociones me van a pasar factura como no me meta en el puto personaje pronto.

En cuanto las puertas se cierran, oigo algo que suena mucho a bofetada y mi mejilla empieza a arder de dolor. Un segundo después lo tengo cogiéndome del cuello de la camisa.

—¿Una ponencia en la gala? ¿A quién cojones se le ocurre?

—Te guardo un gran respeto por mi padre, Vlad, pero si no quieres que te la devuelva, empieza por soltarme.

Lo hace con los ojos inyectados en ira y rabia.

—Habla.

—Conocía tus dudas en cuanto a Daisy, pero ya te dejé claro que independientemente de lo que te dijera Rosemary, la necesitaba para el proyecto.

—¿Y eso te hizo creer que aceptaba un futuro para ella en PharmaGenix? Joder, tú no eres así de tonto. ¿De quién fue la idea de la ponencia? Suya, ¿verdad? ¿Te has aliado con NeuroSynTech a mis espaldas? ¿Es eso?

—No te montes películas, que la idea fue toda mía. Quería darle publicidad al proyecto, conseguirte más inversores y a su vez, dar la noticia a las tres empresas de que habíamos acabado antes de tiempo —me paso la lengua por la mejilla—. Es evidente que no he conseguido el efecto que esperaba.

—No, en absoluto. ¿Sabes lo que va a costarme dejarla fuera ahora? ¿A su empresucha de tres al cuarto? —estrecha la mirada con la mezquindad perversa de anciano avaricioso que lo tiene todo, pero quiere más—. Tengo a mi equipo entero trabajando en ello porque tú lo has jodido todo.

—¿Acaso no firmó un contrato con PharmaGenix? ¿De verdad crees que merece que la dejes fuera? El prototipo no existiría sin ella.

—No te hagas el tonto conmigo, ya sabes cómo funciona esto. No se reparten beneficios con los prescindibles y esa cría ni siquiera juega en la liga profesional.

Hay pocas veces en la vida en la que me proponga seriamente matar a un hombre con mis propias manos.

—No soy tu marioneta, ¿sabes? Soy un científico, me contrataste para trabajar y eso he hecho. Si he jodido unos planes de los que nunca me habías hablado, no es mi puto problema. Pero eh, aquí un consejo que no me has pedido, suelta algo de pasta por una vez y deja a esa cría en paz.

Decir que la incredulidad rebosa su asquerosa cara de escoria narcisista sería quedarse muy corto. Me largo dejándole con la palabra en la boca y mientras conduzco, me convenzo de que eso es lo mejor que podía hacer por mi plan. A medida que pongo

distancia el deje de traición del tono de Daisy suena más alto.

También pienso en la conversación que he tenido con Julius.

—MacAlister, hola, qué buena…

—Necesito contárselo todo a Daisy.

—¿Qué ha pasado?

—Vladislav Tikhonov ha pasado. Sabe que quiere echarla del proyecto y que no piensa dejar que el tratamiento sea accesible para nadie que no tenga los bolsillos llenos. Cree que… —aprieto los dientes, no llego a terminar la frase.

—Da igual lo que crea, la joderás viva si se lo cuentas. Ya lo hemos hablado mil veces, MacAlister.

—Tiene que haber alguna forma.

—No, a menos que quieras poner en peligro su carrera, no la hay. Es muy joven y brillante. Puede que te odie, pero estás haciendo lo que debes. Si esto llega a juicio, como es probable que pase, Daisy tendría que contar todo lo que sabe y por poco que sea, le pondría una diana en la espalda. Mantenerla al margen es la única forma que tienes de salvarla.

Aparco en la entrada de la mansión bien entrada la noche y cuando me bajo del coche sigo oyendo el limpiaparabrisas en mi cabeza. Entro en casa y Zelle corre hasta mí.

—Señor MacAlister —dice Mhílena con la cara contraída mientras la acaricio.

Más problemas.

—¿Está la señorita Dooren aquí?

—¿La…? Sí, sí, no es eso. Ha ocurrido algo.

Subo con ella al piso de arriba porque no es capaz de decirme de qué se trata. Hace años que no veía a Mhílena así de nerviosa. Entro en el laboratorio de mi padre y las cosas no están como él las dejó.

Ya no. Siete años después, alguien las ha movido por primera vez.

—No sé qué ha podido pasar. Soy la única que tiene la llave.

Me acerco a la estantería de la que se han caído las hojas que hay por el suelo. Las piezas empiezan a encajar en cuanto leo el recuerdo de mi peor pesadilla. *La llave de la biblioteca.*

Lo sabe.

Por eso no podía mirarme a la cara esta mañana.

—Señor MacAlister, le juro por mi vida que yo no…

—Lo sé. No has hecho nada mal, Mhílena. ¿Puedes cerrar la puerta al salir?

Se disculpa de nuevo y desaparece. Las paredes se alejan de mí a medida que pasan los minutos. Nadie puede borrar lo que ocurrió así que vuelvo a meter los recortes entre los libros y me siento en una de las polvorientas mesas del laboratorio de Ewan MacAlister.

—Papá… Qué bien me iría ahora uno de tus consejos.

25

Daisy



Veo luces rojas, azules y verdes parpadeando por todas partes al subirme al taxi. El aire se vuelve tan denso que es como si tragara niebla. Mis pulmones se encuentran en un campo de batalla donde las costillas son el único escudo resistiendo esa fuerza invisible, pero demoledora.

La ropa se me pega a la piel por el sudor frío mientras mi mente da vueltas agónicas a cada palabra que ha dicho John-Luke MacAlister en el laboratorio, en un intento fallido de encontrar pistas. *No las había*. Siento náuseas.

—¿Está bien, señorita? —pregunta la taxista.

Asiento aferrándome al cuero desgastado del asiento de delante, pero dudo que vaya a volver a estar bien. *Creo que ya ni siquiera entiendo esa palabra*. Es ridículo que ni pueda pensar en que voy a perder el ascenso. Mi pulso va demasiado rápido, golpea demasiado fuerte y me duele el pecho.

Me arden los ojos pero las lágrimas no caen. Todo el huracán está dentro de mí atrapado, retorciéndose sin encontrar una salida. *«Nadie finge tan bien»,* dice una voz en mi cabeza, pero no me puedo permitir escucharla porque él sí, él sí lo hace.

Desconozco cuánto dinero le doy a la taxista, pero se marcha satisfecha cuando entro en la mansión. No sé si lo hago sin ser vista, pero desde luego sin que nadie interrumpa mi viaje por las escaleras. *Tal vez deberían, sigo viendo lucecitas*.

Entro en su dormitorio con un dolor agudo atravesándome la cabeza de lado a lado y lo hago convenciéndome de que solo estoy buscando pruebas que lo culpabilicen, no que demuestren su inocencia. Los recuerdos se vuelven contra mí, frenando mis pasos, vaciándome los pulmones para llenármelos de traición carbonizada. Cierro los ojos y cada cosa que ha hecho por mí vuelve en ese momento.

Mintió a Eliot para que me quedara y cuando quisieron enviar a Brook volvió a intervenir. *¿Lo hizo solo para aprovecharse de lo que sé y luego darme la patada? ¿Por qué mierda me salvó de la lluvia entonces? ¿Y por qué me obligó a ser la primera de los dos en firmar la patente?* «Sabes la clase de persona que es».

—No me ha contado *nada*, no puedo saber *nada*. Lo que sí sé es que es un gran mentiroso. Sabía lo que el CEO de PharmaGenix pretendía y no me lo dijo. Me ha mantenido al margen, me ha engañado de todas las formas posibles —digo en voz alta porque necesito oírlo, reafirmarme, pero las lágrimas que me queman la garganta se cargan mi tono seguro.

Rebusco en su escritorio de madera negra con rabia, inspecciono los cajones profundos sin ningún cuidado y también entre sus libros. *Nada*. Estoy a punto de ir al laboratorio y hacer lo mismo cuando me da por mirar la mesita de noche.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Acuérdate de que mañana empezamos a trabajar a las $\log_{10}(10{,}000{,}000)$
:)

—La única persona cuerda del laboratorio.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

No explotes el laboratorio en mi ausencia y acuérdate de comer, Lucas. Si vuelvo de Londres y te encuentro en estado de descomposición mi paciencia será inversamente proporcional al desastre.

—La biotecnóloga más alucinante de todas.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Sé que has dicho que no, pero esta es una petición formal y escrita para que te replantees pasar parte de nuestra jornada laboral en el jardín de atrás. Piensa en el valor de las margaritas como f(x), donde f(x) = sin (x) de nuestra felicidad.
¿Porfi?
¿Poooorfi?

—DD

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Gracias por no matarme por romper la probeta. A veces eres casi encantador. Nos vemos a las 3^2 después de tu reunión.

—Dooren

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Ha conservado todas mis notas, cada tontería que le he escrito en una hoja medio rota. *Y las guardaba ahí, en su mesita de noche, junto a su cama.*

Oigo su coche llegar al jardín y mis pasos se mueven solos. Corro a mi dormitorio sin mirar atrás, coloco una silla al cerrar la puerta para asegurarme de que esta vez ni el viento, ni nada, conseguirá abrirla. *Tengo mucho en lo que pensar.*

Son las tres de la mañana cuando me doy cuenta de que llevo horas dándole vueltas a la misma pregunta. «Si está de parte de Tikhonov, ¿por qué estaba él así de furioso?». Necesito salirme de mi cuerpo o hablar con él, pero no muevo ni un solo músculo. *No puedo, no cuando la verdad puede destrozarme.* Lo gracioso es… que no saberlo tampoco evitará que eso pase.

A la mañana siguiente abro mi maleta para tenerla preparada cuanto antes, pero sigue vacía en mi cama cuando me marcho. No tengo hambre, así que no bajo a desayunar, pero cuando paso junto a la escalera oigo a algunos de los empleados cuchichear. En realidad, solo consigo descifrar una frase: a partir de ahora la puerta del laboratorio de Ewan estará abierta.

Acelero el ritmo de mis pasos por otro motivo distinto.

—Va a hacerte falta algo más que un buen whiskey para que firme un nuevo contrato después de lo de ayer. —La voz de John-Luke suena firme, seca y cortante, y detiene mis pasos frente a la puerta entornada del laboratorio. La abro—. Tengo que dejarte, tengo mucho trabajo. No, no puedo ir a PharmaGenix ahora, Tikhonov. Te repito por enésima vez que la idea de la gala fue mía, no de Dooren. ¿Acaso no recuerdas que te dije que sus piernas largas me motivaban a trabajar mejor y que su cara bonita me hacía las cosas más fáciles? No es sencillo encontrar una mujer que no estorbe con sus chorradas y que encima te alegre la vista, pero lo último que deberías hacer es sospechar de sus intenciones. Como tú dijiste es una cría que ni siquiera juega en la liga profesional y te puedo asegurar que no tiene los recursos necesarios en el piso de arriba para llegar a maquinar nada. Vale. Ajá. Hablaremos, sí, adiós. —Tira el móvil en la mesa en cuanto cuelga, se apoya en ella y suelta una larga exhalación sin dejar de dar la espalda a la puerta—. Escoria de mierda. Cabrón hijo de puta.

La venda se me cae de los ojos.

Todo el desprecio que sentí ayer arremete contra mí misma. *Cedí a creer lo que era fácil, pese a que las evidencias estaban ahí. Debería haberlo sabido.*

—Pero qué tonta he sido —jadeo—. Me estás protegiendo.

Se gira de golpe, empalideciendo de inmediato, con una mezcla de miedo, horror y puro pánico peleando en su púrpura y plateado iris.

—*Daisy*.

Apenas puedo frenar la tormenta de emociones que sube por mi garganta.

—Me estás protegiendo de él. Propusiste lo de la gala para que reconocieran mi cara, para que me vincularan con el proyecto y que así me dieran mi parte del mérito, porque sabías que él quería quitármelo. —El estómago se me da la vuelta—. He sido yo la que te ha traicionado desconfiando.

Exhala de nuevo, cierra los ojos, endurece la mandíbula y sacude con la cabeza.

—Pero hay muchísimo que todavía no entiendo. ¿Por qué no me lo contaste todo al principio? ¿O ayer? —me acerco, pero él se aparta como si el aire hubiera dejado de ser seguro para respirar.

—No podía.

—Hazlo ahora.

—No. —Su voz es áspera y contundente, pero no me engaña, su reluciente vulnerabilidad lo eclipsa todo. Se lleva una mano al abdomen como si eso pudiera apaciguar el retorcimiento que parece sentir. La lucha interna precede a la calma helada a medida que se recompone—. Puedes quedarte con el laboratorio esta mañana, yo trabajaré con el portátil en la sala de al lado hasta que solucionemos lo de la patente.

No llega a coger sus cosas, cuando está lo bastante cerca rodeo una de sus muñecas cargadas de pesadillas y me aferro a él.

—No quiero ponerte las cosas más difíciles, de verdad que no. Pero si no me lo cuentas tú, llamaré yo misma a Vladislav Tikhonov y empezaré a hacer preguntas. —En cuanto termino la frase su rostro se descompone como si su mundo se viniera abajo por mi culpa. No dice palabra—. Bien, como quieras.

Coge mi teléfono en cuanto lo tengo en la mano.

—¿No puedes fiarte de mí, Daisy?

—Sí. Lo que no puedo es dejarte todo el peso de esto a ti.

—No lo entiendes —tira mi móvil en la mesa y me coge las mejillas con ambas manos —. Lo mejor que puedes hacer es irte, coger lo que es tuyo en NeuroSynTech y olvidarte de todo.

Me hace más daño que nada que me haya dicho antes.

—Estamos juntos en esto, tú y yo. No solo en el proyecto, en lo que sea que esté pasando con PharmaGenix en realidad. En la mierda que te esté obligando a tener esa clase de conversaciones con personas repugnantes, fingiendo ser alguien que no eres. Es una decisión tomada, así que si no vas a hablar, seré yo la que empiece con las preguntas. —Me separo y me bloquea el paso en cuanto intento hacerme con mi móvil.

Su muro se agrieta. *Al fin.*

—Será mejor que te sientes.

—No quiero sentarme.

Luke tira de mí con más delicadeza que fuerza, como si intentara sujetar algo que supiera que va a perder. Cierra la puerta tras nosotros y me guía hasta la última mesa de la sala. Deja las manos abiertas sobre sus piernas, como si estuvieran vacías de toda solución. Sin escapatoria. Me pregunto cómo voy a poder hacer otra cosa que cuidarle. *Es evidente que él no sabe hacerlo.*

—En sus últimos meses de vida, mi padre… —se frota la cara reticente, luego exhala —. Mi padre empezó a mostrar ciertos signos de vejez en sus decisiones. Él ya conocía a Vladislav, habían sido amigos de jóvenes y aunque se distanciaron con los años, todavía había cierto aprecio.

—¿Cómo es posible?

—Tikhonov no siempre fue un cerdo sin escrúpulos. Cambió al hacerse jefe y multimillonario. El caso es que mi padre firmó el contrato sin darse cuenta de las verdaderas intenciones del CEO de PharmaGenix. Mi padre estaba obligado a poner a alguien de confianza como garantía, lo cual es algo común en científicos de avanzada edad cuando trabajan en proyectos en los que se invierten grandes cantidades de dinero.

—¿Quieres decir que si no lo terminaba él…?

—Lo haría yo, sí. Yo era su garantía. —Endurece la mandíbula—. Así que meses después de que mi padre falleciera, le tomé el relevo en el proyecto. No tardé mucho en darme cuenta de la cantidad de mierda ilegal que había bajo la superficie de

PharmaGenix. No es que no quieran ayudar a nadie, Daisy, es que quieren perjudicar a cuantos más mejor con tal de que se necesiten sus tratamientos genéticos y sus medicamentos. Desde el día en que lo supe, he estado recopilando información para desenmascararlos.

—En siete años has debido conseguir una barbaridad de pruebas.

—Pocas cosas son suficientes para tumbar a un titán de su tamaño, con tanto dinero pueden comprar a casi todo el mundo. Así que supe que también debía hacerme un nombre, no solo en la biotecnología. Abogados, jueces… he tratado con todo tipo de gente con tal de saber quién sería capaz de ayudarme, llegado el momento. Mientras tanto les he jodido el proyecto tanto como he podido.

—Sabía que lo hacías.

—A tu lado era difícil pararme los pies, trabajar contigo es increíble. Pero necesitaba ralentizarlo no solo por mí, sino para no darles una nueva arma.

—Dios mío, ¿eso hemos hecho, verdad?

—No pasa nada porque voy a acabar con todo ya. No tendrán tiempo de pensar en vender el nuevo tratamiento con la que les va a caer encima. —Evita mirarme, como si una parte de él no pudiera aceptar lo que está haciendo—. Daisy, en la mayoría de casos que te precedieron, lo mejor era que llegaran y se fueran siendo irrelevantes. Eso era lo único que podía salvarlos de las consecuencias de vincularse con PharmaGenix. Pero por desgracia tu caso se ha convertido en algo muy distinto, porque Rosemary ha intentado por activa y por pasiva ponerte en contra de Tikhonov.

—¿Rosem…? ¡Será asquerosa! Dios, cuantísimo odio a esa chimenea. Para que luego digan que tener una gran familia es una bendición.

Me coge la mano y me doy cuenta de que le tiembla.

—Me encargué de dejar a Rosemary a la altura que merece, pero esa es la razón principal por la que me he permitido terminar el proyecto contigo de una vez por todas. No ibas a pasar desapercibida, así que lo mejor era que le fueras útil sin resultar una amenaza.

Te ocupas de todo y no se lo dices a nadie.

¿Cómo alguien puede cargar con tanto en silencio?

—Luke, ¿por qué no me dijiste nada?

—Voy a ir de frente cuando los ataque, cuando entregue a la policía todas las pruebas que tengo contra ellos. Puede salirme bien o acabar con mi carrera, pero es mi guerra, Daze, no la tuya. *—«Una que Ewan MacAlister habría luchado de seguir con vida»,* leo entre líneas—. Sin duda, habrá decenas de juicios y llegado el momento te subirán al estrado. Que no supieras nada del tema era crucial para que Tikhonov se olvidara de ti. Por eso necesitaba mantenerte al margen.

—Esta también fue mi guerra en cuanto firmé el contrato y vine a Saltwater. Puede que no engañara a mi padre, pero lo que está haciendo esa farmacéutica no puede quedar impune. Tengo principios, ¿sabes?

—Escúchame, podríamos no conseguir nada y perderlo todo. Solo tienes veintisiete años.

—Dice el que podría trabajar tantos años como los que ha vivido y más —resoplo con la garganta ardiendo porque crea que tengo alternativa—. Dios, por eso reaccionaste así cuando me viste con Mhílena el primer día. Por eso querías que renunciara. No querías que yo formara parte de esto.

—Cualquiera menos tú —susurra apartando la mirada, desviándola hasta sus manos.

Lo que me recorre el cuerpo me impide seguir sentada. *Tengo mucho que enmendar*.

—Tengo que hacer una llamada.

—¿Estás de broma?

—Hace un par de años mi hermana Nina estuvo en una situación de mierda, pero Nolan-Kane, su actual marido, la ayudó. ¿Cómo? Contactando con un buen amigo suyo. Christian tiene que saber esto. En serio, tendrás muy buenos abogados, pero ese tío es un lince. Y Levi-Ryan también debe enterarse, es el mejor policía de Michigan y probablemente del país. Tiene contactos en cada territorio que aparece en el globo terráqueo, pero es fiable, tranquilo. Es el marido de mi hermana Lexi. ¿Por qué me miras así?

—¿Por qué no te marchas?

Casi puedo imaginar cómo sería de niño. Tendría la misma cara que ahora. *Perdido. Acostumbrado a ser el que tiende la mano, pero no el que recibe la ayuda*.

—Me has apartado todo este tiempo sin darme opción a demostrarte de lo que soy capaz. ¿Sabes? Eres la única persona aquí que no ve lo muchísimo que mereces la pena —cojo su portátil y se lo pongo entre las manos—. Mientras yo hago llamadas, empieza con la documentación de la patente. Ese laboratorio de pacotilla que nos ha demandado no va a quitarnos una mierda de nuestro mérito. Te relevaré cuando les haya puesto en situación a todos, querrán hablar contigo.

Accede, aunque no deja de mirarme de *esa forma* que me calienta hasta las neuronas. Estar ocupada no hace que deje de sentirme como la peor persona del mundo por no haberme aferrado a él pidiéndole explicaciones, por haberle soltado la mano, pero ayuda un poco. *Y voy a compensar mi error*.

Los siguientes días son un absoluto caos.

El agua nos llega hasta el cuello y aunque somos un gran equipo, el cielo se oscurece por momentos.

26

John-Luke



PharmaGenix va a robarnos la patente y no podemos hacer absolutamente nada al respecto. Los laboratorios que nos acusaron de plagiarles la idea ya han salido del plano, pero ahora el tiburón que nos ataca es mucho mayor.

El contrato que firmó mi padre en su día especificaba que el setenta por ciento de la propiedad del descubrimiento sería suyo y el treinta restante de la farmacéutica. Pero Tikhonov está tirando de un tecnicismo y va a conseguir el cien por cien de los derechos sin que podamos hacer nada.

—PharmaGenix es la inversora mayoritaria del proyecto, a ojos de la legalidad, eso os convierte temporalmente en mis empleados y ese nuevo contrato contradice en algunos detalles al que firmó tu padre. Son minucias legales, no quiero aburrirte.

—No es lo que acordamos, Tikhonov.

—No hace falta que te sulfures, hijo, es lo mismo que si Dooren y tú hubierais registrado la patente a mi nombre, lo cual me habría ahorrado mucho papeleo. No será un inconveniente para nadie, al fin y al cabo, vosotros solo sois científicos, quien iba a vender el trato multimillonario soy yo. Si quieres que tener un porcentaje mayor de los derechos, ayúdame a encontrar algo que utilizar contra la cría. Ha resultado que todo lo que me ofreció Rosemary no era más que humo.

Daisy sonríe cuando cuelgo, porque ya tenemos otra conversación grabada de Tikhonov dejando claras sus intenciones.

—Tenemos una idea, pero es probable que no os guste nada —dice Nolan-Kane en un tramo de la pantalla partida mientras sujeta a un niño pequeño dormido.

—¿Qué idea? —pregunto.

—Hablasteis de una gala anual que PharmaGenix hacía en Nueva York, ¿cierto? —interviene Levi-Ryan desde la comisaría de Acorn Hill.

—Sí, un evento burocrático para convencer a los accionistas de que van a seguir ganando un pastizal y atraer así nuevos inversores —explico.

—Solo han pedido a Luke que se presente y eso que se hablará del tratamiento —comenta Daisy.

—¿Hasta qué punto dais por perdida la patente? Porque un secreto solo se mantiene si nadie lo cuenta.

—¿Qué estás insinuando, Nolan? —pregunta Daisy con los ojos muy abiertos.

—Queréis ayudar a gente enferma con dolores horribles, pero tenéis las manos atadas. ¿Acaso este problema no se solucionaría si vuestro procedimiento se hiciera público? —suelta Jay-Duncan que, igual que el resto, lleva metido en esto desde que Daisy le pidió ayuda.

—Vosotros necesitáis que la imagen de PharmaGenix se debilite, que la prensa se les eche encima para entonces atacar con todo lo que tenéis, aumentando así las probabilidades de ganarles el pulso —dice Levi-Ryan—. ¿Qué mejor momento para

filtrar la patente de vuestro nuevo descubrimiento que justo en la gala?

—Aquí es cuando, legalmente, empiezo a ponerme nervioso —dice Christian desde su despacho de abogados.

—Yo estaría dispuesta, pero no llevo en este proyecto siete años —Daze alza su mirada turquesa hasta mí.

—Estoy dispuesto a poner mi carrera en la cuerda floja, no voy a ponerme exquisito con una patente —le dedico una sonrisa torcida y ella se aferra a mi mano, y le da un apretón.

—Joder, no pensaba que se lo fueran a tomar tan bien.

—Con un par.

—No iba a ser nuestra de todas formas, así al menos la gente podrá beneficiarse de ello —respondo a los murmullos de Ryan y Kane.

—Pues manos a la obra —dice Christian—, tenemos que buscar una manera legal de hacer que eso sea posible y no una violación total del contrato.

—Antes de colgar y que cada uno se largue a romperse la cabeza con algo que no acabe con John-Luke y Daisy en la cárcel, tengo una pregunta —interviene Kadmus Winchester, policía de confianza de Levi-Ryan—. Habéis dicho que esa gala es para accionistas actuales y nuevos inversores, ¿eso quiere decir que estará abierta al público?

—Sí —respondemos al unísono.

—¿Por qué? —le pregunta Ryan.

—Porque vamos a ir todos.

Llevamos días dándole vueltas a nuestras opciones para hacer pública la patente. Sería perfecto hacerlo durante la gala ya que Tikhonov tendría la atención máxima de los socios, pero por el momento estamos en un callejón sin salida.

—No entiendo cómo alguien puede querer ser abogado, menudo muermazo —dice Kían tumbado en el suelo de la biblioteca con Zelle y Rocky sobre el estómago.

Las horas llevan días fundiéndose en una monotonía insoportable en la que corremos y corremos, pero no nos movemos del sitio. Es agobiante.

—A mí me va bien para cuando tenga que interpretar a un abogado. Tendré la jerga por la mano. ¡Protesto, señoría!

—Joder, Alex, deja de echar tu incienso de la suerte que nos vamos a ahogar —toso porque estoy tragándomelo todo y aparto a Baguette para que no le pase lo mismo—. ¿Y puedes dejar de hacer ruido con esas monedas? Me estás volviendo loco. ¿Para qué traes dinero aquí?

—Son mis monedas chinas de la suerte, gruñón.

—Pues no las dejes en el suelo, como alguno de estos se las trague no va a traernos suerte, precisamente.

—Idea, ¿y si sembráramos la semilla de que uno de sus empleados se ha ido de la lengua? —pregunta Daisy con Newton en el hombro y el pelo fuera de la cara en un recogido despeinado que deja expuestas sus facciones dulces y femeninas.

—Hay pocos que podrían tener acceso a esa información —digo—, sería fácil para la policía saber que no ha sido nadie de PharmaGenix.

—Ya, pero Nina dice… —Daisy levanta una de las muchas cartas que ha estado recibiendo—, que sería más creíble si en vez de que uno de ellos lo sepa todo, que haya muchos empleados conociendo parte de la información.

Horas más tarde, en el laboratorio, Christian nos da la negativa.

—Si buscar la forma de colarnos en PharmaGenix está descartado porque no somos Tom Cruise en una de sus películas, ¿cómo podríamos hacer llegar la información a esos empleados de forma anónima? No lo veo, chicos.

Durante la cena, Stef y Patty, los únicos junto a Mhílena que saben algo de lo que estamos haciendo, se unen a nuestra búsqueda. *Solo quedan veinticuatro horas para la gala y todavía no tenemos nada.*

—Con tarta el cerebro funciona mejor.

—Esta es la tercera, Patty —le dice Stef, limpiándose las gafas de leer con aire resignado.

—¿Y qué quieres? Hasta que se nos ocurra algo brillante, necesitamos azúcar. Es ciencia.

Kían termina su libro de derecho con un golpe seco. No ha tenido tiempo de exhalar todo su evidente agotamiento y asco cuando le pongo otro delante.

—¿Quieres que le prenda fuego?

—Haz lo que quieras, pero después de leértelo —muevo la barbilla y se lo abro por la primera página.

Él piensa en todas las formas que podría acabar conmigo y dos segundos después hinca los codos.

—No entiendo cómo a Christian puede gustarle esto, Kían tiene razón es horrible —dice Alex jugando con un montón de piedras y cristales en la mano mientras lee—. Ah, mirad, se me acaba de ocurrir que... No, no he dicho nada. No estamos en Louisiana.

—¿Cómo está Sawyer, por cierto? —pregunta Daisy.

—Es tu amigo, ¿por qué me preguntas a mí? —Alex se sonroja y va hasta la nevera con tal de darnos la espalda.

—Si quieres puedo preguntárselo a Jonathan, seguro que él lo sabe —se ríe por lo bajo.

—¿Quién es Jonathan? —pregunta Patty.

—Mi amigo de intel... ¡ahhhhhhh! —Daisy grita y se tapa la boca con la mano, luego grita otra vez y salta del asiento—. ¡Eso es! Dios, ¡eso es! ¡Jonathan!

Aterrizamos en Nueva York.

Pero salgo solo del aeropuerto.

Entro en el taxi y a un volumen casi imperceptible oigo una canción de Madonna, pero no una cualquiera, la de Daisy. No soy Alex, pero esto tiene que ser una señal. Me reajusto el nudo de la corbata azul por enésima vez mientras serpenteamos entre los coches atravesando la noche neoyorquina. Bajo la vista hacia los puños, donde unos gemelos de ónix captan la escasa luz del interior del coche.

—¿Kían, estos son los gemelos de...?

—Sí.

—No sabía que los tenías.

—Fue una de las pocas cosas que me guardé de papá.

—¿Por qué me los das?

—Los objetos ganan valor a medida que construyen una historia. Te los presto para que lo lleves a él contigo. —Su mirada se vuelve gélida—. Tikhonov engañó a papá, lo utilizó contándole medias verdades y mentiras descaradas. Los quiero de vuelta, serán un recordatorio de lo orgulloso que estoy de tenerte como hermano.

Entro en el hotel de Park Avenue. Pronto dejo atrás la entrada inundada de mármol

blanco, cargada de espejos biselados que multiplican la iluminación y permiten apreciar los cuadros enmarcados en oro expuestos para todos aquellos que tienen tiempo para estupideces.

Me concentro en meterme en el papel, como haría Alex en una de sus películas. *Le aseguré a Tikhonov que hoy le daría todo lo que necesita contra Daisy, así que estoy seguro de recibirá con los brazos abiertos*. Pulso el botón del ascensor y mientras espero, una voz suena a mi espalda.

—¿Preparado para el gran éxito?

Me giro y encuentro a Rosemary con un traje con falda del mismo gris que su pelo, y un cigarro en la mano que sujeta su copa.

—Para esto hemos trabajado tanto, ¿no?

—Ya lo creo. Por fin vamos a recoger los frutos. He invertido una buena pasta, pero apuesto que ese tratamiento nos va a hacer a todos muy ricos. —Ladea la cabeza—. Es una pena que Daisy no haya podido venir.

—¿Lo es?

Sonríe y cuando se abren las puertas, pasa delante.

Se queda sin aire y parece estar a punto de darle un ataque.

—¿Daze?

Se abalanza sobre mí aferrándose a mis hombros.

—A él se lo cuento todo, Luke. ¡Jonathan! Nadie tendría forma de saberlo.

—Escapista, no te seguimos —dice Kían.

—No, ni por asomo —dice Stef.

—El ChatGPT, él va a ser nuestro altavoz, nuestra forma de soltarlo todo. PharmaGenix no podría rastrear quién le enseñó a crear el prototipo desde cero, ¡es la herramienta de distribución anónima más perfecta que existe!

—Daisy —Alex interviene con una mueca contraída—, los modelos de inteligencia artificial no aprenden de las consultas individuales.

—Estoy al corriente, ¿pero tal vez haya alguna forma de encontrar una grieta? ¿De colarnos en el sistema?

—Conozco a un tío que podría ayudarnos con eso —admito saliendo de la cocina.

—¿Creed? —pregunta Daisy una vez subimos todos al laboratorio, incluido él.

—No soy un jardinero común, preciosa.

—No la llames preciosa —le advierto—. ¿Crees que puedes hacerlo?

—Puedo hacer creer a "Jonathan" que estamos en un periodo de tiempo previo a 2021, para los que no lo sepáis, su aprendizaje duró hasta entonces. Pero hay otro problema. Existen medidas de seguridad con tal de no generar contenido que infrinja derechos de propiedad intelectual, así que vais a tener que hablarle en otro idioma.

—¿Cómo dices? —pregunta Alex alzando su ceja en francés.

—Enseñándole sin que se dé cuenta de que justo es eso lo que estamos haciendo —contesto mientras Daisy asiente rebosando euforia.

—¿Como cuando dejas ganar a un crío al parchís? —pregunta Kían de fondo, pero no le oigo, la sonrisa de Daze se expande en todas direcciones y sus ojos están enfocados en mí.

—Pero no podemos hacerlo ahora —dice Creed—. Tikhonov no puede tener opción a cancelar la gala. Debemos esperar a que no les quede tiempo de reaccionar.

—¿Y si no funciona? ¿Y si esperamos, sale mal y no tenemos plan B? —pregunta

Alex, pero nadie contesta.

Será mejor no pensar en esa posibilidad.

El ascensor nos lleva hasta la última planta del rascacielos y hablo con quien haga falta para perder a Rosemary de vista. Cruzo una amplia sala con invitados, camareros y música suave, y bajo los cuatro escalones que la separan de la sala donde ocurrirá todo. Acepto una copa de champán cuando me la ofrecen y me la bebo de un trago. Tengo el corazón en la garganta, pero estoy demasiado acostumbrado a enjaularlo todo dentro que dudo que alguien repare en ello.

Me escurro entre la gente, pero me percato de tres mujeres cuya sofisticación casi aristocrática y belleza despampanante han absorbido la atención de dos tercios de los invitados con una facilidad pasmosa. Una morena, una rubia y una pelirroja cuya caligrafía sería capaz de distinguir en cualquier parte.

—MacAlister.

—Señora Müller, señor Hoffmann, me alegra verles. —La última vez que lo hice fue en el funeral de mi padre.

—Tu proyecto suena tan fascinante que ya hemos invertido un buena cantidad en PharmaGenix. Estoy segura de que los rendimientos de ese tratamiento van a ser tan altos como el beneficio para los pacientes —me regala su sonrisa cariñosa habitual—. Tienes un gran corazón.

—Muchas gracias, señora Müller.

—Eres un buen hombre, tu padre estaría orgulloso.

Si, bueno, ya veremos. Joder, si esto no sale bien…

Me despido y saco el móvil del pantalón de traje cuando vibra.

Mensaje de Creed

20:00 La cena ya está lista. ¿Estás en casa?

Justo a tiempo.

Me asomo por uno de los grandes ventanales junto al catering, al otro lado de la prensa invitada, y veo los coches patrulla llegando a nuestra calle, uno a uno. *Han recibido un soplo respaldado por un agente más que respetado, ¿qué iban a hacer sino acudir?*

—¿Vas a tener que subir al escenario? —Un tío alto, rubio, con los ojos azules y tatuajes en el cuello, se asoma también a mirar.

—No le gusta apartarse del micrófono, pero según me ha dicho su secretaria por email, me permitirá hablar durante un par de minutos.

—¿Sí? Pues fíjate —baja el tono—, no creo que dé tiempo.

Yo tampoco.

—Es un placer conocerte en persona por fin —le ofrezco mi mano y él acepta el saludo.

—Lo mismo digo, tío. Christian te manda recuerdos. Va a cumplir lo que dijo, no viene a la ceremonia, pero sí al banquete.

—Perfecto. *—Me hará falta en los tribunales. No hay duda de que Daisy tenía razón, ese tío es un lince.*

Nos separamos cuando empieza la función. Ocupo mi asiento en el bloque de la izquierda, con otros empleados de PharmaGenix incluida Rosemary. Somos un océano azul en comparación con los invitados y la prensa.

Tikhonov sube al escenario y recibe la primera ronda de aplausos. Empieza

vendiendo su visión de grandeza, cada una de sus palabras diseñada para inflar el ego de los inversores y prometerles el éxito infinito. El logo de PharmaGenix desaparece a su espalda, pero él no se percata. Entonces aparece la ventana del ChatGPT y sin que nadie le haga ninguna pregunta, escribe. Línea tras línea. *Sabía que Creed no podía fallar*. Los invitados pasan de ceños fruncidos y susurros a murmurar con desconcierto.

—Oh, ¿no es ese el procedimiento seguido por los biotecnólogos? —La pelirroja en primera fila, también conocida como Amy Harleen, se gira hacia la fila de asientos de atrás y le pregunta a nada menos que Winston Ercode, un vejestorio de la misma quinta que Tikhonov.

Los cámaras sacan más y más fotos.

—Veo que están animados —Tikhonov suelta una carcajada—. Es perfecto, ¡la gala no ha hecho más que empezar!

Gráficos y datos que desglosan nuestro descubrimiento aparecen a su espalda acabando con la patente que nos arrebató. Todo estalla cuando él todavía sigue hablando del buen pronóstico para PharmaGenix.

—Señor Tikhonov, ¿qué broma es esta? —un joven inversor se pone en pie—. Debería haber advertido a sus invitados de que se trataba de un acto benéfico.

—¿Benéfico? —se gira despacio, viendo cómo su imperio se derrumba mientras el chat no deja de escribir.

—¡He pagado mucho dinero por la exclusividad de este proyecto! —dicen los inversores.

—¡Estafador! ¡Quería robarnos nuestro dinero! —dice una voz muy similar a la de Jay-Duncan Vojak mientras Tikhonov, rojo de rabia en el escenario, intenta esconder lo que se reproduce a su espalda en un patético que-no-cunda-el-pánico.

—¿Y qué pasa con los acuerdos que firmamos? ¡Esto es una violación total del contrato!

—¡Devuélvenos nuestro dinero! ¡Esto es un ultraje!

—¡Si la patente es pública no habrá ventaja de mercado! ¡Fraude!

Los codiciosos, los avaros y la buena gente del ámbito científico expresan su disconformidad mientras los cámaras y periodistas captan hasta el último detalle de la caída de Vladislav Tikhonov. Todos esos vídeos permitirán que cualquier científico interesado pueda replicar con exactitud lo que Daisy, mi padre y yo creamos juntos.

Ahora sí, papá. Lo hemos conseguido.

La busco entre el público y su mirada me encuentra. *¿La ves bien desde allí arriba? Espero que sí porque todo ha sido gracias a ella.*

—¡Policía de Nueva York! —un gran grupo de oficiales uniformados se adentran en la sala imparables—. Vladislav Tikhonov, queda arrestado por fraude financiero, violación de contratos y uso indebido de fondos de inversión. Tiene derecho a guardar silencio.

Salvo los cinco que suben al escenario, el resto nos rodean a todos los de azul.

—John-Luke MacAlister —Levi-Ryan Diago se planta frente a mí—. Va a tener que acompañarme, está detenido.

Me levanto y veo a Kadmus Winchester llevándose a Rosemary.

27

Daisy



Son las cuatro de la mañana y seguimos en comisaría. Nina, Amy, Lexi y yo compartimos una bolsa rancia de patatas fritas que Nina insiste en repartir de forma equitativa, por lo de sufrir por igual y eso. Estamos sentadas en un banco de madera frente a la recepción, vacía ahora mismo. Desconocemos todo lo que puede estar pasando al otro lado de las puertas, pero al menos estamos juntas. *Como siempre.*

Duncan y Nolan han ido a comprar algo para beber porque el agua se ha atascado en la máquina expendedora y también se ha quedado con nuestro dinero. *No lo voy a ver como un mal presagio, Alex, no insistas.*

—Ha sido épico —susurra Lexi ojiplática mirando a la nada—. Bien por John-Luke.

—Yo todavía no me lo creo —sigo antes de que el crujido de mi patata resuene con eco—. ¿Y si no sale bien? ¿Y si no lo sueltan? Está detenido.

—Lo soltarán —susurra Nina.

—¿Y si Tikhonov se lo olía y tiene una forma de cargarle el muerto? Registramos nuestra patente y consiguió quedarse con ella. Ese hombre tiene muchos recursos.

—Cálmate, preciosa, está con Levi. Él siempre consigue salirse con la suya.

—¿Alguna ha caído en la cantidad de problemas a los que nos enfrentamos? —pregunta Nina.

—Es que somos Daughbeth —decimos al unísono.

—A ver, para que me entere —interviene Amy también en tono bajo—. Tarde o temprano se descubrirá que Tikhonov no tenía razones lucrativas para hacer pública la patente, ¿no? ¿Que le han tendido una trampa?

—Suerte demostrando quién le ha tendido esa trampa —susurra Lexi, que ya es fan de Creed.

Si alguien supiera lo que ha conseguido… que es posible alterar esos chats… Madre mía, ¡la que se podría liar! Nop, definitivamente a nadie le conviene que eso salga a la luz.

—Lo cierto es, que no importa que le hayan tendido una trampa o no. Luke lo tiene pillado por muchos sitios, ha hecho cantidad de ilegalidades en su larguísima carrera.

—Cierto, es más turbio que el agua de un pintor de acuarelas —dice Amy.

—Da igual el motivo por el que lo castiguen mientras se pase el resto de su vida en la cárcel —concluye Nina.

—Como Vykna, que aún no ha salido —puntualiza Lexi con una sonrisa pilla.

—La venganza de la última prima en pie ha tardado, pero ha sido la más épica —dice Amy.

—¿Y si…? —Lexi, cuyo vestido aterciopelado carmesí se le ciñe al cuerpo de tal manera que no hay mejor forma de describirlo: rompe-cuellos, me está abrazando cuando estornuda por tercera vez—. Ay, ¿pero a mí que me pasa?

—Lo siento, es culpa mía, Baguette se tumbó encima de mi ropa antes de que me

vistiera. —Me alejo—. No volverá a pasar, Lex.

—No tengo casi alergia, tranquila —me coge de la mano, pero su nariz roja es poco convincente—. Eh, si sabes que Tikhonov va a acabar entre rejas, ¿a qué viene esa mueca contraída?

—Pasará algún tiempo hasta que se demuestre que Luke no es un fraude, que es inocente. Eso me preocupa. Sé que hay gente en el gremio que lo aprecia mucho, que no se esperaba lo de hoy y que han visto cómo se lo llevaba la policía.

—Podrá limpiar su nombre de camino a casa —dice Nolan.

Alzamos la vista y ahí están los cuatro.

—Sí, aunque sería mejor que se guardara los temas confidenciales por el momento —añade Levi-Ryan.

Salto del asiento. Luke tiene la corbata deshecha, el pelo revuelto, pinta de haber pasado cinco huracanes y cuatro terremotos, pero también tiene una sonrisa arrebatadora aniquila-ovarios. Abre los brazos en una invitación que nunca podré rechazar y me fundo con él.

—¿Qué ha pasado? —levanto la barbilla sin soltarle.

—Esto empieza bien, Daze. Muy bien, de hecho.

Inhalo su mirada brillante mientras el alivio fluye por mis venas cálido y penetrante. Luke me coge de las mejillas y, acariciándome con los pulgares, deposita un largo beso en mi frente obligando a mis labios a soñar con los suyos.

—Han tenido que soltarle cuando han visto que es una víctima de las garras de Tikhonov, y que lo único que ha conseguido trabajando con él, es salir perdiendo —explica el agente Diago—, igual que tú.

Nada más llegar aquí, al ver cómo íbamos vestidas, nos hicieron preguntas sobre la gala y algunos policías me escoltaron dentro. Doy gracias de que Levi-Ryan no se haya movido del lado de Luke ni un solo segundo, pero también las doy porque Kadmus Winchester me encontrara porque tres segundos sola en la sala de interrogatorios y me habría dado un infarto.

—Y ahora que ya has entregado toda la documentación contra ese CEO corrupto, ¿cuál es el siguiente paso? —pregunta Nina.

—Abogados.

—Interrogatorios.

—Papeleo.

—Mucho papeleo.

—Unos cuantos juicios que con suerte empezarán pronto.

Luke y Ryan se intercalan en contestar y sus mentes parecen conectadas. *Vamos, ya imagino hasta qué punto lo habrán bordado ahí dentro.*

—Lo único que puedo hacer ahora es esperar, Daze. Me llamarán cuando necesite que vuelva. —Me acaricia la espalda.

—¿Y qué hay de Vykna? —pregunta Amy.

—John-Luke tenía mucho contra ella también. Va a tener que quedarse aquí *caaantidad de* tiempo.

Mi corazón se salta tres latidos. *Ni sé desde cuándo lleva cuidándome. Mi ángel de la guarda. Joder, cómo duele.*

Creí que una vez encontrabas a la persona que ponía tu mundo del revés las cosas se volvían fáciles, como cuando ya sabes el camino a seguir. *Qué equivocada estaba.*

Winchester sale entonces y puedo agradecerle lo que ha hecho.

—Nada de abrazos —pide desviando la mirada—. En teoría, no os conocemos, ¿recuerdas?

—De acuerdo, me lo guardaré para otra ocasión —aprieto los labios conteniendo una sonrisa.

Sasha, Sabrina y Samantha tienen dos referentes a cada cual más alucinante.

—Ha sido un placer conocerte, John-Luke, aunque haya sido en estas circunstancias —Nina le coge una mano.

—Sí, eres un tío genial, nos alegramos mucho de que cuides de nuestra encantadora y maravillosa hermana. Tiene mucha suerte —Lexi le coge la otra.

—Aunque tú tienes más —dice la que falta.

—Sí, la tengo —responde.

¿La tengo? ¿Qué es lo que tiene? Creo que no ha oído lo que ha dicho Amy.

Pobre, está tan cansado.

—Y también es un placer para mí conoceros —continúa y echa un vistazo al grupo en general—. No sé cómo agradeceros todo lo que habéis hecho.

—Así ya vale —responde Jay-Duncan de inmediato.

—Sí, vámonos a casa antes de empezar a soltar cosas que nos persigan el resto de nuestras vidas —dice Nolan-Kane.

Las risas rebotan contra las paredes de la comisaría. Salimos a la noche de Nueva York y una vez en el aeropuerto nos despedimos como si no fuéramos a volver a vernos en la vida. *Como debe ser, con muchos besos y un puñado de abrazos bien estrujados.*

Veo que Luke no ha cruzado la puerta de embarque y corro hasta él. *Qué bien le queda el azul, por dios. ¿Es que no tiene espejos? ¿No es consciente de lo que le hace a la gente?*

—No tenías por qué esperarte a que terminara el espectáculo, podías haber embarcado. Fijo que estás hecho polvo.

—No te creas. —Me deja pasar a mí, ofreciéndome el asiento de ventanilla una vez ya en el avión—. ¿Siempre es así cuando os despedís?

—¿Así cómo? —acepto su pañuelo y él alza su ceja sexy. Caigo en la cuenta entonces de que es el tercero que me da—. Ahhh, bueno. No suele serlo.

—Ya, seguro —me quita el pañuelo de las manos y me seca él mismo las lágrimas, acariciándome como imagino que haría un hombre enamorado.

—No, en serio. —Se lo quito y me froto con fuerza.

—¿Y porque hoy sí?

Ni siquiera lo sé, no es como si hubiera perdido algo para siempre. Me limito a sacudir la cabeza, pero me cuesta apartar la mirada de la suya. Cada vez más. Me vibra el móvil con un mensaje de la oficina. Es de Nek, el roba Magdalenas.

—*Luke* —mi voz sale estrangulada. Le enseño la pantalla con dedos temblorosos y cuando lee el titular publicado ayer por la noche, «MacAlister abandona BIOTECH después de una vida entera de logros juntos», asiente reclinándose sobre su asiento—. Esto no va a quedar así. Haremos algo al respecto. Les convenceremos de que todo ha sido un malentendido y…

—No me han despedido, me he ido yo.

—¿Qué? ¿Por qué harías eso? Te encanta esa empresa.

—No quería arriesgarme a contaminar su imagen. Sabía en qué me metía y el lío que

se montaría saliera bien o no. Esta no es su guerra, no se merecían tener que lidiar con las consecuencias.

Suelto una larga exhalación, irritada. Pego la espalda al asiento de golpe y miro por la ventana, pero hasta las nubes me cabrean.

—Qué odioso eres —susurro.

—¿Cómo dices?

—Odioso, eres *odioso*. Nunca permites que las personas que se preocupan por ti tengan la oportunidad de protegerte. Te merecerías acabar con alguien que te obligara a ceder de vez en cuando y se ocupara de ti te guste o no. Alguien con quien compartir lo que te quita el sueño, lo que te duele, alguien con quien te atrevas a no «estar bien» todo el tiempo y… —dejo de hablar cuando coge una de mis manos y la entrelaza con la suya —. ¿Qué demonios estás haciendo?

Intento soltarme con el corazón acelerado, pero me aprieta.

Llevábamos muchos días reduciendo el contacto físico al mínimo y nos iba bien. ¿Por qué la gente se empeña en cambiar algo que funciona?

—¿Sabes? Levi-Ryan ha discutido con todo el que entraba en la sala de interrogatorios para que me escucharan. Sin él, no habrían aceptado mis pruebas, creían que era un pijo charlatán y oportunista.

Me siento visceralmente protectora y rabiosa ante esa idea, la de que no le escuchen, la de que lo juzguen sin darle opción a defenderse. *Violenta, incluso*.

—Siempre que les necesites, contacta con ellos. Son muy buenas personas —digo con un suspiro, sintiendo que mi máscara es un cristal a punto de romperse—. Luke, ¿estás bien? Quiero decir… hasta que limpies tu nombre y todo eso, algunos creerán que tú…

—Estoy bien.

Odiaría esas dos palabras con todas mis fuerzas si no hubieran sonado tan sinceras.

—¿Cómo es posible? —miro nuestras manos unidas, la suya inmensa llena de venas marcadas parece haber sido creada para sostener y proteger a alguien que no soy yo.

—Nadie puede luchar contra lo que es, contra la verdad —dice tan cerca de mi mejilla que siento su aliento mentolado en los labios—. Al final, todo se acaba sabiendo.

—Bien, me alegra saber que no me necesitarás cuando me vaya. Aunque, ¿quién iba a necesitar a su archienemiga para nada?

—Daze…

Daze. ¿Por qué me sanará tanto? Odio lo débil que me hace. El acceso que tiene a mis emociones.

Trato de tragarme el repentino nudo que me cierra la garganta, sin éxito.

—Luke, de-deberías soltarme.

Porque esto no significa nada para ti, pero sí para mí.

Alzo la mirada hasta la suya y veo que me está atravesando, que parece haberse tragado una medicina muy desagradable, y de repente me pregunto si el gran John-Luke MacAlister tiene miedo a los despegues. La azafata pasa comprobando que nos hemos abrochado el cinturón, el momento se rompe y Luke me suelta evidenciando cuánto necesito su agarre.

Ninguno de los dos vuelve a hablar durante el vuelo y aunque cierro los ojos, no consigo dormirme, sigo pensando en el vacío que ha dejado su mano en la mía. El delicioso olor a sal y a especias serán un puñal en el estómago durante algún tiempo.

Deberían existir programas de rehabilitación para esta clase de intoxicaciones.

El viaje a casa tampoco es fácil ya que oigo los engranajes de su cabeza echando humo, pero una vez más yo no formo parte de esa conversación.

Entro en mi dormitorio y veo todas las cartas repartidas por la mesa.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

De: Lex-Lex ♡
Para: Cervatillo

Esto nos va a salir bien, sabes que juntas siempre ganamos. John-Luke tiene nuestro apoyo, el de todos nosotros. Pase lo que pase.

Te veo en NY.

Te quiero.



▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

Tengo tres tesoros, pero de los grandes. Empiezo a guardarlas con el resto pensando cuantísimas aventuras nos quedan por vivir. *Espero que algunas tengan que ver con vacaciones de relax y mojitos, porque a este paso nos volveremos prematuramente viejas de tanto susto.*

Coloco la maleta en mi cama, alrededor de los cachorros de Zelle. A mitad de proceso me quedo con el llavero de Kían en la mano unos segundos. *Qué poco sabía entonces de los MacAlister*. Bloqueo mi mente antes de que empiece a divagar entre recuerdos que no vienen a cuento. *Tikhonov va ir a la cárcel fijo, su imperio ya está haciéndose pedazos y la medicina avanzará de forma justa. Se acabó. Si hemos ganado, ¿por qué me siento así?*

—Tendré que pasarme por el Ancla para despedirme de Raphael y Keylah.

Me tiembla el labio al pensar que los pequeños Blackwood están en el colegio y no voy a poder decirles adiós. Me llevo las manos al abdomen cuando noto un retortijón. *Genial, ahora va a darme apendicitis*.

Busco accesorios de pelo que poder dejarle a Hileya y Calíope a modo de compensación de despedida y pienso qué narices poseo que pueda gustarle a los otros dos. *Nina, esta equidad enfermiza es culpa tuya*. Me seco una lágrima con el dorso de la mano.

—¿Se puede? —unos nudillos golpean mi puerta abierta.

—Alex, claro pasa —mi voz sube tres octavas—. Pero N-Kale, ¿qué llevas ahí, chiquitín?

—Es una invitación.

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

A la distinguida Lady Dooren,

Nos complace extenderle esta invitación formal para deleitar su paladar con una cena en su honor esta misma noche.
Será a las ocho, en el salón de las gardenias.
Rogamos su asistencia.

—Familia MacAlister

▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱ ▱

—¿Y esto? —pregunto con voz gangosa.

—Es lo mínimo, cariño —me acaricia la mejilla con una mano y esa mirada tan comprensiva y tan Alex.

Acepto, ¿cómo iba a no hacerlo?

Sigo con mi maleta y entre mis cosas encuentro su nota, la de los cuatro nombres, la de sus sugerencias para mis citas. *John-Luke es un buen tío, le caigo bien y puede que incluso sienta lástima de mis expectativas en el amor, pero intentó ayudarme dándome una lista fiable.* Debería estar agradecida, pero la hago pedazos.

Me paso el rato en mi habitación, recuperando horas de sueño mientras el sol se esconde, las nubes se enfurecen y el cielo amenaza tormenta, una que no llega. Salgo solo un momento para despedirme del jardín de margaritas, después de recibir un email de SkyWave Airlines. *Amy me ha conseguido un vuelo para esta misma noche. Vuelvo a Filadelfia de verdad.* Pero lo cierto es que no llego al jardín porque oigo a Luke hablando con sus abogados desde el laboratorio y me quedo contra la puerta cerrada hasta que la cosa mejora. Sé que a él le parecería una pesadilla, pero una parte de mí desearía vivir cerca de aquí para poder, en fin, saber que todo les va bien.

Me doy un baño de los que te miman el alma y a la hora de la cena estoy lista para poner mi mejor sonrisa y más que dispuesta a ignorar lo pesadas que se vuelven mis respiraciones. Pero el pequeño salón es acogedor y precioso, con gardenias pintadas en el suelo y mesa rebosante que se carga todos mis esfuerzos de un plumazo.

Hay una fuente de marisco, con langostas cocidas y camarones brillantes rodeados de rodajas de limón. Hay platillos con bruschettas de tomates frescos, albahaca y aceite de oliva repartidos aquí y allá. Velas junto a los platos. *Y ese risotto cremoso con trufa me hace salivar como en mi vida. ¡¡Qué bien huele!!* Menudo banquete, es evidente que Stef y Patty no tienen límite.

Y por si fuera poco…

Han. Llenado. La. Mesa. De. Margaritas.

—También hemos hecho un postre, pero eso lo verás luego —dice Alex MacAlister.

Alzo la vista y veo borroso, pero distingo bien a los tres ahí plantados, observándome. Parpadeo muchas veces y entonces distingo que los tres tienen parte de la cara, las manos o incluso el cuello manchado de harina.

—¿Habéis…? ¿Vosotros…? —Aire. Señalo la mesa—. *¿Vosotros?*

—Sí, hemos ayudado un poco con la cena —dice Alex y estoy bastante segura de que voy a morirme en el sitio.

—No es para tanto —dice Kían en un gruñido.

—Sí, lo es —se hace el silencio tras mis palabras y siento que me desmorono por momentos.

—Vale, no nos pongamos sentimentales todavía que queda mucha noche por delante —Alex da un par de palmadas en el aire y me empuja hasta mi asiento, junto al de su hermano mayor.

Las sillas están gastadas y me pregunto quién compartió esta mesa de cuatro hace años.

La idea de la cena resulta un evidente desastre quince minutos después de sentarnos. John-Luke no habla, Kían ni siquiera me mira y el pobre Alex acaba llevando todo el peso de la conversación.

—Es lo más delicioso que he probado en mi vida —repito por tercera vez.

—Casi no hemos hecho nada —dice Alex, pero suena a mentira total—. Es genial que tu hermana sea piloto, ¿suele conseguirte vuelos?

—A veces, sí. Me gustaría poder devolverle el favor, pero lo máximo que he conseguido son descuentos en material de laboratorio. Y no es que le interese mucho ese tema.

—Tengo la impresión de que me llevaría bien con ella.

—No tengo ninguna duda de que sí, Alex.

—¿Por qué no te quedas? —interviene Kían soltando su cubertería con más fuerza de la necesaria, su voz rompiendo el aire como una ráfaga fría—. Aquí o donde sea, pero en Saltwater. Dijiste que te gustaba esto, que echarías de menos la naturaleza en la ciudad.

Sonrío o hago el intento.

—No puedo.

—Sé cómo funciona el trabajo de un biotecnólogo, sé que gran parte de las investigaciones las puedes hacer donde quieras. *Puedes* quedarte.

Pero no quiero.

Es lo último que quiero.

Sé que si no pongo tierra de por medio esto acabará conmigo de forma agónica y cruel.

La mirada de Kían me toca la fibra, pero es el silencio de su hermano lo que empuja mis siguientes palabras.

—Tengo que encontrar mi lugar en el mundo, Kían.

El bombero aprieta los puños sobre la mesa y lanza una mirada envenenada a Luke, que se muestra del todo ausente. Entre unos y otros me obligan a dar unos cuantos tragos largos de agua con tal de aliviar el quemazón.

Alex intenta destensar el ambiente, pero no le sale muy bien. *Pobre, lo ha intentado tanto…* John-Luke se levanta de la mesa en cuanto nos sirven el postre, sin dar explicación. Justo después Mhílena viene a pedir a Alex que vaya a ver a N-Kale un segundo, que se ha despertado de una pesadilla y no consigue volver a dormirse. Para terminar, a Kían lo reclaman del parque de bomberos.

Aprovechando que todavía no llueve, camino hasta el jardín trasero incapaz de quedarme allí sentada sin ellos. *Voy a poder añorar su ausencia en mi futuro más cercano, gracias, no hace falta empezar ya.* Pienso en que me gustaría haberle dado a Kían un buen abrazo antes de que se marchara a trabajar, pues yo ya no estaré cuando vuelva, pero quizás es mejor así.

Las margaritas resplandecen con un tenue brillo a la luz de la luna. *La mejor flor de todas*. Acaricio los pétalos inhalando el olor a bosque y a flores que se mezcla con el olor a mar, siempre presente. Acabo de llegar y no quiero marcharme, pero las gotas empiezan a caer dispersas.

—¿De verdad te irías, Daze? Porque te lo llevarías todo contigo.

Giro sobre mis pies y me topo con un faro roto a punto de apagarse. La amatista ruge plateada con un dolor intenso que enrojece sus ojos. Luke no parece estar respirando. Veo el cuaderno negro, lo lleva en la mano.

—¿Qué acabas de decir?

—Hay una diferencia infinita entre llenar un vacío y ocupar un espacio, y tú Daisy Dooren llenas mi corazón hasta su puto límite. Te mereces mucho más de lo que yo puedo darte, de lo que soy. Veo todo aquello de lo que carezco y la oscuridad que llevo dentro. ¿Lo que leíste de Emberly? Eso solo fue mi peor pesadilla, hubo más, cosas que ni siquiera Kían y Alex saben. —Alza el cuaderno, lo mira, aprieta su agarre—. Después de años de terapia tengo que escribir aquí mis emociones porque no sé cómo expresarlas, cómo sacármelo de dentro, porque estoy así de dañado. *Sigo* así de dañado.

—No estás dañado, Luke. —Apenas le veo a través de las lágrimas, la lluvia empieza a caer más fuerte.

—Puedes comprobarlo por ti misma hasta qué punto lo estoy —me lo pega al estómago y lo cojo justo cuando se aparta—. Esta es la cosa, Daze —inspira profundamente—. Lo he intentado todo, *todo,* con tal de dejarte marchar. Creía ser capaz de cualquier cosa con tal de verte feliz, incluso renunciar a ti, dejar que lo fueras en los brazos de… Pero ni siquiera te has ido y ya te has llevado mi mundo entero contigo. Me pediste espacio para salir con otros, que me alejara de ti y te juro que lo he intentado, pero…

—¡Luke, yo te quiero! —sollozo—. *Odio* a esa mujer por lo que te hizo, por arrebatarte la vista, por ser tan fuerte como para impedir que veas que lo único que haces es mejorar cada lugar al que vas. Tienes un corazón puro y aunque esté herido y lleno de cicatrices, es un hogar cálido y perfecto, ¡y es precisamente lo que ha hecho que me enamore de ti!

Su boca me arranca un beso apasionado y sentido que arrolla todo lo que encuentra. La lluvia nos empapa, pero el éxtasis se lo está montando con la adrenalina y no hay forma cósmica de despegarlos. Me levanta pegándose contra mí, separándome más los labios mientras mi corazón ruge cual tambor contra su cuerpo y mis dedos se aferran a su cuaderno con la otra.

No pienso soltarlo.

Ni a él tampoco.

—¿Lo has dicho de verdad? ¿No solo en mi cabeza?

—Te quiero, Luke. —Y lo repito hasta que dejo de poder hablar y mi único lenguaje es el placer que me provoca.

Nos devoramos con ansia y anhelo, y nos perdemos el uno en el otro incapaces de llevar la cuenta. «Te lo llevarías todo contigo», me mata cada vez.

Prometo buscar en internet cómo des-traumatizar a unas margaritas después de la explosión de amor lujurioso que tiene lugar en el jardín, pero se me va a partir la cara de tanto sonreír. Tardamos siglos en llegar a su dormitorio, en parte porque la mansión es enorme y en parte porque Luke me empotra contra la primera pared que encontramos y yo tiro de él hasta subirme en su regazo en mitad de la escalera.

—Te quiero, Daze —dice cuando está tan dentro de mí que no sé dónde empiezo yo y dónde acaba él.

Quiero pedirle que lo repita, pero solo gimo. Luke se aferra a mi cuerpo como un demente lo haría a un cargamento de dinamita.

Le cabalgo sintiendo cómo me destroza el corazón y me lo recompone, cómo me cura y me inunda de todo lo que ha estado callando. Entonces soy consciente de que cada beso de John-Luke MacAlister había sido una absoluta y total declaración de amor. Una que mis propios miedos no me habían dejado ver. *Pero él me ha quitado la venda de los ojos y yo voy a quitarle la suya*. Fuera de sí se queda muy corto para describir lo que nos ha poseído. No es euforia, es delirio. *Es amor*. El torbellino emocional nos empuja hasta las nubes prometiendo no volver a bajar nunca. *Por mí perfecto*.

En cuanto se duerme, salgo de entre sus brazos y cojo el cuaderno negro que descansa en la mesita de noche. *Vale, puede que me quede unos largos minutos atontada con su masculinidad, y su olor, y el recuerdo de sus besos, y el hecho de que me quiere. A mí. ¿Qué locura, eh?* Le aparto el pelo de la frente. *Quiero cada peca justo donde está*.

Me incorporo y veo que, aunque los bordes han quedado empapados por la lluvia e incluso hay algunas ramitas pegadas, el interior está intacto.

EMBERLY

«Los niños listos no pierden el tiempo con emociones», cada vez que mostraba tristeza. *«Cuando sonríes, pareces normal, como los demás niños. ¿Es eso lo que quieres? ¿Mediocridad? Mira a tu padre, él nunca sonríe».*

Intento lidiar con la rabia a medida que leo sobre las manipulaciones de Emberly, en su mayoría sin violencia física visible. *En absoluto menos peligrosas que las otras.* Emberly era una persona despiadada y enfermiza que aprovechaba cada viaje de trabajo de Ewan para manipular a su hijo.

«Nadie te va a querer como yo, Luke. Hazme caso, soy tu mamá. Pero si no terminas todo el trabajo, me decepcionarás y entonces no te querré, ¿lo sabes, no?».

«Tú estás mejor solo, deja que los empleados cuiden de tus hermanos. No salgas de tu dormitorio, ¿de acuerdo?».

Lo invalidaba, obligándolo a ser una calculadora sin sentimientos, haciéndole creer que solo servía para trabajar porque era brillante. *Convirtió algo bueno en una tortura.* Le hizo creer que no tenía derecho a una vida. Minó su confianza hasta que Luke no tuvo más remedio que construir esos muros emocionales que tan bien conozco. Pero soy incapaz de culpar a Ewan de no protegerlos de Emberly, sobre todo después de ver la forma tan mezquina, cruel y sutil que tenía esa mujer de hablar con sus hijos cuando no había nadie más presente.

Porque sí, Luke también habla de Kían y de Alex, demostrando en cada línea lo muchísimo que los quiere, lo culpable que se siente por haber sido el mayor y no haber podido protegerlos siempre. *Como si hubiera tenido opción de hacerlo. ¡Como si no estuviéramos hablando de otro niño pequeño!* Me lleno de impotencia, de ira, por no poder volver al pasado y cambiar las cosas.

«No quería que ella me acompañara a la escuela de verano en Alemania, pero nuestro padre iba a ausentarse por trabajo y odiaba cuando Emberly hacía llorar a Kían y Alex».

Dios mío.

Leo lo que Luke hace por sus hermanos desde las sombras, por Patty, Stef, Keylah,

Stapleton… Gracias a estas páginas puedo hacerme una idea de lo profunda que fue la herida que le dejó Lana Stapleton. Entonces encuentro un montón de páginas en blanco y la siguiente que hay escrita está al revés. Cierro el cuaderno, le doy la vuelta y lo abro.

~~La chica de las flores~~. Daze.

«Es la última persona que puede estar metida en esto. Tengo que pensar en algo, lo que sea», tiene fecha del día que nos conocimos. Las últimas tres palabras están subrayadas tantas veces que el papel se ha roto. *«¿Cómo alguien puede ser tan dulce todo el tiempo? Joder, ¿incluso con Doña Fruncida delante?».*

«Tengo que dejar de sonreír como un imbécil».

«Décima noche sin dormir. Me está provocando insomnio, debería odiarla. Es tan preciosa».

«Ha dicho que me admira, no lo entiendo».

«Quiero merecérmela, pero ella nunca podría querer a alguien como yo».

«No soy suficiente».

«Le encantan las tortitas, espero que no le dé diabetes. Nota: hablar con Patty para solucionarlo».

«Se pone muy contenta al ver a sus hermanastras, pero no quiero que vuelva a irse de mi lado».

«Es ella».

La evolución de esas dos palabras a apartarme de su lado, fue rápida, pero no dejó de escribir preciosidades sobre mí. Las cosas tan bonitas que dijo en el jardín tienen un peso inmenso ahora que sé la de barreras que debió romper para decirlas.

También encuentro la razón por la que creó la dichosa línea. La misma por la que era incapaz de estar conmigo, de dejarse llevar, de hacerme todo lo que deseaba: había demasiados secretos que no podía compartir conmigo. *Como su mente no podía entregarse a mí, su cuerpo se resistió todo lo que pudo. Porque pensaba en mí y en cómo me sentiría en caso de descubrir la verdad.*

—Qué equivocado estás, Lucas. Soy yo la que no te merece. —Cierro el cuaderno, me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y me cuelo entre sus brazos—. Te voy a cuidar, mi amor. Y te compraré todos los cuadernos que hagan falta. Pero ya no serán negros, serán de colores.

Me duermo contra el latido de su corazón y a la mañana siguiente…

—No estamos haciendo nada mal —se frota la cara, hundiéndose las manos en el pelo torturándome con las vistas sexys de una versión de Luke en un delicioso chándal machaca-voluntades-roba-autocontroles-flojea-rodillas.

—Ya, pero es que me da un poco de vergüenza —admito cerrando la puerta de su dormitorio por fuera.

Me echa un vistazo de arriba abajo porque llevo otro de sus chándales, con el cordón apretado a la cintura para que no se me bajen a los tobillos.

—Explícate, ¿por qué no quieres bajar a desayunar? —me acerca a su cuello, me besa la punta de la nariz y luego los labios.

—Es que dije que me iba, ¿sabes? —me chupo los labios—. Ayer Patty y Stef os ayudaron a hacer una cena increíble y…

—En realidad, fuimos solo nosotros tres. Ellos nos dieron el visto bueno de la receta y nos dejaron hacer. Ni siquiera estaban en la cocina.

—Ohhh, ¿de verdad? —*infarto*.

—Sí, a Stef no se le dan nada bien las despedidas y te ha cogido mucho cariño. Patty lo lleva todavía peor.

—Pues con más razón —tiro de él hacia la escalera huyendo de mi culpa cual cobarde.

Un segundo después me coge en brazos y dudo si este va a ser mi carruaje de ahora en adelante.

—¿Más razón para escondernos en la biblioteca?

—No utilizaría una palabra tan fuerte como «escondernos», pero coges la idea. —Le beso la mandíbula, los labios, me olvido de la conversación.

—¿Y cuál utilizarías?

—«Tiempo para pensar en algo que decir».

—Nos queremos, Daisy, yo creo que con decir eso es suficiente —sonríe cuando yo sonrío—. Pero si quieres pasarte una hora en la biblioteca o la mañana entera, yo me quedaré contigo.

Me curva los dedos de los pies, me retuerce el estómago con fuerza y no puedo resistirme las ganas de caer en sus labios.

Pese a todo, mi plan se viene abajo con un olor delicioso a tostadas, aguacate, tortitas y fresas, cuando quince minutos después de compartir un sillón de la biblioteca, Patty y Stef entran con el desayuno.

—Hemos pensado que os apetecería algo de comer. —Stef me guiña un ojo.

—¡No sabes cuánto nos alegramos todos de que vayas a quedarte! —Patty junta las manos en cuanto las libera y parpadea mucho apartando la emoción de su mirada—. Hemos mandado deshacer tu maleta, esperamos que no fuera un cambio de planes momentáneo.

—Mmm.

—Eso pensábamos, ¡disfrutad del desayuno! —Stef se la lleva y nos quedamos solos otra vez.

Luke me besa el lóbulo de la oreja y dice:

—No ha sido tan horrible, ¿a que no?

Hundo la cara en su cuello ligeramente avergonzada, súper abrumada con tanto cariño.

Comemos entre libros viejos, él estudiándose una documentación que le ha enviado Christian y que le resultará de utilidad en los juicios, y yo admirando las noticias de internet.

—PharmaGenix se va a pique. Adiós a PharmaGenix. Accionistas de todo el mundo denuncian el último movimiento del CEO de PharmaGenix. Los *NSYNC sacan una nueva versión Bye Bye Bye PharmaGenix. Vale, esa última me la he inventado.

—Así no hay quien se concentre —me besa el pelo y una vez allí inspira con fuerza y emite un sonido ronco demoledor y excitante, animal.

—Puedo irme a otro sitio, si quieres —de inmediato sus manos se aprietan contra mis piernas y brazos.

—Puedes intentarlo —dice en un claro tono de amenaza en el que pienso correrme.

Nos estamos besando a lo bestia cuando de repente la voz de Eliot empieza a sonar por la sala. No es una llamada, sino un audio y lo he accionado sin querer.

—Hola, Daisy, soy Eliot. Quería contactar contigo ayer, pero me resultó imposible, dadas las circunstancias. He tenido que hacer muchas llamadas para evitar que el asunto

de Tikhonov nos salpique más de la cuenta. Verás, quería aclarar varios temas ahora que el proyecto de la modificación genética con John-Luke MacAlister ha llegado a su fin. Lo primero de todo es que sin duda, tendrás tu ascenso y tu propio equipo, como querías. Te doy mi más sincera enhorabuena. Llevo tiempo admirando tu trabajo y sabía que no me había equivocado contigo, lo que has hecho junto con MacAlister es excepcional. Más que eso, es revolucionario. Y sí, puede que no todos en NeuroSynTech estén satisfechos con el modo en que han acabado las cosas con esa patente, pero eso no es culpa tuya y quien tenga alguna objeción respecto a tu ascenso, tendrá que vérselas conmigo. Bien, lo segundo que quería decirte era, bueno… una petición personal. Llevo años en el gremio y nunca había visto una conexión académica tan sincronizada y joder, eficiente como la vuestra. Perdona las formas. He leído todo los informes de Rosemary y pese a su animadversión poco sutil, las pruebas están ahí. Sé que ahora MacAlister está metido en un lío, pero no me creo lo que dicen de él. También he leído tus informes, sé la clase de persona que es. Tengo varias propuestas de proyectos que me gustaría que hicierais juntos, te las enviaré en breve por email. Llámame cuando lo hables con él, ¿de acuerdo? Nos vemos.

—Es la tercera vez que lo pongo y no te has quejado —digo con un hilo de voz, con el cuerpo tenso, los labios apretados más que el puño libre y creo que sigo teniendo los ojos cerrados, *sip*.

—Es que estás preciosa cuando flipas.

Le miro y se atreve a sonreírme con sus ojazos.

—¿De verdad voy a tener mi equipo? —susurro y pega su frente a la mía, acariciándome con la nariz.

—Sí —susurra también—. Felicidades.

Me hace cosquillas y me arranca una carcajada, empujándome fuera del trance. Entonces sí que grito, me vuelvo loca y lo hago en sus brazos. Lo mejor es que él no me mira como si hubiera perdido un tornillo, si no como si fuera todo lo con lo que ha estado soñando.

—Luke, no tienes por qué contestar ahora, pero a mí también me encantaría volver a trabajar contigo. Necesitaré tiempo para elegir a mi equipo, para seleccionar el nuevo proyecto entre las opciones que ofrezca Eliot, así que tienes margen para… hacer lo que necesites y pensar si quieres unirte.

¿He sonado muy desesperada? ¿Sí? Mierda.

—Depende.

—¿De qué? —pregunto ilusionada y dispuesta a todo con tal de que diga que sí.

—¿Vas a hacerme tu jefe otra vez? —Se levanta conmigo en brazos y estoy más que lista para el sexo de celebración, pero me deposita en el suelo y guarda silencio unos largos segundos. Entonces clava una rodilla en el suelo—. Daze, ayer no fui sincero del todo contigo. Que te quedes no es lo único que quiero.

—¿Por qué tienes un anillo en la mano? —mi voz tiembla.

—Porque quiero quererte el resto de mi vida y demostrarte con acciones lo que a veces no seré capaz de decir con palabras. Daisy Dooren, ¿quie…?

—Sí.

—¿Puedes dejarme terminar, impaciente?

—Vale, pero yo que tú me daría prisa si no quieres que me desmaye. —Me abanico.

—*Daze*, mi amor, ¿quieres casarte conmigo?

—No lo sé, ¿puedo quedarme con tu laboratorio?

—Puedes quedarte con lo que quieras. Todo cuanto soy y poseo ya es tuyo.

—¡No, te quiero a ti, prefiero compartirlo! —Me lanzo a sus brazos y su risa rebota contra mi cuerpo.

—Todavía no has contestado a mi pregunta.

—Sí, sí, sí y mil veces sí. ¡Es lo que quiero, Luke! Una vida a tu lado, una vida… —Me besa, como de costumbre demasiado ansioso como para esperar a que termine la frase.

Debe haberse dado cuenta de lo desesperadamente enamorada que estoy de él.

Epílogo

John-Luke



Unas semanas después de la pedida de mano.

Después de la audiencia y de que el juez determinara que Vladislav Tikhonov debía permanecer detenido sin libertad bajo fianza, la fiscalía se aseguró de que las pruebas habían sido presentadas de forma legal y las autoridades tomaron medidas cautelares contra PharmaGenix congelando temporalmente sus activos mientras la empresa farmacéutica era investigada en profundidad. Sorpresa, sorpresa: encontraron una mina. *Ha sido imputada hasta su secretaria.*

El mejor momento hasta la fecha fue cuando Christian y yo nos reunimos con Vlad y su abogado e intentaron llegar a un acuerdo. *Ya, buena suerte con eso.* Tikhonov estaba dispuesto a declararse culpable de algunos cargos si mientras tanto podía empezar a limpiar su imagen y salir con la condicional. Ni siquiera fingimos pensárnoslo.

Eso aceleró mucho el proceso.

Christian y yo bajamos del taxi que nos ha traído del aeropuerto de Nueva York hasta los juzgados.

—No voy a preguntarte si estás listo porque sé que llevas meses preparado —se abrocha la chaqueta del traje—. Pero intenta disfrutarlo.

Oh, voy a hacerlo.

Subimos la escalinata ignorando a los periodistas que esperan siempre fuera del juzgado como buitres sobre un cadáver. Cruzamos las puertas y el jaleo queda en segundo plano.

—¿Te he dado las gracias por hacer esto?

—¿Bromeas, tío? No solo vas a hacerme rico, sino que estás lanzando mi carrera al estrellato y eso que ya estaba muy arriba. Hay gente a la que le gusta jugar al fútbol, en mi caso, meter en la cárcel a hijos de puta culpables es mi Super Bowl.

Christian estima que estaremos metidos en esto meses, teniendo en cuenta el revuelo mediático que se ha liado y la importancia de los cargos. Pero después de ver a Tikhonov esposado y vestido de naranja, sí, creo que podré hacer esto el tiempo que haga falta.

Llego a casa, subo al laboratorio con premura en los pasos. *O puta ansia, como quieras llamarlo.* Está dándome la espalda, con varias probetas en la mano y el vestido de flores asomando bajo su bata blanca. *El de hoy es turquesa.*

—Jonathan, ¿puedes grabar las siguientes palabras que voy a decir? Acabo de caer en que la fórmula tenía un error. Bueno, uno elevado al cuadrado —se está riendo de su chiste cuando me pego a ella, sujetándole las manos para que no suelte su trabajo del susto.

—Buenos días, jefa —susurro con voz animal.

Todo su cuerpo se contrae y responde de inmediato. *Es una pena que haya llegado el frío y tenga que ponerse tanta ropa sobre el vestido. Quiero llevarla a una playa*

paradisíaca y pasarme el resto de mi vida mirándola. Daisy inclina la cabeza hacia mí dejando su cuello totalmente expuesto, premiándome, permitiéndome ver la curva de sus pechos

—Por fin has vuelto, empieza a refrescar como para no llevar ropa interior. —Suelta el material en el lavamanos muy despacio y se restriega contra mí obligándome a colar las manos hasta dar con sus pezones, a acompañar el vaivén de sus caderas—. ¿Cómo ha ido el juicio?

Los acaricio hasta que están duros como mi erección. No tarda ni cinco segundos, enseguida se le eriza el vello del cuerpo.

—Iba a decir «increíble», pero entonces no sé cómo llamarte a ti.

Gime frotando su culo contra mi polla, dejándome sediento. Se quita los guantes y hunde los dedos en mi pelo mientras los míos buscan la calidez entre sus piernas. La toco por encima del vestido, pero ya noto que está palpitando.

—¿De verdad ha ido bien, mi amor?

Mi amor, dice. Voy a perder la puta cabeza como siga oyéndola hablarme así. Aprovecho la abertura lateral de su vestido para colarme bajo la tela y cuando el próximo roce es directo con sus pliegues me arranca un gruñido gutural del alma. *No iba de farol.*

—Tendrías que haberlo visto.

—Al próximo juicio iré contigo.

—De eso nada. —Juego con la miel que me empapa los dedos.

Acaricio su clítoris con ganas de comérmelo, convencido del todo de que ya tendrá ese color intenso, rosa y torturado. *Quiero que se le hinche, que se vuelva hipersensible y mi aliado, hasta que se vea obligada a suplicarme que la haga mía*. Mi polla da una sacudida en un reclamo de ser liberada.

—¿D-disculpa? —Su coño se cierne sobre mis dedos y me faltan manos para tocarla.

—No quiero que estés en la misma ciudad que Tikhonov —gruño en su oído—, mucho menos en la misma sala. —La muerdo, la beso—. Puedo ser muy convincente si te niegas.

—Desde luego que lo hago —sonríe antes de fusionar su boca con la mía.

Alzo una de sus piernas para dar un mejor acceso a mi otra mano. Esta postura me da vía libre hasta su punto G y los golpes de mis dedos hacen que de su garganta salgan todo tipo de maravillas. No tardan en temblarle las piernas.

—¿Te negarás?

—Por supuesto.

Me aferra a sí, me usa para su propio placer avivando el mío, la fricción me distrae y me arrebata hasta la última gota de sangre del cerebro. Presiono su clítoris con el pulgar y lo sacudo hasta que tiembla. *No quiero hacer otra cosa en mi puta vida*.

Freno antes de que se corra, cuando palpita tan fuerte que detenerme volcará una gran carga de odio sobre mí. *Que así sea*. Le saco los dedos, le arranco la bata del cuerpo y también algún que otro jersey. La levanto y la empotro contra la pared, desesperado, enterrando mi polla en su centro.

—*¡Luke!* —chilla mientras me sacuden oleadas de placer aniquiladoras a cada cual más peligrosa—. *Sigue. Justo ahí.*

Aumento la velocidad hasta que no puede hablar.

No hay nada delicado en cómo nos movemos el uno contra el otro, como si fuera el

puto fin del mundo. Puede parecer que tengo el control de la situación, pero no es así en absoluto. Su coño me succiona, intenta que entre tanto en ella como necesita, hasta el fondo, centímetro a centímetro. Entonces palpita más rápido, se queda sin aire y se corre cual torbellino. La veo romperse, *la siento* por todas partes, hasta en el alma. *Es una puta barbaridad.*

La acompaño hasta que recupera el aliento, incapaz de pensar en otra cosa que no sea lo sensible que está ahora y lo fácil que sería para ella alcanzar el segundo orgasmo. *Segundos.*

—¿No te has…?

La embisto de nuevo como respuesta.

—*Ahhh,* «por qué», quería decir, «por qué…» —se muerde el labio inferior aferrándose a mis hombros—. Dios, sí, quédate ahí.

La beso, empezando por los labios, bajando por su mandíbula, llegando a su clavícula, apartando el tirante del vestido hasta que sus pechos quedan al descubierto. *Joder, cuánto me encantan estos vestidos.*

Hago todo lo que puedo por estimularla al tiempo que me aferro a mi último soldado de autocontrol en pie. Su deseo no deja de gotear sobre el mío.

—Tú no eres de este mundo —gime.

Me resbalo dentro y fuera de ella, dentro y fuera.

—Hijos. ¿Cuántos quieres?

—¿V-vas en serio? —se la saco y la embisto de golpe—. *Dios mío.*

—Dame un número, Daze.

—Estás dentro de mí, Luke, no puedo… *ahhhh*, *pensar*.

Le aparto el pelo que el sudor le ha pegado a la frente, le doy un segundo mientras recupero el aliento. Soy tan avaricioso como para no darle dos.

—Esfuérzate. —Me quedo en su entrada, esperándola.

—¿Más…? ¿Más de uno? *Dios, qué guapo eres* —gime con esa voz tan femenina que tanto me pone, acariciando mi labio inferior.

Me deslizo hasta el fondo del tirón, satisfecho y muy consciente de que mi polla, que palpita sin control gracias a que ha tenido suficientes incentivos para desearla una vida entera, está llegando a su límite. *Dios, si parece hecha para mí. Encajamos como un puto puzle.*

—Por favor, Luke —suplica—, te necesito. *Ya.*

Hago que resbale por la pared, la inclino más hacia mí y no es la única que toca el cielo. Daisy no necesita más que una embestida, estalla y me arrastra consigo. El placer es caníbal, no conoce la misericordia y hace que mis terminaciones nerviosas amenacen con quemarme vivo. Me corro mientras sus paredes se ciernen sobre mí, dejando que mi orgasmo se mezcle con el suyo, igual que nuestras bocas, con el único eco de los tambores de nuestros corazones observando de cerca cómo fundimos en un solo ser.

Máximo: siete horas sin sexo. Ese es nuestro récord desde que le di el anillo.

Somos un par de animales.

Exijo a la vida que los próximos sesenta años sean así.

No nos despegamos el uno del otro hasta que el fuego que nos sale de dentro empaña los ventanales del laboratorio.

A la mañana siguiente, cuando estaba a punto de darle los buenos días a mi futura mujer, ambos recibimos un mensaje de SOS, yo maldigo y ella tira de mí fuera de la

cama. Treinta minutos después estamos en el Ancla Oxidada, adivina: Keylah nos ha liado para ayudarla. *Tengo que dejar de tener amigos*. Me estoy jurando que es la última vez que traigo a mi prometida aquí cuando alguien habla con orgullo de Kían y revivo lo que pasó *aquella* mañana.

Estábamos en la cocina, robando algo más de desayuno cuando le oigo llegar a casa. Anoche tuvo que irse al trabajo antes de poder probar el postre que hicimos juntos para Daisy. Pude ver su necesidad por abandonar la mesa. Sigo a Kían desde la entrada en cuanto aparece y no soy el único. La cosa es que, como no se gira ni una sola vez, no se percata.

—¿Cómo ha ido el turno? —me apoyo en el marco de la puerta de su dormitorio.

Se encoge de hombros mientras se sienta en la cama para quitarse los zapatos.

—Como siempre.

—¿Habéis salvado a mucha gente?

—Sí, a unos cuantos —suelta un largo suspiro y me mira—. ¿Cómo puedes estar conforme con su decisión? ¿Cómo has podido dejar que se vaya? Tú la quieres. Joder, y Alex y yo también.

—No lo estoy. No lo he hecho. Y sí, la quiero.

Se le abren mucho los ojos y no sé exactamente por qué parte de la confesión en concreto, pero me giro y la traigo desde el pasillo colocándola justo delante de mí.

—Hola, Kían —musita.

—Todavía no te has ido.

—Bueno, es que al final… no me voy. Si te parece bien.

—Hemos pensado que en vez de separarnos para siempre vamos a casarnos.

Mi hermano alza las cejas tanto como para que se le salgan de la cara y se queda a mitad de una palabra. Me arranca una carcajada.

—¿V-vais en serio? —Kían se levanta descalzo, se acerca despacio como si fuéramos un bidón con contenido peligroso en un incendio de fuego azul, pero cuando Daisy le enseña el anillo le coge esa misma mano y acto seguido la estampa contra su pecho—. Bienvenida a la familia, escapista.

Lo que por mis narices tiene que ser un hada del bosque pasa por delante mío dejando un olor a flores que incita a pecar.

—Me encanta esto —dice Daisy sonriente después de que Agatha, de la floristería, pague la cuenta y le ponga una margarita en el pelo.

Joder, como si no fueran bastante los cuernos de reno navideño que Keylah le ha dado. Quiero hacerla mi mujer ya, ahora mismo, aquí o donde sea. Por cómo me mira juraría que me ha oído. O tal vez sea por cómo la he arrinconado al final de la barra.

—¿Quieres saber lo que me encanta a mí?

—P-pues claro, sí. —Parpadea con el abanico de tupidas pestañas que enmarcan sus preciosas gemas turquesa que ahora echan chispas.

—Todo. —Levanto su mano y la beso, presionando mi cuerpo contra el suyo un poco más de la cuenta. Se muerde el labio y respira de forma abrupta—. No deberías ponerte así de «contenta» cerca de mí, soy muy empático —me acerco a su oído—, y hoy todavía no te has corrido en mi cara.

—¡Daisy! —Calíope, Bennett y el resto de los Blackwood llegan corriendo al Ancla haciendo que dé un bote.

—¿Pero qué hacéis despiertos tan temprano, chiquitines? ¿No tenéis sueño?

—Nop —le responden al unísono colándose entre la gente.

Los cuatro llevan jerséis navideños desde hace semanas.

—Tenemos ganas de ser camareros, como tú —añade Aquiles.

Comparto una mirada con Keylah.

—Tú y yo hemos dejado de existir para ellos, asúmelo —dice desde el otro lado del bar.

—Porque eres como Santa Claus, mami. A veces no te vemos, pero siempre pensamos en ti —suelta Calíope antes de volver a girarse hacia Daisy.

Limpieza pasillo tres, repito, se requiere limpieza de babas, gracias.

—¿Alguien ha pedido refuerzos? —pregunta Karson Blackwood alzando bolsas con algunos ingredientes que faltaban en la cocina.

Las navidades en el Ancla siempre están llenas de imprevistos.

Keylah se lanza a sus brazos para besarle y luego él se une al batallón. Cada uno de nosotros acaba sirviendo mesas con un niño a cuestas menos Raphael, que es el más listo.

—Tienes que enseñarme cómo lo haces, tu técnica.

—Años de experiencia, hijo —se carcajea y le da a Daisy el café especial que le ha preparado, versión navideña.

En vez de sombrilla tiene bastones de caramelo y esta vez la jarra de cerveza es un papá Noel. Me quedo en el sitio, mirándola poner ojitos a toda esa nata, caramelo y vete tú a saber qué más.

—Siempre sonríes cuando la miras —dice Hileya calvándome su índice en la mejilla —. Y siempre te quedas mirándola cuando ella no te ve.

—Eres muy lista, Hileya —suelto el plato donde toca y le robo una patata a Harold Thomson para aplastársela a ella en la boca—, ahora mastica.

El restaurante se vacía y todos vuelan a la cocina cuando los mayores hablan de acabar con el resto de no sé qué tarta. Todos menos Aquiles, que ocupa un asiento al final de la barra mientras yo la limpio.

—Mañana es Navidad, renacuajo. ¿Tienes ganas?

Asiente, pero sigue callado. *Qué raro*. De repente las orejas y las mejillas se le ponen rojas como un semáforo.

—¿De verdad te vas a casar con ella? —pregunta evitando el contacto visual prolongado.

Suelto el trapo y me acerco.

—Sí, se lo he pedido, aunque si te soy sincero, no entiendo cómo ha aceptado. ¿Me das tu visto bueno?

—No soy su padre. Yo solo soy un niño —agacha la cabeza y siento algo en el pecho apretándose a su merced.

—Ya, pero eres su amigo y también el mío. Es muy importante para mí saber que tengo tu aprobación.

—Ella es… genial. Pero tú también y la haces feliz. —Desvía la mirada lejos de mí, pero su mano alcanza mi hombro dándome unos golpecitos—. Haríais bien en casaros.

—Gracias, chaval.

—No hay de qué. —Se baja del asiento de un salto y camina hasta la cocina, dando la conversación por zanjada.

Qué suerte tengo.

Mi prometida y yo volvemos a casa caminando.

Esa misma tarde…

—Vale. Vale. Puedo hacerlo —me repito mientras me paseo por delante del portátil encendido, me siento y vuelvo a arrancar con el paseo—. Es un pequeño paso en la dirección correcta, nada más. Ni siquiera tiene importancia. Deja de ser un crío, joder y espabila. Será como arrancar una puta tirita, ¿vale? —me obligo a sentarme en la silla y a no desinstalarlo.

Quiero hacerlo por Daisy. Porque pese a que sé que ama al hombre en el que me he convertido, quiero ser alguien mejor para ella. Y este es el primer paso.

ChatGPT (Ewan)

ChatGPT: ¿En qué puedo ayudarte hoy?

John-Luke: ¿Recuerdas lo que hablamos ayer sobre mi cuaderno de emociones?

ChatGPT: Claro, John, ¡recuerdo todo lo que dices!

John-Luke: ¿Crees que podrías manejar mis escritos? Solo de vez en cuando. Lo cierto es que me ayudaría, pero… Te advierto que soy un caos.

ChatGPT: Eres más bien un caos organizado y a mí me encantan los retos :) Las emociones son pasajeras, como anuncios en un autobús, pero siempre estaré dispuesto a sugerir insultos sofisticados si tu sesión con el saco de boxeo no surge efecto. ¿Empezamos?

Una semana después…

La veo abrocharse el cinturón, sacar el móvil y teclear. La luz del sol entra a través de la ventana y vuelve rojizos sus mechones castaños. Ya no son tan cortos como la primera vez que la vi, pero sigue siendo la mujer más guapa que he visto nunca. *Y lo será siempre.*

—¿Qué haces? —pregunto mientras ojeo mi libro de derecho sin leer ninguna palabra.

Alerta spoiler: ya sé lo que hace.

—Nada, solo contestaba un par de emails antes de poner el modo avión.

Sí, de Eliot. No ha vuelto a sacar el tema de trabajar juntos ni una sola vez. Sé qué proyecto se muere de ganas de escoger, pero todavía no ha tomado la decisión y también sé la razón.

—Christian me ha dicho que tenemos varias semanas de margen antes del siguiente juicio —paso una página—. Podrías pedirle a Eliot que me mande ya el contrato.

—¿C-c-contrato?

—Sí, y deberíamos empezar a hablar de nuestro próximo proyecto juntos. Leí lo que tenías en la mesita de noche el otro día. He de reconocer que tengo un favorito, aunque puedo amoldarme.

—Pero es muy pronto. Todavía no ha salido la sentencia definitiva, ni se ha acabado la batalla.

Cierro el libro.

—No quiero posponer esto. Tikhonov ya me ha jodido bastante. No vamos a permitir que lo haga también desde la cárcel, ¿a que no?

—No —sonríe ampliamente con una felicidad desbordante.

Últimamente sus sonrisas siempre son así.

Nos pasamos todo el vuelo hincando los codos, como un par de adictos. Resulta que nuestras preferencias coinciden, ¿quién lo iba a decir?

—Estás como una cabra —dice cuando nos bajamos del taxi y las palmeras se mecen suavemente con la brisa—. ¿Cómo has aceptado a una locura así?

Entrelazo su mano con la mía recorriendo el sendero de rosas. Flor que, por cierto, predomina en el resort.

—No me parece una locura.

—Entonces es que el loco eres tú.

—Sí, pero por ti. —Veo la quinta piscina, esta con un puente que cruza por encima y la contigua, con una fuente en el centro—. Este sitio es impresionante. Deberíamos alojarnos aquí un mes entero el próximo verano.

—Lo que debería haber hecho es escribirles por carta.

—Venga ya, si te mueres de ganas —paso un brazo sobre sus hombros y se sonroja aferrándose a mí—. Es una ocasión especial, merece la pena desplazarse.

—¿Pero tres vuelos? Es demasiado.

No pudieron verse en Navidad pese a las ganas que tenían, esto no es demasiado, es lo mínimo. Detengo mis pasos.

—Si alguien te dice alguna vez que pides demasiado, ven a mí. Yo siempre haré lo que sea con tal de que cumplas tus sueños.

—Luke…

—Iba muy en serio cuando te prometí que me pasaría la vida haciendo lo que fuera por verte feliz, Daze. Voy a cuidar de ti. —Le separo los labios con los míos sellando el trato.

Entramos en la villa y veo a Nolan en el jardín. Él es quien se ha encargado de que Nina estuviera en casa para la sorpresa. Daisy entra y no la sigo, porque este es *su* momento.

—¿Cómo estás, tío? —Nolan-Kane me estrecha la mano y yo le doy unos golpes amistosos en la espalda.

—Bien, me alegro de verte. Gracias por esto.

—¿Bromeas? Cualquier excusa es buena para verse y en esta ocasión todavía con más razón, porque…

—¡¡¡Oh, dios míooo!!! —el grito de Nina—. ¿Prometida? ¿Vas en serio? ¡¡¿Vas en serio?!!

—¿Una cerveza? —abre la neverita junto a la piscina mientras oigo los gritos eufóricos de Daisy y Nina.

—Suena bien.

Aterrizamos en Detroit por la noche y el taxi no tarda mucho en llevarnos al pueblo que parece sacado de una postal, pero que pese a todo, es real. Los balcones de las casas bajas tienen flores coloridas y hay un río que serpentea con agua muy limpia. El aire es puro y huele a naturaleza. Hay árboles por todas partes, pero mis vistas favoritas son otras. Daisy es pura luz desde que salimos de Mountville, está radiante y juro que si sigue mirándolo todo con desbordante ilusión voy a hacerle un hijo aquí y ahora.

—Así que esto es Acorn Hill —acaricio el dorso de su mano con el pulgar—. Pues no me importaría vivir aquí.

—P-pero en Saltwater… Kían y Alex, Keylah… todo nuestro mundo y…

—No he llamado a los de las mudanzas, quita esa cara de susto. Solo digo que no me importará venir aquí con frecuencia.

—¿Con mucha frecuencia?

—Joder, Daze, deja de mirarme así o no vamos a llegar a nuestra cita.

Tira de mi brazo cuando me freno, pero pone mi mano libre en su culo. *Sin duda, sabe cómo motivarme.* Daisy dijo no sé qué sobre una carretera de curvas terroríficas, así que no nos reunimos con Ryan y Lexi en su casa, sino en una plaza.

—Ahí enfrente es donde se casaron —dice con la voz cargada de emoción—. Todo esto estaba lleno de globos perlados de los que colgaban cartas y junto a esa fuente Amy hizo todo lo posible por aguantarse las lágrimas.

Le beso el cuello, le muerdo la oreja y hago grandes esfuerzos por ceñirme solo a eso. Emito un gruñido para que siga. *Es deliciosa.*

—Por, *mmm*, por eso Ryan nos ha dado la coartada perfecta diciendo que… que es un paseo nocturno romántico —jadea.

—Es genial, fijo que Lexi no sospechará nada. —Se gira en mis brazos y le como la boca.

Quiero pasarme la vida recorriendo y mimando estas curvas.

—No sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí, Luke —acaricia mis mejillas—. En serio, está siendo un día épico. ¿Y nos lo hemos pasado muy bien en el aeropuerto, verdad?

Joder, sí.

—¿Daisy? —La voz de Lexi Diago cruza la plaza como un rayo.

Nadie puede competir contra una Daughbeth, así que no lo intento. Daisy corre hasta ella y Lexi hace lo mismo.

—¡Nada de correr, estás embarazada! —le grita en pánico acelerando sus pasos.

—Dios mío, ¿pero tú qué haces aquí? ¿Me estoy muriendo? ¿A qué viene esta súper sorpresa? —La ingeniera mecánica de coches de lujo espera a regañadientes hasta que Daisy llega hasta ella, entonces la abraza con tal intensidad que parece que jamás vaya a soltarla—. ¿Es Brook? ¿Se ha ido a la mierda? Oh, dios, ¿te han dado el ascenso? Espera, espera, ¿vas a ser la jefa de Willow?

Veo la sonrisa de tonto que tiene Ryan y me hago una idea de la expresión que tengo en la cara. Daisy se aparta lo justo de su hermana y le enseña el anillo. Lexi se petrifica tapándose la boca, pero eso no impide que su cuerpo tiemble ligeramente, ni que sus ojos se inunden de lágrimas.

—Lo que dijiste aquí el día de tu boda… Tenías razón, Lex. Me he enamorado y él de mí también. Vamos a casarnos. —Las lágrimas caen por las mejillas de Daisy.

Se me sube el corazón a la garganta y allí me la quema. *Hostia puta.* La mirada de Lexi se alza y me busca, y solo con lo que gritan sus ojos siento su bienvenida a la familia. *Se alegra como si le estuviera pasando a ella, eso es una hermana, joder.*

En cuanto mira a Daisy las lágrimas se desbordan y lo deja salir todo. Se derrumba de emoción y felicidad repitiéndole una y otra vez lo mucho que se lo merece.

Pues claro, ellas tres saben bien lo increíble que es Daisy. Saben que se merece todo lo bueno que tiene para ofrecer este mundo y han tenido que aguantar años y años viéndola obtener de todo menos eso. No ha debido ser fácil.

Cenamos con ellos y paseamos hasta que nos toca volver al aeropuerto.

—¿No tienes sueño? —pregunta bostezando por cuarta vez desde que nos hemos puesto a hacer cola en la fila del embarque.

—Daisy Dooren, no quiero perderme ni un solo minuto de mi vida a tu lado.

—MacAlister. Daisy MacAlister. —Se aferra a mi cuello despejada del todo y me besa,

sé bien que para ocultar la emoción de la que no consigue despegarse.

Llegamos a Chicago al amanecer, a una lujosa urbanización llamada High River. Hay un montón de lirios morados en la entrada, Daisy dice que son por Amy.

—Y esa es la piscina donde se cayó con maleta y todo, ¡y Duncan la sacó con una sola mano! —empieza a tiritar de frío y le abrocho la chaqueta hasta arriba.

No es tarea fácil, porque no deja de abrazarme, pero tendrían que hacerme una lobotomía para ponerle pegas al asunto.

—Parece que el destino jugó bien sus cartas. Aquí también vendremos, en primavera. —Sigo haciendo planes conjuntos para el futuro, pero me doy cuenta pronto de que el destino me da exactamente igual.

¿Que quiere quedarse en Saltwater? Bien. ¿Que quiere vivir en el laboratorio? Estupendo. Lo que sea, pero juntos. *Algún día seré capaz de decirle todo lo que siento, absolutamente todo.*

—¿Y crees que después de contárselo a Amy podríamos llamar al timbre de Jasmin y contárselo también? Vive al lado. Es un poco pronto, pero sé que madruga —Las puertas del ascensor se cierran y soy incapaz de aguantarme: la empotro contra la pared del ascensor—. *Menos mal.*

Escaso tiempo después…

Llaman a la puerta y acelero el ritmo de mis pasos para evitar que Mhílena llegue antes. Siempre que lo hago, pone una cara de fracaso como si hubiera cometido el mayor error de su carrera. Me gusta pensar que le enseño a tomarse su trabajo menos en serio. *Dudo que funcione.*

—Hola, tío. —Sawyer aprieta la gorra que tiene entre manos, veo a las hermanastras de Daisy llegando unos metros por detrás—. Sé que no empezamos con buen pie, pero te aseguro que soy un tío legal, además, estoy muy interesado en tu hermano, aunque tú eso ya lo sabes. Eso no quiere decir que no me interese Daisy, es solo que no de la misma…

Le abrazo. En realidad, tiro de él con demasiada fuerza y se estrella contra mi pecho, pero es un abrazo.

—Ahora eres de la familia, Sawyer. Deja de cagarte encima cada vez que me ves.

—Ayudaría que sonrieras de vez en cuando, eres un pelín intimidante. ¿No? ¿No te apetece? Vale. Bueno, ha sido un placer verte, saluda a Daisy de mi parte, volveré cuando Alex… —tiro de él hacia dentro antes de que se largue.

Mi hermano está grabando una serie y no está en Maine ahora mismo, pero no voy a dejar que lo use de excusa, voy en serio con lo de familia. *En realidad, no lo trato diferente a como trato a Kían, lo cual debería interpretar como un halago.* Daisy baja la escalera corriendo como si fuera la mañana de Navidad. Me aparto de Mhílena y de los empleados que vienen a por las maletas.

—¡Hay tanto que hacer! —suelta Nina después de la sesión de abrazos a los que me veo arrastrado—. ¡Tanto que preparar!

—No te preocupes, valdrá con dedicarle algunas horas —dice Daisy.

—¿Algunas? ¡Pero si Sawyer ni siquiera tiene las medidas! —Lexi se lleva las manos a la cabeza.

—Tranquilas, eso tiene fácil solución —dice Sawyer toqueteando a mi prometida.

¿Le parto un dedo antes o después de que las tome?

—Dios, este sitio es impresionante —Amy gira sobre sí misma con la mirada fija en el techo.

La familia perruna vienen a saludar y las hermanastras se olvidan de las prisas.

—Oh, el bebé acaba de dar una patada —muchas manos corren a la tripa de Lexi Diago.

—¿Cuánto tiempo te falta para empezar el último trimestre? —le pregunto.

—Cuatro días. Este va a ser mi último viaje por ahora.

Fijo que Levi-Ryan agradecerá tenerla cerca. *No entiendo cómo ha podido alejarse de ella ni medio metro estando en este estado, como se nota que es poli y que está acostumbrado a sufrir.*

—Hola, muchas gracias por cuidar tan bien de Daisy. —Nina se presenta a Mhílena, le ofrece la mano y le pregunta cómo se llama.

Ella hace una mueca y se retira sin decir palabra. Daisy le pasa un brazo por encima de los hombros a Nina y le dice:

—Aunque no te lo creas, le has caído genial. Te lo prometo.

Patty se las gana prometiéndoles dulces, y los cuatro invitados suben a nuestro dormitorio, donde planificarán cosas no-aptas-para-oídos-MacAlister.

—¡¡Luke!! —el grito de Daisy me llega al laboratorio, lo dejo todo a medias y salgo corriendo.

Llego hasta el dormitorio, la puerta está abierta y lo que me encuentro… ni siquiera sé cómo describirlo.

—¡Tu alergia, maldita sea! —grita Nina.

—¿Qué está pasando? —pregunto.

—¡Esta lunática que tiene una alergia que no veas a los gatos y no suelta a la tuya! —grita Amy.

—Estoy bien, en *sedio, do es dada*… —Lexi huye entre estornudos—. *Estadé* bien junto a esta ventana. Mmm, *aide fdesco*.

—¡Lexi, suelta a la gata ya! —grita Daisy en pánico.

—Es que es tan *bodita*… —se la aferra al cuerpo como si fuera un peluche mientras sus ojos se vuelven vidriosos.

Tiene la nariz roja y tapada, y está respirando con dificultad. Baguette está encantada de tantos mimos, lo cual es un problema. Sus hermanastras corren hasta ella como si fuera una bomba a punto de explotar y yo llamo a un médico porque se le está hinchando la cara. Cuelgo y ya la tienen cogida cada una de una extremidad. Levanto a Baguette del suelo, secretamente satisfecha de todo el caos que ha sembrado, yo lo sé.

—Ay… *cdeo que do me encuentdo bied*…

—¡Claro que no te encuentras bien, idiota! —dice Nina al borde del llanto.

—Luke, sácala de aquí, por favor.

—Ahora mismo. —Sacarla al jardín no me parece suficiente porque fijo que vuelve a entrar y además, le encanta estar con Daisy—. La llevaré con Keylah hasta que se vayan.

—Dooo… —se queja Lexi.

—He llamado a Lawson para que venga. ¿Tiene medicación para la alergia?

—Sí, nosotras se la damos —dice Amy—, ¡pero tú llévate a esa gata bien lejos o vamos a tener que buscar vestidos para un funeral en vez de una boda!

Recibo una llamada de Lawson justo después de que Keylah me asegure que puede quedarse con Baguette para siempre, si quiero (no).

—Con un cambio de ropa, respirar aire fresco y un puñado de antihistamínicos estará como nueva. No hay de qué preocuparse. La hinchazón bajará en unas horas.

—Gracias, Lawson.

Me froto la cara de alivio cuando cuelgo. *La hostia, menos mal.*

—¿Ya estás más tranquilo? Parecía que al que iba a darle algo era a ti.

—Tendrías que haberlas visto. Joder, podría haber sido un desastre, está embarazada.

—Acuérdate de la repentina reacción que tuve yo a unas nueces cuando estaba embarazada de Hileya, y míranos, las dos más sanas que un roble. Además, ¿desde cuándo John-Luke MacAlister se preocupa por los «podrían haber»? Creía que las únicas personas que malgastaban su tiempo en eso eran las felices que no tenían ningún problema. Ahhhhh, ¿acaso te has vuelto uno de *esos*?

—Muy graciosa. —Mientras el sol vuelve el cielo naranja y Raphael cuida de los pequeños Blackwood dentro de la casa, nosotros nos ocupamos un par de sillas en el jardín delantero—. Por cierto, Keylah, Daisy me pidió si podía convencerte.

—¿De qué?

—De que vayas a la cena de esta noche, quiere tu opinión sobre el vestido antes de que lo elijan definitivamente. Sería bueno que te pasaras, así conoces a sus hermanastras ya. Para ella es importante y si no te resulta demasiado jaleo…

—Me encantaría.

—Vale, bien —carraspeo pensando en el momento que llegó a mi cama de hospital hecha un mar de lágrimas.

Me despertaron sus gritos maldiciendo a mi madre, reprochándole a mi padre no haberme protegido pese a que lo quería como un segundo padre. *Últimamente no puedo dejar de hacer eso: agradecer cosas del pasado. Y, lo cierto es que me está me está curando.*

—¿Y esa cara?

Doy un largo trago de cerveza.

—No quiero abusar, Keylah, pero también quería pedirte otra cosa.

—Dispara.

—Kían y Alex van a ser mis padrinos de boda. Me preguntaba si tú también querrías serlo. —Me yergo en mi silla de camping—. Keylah, te debo mucho, soy consciente y no tienes por qué aceptar si te parece un coñazo. Para mí es muy importante que estés allí y formes parte del día más feliz de mi vida.

—¿Intentas hacerme llorar, MacAlister?

—¿Eso es un sí?

—Es un: yo a ti también te debo muchísimo, pedazo de tonto. Te quiero horrores, JL, y te la mereces. Pero por muy genial que sea esa chica, tú equilibras la balanza. Acepto encantada.

Asiento y chocamos nuestros botellines de cerveza, compartiendo un silencio que pesa más que cualquier palabra.

Epílogo extra

Daisy



Meses después, a finales de abril…

Sabes ese momento en el que consigues todo lo que siempre has querido y entras en pánico porque una inmensa parte de ti no creía que fuera posible, ¿no? Pues eso: bienvenida al día de mi boda.

—Joder, estás impresionante —suspira Lexi.

—Daisy, ¿te acuerdas de lo de respirar? —pregunta Nina y parece que la que no puede respirar es ella.

—¿Y si se arrepiente, Nina? —La euforia y el terror se ponen a hacer bebés sobre mi piel.

—No seas ridícula, se muere de ganas —dice Nina.

—¿Y si le pierdo? Los coches son muy peligrosos, debería dejar de conducir y de pelearse tanto con todo el mundo. Madre mía y de denunciar a CEOs peligrosos —la asfixia se enrolla con el horror y hacen un nudo con mi garganta—. Y juro que si vuelvo a verle sin las protecciones necesarias en el laboratorio…

—Del resto no sé, pero no me puedes negar que lo de hundir al CEO corrupto le salió de lujo. El viejo de Tikhonov se va a pasar siglos en la cárcel. Pero, eh, no nos sintamos mal por él, fijo que Rosemary sabe cómo hacer trueques con cigarrillos —suelta Lexi del tirón—. Y, *en serio,* impresionante que flipas.

—¿Y si nuestro matrimonio va mal porque resulta que no sé nada del amor? ¿Y si he tardado tanto en conseguir esto porque en realidad no valgo para…?

—¿Tú le quieres? —Amy interviene por primera vez desde que entré en el trance del paseo nervioso.

—Más de lo que creí que sería posible querer a alguien y he devorado cada novela romántica habida y por haber. Le echo de menos y sé que está bajo este mismo techo —suelto del tirón—. Hace, ¿qué?, ¿horas que nos hemos visto? Y ya siento que si no le beso en los próximos cinco segundos voy a estallar en pedazos y morir asfixiada a la vez. Madre mía, le quiero con toda mi alma. Es el amor de mi vida.

—Entonces deja de luchar contra ello y disfruta. Vas a ser la mujer de John-Luke MacAlister toda la vida, pero solo vas a tener la oportunidad de casarte con él una vez.

—Daisy MacAlister, qué bien suena… —sonrío como una tonta.

—Pensando bien lo del beso, como damas de honor tenemos la obligación de cumplir todos sus deseos —tantea Lexi ladeando la cabeza, babeando por el vestido y diciendo cosas bonitas con la mirada.

—¿De qué hablas? Ya no pueden verse —Nina me señala entera.

—Además, ya debe estar camino al altar, falta muy poco —dice Amy.

—Sawyer, ¿me recibes? —pregunta a través del walkie-talkie, pues ahora mismo es el que está haciendo guardia en la escalera.

—Alto y claro, Ms Diago. Todo despejado por aquí.

—Necesito que me localices al novio.

—Claro, ¿para qué?

—Quiero que lo traigas aquí.

Lexi quita la sábana de la cama y cubre la tela que me envuelve, también conocida como otro-de-mis-sueños-hechos-realidad.

El vestido se compone de un corsé cubierto de encaje bordado con motivos florales y pequeñas perlas, tiene un escote en forma de corazón y mangas caídas que me rozan los hombros, y la falda es una enredadera de encaje con pedrería sobre un océano de seda blanca. Es lo más bonito que he visto, tocado y llevado en toda mi existencia, pero cuando lo cubren con una sábana y salen de la habitación en su búsqueda, juro que estoy a punto de tatuarme sus nombres en la cara.

La puerta se abre y veo que ellas la custodian para que nadie sepa de esto. *Porque está mal… y no deberíamos… pero lo prohibido es nuestro rollo, ¿verdad?* Nos quedamos solos.

—¿Daisy? —Se está tapando los ojos, pero ya me ha dejado sin habla.

Su esmoquin no entalla su cuerpo, le hace un podio, lo sube a la cima y lo apunta con mil focos. Un mechón de pelo rebelde cae sobre su frente y todo en él es sexy, elegante, arrebata-oxígeno, aniquila-ovarios y con toda seguridad, digno de un dios caído del cielo por caprichosos deseos del destino.

—Madre de dios, *Lucas* —suspiro—. Estás impresionante. Pued-puedes mirar, llevo una sábana. Luke, necesitaba…

La sonrisa que mis jadeos y halagos le habían dibujado en la cara se esfuma en cuanto me mira.

—Joder, Daze —se le hunde el pecho—, estás preciosa.

—Llevo una sábana a modo de capa. No puedes ver el vestido.

—Tienes margaritas en el pelo —dice como si le estuviera destrozando y encantando a la vez.

—Ohh, ¿te has fijado? Bueno, sí, es que pensé que como también era la flor favorita de tu padre… ¿te gustan?

Me coge las manos y las acaricia. *Finge que molas, no te derrumbes, aguanta.*

—Me encantaría demostrarte ahora mismo hasta qué punto me gusta, mi amor. Dime, ¿qué te ocurre? ¿Por qué nos estamos arriesgando a que te vea vestida y tengamos que retrasar la ceremonia una o dos horas? —Me recorre entera—. Vale, cinco.

Suelto todo el aire de golpe.

—¿Por qué no nos hemos casado antes, Luke? Deberíamos haber ido a Las Vegas. Si esto fuera una boda falsa estaría mucho más tranquila.

—Jamás podría haberte arrebatado la boda de tus sueños. Y además, si estuvieras tranquila esto no sería equitativo —pone una de mis manos en su corazón y siento una batería golpeando mi palma de forma atronadora.

—Madre mía, *Luke*. ¿Eso es…? ¿Eso es que tienes dudas? Porque yo no las tengo, te lo aseguro, a veces me pregunto cómo se puede querer tantísimo a alguien y… —me besa.

Y es un *gran* beso. Uno tan poderoso que todo lo bueno que tiene para ofrecer este mundo entra en mis venas silenciando las emociones irritantes.

Me curva los dedos de los pies dentro de los espectaculares tacones de princesa que

Sawyer me ha conseguido.

—Esto es lo que haces conmigo cada vez que estás cerca y lo he aceptado, puedo vivir con ello. Nunca he estado más emocionado por algo en mi vida. Me muero de ganas de emprender esta aventura contigo. ¿Dudas? —Se ríe—. Quise casarme contigo mucho antes de pedírtelo. Eres mi sueño, Daze. Eres quien ha salvado mi corazón y quien lo ha hecho suyo. Lo único que dudo es si voy a poder aguantar la espera en el altar.

Dios mío, desde que trabaja en abrirse no para de soltarme cosas preciosas como esta y va acabar conmigo. Esta vez soy yo quién le besa. Estamos juntos en esto. En el pánico, en el ansia, en la urgencia y en el amor, en todo.

Luke rompe el beso demasiado pronto y a mi garganta se le escapa un quejiqueo revelador.

—Créeme, no quiero irme, pero no quiero que me odies el resto de nuestras vidas por estropear lo que hay debajo de esa sábana antes de tiempo. —Da un paso atrás, luego otro y antes de que me dé cuenta está en la puerta—. Te veré abajo.

—Me muero de ganas —sonrío con todo lo que tengo y le brillan los ojos cuando asiente.

Me asomo por la ventana y veo a los invitados en el jardín delantero frente al castillo Daughbeth. El hogar en el que crecí se ha convertido en un cuento de hadas pese a las nubes, *es perfecto*. Veo a Calíope y a Bennett, mis niños de las flores, acercándose al altar vestidos de gala. Los invitados ya ocupan las elegantes sillas doradas enlazadas con cintas blancas y lazos de seda. El paseo central por el que caminaré está flanqueado por jarrones de cristal sobre columnas bajas, cada uno lleno de agua y con velas flotando en memoria de los que ya no están. *Ewan. Stapleton. Siempre formaréis parte de la familia.*

Buscando en mi cabeza a ver si me olvido de algo, caigo en la cuenta de que no he vuelto a ver a Willow desde que me ascendieron. Sé que hace unos meses echaron a Brook por cagarla. Más o menos, en cuanto su madre dejó de ser su jefa. *Si me dieran un dólar por cada persona que se ha sorprendido de ese despido, no tendría ni un dólar.* ¿Y si se ha ido de la empresa? Lo cierto es que no me extrañaría.

Tener mi propio equipo es genial. Elegí a dos hombres y a dos mujeres de distintas edades y lo cierto es que aprendo mucho de ellos. Por no hablar de que el proyecto avanza mucho más rápido gracias a su ayuda. Les hago desplazarse hasta Saltwater un día a la semana y no solo porque les encante trabajar con el Robin Hood de la biotecnología, ni porque el material del que disponemos en el laboratorio les flipe hasta decir basta… *o igual sí, igual solo por eso*. El resto del tiempo los dirijo a distancia desde casa y de vez en cuando voy a la sede de NeuroSynTech. Nunca habría podido imaginarme que las cosas podían salir así de bien.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Sawyer, acompañado de mis otras cuatro damas de honor.

Suerte que ya me he deshecho de la sábana.

—Uy qué cara. Me da a mí que bien.

—¿Solo bien? Si parece que haya tenido un orgasmo —murmura Amy—. Un segundo, ¿no habréis…?

Sacudo la cabeza. *No puedo decir que no me hubiera gustado.*

—De verdad que estás espectacular, cervatillo.

Las palabras de la mami primeriza ahora sí calan en mí. *Luke me ha curado y a*

partir de ahora, siempre será el remedio para todos mis nervios y miedos.

Exhalo el aire contenido, sonrío y alzo los brazos.

—¡Estoy lista para disfrutar el día de mi boda!

Ponen música, retocan mi maquillaje que por suerte es a prueba de agua y tengo un déjà vu de mi despedida de soltera.

El año que todas estábamos en la universidad, nos escapamos a Nueva York un fin de semana. Fue é-p-i-c-o, comimos de todo, compramos más de la cuenta, hicimos fotos que poder colgar en nuestros dormitorios y terminamos con una noche de cine al aire libre.

Así que cuando propusieron repetirlo… digamos que accedí.

La realidad es que en aquel entonces teníamos poco dinero, así que nos alimentamos de un bote de helado, un par de gominolas y varios perritos calientes, compramos la misma camiseta básica de Nueva York para las cuatro y algo de maquillaje barato que apenas pigmentaba, pero lo recuerdo como uno de los mejores fines de semana de mi vida porque estaba con mis tres mejores amigas.

Revivir la versión *deluxe* de aquello fue todo un acierto.

Esa fue la despedida de soltera secreta. Luego hicimos otra en la mansión MacAlister y llamamos a todo el mundo.

—Ehhh, alguien tiene que distraerla —Sawyer me señala como si fuera una fuga de gas—. Rápido, que alguien piense en algo… microscopios, células madre, cosas azules en matraces y… Ufff, se ríe, bien.

—Serás, tonto. ¿Cosas azules en matraces? —se me mueven los hombros.

—Si tienes un momento de desesperación ahí abajo piensa en la cara de Lexi cuando intentó adoptar a Baguette, te cortará las lágrimas fijo —dice Amy.

Me va a estallar el corazón de todo lo que tengo dentro.

—¿Os he dicho lo guapos que estáis los cuatro? —pregunto echándoles un buen vistazo.

El color de fondo es un amarillo pastel, pero tanto Sawyer en el traje, como ellas en los vestidos de seda, tienen impresas sombras de encaje de margaritas blancas. Están cañón y mágicos al mismo tiempo.

—¡No hemos hecho fotos! —chilla Nina señalando la polaroid.

Te olvidas de las cámaras en los mejores momentos y eso es así. Nos hacemos algunas a toda prisa, pero Alex llega enseguida a nuestra puerta. Viene para llevarse a Sawyer, van a recorrer el camino hasta el altar juntos. Alex ya había visto el vestido, por supuesto, pero agradezco los halagos. *¡¡Esto empieza ya!!*

—Ese romance se inició cociéndose a fuego lento, pero está imparable —dice Nina con un movimiento de cejas insinuante.

—Ayer se pusieron a hacer una disco-silenciosa mientras vigilaban a N-Kale —sonrío recordándolo.

—¿Una qué? —Lexi arruga el rostro.

—Que se pusieron la misma canción en los cascos y bailaron en silencio con tal de no despertarlo de su siesta. —Vuelvo a reír—. Son tan monos.

—Seguro que son los siguientes —dice Amy—. Esperando que Sawyer pueda hacer su magia también consigo mismo, llegado el día porque se lo merece.

Sería genial ser sus damas de honor.

Hechas todas las comprobaciones, vemos que ya no falta nada. Nos cogemos de las

manos como si fuéramos a invocar a algún espíritu.

—Ha llegado el momento —Amy suspira.

—La última de las Daughbeth en dar el sí quiero —sigue Nina.

—Os quiero más cada día que pasa. ¿Lo sabéis?

Asienten como esos muñequitos cabezones, pero la versión boda-lágrimas-y-mocos.

—Las cosas han pasado muy rápido, ¿no? —pregunta Lexi—. Quiero revivirlo todo otra vez, desde Mountville.

—O mejor, desde el principio —dice Nina mirando a nuestro alrededor.

Este castillo ha sido nuestro hogar.

No podría casarme en ningún otro lugar.

—No queremos interrumpir el momento… —La voz de Nolan suena desde fuera de mi antiguo dormitorio, en el pasillo.

—Pero nos hicisteis prometer que no os dejaríamos llorar —interviene Levi-Ryan.

—Podemos daros un minuto si lo necesitáis, pero John-Luke está ansioso por verte, Daisy —termina Duncan.

—Sí, sí, lleváoslas cuanto antes —digo y cuando se ven cara a cara parecen más que dispuestos a darse el sí quiero otra vez.

—*Nins*…

—Joder, *Rapunzel*.

—*Ángel*.

Las tres se quedan petrificadas en el sitio y me doy cuenta de que les va el corazón tan rápido como a mí y que apenas están respirando. *Este efecto no se pasa. No termina nunca*.

—¿Tierra llamando a las Daughbeth? —carraspeo.

—Vale, sí, mmm, te veremos abajo —dicen Nina y Lexi saliendo de la habitación.

—¿Me das un momento con la novia? —pide la menor de todas babeando por el gran Jay-Duncan Vojak con escaso disimulo.

—Por supuesto, esperaré aquí. Por cierto, estás *muuy* guapa, Daisy.

—Sí, Dooren, pareces un hada del bosque.

—Más que eso. Dios, John-Luke va a flipar cuando te vea.

—Gracias, chicos.

Dos parejas se marchan, Amy me coge de la mano y nos sentamos en la cama.

—¿Qué ocurre?

—Es que todavía no te he oído decirlo.

—¿El qué?

—Que tenía razón. Espera, este es el mayor «te lo dije» que voy a soltar en mi vida, tengo que prepararme. —Se recoloca y se echa las ondas de fuego por encima de los hombros, luego me señala con su índice—. Te. Lo. Dije. Sabía que no había meta que se le resistiera a Daisy Dooren.

Me arranca una carcajada.

—Ya, bueno, un poco sí que se me ha resistido. Casi llega tarde.

—De eso nada, el tiempo siempre es exactamente el que debe ser. Piénsalo, años antes John-Luke no habría tenido las pruebas que necesitaba contra Tikhonov y tú no habrías podido ayudarle como lo has hecho. Lexi no habría estado casada con Ryan el súper poli, Nina no conocería a Nolan, ni él podría haberle presentado a Christian… nada habría salido bien.

—Y sin tu idea de las citas que tan mal me salieron, probablemente Luke y yo nunca habríamos estado juntos.

—Me quedo con los honores, con gusto.

—Te quiero. No sé cómo agradecerte lo que hiciste. Lo que me obligaste a prometer en el hospital de Mountville y lo que dijiste en Acorn Hill el año pasado sobre esperarme, Amy, eres…

—Sé mi mejor amiga hasta que abandonemos este mundo y estamos en paz.

—Hecho. Te quiero, hermana.

—Lo sé, lo demuestras a diario. Te mereces esto más que nadie. Te lo mereces todo. Te quiero mucho, Daisy.

Antes de que me dé cuenta, ella se ha ido y mamá ha venido a buscarme. Le pedí prestada la idea a la piloto, de que fuera ella, la reina del castillo, la que me llevara hasta él.

—¿Estás lista?

—Lista —sonrío mientras su mirada se vuelve brillante, recorriéndome de arriba abajo. Me tiende la mano y empujo las palabras porque necesito que las escuche—: De tu mano siempre me he sentido a salvo mamá. Capaz de comerme el mundo. No sabes cuánto significa para mí que hagas esto. Gracias.

—Mi niña. —Me la aprieta y luego frunce los labios con tal de que dejen de temblarle.

Ninguna dice nada más, no podemos.

Una versión instrumental de guitarra de la canción Love Story de Taylor Swift empieza a sonar en cuanto cruzamos el umbral de la puerta del castillo y llegamos al jardín. *Nos oigo a nosotras riendo sin parar, correteando de aquí para allá. Esas cuatro renacuajas también están aquí hoy.*

Me aferro al despampanante ramo de margaritas buscando mi fuerza, pero en cuanto el estoico John-Luke MacAlister me ve y se le llenan los ojos de lágrimas… dios, estoy perdida del todo. *Mi amor.* Recorro el camino hecha un mar de lágrimas de principio a fin, con un nudo en la garganta que no deja de crecer, las piernas temblando y muerta de ganas de estar en sus brazos. *Una vida juntos. Sí, sí y mil veces sí.*

No hay ni una sola persona en el altar que no llore, incluidos Kían y Keylah, los más duros de todo Saltwater. Mamá me besa la mejilla al llegar y casi corro hasta el altar cuando me suelta.

—¿Eres real? —se le hunde el pecho con una exhalación brusca, la amatista metalizada brillando con algo que parece hasta dolor físico—. Dios, Daze, qué preciosidad.

—Por favor, Luke… —me besa con tal de que deje de llorar, saltándonos todas las normas de la ceremonia, pero sabe que lo necesito y él es así—. Siento la espera. Ya no voy a ir a ninguna parte.

—Me haces el hombre más feliz del mundo.

Un carraspeo del cura nos devuelve a la realidad y me doy cuenta de que los invitados se ríen y que hasta hace un momento, nos estaban aplaudiendo. *Ay, madre.*

La ceremonia da comienzo y leemos nuestros votos como bien podemos. Jamás creí que el amor podría doler bonito, pero Luke me destroza el corazón. No me veía capaz de oír los votos sin hacerme un ovillo y llorar, pero lo consigo.

Entonces pasa: empieza a llover.

Y no un poco, no, mucho.

Veo la preocupación inmediata en su rostro, pero a mí se me enciende una chimenea en el pecho y se me mueven los hombros cuando una carcajada brota desde lo más profundo de mi cuerpo.

—La lluvia siempre ha estado con nosotros, Luke, siguiéndonos de cerca. No podía faltar aquí hoy.

Sonríe y hace eso de llamarme la mujer de su vida con los ojos. Tiene que empezar a controlarse.

—Yo os declaro, marido y mujer. Ahora *sí* que puedes besar a la novia.

Los invitados se ríen y aplauden entre lágrimas mientras nosotros nos fundimos en un beso que ojalá no termine nunca.

El banquete tiene lugar en los dos salones más grandes del castillo que conectan uno con otro. La comida es deliciosa, pero mi marido sabe todavía mejor. Saludamos a nuestros seres queridos pasando por cada mesa, pero no podemos esperar al momento de cortar la tarta.

Subimos la primera escalera que pillamos sedientos, impacientes y enamorados.

—¿Dónde está tu dormitorio? —Me coge en brazos y suelto un gritito.

—Abre la puerta que sea y mete dentro a tu mujer, Lucas —vuelvo a besarle y hundo los dedos en su pelo mojado.

Lo hace, pero acabamos en un armario. Me da la risa cuando se da cuenta.

—No pienso follarte en un armario, Daze, ni de coña —gruñe contra mi cuello sin dejar de lamerme de formas obscenas y ya estoy empapada.

Mi clítoris tiene muchas opiniones al respecto sobre ese cuartito, todas de cinco estrellas, pero es tan rápido en encontrar uno de los dormitorios vacíos que no me quejo.

Me deja frente a la cama, me ayuda a deshacerme del vestido y lo hace con la boca, con caricias, recreándose en cada roce de su lengua, como si no tuviéramos a un montón de gente esperándonos. Estoy demasiado loca por él como para frenarle. Es más, le arranco toda la delicadeza del cuerpo y también el traje. Tiene todos los músculos contraídos, duros, igual de dura que está su erección. Nos besamos rozando nuestros cuerpos de forma distraída, con las mejillas rojas, cargados de esperanzas de futuro.

Caemos en la cama y nos posee algo más primitivo, urgente. Nos convertimos en dos animales salvajes que se deseaban antes de nacer, si es que eso tiene el más mínimo sentido. La primera embestida es un terremoto descontrolado y ardiente que deja temblando hasta mis recuerdos. *Bienvenidos al paraíso.*

La idea era quitarnos las ganas voraces que nos consumían y volver enseguida a la fiesta, pero la historia acaba siendo diferente.

Su voz ronca, fiera, gutural y masculina diciéndome lo preciosa que soy, lo bien que lo hago, lo que quiere hacerme y lo que me quiere, me hace suya más que cualquier anillo. Por eso cuando estamos a punto de cargarnos la cama, no consigo que me importe. Ni después, cuando efectivamente acabamos cargándonosla.

Su placer se mezcla con el mío, me sonríe como un crío cuando lo halago, pero se tensa cuando estoy a punto. Una de mis piernas está estirada contra el cabecero y ni siquiera tenía constancia de ser tan flexible.

—Lo eres todo, Daze. —Me abre más todavía.

—Ya estoy enamoradísima de ti, ¿qué pretendes con tantas pal…? *Ahhhh.*

Se hunde en mí hasta que el placer me arquea la espalda y ataca cada centímetro de mi cuerpo con rica violencia. *No puedo más. Está por todas partes.* Gimo su nombre

cuando mi vagina cede ante sus persistentes intentos, lo grito, y luego me dejo llevar aferrándome a él como si me fuera la vida en ello porque, en realidad, así es. Verlo detonarse dentro de mí, sufriendo un terremoto explosivo y huracanado, sigue siendo mi hobby favorito. *¿Yo le provoco todo eso? Pfff, quiero tenerle de todas las formas posibles.*

Le quiero a él, siempre.

Batimos récord de orgasmos y buena suerte disimulándolo porque lo llevamos escrito en la cara.

Pese a sus insistencias de que mi mejor vestido es ninguno en absoluto, encontramos mi dormitorio. Tardo cinco minutos en enfundarme en el segundo vestido y gracias a la lluvia, lo único que le hago a mi pelo es soltar las ondas mojadas. Le pido que me ponga mi medallón de la suerte mientras yo me pongo algo de colorete en la nariz para disimular el rojo natural de las mejillas y cogidos de la mano, corremos por el castillo listos para colarnos de extranjis en nuestra propia fiesta. *Ya, suerte con eso.*

Habrá cosas mejores que dar de comer a todos tus seres queridos, pero no se me ocurren. *En esta sala está todo aquel a quien quiero, no necesito más.*

Se hace de noche y todavía llueve, pero los invitados tienen ganas de fiesta, así que bailamos hasta no poder más.

—¿A qué hora cogéis el avión? —pregunta Lexi cuando las cuatro vamos a la cocina a por algo más de hielo.

—A las doce. Todavía nos queda un rato de fiesta —añado enseguida, porque aún no quiero despedirme de ellas, ni tampoco que el día acabe.

—Tengo algo que quería deciros —interviene Amy, cuando la miramos, se bebe su chupito de tequila del tirón.

—Uy.

—Verás.

—Se me encienden las alarmas.

—Quiero que Duncan y yo adoptemos a un niño o una niña —suelta y nos arrebata hasta la última gota de aire—. Ya, suponía que diríais eso. ¿Creéis que estoy loca?

—Sí, pero por otros motivos distintos —admito.

—Amy, es una idea preciosa —dice Nina.

—No quiere decir que no quiera tener mis propios hijos algún día, después de veros a vosotras dos lo cierto es que me asusta un poco menos. Es solo que cada vez que vamos al centro en el que creció Duncan… no me malinterpretéis, ahora es un sitio genial, pero…

—¿Q-quieres tener hijos? —pregunta Lexi—. Yo sigo atascada en ese punto. ¿Soy la única?

—Nop —dice Nina.

Pero a mí ya me dio pistas del tema en Acorn Hill.

—Para nada, de hecho, yo también estoy flipando —admite la susodicha—. ¿Qué me ha hecho ese tío?

—Decid: ¡hermanastras! —Dylan Roccnader, el cámara, aparece para capturar el momento y se larga antes de que podamos pedirle ver la foto.

Lo odia.

—¿Puedo dejar de llorar en algún momento? —pregunta Nina robándole el tequila a la piloto.

Le planta un beso en la frente.

—No tenemos que hablarlo todavía, por ahora son planes de futuro. Por cierto, Daisy, las fotos de la boda son lo más sexy que he visto en mi vida.

—¿Las habéis visto?

—Le hemos robado la cámara unos minutos a Dylan, por eso se ha ido corriendo —admite Lexi.

—Pero tenemos una —Nina se la saca de la elegante chaqueta que lleva sobre los hombros—. La hemos hecho nosotras, con la polaroid.

Me la pasa y… guau, estamos empapados y besándonos a lo bestia.

—¿Eso hemos hecho delante de todos los invitados? —*Voy a enmarcarla*.

Amy me la quita y sale corriendo.

—¡Voy a enseñársela a mamá! Fijo que se siente súper orgullosa.

—Ni se te ocurra, ¡Amy! ¡Vuelve aquí!

Nina y Lexi salen corriendo también, pero me da que no para ayudarme.

Malditas Daughbeth.

Epílogo extra^2

Daisy



Algún tiempo después…

Entro en el laboratorio y para sorpresa de nadie, allí es donde le encuentro. Vicioso.

—Luke. —Me paro en la puerta, apenas me sale la voz, todavía estoy digiriendo el shock.

¡¡Me va el corazón a mil!!

—Mi amor, ¿puedes mirar qué está pasando en el tercer microscopio de la segunda mesa? Ni siquiera lo entiendo y estoy seguro que tú sí pued… —se quita las gafas protectoras despacio, sus ojos de plateada furia amatista echan chispas de las deliciosas—. Oye, si vas a sonreír así deberías venir con un cartel de advertencia en la mano. Mi familia cuenta con un historial de corazones sensibles.

Se acerca a mí olvidándose hasta de la ciencia. Me rodea con sus brazos tatuados y me siento en casa.

—¿Qué, me has echado de menos? —tanteo.

—Siempre que no estás a esta distancia te estoy echando de menos, Daze. Figúrate. ¿Dónde estabas? Creí que ibas a ver a Keylah, pero vas muy arreglada para…

—Estoy embarazada.

Nota de la autora

LMR

💌

¡Hola! Soy LMR (Laura Moreno Romero), encantada de conocerte y… ¡¡¡Por fin Daisy ha tenido el final que merecía!!!

Mil millones de gracias por llegar hasta aquí, y espero de corazón que hayas disfrutado de Saltwater y sus habitantes. 4/4 Hermanastras, pfff, esto ha pasado muy rápido.

Las reseñas en Amazon me gustan más que a Luke y a Kían fingir que no se quieren, y que a Zelle hacerse la difícil, pero oye, sin presiones…

Ya, ya, ¿que quieres saber si va a haber más de estas cuatro locas, no? ¿Por eso sigues aquí? Me encantaría hacerme de rogar, así que finge que no te he soltado de sopetón que sí, que… ¡¡desde luego!!

*La nueva serie se llamará «**Legado Daughbeth**» y empezará con la historia de…*
Kían-Lysander (43) & Láhria Taylor (26).
;) No puedo esperar. ¡!¡!¡!

Muchas gracias otra vez.

*En caso de que quieras contactar conmigo o ver cómo flipo con vuestras reseñas preciosas, puedes seguirme en Instagram: **lmr_author_***

Eso es todo :)

*PD: Me alegra comunicarte que dispongo de **muchas otras novelas** en Amazon, algunas de fantasía y otras de romance contemporáneo como **John-Luke**. Por si quieres amenizar la espera de **Kían y Lay**… aunque prometo que no será larga.*



Gracias una vez más.

Nos leemos muy pronto.

LMR